# ESCANDALOSA

F. JENNER




Selecta

# Escandalosa

*F. Jenner*

Selecta

# Prólogo

*Hampshire, 1863*

—Y tendré un caballo. —Una sonrisa deslumbrante apareció en el rostro de la joven rubia que acababa de hablar.

La lamparita que iluminaba el habitáculo del carruaje arrancó matices rojizos del cabello de la dama que la acompañaba, quien, con un suspiro, negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Annie, lord Liverpool está prácticamente comprometido con lady Meredith Ainsworth. Además, ¿no crees que es demasiado viejo para ti?

La otra joven negó, categórica.

—Eso no importa, Kate —dijo con fastidio—. Lord Liverpool pronto será primer ministro y su fortuna es más que considerable. La mujer que se convierta en su esposa será un referente en Inglaterra, asistirá a los eventos sociales más importantes y gozará de una posición privilegiada. ¡Será el ejemplo para la mayoría de las mujeres del país!

Kate emitió un ligero bufido mientras sus ojos verdes volvían al libro que había estado leyendo minutos antes. Para ser tan joven, su prima tenía bastante claro lo que buscaba en un matrimonio. Resultaba irónico cómo ella, lady Katherine Mary Hamilton, condesa de Ashford por derecho propio, había antepuesto siempre, para eterno disgusto de su padre, el aspecto sentimental del matrimonio a la obligación; mientras que Annie parecía dispuesta a unirse a cualquiera que pudiera proporcionarle el estilo de vida que ansiaba.

—Yo soy más hermosa que lady Meredith. —Ajena a sus cavilaciones, Annie proseguía con su discurso—. Y más joven. Esta es su tercera temporada, mientras que yo acabo de llegar y ya me han bautizado como «la incomparable».

Kate asumió que, llegado ese punto de la conversación, ya no le sería posible proseguir con la lectura, por lo que cerró el libro marcando con cuidado la página donde se había quedado.

—Annie —comenzó tratando de mostrar una actitud paciente, aun cuando sabía que, como solía suceder con todas las conversaciones que mantenía con su prima, esta acabaría por sacarla de quicio—, es innegable que eres, muy probablemente, la debutante más hermosa que frecuenta los salones de baile ahora mismo. Pese al lastre que supone mi compañía, has recibido varias

propuestas de matrimonio que dejan claro que tu apariencia compensa el escándalo que les acarreará el emparentarse conmigo. Aun así, lord Liverpool jamás ha mostrado el menor interés por ti. Y tal vez sea mejor así. Lady Meredith tiene muchas cosas en común con él. Ambos disfrutan de la vida al aire libre y se interesan por los aspectos políticos...

—Pamplinas —interrumpió Annie—, yo también disfruto de la naturaleza.

Katie se frotó las sienes con cansancio.

—Hacer pícnics junto al Serpentine difícilmente se puede considerar disfrutar de la naturaleza.

—¡Me encantan los caballos!

—No —negó Kate—, te encanta que te admiren mientras montas por Hyde Park.

Annie la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? Mamá te encargó que me ayudaras a encontrar un marido, no que me convirtieras en una solterona como tú.

La mención de lady Oxley no impresionó a Kate y la acusación de Annie le hizo más gracia que daño. Había asumido su soltería con agrado en el momento en que el único hombre con el que habría aceptado casarse le había dado el «sí, quiero» a otra mujer. Tampoco es que hubiera tenido ninguna oportunidad con él antes de aquello, pero, al menos, su matrimonio parecía una excusa más trascendental que el hecho de que él nunca le hubiera prestado la menor atención.

Analizándolo en retrospectiva, lo cierto era que Kate no había necesitado utilizar ese pretexto en ningún momento. Días después del apresurado matrimonio de aquel caballero, ella solita se las había ingeniado para caer en desgracia y del modo más ridículo y estúpido posible.

En cuanto a lady Oxley, el hecho de que hubiera elegido a Kate como chaperona de su hija dejaba claro el poco interés que le suponía. Tras la muerte de su esposo, la dama se había sumido en tal estado de melancolía que enviar a su única hija a la ciudad en compañía de la escandalosa *lady non merci* no era más que otra muestra de su absoluta apatía por el mundo.

Con un suspiro de resignación, Kate observó el paisaje que pasaba velozmente ante la ventana del habitáculo. Estaba oscureciendo y eso la ponía nerviosa. Esperaba que James, el cochero, cumpliera su palabra y llegaran a la posada antes de que anocheciera. Tratando de distraerse, volvió a abrir el libro que había dejado abandonado en el asiento y se acercó a la lámpara que colgaba junto a la puerta. A esas alturas había asumido que discutir con su prima sobre determinados temas era como hablar con una piedra con tirabuzones.

Antes de que pudiese encontrar el párrafo donde se había quedado, el grito del cochero la asustó y la obligó a levantar la vista de nuevo. Sin que tuviera tiempo de descubrir qué sucedía, el carruaje frenó bruscamente y ella salió despedida hacia el asiento opuesto, donde su prima la observaba con la misma confusión que ella sentía. Sin nada a lo que agarrarse, Kate solo fue consciente de su cabeza golpeando contra uno de los laterales del coche y de un dolor insoportable en sus sienes. Cuando el vehículo dejó de moverse, trató de levantarse con cuidado, pero apenas se había erguido unos centímetros cuando el mundo se volvió gris y perdió la consciencia.

Andrew observó, confuso, el espectáculo que tenía lugar ante sus ojos. Su caballo pastaba tranquilamente a un lado del camino, como si no hubiera estado a punto de provocar un accidente, mientras que sus adversarios equinos resoplaban tras el esfuerzo de detener el carruaje a tiempo. El chófer, un hombre sorprendentemente joven y fuerte, permanecía sentado en el pescante con el ceño fruncido y una iracunda expresión en su rostro. Mientras tanto, los caballeros que lo habían acompañado durante las últimas horas —o días, pues era difícil saberlo —, mientras daba buena cuenta de las bebidas espirituosas del local de madame Carlyle, sonreían de oreja a oreja abrazados a una mujer que, por su exceso de maquillaje y escasez de ropa, podría deducirse que procedía del local en cuestión.

Masajeándose la nuca con cansancio, Andrew trató de poner orden en sus pensamientos. Hasta hacía escasos instantes le resultaba imposible recordar incluso dónde vivía, pero los últimos acontecimientos parecían haber arrojado un poco de lucidez sobre su alcoholizado cerebro.

Entrecerrando los ojos, identificó a los hombres que lo acompañaban, como lord Sebastian Lawrence Sinclair, el séptimo marqués de Stratford y su mejor amigo en el mundo, y Alexander William Lonsdale, primo ilegítimo del marqués, del que solo recordaba que no debía dejarlo a solas con ninguna dama bajo su tutela, incluyendo a su madre.

—¡Ayuda! —Un agudo chillido femenino procedente del interior del carruaje lo arrancó de sus cavilaciones.

—¿Qué demonios...? —murmuró el cochero mientras saltaba de su asiento y abría la puerta.

Andrew tampoco tardó en reaccionar. El grito de la dama parecía haberle devuelto completamente la lucidez y, con decisión, se acercó al vehículo.

El sol se había puesto casi por completo y en el interior, iluminado por la tenue luz de una única lámpara, apenas se distinguían las siluetas de dos damas. Una de ellas, de cabello dorado como el champán y enormes ojos azules, lo miró asustada, mas con sorprendente celeridad su expresión angustiada fue sustituida por una sonrisa coqueta.

—Excelencia —saludó mientras le ofrecía su mano para que la ayudara a apearse.

En cuanto sus pies tocaron la calzada, bajó la mirada a sus manos con una timidez que Andrew no tardó en comprender que era completamente falsa. Dado que jamás había sentido interés por las jóvenes debutantes y sus estudiadas artimañas de seducción, la atención de Andrew regresó al interior del carruaje.

Otra mujer permanecía semitumbada en una extraña posición. De su sien manaba un hilillo de sangre que recorría su mejilla y se deslizaba por su mentón, goteando sobre la piel color crema del asiento. No obstante, no fue la sangre lo que asustó a Andrew, sino el ángulo antinatural que dibujaba su brazo izquierdo.

—Joder —maldijo mientras apartaba al chófer y se introducía en el vehículo. Con cuidado, acercó sus dedos al cuello de la dama y, tras comprobar que tenía pulso, suspiró—. Hay que buscar un médico.

En el exterior, nadie se movió. La dama rubia lo miraba aparentemente agraviada por el poco

interés que le había mostrado. Sus amigos, aunque habían perdido la sonrisa, permanecían completamente ajenos a todo lo que sucedía y la mujer que los acompañaba parecía estar a punto de salir corriendo. Andrew fijó su mirada en la que, al parecer, era la única persona cuerda presente.

—Coja mi caballo —dijo al cochero— y vaya al pueblo en busca del doctor.

El hombre lo observó con desconfianza, poco dispuesto a seguir sus órdenes.

—Maldición —estalló Andrew—, soy el duque de Brighton, no voy a violar a la dama ni a huir con su carruaje.

Aunque no pareció impresionado por su título, el hombre asintió y se alejó hacia su caballo.

La atención de Andrew volvió a la dama herida. Era joven. No debía tener más de veintidós o veintitrés años y, pese a lo magullado de su rostro, resultaba evidente que era muy hermosa. Frunció el ceño. Aquella mujer le resultaba vagamente familiar.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó a la joven rubia, que seguía fulminándolo con la mirada.

Al percatarse de que le prestaba atención de nuevo, ella esbozó una angelical sonrisa. Sin embargo, un gemido de dolor interrumpió su respuesta.

Ambos miraron a la mujer que permanecía tumbada en el carruaje y Andrew se sorprendió observando los ojos más verdes que había visto nunca.

—¡Espere! —gritó tratando de evitar que ella moviera el brazo. Demasiado tarde. Un aullido de dolor resonó en el bosque, provocando la huida en estampida de las aves que se escondían en las ramas más cercanas... Y de los dos individuos que habían acompañado a Andrew.

«Valientes amigos», pensó, pero su atención no tardó en regresar a la joven que, en ese momento, apretaba los dientes con fuerza mientras su rostro iba adquiriendo un tono ceniciento.

—Ya han ido a buscar un médico —murmuró acercándose a ella. Con cuidado de no mover el brazo herido, la ayudó a recostarse en una postura más cómoda.

Ella ni se inmutó ante su contacto, lo que lo sorprendió. Era evidente que era una dama y ninguna permitiría que un caballero al que no conocía la tocara. Protestarían, se apartarían o balbucearían alguna de esas estupideces sobre decoro que se les enseñaba desde la cuna y que obviaban cualquier principio del sentido común.

Andrew la observó con más atención. ¿Se habría equivocado con esas dos mujeres?

—¿Dónde estoy?

La voz de la joven lo devolvió a la realidad.

—Hampshire —respondió—. Han sufrido un pequeño accidente.

La mujer miró su brazo y la sangre que, a esas alturas, había destrozado el asiento del carruaje.

—Creo que no compartimos la definición de «pequeño».

—Mi caballo se atravesó y usted debió golpearse cuando el carruaje frenó de golpe para evitar la colisión —explicó tratando de justificarse. Omitió completamente el hecho de que él hubiera estado tan borracho que hubiera sido su caballo quien lo había estado guiando a casa como un pelele sin voluntad.

Cuando volvió su vista hacia la joven se dio cuenta de que ella ya no le prestaba atención. En lugar de eso, su mirada vagaba por el interior del vehículo y arrugaba el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

Ella lo miró de nuevo y él percibió el miedo en sus ojos.

—¿Dónde estoy? —susurró tan bajo que Andrew apenas la escuchó.

Andrew frunció el ceño.

—Acabo de decirle que está en Hampshire.

Ella asintió y se tocó la cabeza. Una mueca de dolor cruzó su rostro cuando se palpó la herida de su sien.

—Dios mío —murmuró cuando vio la sangre que manchaba sus dedos—. ¿Qué ha pasado?

—¿Me está tomando el pelo? —El tono cortante del duque hizo que ella fijara su asustada mirada en la suya.

Andrew suspiró y se mesó el cabello. Era evidente que no estaba jugando con él. Estaba asustada de verdad.

—Ha tenido un accidente —respondió con la esperanza de que ella retuviera la información esa vez.

La joven asintió y cerró los ojos.

—No puedo recordar qué pasó.

—El médico llegará en cualquier momento —la consoló—. Estará bien.

Ella solo se quedó callada, con los ojos cerrados y la mandíbula tensa.

—¿Cómo se llama? —Andrew trató de distraerla.

Los ojos de la muchacha se abrieron de golpe y trató de enderezarse en el asiento. En cuanto movió su brazo izquierdo volvió a aullar de dolor.

Él se acercó de nuevo y la sujetó.

—¡No se mueva! —exigió—. Me temo que se ha roto el brazo.

Tal afirmación no pareció afectarla. Ni siquiera miró hacia la extremidad en cuestión. Se quedó callada, frunciendo el ceño como si estuviera realizando un gran esfuerzo. Él la observó, en silencio, sin saber qué decir.

Finalmente, los ojos de la mujer comenzaron a llenarse de lágrimas.

—No sé quién demonios soy —murmuró, más para sí misma que para Andrew.

El duque no se movió. Había oído hablar de personas que perdían la memoria de repente, pero siempre había pensado que se trataba de una excusa conveniente que algunos utilizaban cuando eran sorprendidos *in flagranti delicto*. O cuando querían huir de una vida que ya no les satisfacía.

Buscó con la mirada a la otra dama, pero no la encontró.

—Quédese aquí. —Sin esperar respuesta, salió del coche.

La joven rubia se había alejado unos pasos del carruaje y permanecía junto al camino, con los brazos cruzados y una extraña expresión en el rostro. En cuanto lo vio, una sonrisa transformó su cara.

—Excelencia —dijo con suavidad—. ¿Cómo está mi prima?

—¿Quiénes son? —exigió Andrew, ignorando su pregunta—. Su prima no recuerda nada.

Annie observó al apuesto hombre que tenía ante ella. El duque de Brighton, que había desaparecido de la escena social años atrás. Tras ser uno de los seductores favoritos de las damas de la aristocracia y haber provocado los suspiros de mujeres casadas y solteras por igual, se había esfumado del panorama de la noche a la mañana. Durante meses nadie había sabido nada de él hasta que, un día, Londres se había despertado con una increíble, y dramática, noticia. Andrew Mathew Thomas Buxton, el decimocuarto duque de Brighton, se había enamorado perdidamente de una joven desconocida con la que había huido a Gretna Green y con la que había engendrado una hermosa niña. Lamentablemente, su flamante esposa no había logrado sobrevivir al parto.

Nadie había vuelto a verlo desde entonces. Se decía que se refugiaba en su casa de campo, junto con su madre, cuya singular honestidad había sido el azote de la flor y nata de la sociedad durante años, y su escandalosa hermana.

Annie sonrió para sus adentros. Aunque era poco más que una niña cuando todo aquello había sucedido, se había sentido igual de fascinada que todas las demás por aquel hombre. Debido a su corta edad y a que ella únicamente visitaba Londres en las contadas ocasiones en las que sus tíos la invitaban, solo lo había visto una vez, cuando salía de una sombrerería de Bond Street, pero había sido suficiente. Desde entonces, había leído con avidez cada noticia que se publicaba sobre él, impresionada tanto por su físico como por su título. Era alto, moreno y su cuerpo atlético, sin ser excesivamente musculoso, constituía la percha perfecta para los elegantes trajes que vestía. Lejos del recargado estilo de los dandis que se paseaban por Londres como pavos reales, el estilo del duque era discreto y austero. Su personalidad un tanto esquiva completaba un cuadro al que resultaba muy difícil resistirse. Por lo visto, el tiempo no había hecho más que intensificar su atractivo.

Y he aquí que el destino había querido que ella fuese a tener su oportunidad con aquel hombre. Al parecer, el accidente de carruaje había sido una maravillosa coincidencia.

—¿No recuerda nada? —preguntó tratando de imprimir a sus palabras una preocupación un tanto fingida.

Nunca había simpatizado especialmente con su prima. Kate representaba todo lo que ella no era. Aristócrata por derecho. Rica e influyente. Y la muy idiota lo había arruinado todo.

—No.

Annie abrió la boca, pero, de repente, dudó. Al duque jamás le habían interesado las debutantes, ni siquiera en su juventud. Ahora que había renegado también de la aristocracia, mucho se temía que su identidad no la ayudaría a acercarse a él. Sin embargo...

—Yo soy lady Katherine Mary Hamilton, condesa de Ashford. —Tal vez el escándalo que arrastraba su prima la ayudaría esta vez—. Y ella es mi prima, la honorable Annie Louise

Campbell, hija del difunto barón Oxley.

Solo por un instante, pudo percibir la sorpresa en el rostro de Andrew. No obstante, él no tardó en ocultarla. En su lugar, la recorrió con la mirada y apretó la mandíbula. Sin más, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el carruaje.

—¡Una debutante! —gritó Annie.

Andrew la miró de nuevo.

—¿Qué ha dicho?

—Mi prima —explicó ella en un desesperado intento por retener la atención del duque y que él se apartara de Kate—. Es una debutante.

Él no dijo nada más. Solo negó con la cabeza y se alejó.

Andrew comenzaba a impacientarse y eso nunca había sido una buena señal. Siempre que el duque se inquietaba ocurría algún desastre. Como aquella vez en la que, al no encontrar el libro que buscaba, se había colgado de la estantería de su biblioteca —en lugar de optar por la razonable opción de buscar una escalera—. Evidentemente, la estantería en cuestión no había soportado su peso y se había venido abajo, arrastrando con ella todo lo que había encontrado a su paso, Andrew incluido. Aunque el incidente no había tenido graves consecuencias, había permanecido atrapado durante horas bajo un montón de libros sobre técnicas agrarias. Y él odiaba la agricultura.

Así lo había hallado su mayordomo cuando había acudido a la biblioteca para anunciar la visita de lady Penélope, su prima. Y así lo había visto ella cuando, en lugar de observar las normas de etiqueta y esperar a que el sirviente la invitara a pasar, lo había seguido sin invitación —lo que era habitual en ella— y había entrado en la estancia. Obviamente, la joven no había podido evitar reírse ante lo absurdo de la situación.

¡El todopoderoso duque de Brighton atrapado bajo una pila de libros!

Por supuesto, ella había tenido que sujetarse, entre risueños espasmos, al trozo de estantería que había permanecido en pie. Inevitablemente, dada la inusual tendencia de la dama a los accidentes, había logrado acabar con la buena suerte de Andrew. Si bien había logrado salir casi ileso del derrumbe de una estantería completa de tratados agrícolas, no consiguió salir indemne del desprendimiento que provocó su prima. Desde el último estante del mueble en que ella se apoyaba, un pesado libro cayó sobre su cara.

Andrew recordaría siempre el instante en el que la *Odisea* le destrozó el tabique nasal. Sobra decir que ninguno de los presentes se atrevió jamás a mencionar lo ocurrido. Y, por supuesto, nadie investigó qué demonios hacía aquel clásico griego en medio de sus libros sobre cultivo.

Volviendo al presente, Andrew apretó los puños. La situación se estaba volviendo intolerable. No le gustaba que se burlaran de él y, en ese momento, todo lo que estaba ocurriendo le parecía una burla.

—Una debutante —escupió.

Aquella mujer era una completa imbécil. La dama del carruaje era demasiado mayor para eso. Pero, además, en el mismo instante en que ella había pronunciado aquel título, él la había recordado.

Había conocido a lady Ashford en Ascot durante la temporada de su debut. Aunque, por aquel entonces, él evitaba a toda costa los bailes y eventos destinados a exhibir jovencitas casaderas, ni siquiera un duque podía rechazar la invitación personal de Su Majestad. Sin olvidar que él adoraba los caballos. Así, se había visto atrapado durante años en el recinto real. Afortunadamente, su huida y posterior viudez habían servido para enfriar el interés de la monarca sobre su persona. No obstante, mucho antes de aquello, la reina le había presentado a una jovencita de cabello rojizo e increíbles ojos verdes. Pese a su innegable belleza, Andrew no le había dedicado una segunda mirada.

El sonido de unos cascos lo arrancó de sus pensamientos justo en el instante en que Prince Charles apareció ante él seguido de una mula que resoplaba pesadamente. Un anciano enjuto y espigado desmontó de ella con dificultad.

—El doctor —dijo con una mueca el chófer mientras se apeaba de Prince Charles y le acariciaba la cabeza.

Andrew observó al otro hombre. Su cabello era gris y una espesa barba ocultaba parcialmente un rostro surcado por profundas arrugas. Su largo bigote se rizaba en las puntas y, bajo sus pequeños ojos, unas marcadas ojeras atestiguaban su falta de descanso. Al observarlo, Andrew no pudo evitar pensar en aquel ingenioso hidalgo cuyas locas aventuras lo habían mantenido despierto muchas noches.

Ajeno a su escrutinio, el hombrecillo examinó el entorno y se dirigió con decisión hacia el carruaje abandonado a la orilla del camino.

Andrew se maldijo mientras lo seguía. Hacía rato que había dejado sola a una mujer que parecía no recordar nada.

—¿Dónde está? —preguntó el doctor desde la puerta.

—Ahí dentro —afirmó el duque.

El hombre lo miró como si fuera tonto.

—¿Cree que si estuviera aquí dentro le preguntaría dónde está?

Kate estaba asustada. Después de que aquel hombre se fuera, había tratado con todas sus fuerzas de recordar algo. Cualquier cosa. No había tenido éxito. No obstante, conforme pasaban los minutos y la noche caía, se había sentido más angustiada. Y, de repente, un miedo atroz se había apoderado de ella. Sin ningún motivo, había salido huyendo del carruaje y se había adentrado en el bosque. Había corrido sin rumbo durante lo que parecía una eternidad, tratando de ignorar el terrible dolor que se apoderaba de ella cada vez que movía el brazo izquierdo.

Finalmente, exhausta, se había acurrucado junto al tronco de un árbol. Hecha un ovillo, había tratado, de nuevo, de entender qué sucedía. No había logrado recordar nada, pero la oscuridad de la noche la había angustiado cada vez más. De cuando en cuando, el dolor de su brazo la sobresaltaba y, aunque trataba de mantenerlo inmóvil contra su costado, notaba que iba en aumento. La hemorragia de su cabeza había perdido intensidad, pero las gotas de sangre todavía se deslizaban por su sien y caían sobre las pestañas de su ojo izquierdo. Poco a poco, los sonidos de su alrededor se fueron extinguiendo y una agradable sensación de ingravidez se apoderó de ella al mismo tiempo que el mundo se apagaba ante sus ojos.

# Capítulo 1

Annie se deslizó sigilosamente por una de las puertas que daban a la terraza trasera y salió. A pesar de lo elegante y cómoda que era la habitación que le habían asignado, se sentía incapaz de pegar ojo. No sabía en qué demonios había estado pensando cuando se le ocurrió identificarse como lady Ashford. Deseaba tanto llamar la atención del duque que, ante su evidente indiferencia, había actuado por impulso. Había sido un impulso estúpido. Ahora, aquella treta estaba a punto de estallarle en la cara. Las circunstancias habían querido que se librase de reunirse con la duquesa viuda al llegar a la mansión. El mayordomo les había informado de que se había retirado temprano aquejada de una terrible jaqueca. Pero, al día siguiente, no tendría tanta suerte. Y, si bien había tenido la fortuna de que el duque no descubriera su engaño, dudaba que esta se extendiera al encuentro con su madre. La duquesa había sido visitante habitual de los salones londinenses y Annie dudaba mucho de que no recordara a Kate. Su prima era una mujer llamativa, con su belleza pelirroja y sus ojos verdes. Y poseía fortuna propia. Seguramente, sería la candidata ideal para pescar a un duque. Y la madre de uno, sin duda, habría reparado en ello.

Así pues, tal y como lo veía ahora, solo tenía dos opciones, ambas igual de desagradables. Podía confesar la verdad antes de reunirse con la anciana dama, o podía esperar a que fuera la duquesa quien la desenmascarara. En ambos casos, el resultado sería el mismo. Quedaría como una mentirosa y no tendría la menor posibilidad de acercarse al duque. Eso si no la echaban a patadas por haber tratado de engañar a su excelencia.

Farfullando una maldición, descendió los escalones que conducían a los jardines traseros. Era una imbécil. ¿Qué mosca le había picado para tratar de llevar a cabo una artimaña tan mediocre? En realidad, lo sabía. Pese a su éxito, no había recibido ninguna petición de matrimonio adecuada. Los tres caballeros que habían pedido su mano eran mucho mayores que ella y, si bien había afirmado ante su prima que se casaría con cualquiera que le proporcionase la vida de respetabilidad y lujos que ansiaba, la realidad era que no podía evitar sentirse como una yegua de cría cada vez que alguno de aquellos caballeros la cortejaba. El duque, sin embargo, era todo lo que una mujer pudiese desear en un esposo. Era atractivo e inteligente y poseía una considerable fortuna. Además, su título estaba entre los más antiguos y respetados de Inglaterra, por lo que,

pese a los errores pasados y a su estrambótica familia, no tendría dificultad alguna cuando decidiese recuperar su posición en sociedad. Y Annie estaba segura de que lograría hacer que regresase a los salones de baile y a la vida social si conseguía que se fijase en ella.

Frunció el ceño. Aquello parecía muy poco probable si descubrían su penosa estratagema. Había sido una soberana estupidez darle el nombre de su prima.

Con impaciencia, recorrió el sendero que rodeaba la casa. No era tan descuidada como para alejarse de la mansión a esas horas de la noche, ni siquiera aunque los jardines estuvieran rodeados por una tapia tan alta que resultara prácticamente imposible saltarla. Pese a su juventud, Annie siempre había tenido mucho cuidado con su reputación. Siendo la única hija de un barón encantador pero imperdonablemente pobre, había sabido que esta, junto a su belleza, eran sus únicas armas para lograr un buen futuro. Así pues, jamás se había escabullido con un pretendiente, ni permitido que ningún joven, adecuado o no, le robara un beso. Nunca había mirado con descaro u observado más tiempo del adecuado a ningún caballero. Annie siempre se había comportado con una corrección y un decoro que rozaban la santidad. Hasta esa tarde. De repente, parecía dispuesta a mandar al garete toda una vida de estudiada rectitud.

Una tenue luz anaranjada parpadeó ante ella, sobresaltándola. Al mirar a su alrededor, se percató de que se había alejado de la casa más de lo que había esperado. Debería regresar de inmediato, subir a su cuarto y consultar con la almohada qué diantres haría al día siguiente. Sin embargo, pese a que su cerebro parecía saber perfectamente el proceder adecuado, sus piernas semejaban tener voluntad propia y Annie se descubrió mandando al garete de nuevo cualquier atisbo de sentido común.

La luz parpadeó otra vez y, conforme se fue acercando, percibió un suave movimiento, un ligero vaivén que hacía que aquella pequeña llama oscilase en la oscuridad. Solo cuando se hallaba a unos pocos pasos, Annie se dio cuenta de que la sombra que rodeaba aquella llama tenía la forma de un ser humano. Asustada, se dispuso a escapar, pero, antes de que se diera la vuelta por completo, el brillo de una sonrisa la detuvo.

—No deberías merodear por los jardines a estas horas, pequeña —murmuró una voz burlona —. Tal vez encuentres más entretenimiento del que esperas.

Annie se quedó petrificada ante aquella voz profunda y ligeramente ronca. Trató de distinguir algún rasgo de aquel hombre, pero en el lugar donde debía estar su rostro solo vio oscuridad.

—No soy una niña —acertó a decir. Y se maldijo ante su propia estupidez.

«Di que sí, Annie —pensó—. Te encuentras a un desconocido en mitad de la noche en los jardines de una mansión que ni siquiera conoces y lo que te preocupa es que te considere una niña».

Una carcajada la arrancó de sus cavilaciones.

—Yo creo que sí lo es, milady. Aunque si quiere podemos comprobarlo.

Annie vio cómo daba una última calada al cigarro y tiraba la colilla. Observó la parpadeante luz anaranjada hasta que se extinguió por completo. Solo entonces se percató de que el hombre

había abandonado su lugar y estaba casi a su lado. Recuperando la cordura de repente, hizo lo que toda dama respetable hubiera hecho desde el primer momento. Salió corriendo como alma que lleva el diablo. Las carcajadas del hombre la acompañaron hasta mucho después de que hubiera entrado en la casa.

Kate abrió los ojos y fijó la mirada en el artesonado de un techo que no conocía. Permaneció inmóvil durante varios minutos, tratando de ubicarse y de poner orden entre unos recuerdos que no lograba comprender. Había retazos de conversaciones, caras y nombres. No obstante, por más vueltas que les daba, era incapaz de ordenarlos, de crear una historia que tuviera sentido para ella. Y esa confusión, esa sensación de estar perdida en su propia mente, era peor que el blanco absoluto.

Los confusos acontecimientos de la noche anterior aparecieron de repente. Recordaba haberse despertado con el rostro cubierto de sangre y un intenso dolor en el brazo izquierdo. Con cuidado se tocó la frente y palpó un aparatoso vendaje que envolvía casi por completo la parte superior de su cabeza.

—Dios mío —murmuró—. Debe de haber sido una herida terrible.

Con cuidado se sentó en la cama y recorrió la estancia con la mirada. Los muebles de caoba con elegantes cenefas doradas; las pesadas cortinas de terciopelo beige que se recogían a los lados con gruesos cordones con borlas para revelar otras más delicadas de encaje blanco; la magnífica alfombra Axminster que mostraba dibujos de flores y pájaros o la majestuosa chimenea de mármol en la que ardía el fuego que caldeaba la habitación. Una y otra vez se fijó en cada elemento, en cada adorno, pero fue incapaz de reconocer absolutamente nada.

Con un suspiro se dejó caer de nuevo y un dolor punzante e intenso la recorrió en cuanto su brazo tocó el colchón. Solo en ese momento reparó en el extraño artilugio que mantenía inmovilizada aquella extremidad. Dos barras de acero que se curvaban para adaptarse a su brazo y se mantenían unidas por un tenso vendaje que apenas le permitía mover la muñeca. Los dedos se le habían hinchado y su mano había adquirido un preocupante color violáceo.

De repente, la cama tembló y Kate se encontró mirando fijamente a un angelito de tirabuzones rubios e inmensos ojos azules.

—¡Hola! —saludó con alegría el querubín.

Y fue tal la impresión que Kate se incorporó de un salto.

—Ho... hola.

La angelita, porque ahora podía ver que era, claramente, una niña, comenzó a saltar sobre el colchón.

—¿Has visto a mi papá? —preguntó lanzándose en plancha sobre la cama.

—¿Tu... tu papá?

—*Chí* —contestó risueña—. Mi papá. Me *dijió* que venía pronto. —Su expresión se volvió

triste—. Pero no *ta*.

A Kate le hizo gracia su encogimiento de hombros y su peculiar forma de conjugar. Sentándose junto a ella, acarició sus rizos.

—Seguro que vendrá pronto.

—¿Cómo sabes? —inquirió la pequeña, apoyándose en ella.

Kate no supo qué contestar. ¿Cómo podía ella saberlo si ni siquiera conocía a su padre?

—¿Quién es tu papá? —preguntó cambiando de tema.

La pequeña se encogió de hombros.

—Papá —contestó como si fuera lo más obvio del mundo.

—Evidentemente —murmuró Kate, debatiéndose entre la exasperación y la risa—. ¿Quién iba a ser si no?

—Va a venir —comentó con seguridad renovada.

—Claro.

—¿Cómo sabes? —inquirió de nuevo.

Percatándose de que la pequeña no se contentaría hasta que ella le diera una respuesta satisfactoria, sonrió.

—Porque estará deseando verte —explicó—. Estará ocupado con algún aburrido asunto del que no puede escapar, pero seguro que está pensando en ti.

Al parecer, aquella respuesta agradó a la niña, que asintió con satisfacción.

—¿Cómo te llamas? —inquirió curiosa.

Kate dudó por unos instantes. No recordaba gran cosa de las últimas horas y casi nada de su pasado. Incluso su identidad se había convertido en una incógnita.

La niña la miró con atención, pero, ante su titubeo a una pregunta tan sencilla, pareció perder el interés. La recorrió con la mirada, con descaro absoluto. Finalmente, con más cuidado del que Kate esperaba a tenor de la energía que había mostrado hasta entonces, le tocó el vendaje de la cabeza. El dolor que la asaltó en ese momento la hizo dar un respingo.

—*Tenes* una pupa —comentó la pequeña con tristeza, antes de bajar la mano y tocar con un dedo uno de los hierros que inmovilizaban su brazo.

Se quedó pensativa durante unos instantes, tal vez tratando de imaginar qué podría haber causado semejantes heridas. Al final, se levantó de un salto, se subió el vestido y le mostró una pequeña rodilla vendada.

—Yo *tamién*. Me caí de mi caballo. —Sonriendo traviesa, agregó—: Briony dice que soy la peor *mazona* del mundo.

—Amazona —corrigió Kate distraídamente.

Y es que, en ese instante, se percató de que había visto esos mismos ojos azules no hacía mucho.

—Tu papá es un duque.

—*Chi*, uno muy importante. —Con alegría, añadió—: ¡El más importante del mundo!

Aunque no creía que aquella información fuera cierta, Kate guardó silencio. Tal vez no fuera el más importante del planeta, pero estaba claro que aquel hombre era poderoso.

—¡Lottieeeee!

El grito, procedente de alguna parte del pasillo, la sobresaltó. La niña, sin embargo, permaneció muy tranquila sentada en el borde de la cama. Su cara, no obstante, mostraba la expresión culpable de quien sabía que había hecho algo para merecer aquel berrido.

—Es Briony —aclaró balanceando las rodillas—. Ha ido a su cuarto.

En el mismo momento en el que aquella mujer enfurecida cruzó la puerta, Kate supo que algo terrible había pasado en su habitación. Cuando la pequeña saltó de la cama y se escondió tras ella comprendió que el angelito era, en realidad, un diablillo en toda regla.

La encolerizada joven clavó su mirada azul en ella.

—Siento interrumpir su descanso, milady —gruñó—. Pero hay un asunto urgente que debo discutir con mi sobrina.

Kate dudó durante unos instantes. Aquella mujer parecía estar completamente fuera de sí.

—Tal vez sea mejor que se calme —murmuró a la vez que se erguía un poco más para proteger a la niña a su espalda—. Estoy segura de que, sea lo que sea lo que ha sucedido, puede solucionarse.

Sus palabras no lograron el efecto esperado. Por el contrario, parecieron enfurecer todavía más a la otra dama. Sin mediar palabra, su interlocutora alzó su mano derecha que, hasta ese instante, había permanecido oculta entre los pliegues de su vestido. Al ver qué era lo que sostenía, Kate se dio cuenta de que aquella niña no tenía salvación posible.

—¿Está segura de que quiere protegerla?

—Cariño... —murmuró Kate dirigiéndose a la pequeña—, en estas circunstancias no creo que ni tu padre, el duque más poderoso del mundo, pueda salvarte.

Sin cruzar ni siquiera una mirada con la otra mujer, abandonó la habitación. Se sentía culpable por haber abandonado a la niña de aquella manera, pero estaba segura de que, pese a la catástrofe que había provocado, su tía la perdonaría.

Con paso cansado recorrió el amplio pasillo. No recordaba con claridad el camino que habían tomado la noche anterior, cuando la habían llevado a la habitación que ocupaba, por lo que caminó sin rumbo fijo hasta encontrarse en lo alto de una hermosa escalinata coronada por una cúpula acristalada que llenaba de luz el edificio. Las escaleras, de mármol blanco, estaban parcialmente cubiertas por una elegante alfombra azul con ribetes dorados. No obstante, lo que de verdad llamaba la atención era la barandilla formada por llamativos balaustres de cristal de los que la luz solar desprendía destellos de diversos colores. Pese a su falta de memoria, Kate estaba segura de que no había visto nada tan impresionante ni en las mejores mansiones londinenses.

Con cuidado, bajó las escaleras y se encontró en un amplio vestíbulo semicircular decorado con varias esculturas de hermosas mujeres con diferentes grados de desnudez.

Al ver la enorme puerta de roble de la entrada, le vinieron a la mente retazos de la noche

anterior. Se había despertado en la oscuridad, en los brazos de un hombre que la había transportado como si no pesara nada hasta el carruaje que ella misma había abandonado. Una vez allí, y gracias a la escasa iluminación del vehículo y de las velas que habían prendido para su búsqueda, lo había identificado como el mismo caballero con el que había hablado tras el accidente. Una dama rubia que aseguraba ser su prima le había contado que se trataba del duque de Brighton, uno de los aristócratas más poderosos del reino que, tras enviudar prematuramente, se había refugiado en el campo y no había vuelto a aparecer por los salones de Londres. Su prima se había pasado todo el trayecto hasta la mansión en la que ahora se hallaba hablándole de aquel hombre y, aunque en ese instante las venturas y desventuras del caballero en cuestión constituían la última de las preocupaciones de Kate, para su prima parecían de vital importancia.

Al mirar a su alrededor, descubrió una puerta en uno de los laterales. Se acercó, sin saber muy bien qué buscaba ni a dónde se dirigía. Lo único que tenía claro era que no podía regresar a su cuarto hasta que la pequeña Lottie y su tía hicieran las paces. Sin pensar, apoyó su espalda en la madera solo para descubrir que no había sido cerrada del todo.

# Capítulo 2

Contemplando el paisaje que se abría al otro lado de los grandes ventanales de su despacho, Andrew pensó en cuán insignificante era en comparación con la inmensidad que se hallaba más allá de los muros de Bramshaw Manor. Un individuo más cuya desaparición no influiría en absoluto en el devenir de las cosas. La tierra seguiría girando sin él. El sol continuaría brillando cada mañana. Y, no obstante, a pesar de la poca relevancia que tenía, del pequeño papel que desempeñaba en ese complicado mundo, sentía sobre sus hombros un peso descomunal, como si debiera cargar con más problemas de los que le correspondían. Y tal vez fuera cierto. En los últimos días había comenzado a preguntarse si no habría aceptado demasiadas responsabilidades.

Desde que había heredado el título, con tan solo veinte años, su vida se había convertido en un cúmulo de contrariedades y quebraderos de cabeza. A las deudas que había dejado su padre, debía sumarle la mala situación en la que había dejado las propiedades vinculadas al título y a todos los que allí vivían. Y después había llegado Lottie. Con sus inmensos ojos azules y sus tirabuzones, aquella niña había sido el mayor problema de todos. Había llegado de improviso, sin que nadie la esperara, y había puesto su vida patas arriba. De repente, se había encontrado acunando a un bebé sollozante sin saber qué debía hacer para que se calmara. De la noche a la mañana, se había encontrado cuidando de una cría que lo necesitaba. Y en eso tampoco tenía experiencia.

Así, a la tierna edad de veinticinco años, Andrew era, nada más y nada menos, que un duque arruinado, responsable de un montón de familias sumidas en la más absoluta miseria, de una madre cuya franqueza aterrorizaba a la alta sociedad, una hermana con la reputación por los suelos y una hija recién nacida con la que no tenía ni la más remota idea de qué debía hacer.

Por suerte, era un hombre inteligente y con algunas influencias y, en los tres años que habían transcurrido desde entonces, podía decirse que su situación había mejorado considerablemente. Ya no tenía problemas financieros, por el contrario, había amasado una considerable fortuna gracias a un par de astutas inversiones y, si bien sus iguales lo despreciaban por haberse manchado las manos con dinero procedente de las nuevas industrias, se cuidaban mucho de ocultarlo en su presencia. Además, su nueva situación le había permitido invertir en sus tierras,

modernizar los sistemas de cultivo y recuperar, al menos en su mayor parte, el esplendor y la bonanza de antaño. Evidentemente, gracias a eso, la situación de las familias que dependían de él había mejorado de forma considerable y a Andrew se le hinchaba el pecho de orgullo cada vez que salía a cabalgar por sus terrenos y contemplaba lo mucho que habían cambiado las cosas.

Por desgracia, a pesar de todo lo que había conseguido, las dificultades parecían no querer abandonarlo y a cada día que pasaba parecía que una nueva piedra era lanzada a su camino.

De pronto, la puerta de la biblioteca se abrió y una cabellera rojiza envuelta en un aparatoso vendaje apareció ante sus ojos. Ni siquiera necesitó escuchar el gemido de dolor que emitió la visitante cuando cayó pesadamente al suelo para identificarla. Era su nueva piedra en el camino. Una piedra de sorprendentes ojos verdes que ni siquiera recordaba su nombre. Y, dado que llevaba varias horas dándole vueltas a aquel tema en concreto, supo que iba a ser uno de los problemas más gordos a los que se había enfrentado en los últimos tiempos. Había alojado en su casa a la excéntrica *Lady Non Mercy*, sobrenombre que se había ganado tras rechazar sin miramientos a algunos de los aristócratas más influyentes del panorama social. Una dama que, a pesar de su privilegiado nacimiento, de poseer un título propio y haber sido bendecida con una innegable belleza, se las había ingeniado para caer en desgracia y provocar un escándalo de un modo completamente ridículo. Y ahora parecía haberlo olvidado todo.

Suspirando, se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien? —preguntó tendiéndole la mano.

—Perfectamente —respondió la joven con ironía—, estaba comprobando la solidez del piso.

—¿Y la ha hallado satisfactoria?

—Sin lugar a dudas —respondió mientras se apoyaba en él para poder levantarse—, se ve que sus antepasados hicieron un excelente trabajo.

Sin poder contenerse, Andrew le sonrió.

—Sí, los duques de Brighton hemos sido conocidos a lo largo de la historia por nuestras dotes como constructores. De hecho, al primer duque le otorgaron el título, precisamente, por construir el mejor pabellón de caza que Ricardo I había visto en su vida.

—¿De verdad? —preguntó con los ojos como platos.

—En absoluto —murmuró Andrew mientras se dirigía al aparador y se servía una copa—, pero le aseguro que se lo hubiera merecido más si lo hubiera hecho.

Kate enrojeció, avergonzada por su propia ignorancia.

—Supongo que no se le suelen otorgar títulos a los trabajadores.

—Supone bien —comentó despreocupadamente—, los títulos se le han otorgado siempre a los holgazanes con suerte.

—También se les han concedido a los hombres de valor —replicó Kate, ultrajada—, a individuos que arriesgaron su vida por proteger nuestro país.

—Cierto —aceptó.

Kate parecía muy satisfecha consigo misma por haber dicho la última palabra. Antes de que su

ego se elevara demasiado, él soltó una réplica mordaz desde el sofá en el que se había repantigado.

—Y cuyos herederos dedicaron su vida a haraganear.

El pecho de la joven se deshinchó de golpe. Durante unos instantes Andrew fue consciente de que lo miraba como si tratase de analizarlo. Finalmente, con mirada incrédula, afirmó, más que preguntó:

—Eso es lo que piensa de verdad, ¿no es cierto?

—Así es, milady, y tengo pruebas de ello. —Fijando sus ojos en los de ella, comentó—: El título fue concedido de forma completamente excepcional, pues los ducados solo se solían otorgar a los descendientes de la monarquía, a mi familia como reconocimiento al gran apoyo prestado a la Corona. Aunque en aquel momento solo poseíamos algún título menor, gozábamos ya de cierto poder y riqueza. Poco después de que se nos fuera otorgado, las arcas de mi apellido rebosaban.

Se detuvo unos instantes con la mirada fija en el fuego que crepitaba en la chimenea. Finalmente, con una sonrisa irónica, sentenció:

—Tardamos menos de un siglo en echarnos a perder. A partir de entonces, todos los descendientes dedicaron su existencia a dilapidar lo que habíamos logrado.

—¿Usted también?

—Me temo que no —contestó sonriendo todavía—. Cuando yo llegué, lo único que quedaba en nuestras arcas eran polillas. Y muchas facturas sin pagar, por supuesto.

Kate lo miró fijamente, como si tratase de hallar algo en su semblante. ¿Desprecio tal vez? ¿Disgusto? Andrew comenzó a sentirse incómodo por su mirada escrutadora y se removió en el sofá.

—Si su hermana tuviese que elegir, ¿preferiría a un niño o a un gato?

—¿Qué?

La miró, planteándose, por primera vez, la posibilidad de que el golpe en la cabeza la hubiese dejado realmente trastornada.

—En el hipotético caso de que su hermana tuviese que elegir entre un niño y un gato, ¿sabe por quién se decantaría?

—Por el gato, evidentemente —respondió él, todavía desconcertado.

—Eso me temía —murmuró la joven—. Creo que será mejor que vaya a mi cuarto.

—¿Es esa una invitación? —preguntó recorriéndola con la mirada—. No acostumbro a hacer ese tipo de tratos bajo el mismo techo que comparto con mi familia.

—No, excelencia —bufó Kate—. Es una advertencia. Creo que su hermana está a punto de asesinar a su hija.

Meneando la cabeza, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Se ha hecho un disfraz con las plumas de los sombreros de Briony? ¿Ha usado su vestido nuevo para acomodar a un potro recién nacido? O, mejor todavía, ¿ha

usado sus enaguas como bandera de su barco pirata?

—¿Ha hecho alguna de esas cosas? —preguntó Kate incrédula.

—Todas, milady —comentó derrotado—, y con diferentes variantes. ¿Y bien? ¿Por qué corre peligro esta vez la vida de Lottie?

—Por lo poco que he podido ver, creo que ha sometido al gato persa de lady Briony a una sesión de belleza no solicitada.

—¿Cuán malo es? —preguntó con un hilo de voz.

—Mucho. Lo ha trasquilado y, bueno, ¿de qué color era el gato?

—Blanco.

—Bien, pues ya no lo es.

Andrew sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

—¿De qué color estamos hablando? —preguntó con más miedo del que reconocería jamás.

—Verde.

—¿Verde? ¿Cómo demonios ha conseguido teñir a un gato de verde?

—No tengo ni la más remota idea, excelencia. Pero ahora el gato es verde... ¡Y a trasquilones!

—La va a matar —murmuró dejando caer los hombros.

—¿No piensa ir a defenderla?

—¿Está loca? —preguntó incrédulo—. Si entro en esa habitación, al que matarán será a mí.

—Es un honor que vayamos a conocer a la duquesa viuda —murmuró Annie esa tarde mientras recorrían uno de los pasillos del piso superior detrás de Stevens, el servicial mayordomo al que habían conocido la noche anterior—. Al parecer, aunque viva retirada desde hace varios años, sigue teniendo bastante influencia en la sociedad.

Kate asintió y Annie la observó con cautela.

—Es curioso —continuó—, por lo que sé, nadie la consideraba una gran belleza y, sin embargo, pescó a un duque.

Kate parpadeó.

—¿Crees que estaba enamorada de él?

Annie frunció el ceño, desconcertada.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa? ¡Él era un duque!

Su prima asintió, aunque Annie estaba segura de que seguiría dándole vueltas a aquel asunto. Kate era una romántica empedernida y el hecho de que aquellos que la habían rodeado desde niña hubieran sido ejemplos vivientes de grandes historias de amor no había contribuido a inculcarle un mínimo de sentido común. Sus padres se habían casado profundamente enamorados, pasando, incluso, por encima del compromiso de su madre con un primo lejano del que se rumoreaba que pertenecía a la monarquía de algún país europeo cuyo nombre, Annie, era incapaz de recordar. Y la historia de sus propios padres no había sido mucho mejor. Su madre,

hija de los marqueses de Denham, de impecable *pedigree* y educada para llegar a lo más alto de la escala social, había huido a Gretna Green con un joven barón Oxley, tremendamente guapo y encantador, pero más pobre que un deshollinador.

En el instante en el que Stevens se detuvo ante una puerta y llamó con suavidad, Annie sintió que el oxígeno abandonaba sus pulmones.

—¿Estás segura de que no recuerdas nada? —preguntó con ansiedad—. ¿Tu nombre?

Kate negó suavemente.

—¿A tus padres?

Su prima repitió el movimiento.

«Maldición —pensó Annie—. Esto no puede acabar bien».

Una voz sorprendentemente firme procedente del interior de la sala la devolvió a la realidad.

—Pase.

Annie se había imaginado a la duquesa como una anciana de cabellos grises y figura frágil. Sin embargo, la mujer que encontró en cuanto cruzó el umbral distaba mucho de aquella imagen. Mucho más joven de lo que había imaginado, en su cabello negro se distinguían algunas canas esparcidas con tanta gracia que, en lugar de deslucir su aspecto, le conferían cierta elegancia aristocrática. Su piel era tersa y sus perspicaces ojos castaños mostraban claramente que era una mujer de fuerte carácter. Tal y como había oído, no era una mujer bella. Su rostro era demasiado anguloso y su mentón demasiado afilado. Además, pese a que en ese instante se hallaba cómodamente sentada, se percibía que era una dama mucho más alta de lo que los cánones de belleza establecían.

—Por favor, siéntense —invitó la dama, señalando el sillón de damasco rosa que había junto a la butaca que ella ocupaba.

Annie se apresuró a tomar asiento en el espacio más alejado de la duquesa, no sin antes hacer un extraño movimiento que pretendía ser una reverencia.

—Excelencia, le agradecemos infinitamente su hospitalidad —comentó nada más sentarse—. Hubiera sido muy incómodo para mi prima viajar en su estado.

La mujer observó a Kate mientras tomaba asiento. Sin ningún reparo, sus ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose durante unos instantes tanto en el vendaje de su cabeza como en el extraño artilugio que inmovilizaba su brazo.

—Puedo imaginarlo —asintió—. Mi hijo me comentó que les había causado un pequeño contratiempo en el camino y que permanecerían aquí hasta que ambas se hubieran recuperado. —Sonriendo con ironía, agregó—: Evidentemente, mi hijo y yo no compartimos la definición de «pequeño contratiempo».

Por alguna razón, aquella sonrisa solo logró ponerla más nerviosa. Kate, sin embargo, parecía relajada.

—Yo también discrepo del duque en ese punto —soltó su prima y enrojeció terriblemente en cuanto se percató de que aquellas palabras podían interpretarse como una crítica hacia el hombre

en cuestión—. Es decir...

—No trate de arreglarlo —cortó, regocijada, la duquesa—. Creo que usted es, sin duda, la más indicada para discrepar de mi hijo.

Kate sonrió con timidez y Annie deseó poder fundirse con el estampado de la butaca que ocupaba. Tal vez, si permanecía en absoluto silencio, las cosas se solucionarían por sí solas.

—Bueno —comentó la duquesa, completamente ajena a su incomodidad—, aunque no me gustan demasiado las formalidades, creo que sería conveniente que se presentaran. Ni siquiera sé cómo dirigirme a ustedes.

Annie tragó saliva.

—Su hijo...

—No —cortó contrariada—, mi hijo no tuvo a bien darme ninguna otra explicación, más allá de que debíamos alojarlas en Bramshaw Manor. Me dijo que ya se presentarían ustedes. Él es así, un muchacho encantador, como pueden ver.

La expresión de fastidio de la dama resultaba tan cómica que Annie vio cómo Kate tensaba los labios para no sonreír de nuevo. Ella, por el contrario, estaba a punto de echarse a llorar.

La duquesa las observó, expectante, durante varios incómodos minutos hasta que, finalmente, Annie rompió el silencio.

—Yo soy... —titubeó y Kate le dedicó una mirada extrañada—. Soy lady Katherine Mary Hamilton —murmuró—. Condesa de Ashford. Y ella es mi prima, la honorable Annie Louise Campbell, hija del difunto barón Oxley.

Ante aquella presentación, la duquesa las observó con detenimiento. Su aguda mirada repasó cada detalle del rostro de ambas y, poco a poco, su expresión se fue oscureciendo. Con visible irritación, se levantó de golpe.

—Es usted una imbécil —espetó mirando a Annie con desdén—. ¿Qué es, exactamente, lo que pretende conseguir con este juego?

Annie palideció. Allí estaba. Aunque no le sorprendía la reacción de la duquesa, en el fondo había albergado la esperanza de que ella no las reconociera.

—No... No sé a qué se refiere, excelencia.

—¡Conozco a su madre! —La dama negó con la cabeza—. Y compartí varias temporadas con la difunta lady Ashford. ¿Creía que no sabría distinguir a sus hijas?

Fijando su mirada en la de Kate, añadió:

—Y usted, ¿por qué demonios se queda callada? ¿Acaso se avergüenza tanto de su identidad que necesita que su prima ocupe su lugar?

Kate abrió unos ojos como platos y Annie sintió compasión por ella. Al final, su tontería las había puesto en ridículo a las dos.

—Creo que ambas deberían abandonar mi casa de inmediato —sentenció la mujer—. No voy a permitir que me falten al respeto de este modo y, aún encima, ofrecerles alojamiento.

Kate se dirigió a la puerta enseguida con una expresión de absoluta confusión en el rostro,

pero, cuando estaba a punto de asir el pomo, esta se abrió de golpe.

Un torbellino de rizos rubios y ojos azules irrumpió en la habitación y se abalanzó sobre su abuela.

—¡Tata, papá dijió que vinieras al jardín a jugar con nosotros!

Apenas vio a la niña, la expresión de la mujer se suavizó.

—Enseguida, cariño. En cuanto vea a estas dos mujeres abandonar mi casa...

—No será necesario, madre —la interrumpió una voz risueña desde la puerta—. Estoy seguro de que la honorable Annie Campbell estará dispuesta a pedirte disculpas.

Annie se percató inmediatamente del desdén con el que pronunciaba su nombre. Era evidente que no tenía la menor posibilidad con aquel hombre. Sorprendida, se dio cuenta de que, en realidad, no le importaba demasiado.

—También se las pedirá a su prima, espero —continuó Andrew—. Al fin y al cabo, fue a ella a quien le robó la identidad.

La duquesa lo observó confusa.

—Lady Ashford no recuerda nada —aclaró mirando a su madre y encogiéndose de hombros —. Yo tampoco creía que eso fuera posible, pero el doctor asegura que es más común de lo que pensamos. El golpe que recibió en la cabeza parece haber borrado todos sus recuerdos.

La duquesa frunció el ceño.

—Maldita sea, Andrew —murmuró—. Me dijiste que les habías provocado un pequeño contratiempo, no que hubieras estado a punto de matar a una condesa.

—Yo no diría tanto... —El duque trató de excusarse, pero su madre ya no lo escuchaba.

—La acompañaré a su cuarto, milady. —Sujetó a Kate por el brazo y se dirigió a la puerta—. Y en cuanto a usted —gruñó fijando su mirada en la de Annie—, espero que durante su estancia aquí consiga fundirse con las paredes y evite, a toda costa, toparse conmigo en cualquier lugar de la casa. Todavía no entiendo qué demonios esperaba conseguir con una patraña tan absurda.

Annie se quedó sola en la sala, sin saber qué hacer. La advertencia de la duquesa era innecesaria. Tras aquel bochornoso episodio, lo último que deseaba era toparse cara a cara con ella de nuevo. O con el duque. Si pudiera se encerraría en su cuarto y no saldría hasta que Kate estuviera cómodamente instalada en su carruaje, a punto de emprender la vuelta a casa. De hecho, debería partir de inmediato. Podía dejar a su prima al cuidado de los Buxton y regresar a Londres.

Suspiró y se dirigió a la puerta. No podía abandonar a Kate en aquellas circunstancias. Por no hablar de los rumores que suscitaría si regresaba sola a la ciudad. Tendría que soportar la estancia en Bramshaw Manor lo mejor posible. Al fin y al cabo, ella solita se había metido en aquel lío.

Salió al pasillo, pero, en lugar de dirigirse a la escalinata principal, se fue hacia la parte trasera de la casa, donde se hallaba la escalera de servicio. Tal vez fuera mejor que empleara la misma técnica que los sirvientes habían usado durante siglos: deslizarse por las mansiones en donde

servían con tal sigilo que nadie reparase en su presencia.

Estaba a punto de bajar el primer escalón cuando escuchó la voz que había ocupado sus pensamientos desde la noche anterior. Oscura, ligeramente ronca, se deslizaba en su interior despertando sensaciones que Annie no lograba identificar. Sin pensar, se ocultó tras uno de los bustos de mármol que decoraban el pasillo. El culpable de su desasosiego no tardó en aparecer ante ella. Muy bien vestido, era más alto de lo que ella había imaginado. Su rostro no era especialmente hermoso. Rasgos comunes que pasarían desapercibidos de no ser por unos ojos casi negros que observaban con intensidad a la criada que lo acompañaba.

—Vamos, Maggy. No podré atender de manera adecuada al duque si no duermo bien.

La muchacha rio tontamente.

—Puedes probar a contar ovejas —sugirió sonrojada.

—Prefiero contarte a ti —replicó él tomándola de la cintura y acercándola a su cuerpo.

Annie sintió cómo su propia respiración se aceleraba y el calor se acumulaba en sus entrañas, a la vez que se le hacía un nudo en el estómago. Era una sensación extraña. La excitación que le provocaban sus palabras se mezclaba con algo muy parecido a los celos. Aquello no tenía sentido. No conocía a aquel hombre. Y, sin embargo, le hubiera gustado pensar que su forma de dirigirse a ella la noche anterior había sido genuina. Obviamente, no había sido así. Por lo que podía ver, aquel hombre era un sinvergüenza.

—Tengo que irme. —Annie escuchó que decía la mujer, separándose de él—. O vas a conseguir que nos despidan a los dos.

Él no protestó. Permitió que se zafara de sus brazos y que continuara su camino.

—Te espero esta noche —dijo antes de que ella desapareciera. Annie oyó la risita de la muchacha escaleras arriba.

Cuando el hombre emprendió la marcha por el pasillo, lo siguió. Sabía que no debía hacerlo. Debería volver a su cuarto y planear cómo pasaría los próximos días esquivando a todos los habitantes de la mansión. No obstante, al igual que la noche anterior, sus piernas parecían no estar dispuestas a obedecer a su cerebro. Su curiosidad la impulsó a lo largo del corredor hasta que él se detuvo ante una puerta de doble hoja. Recobrando la cordura de repente, titubeó. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—No irá a acobardarse ahora. —Él ni siquiera se giró.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —preguntó como una boba.

Él rio y abrió la puerta.

—Espero que su vida nunca dependa de sus dotes para esconderse, milady.

Annie se dio cuenta de que él se había percatado de su presencia desde el principio. Sin pararse a pensar, lo siguió al interior de la habitación. En ningún momento fue consciente de que aquel era el cuarto del duque y que la hermana de este, que justo en ese instante doblaba la esquina, acababa de verla entrar y cerrar la puerta tras de sí.

# Capítulo 3

El sol se hallaba ya alto cuando Kate abrió los ojos. Durante unos instantes permaneció en la cama, desconcertada, sin tener ni la más remota idea de dónde estaba. Poco a poco, sin embargo, los recuerdos del día anterior volvieron a su mente.

Recordó unos ojos azules clavados en los suyos, un angelito de cabellos dorados y el horror reflejado en la cara del duque cuando le había sugerido que rescatara a su hija. También recordó la ira de la duquesa viuda al descubrir el engaño de Annie y el modo en que las había despachado. Si Andrew no hubiera aparecido, estaba segura de que la dama seguiría cada uno de sus pasos hasta verlas desaparecer más allá de los muros de Bramshaw Manor.

Pensar en el duque hizo que sintiera un extraño cosquilleo en el vientre. Era un hombre extremadamente apuesto y, aunque en ocasiones podía ser un tanto brusco, solía ser un tipo encantador. Su misteriosa sonrisa, que parecía ocultar algún secreto, encandilaba a las damas, que suspiraban por él en los rincones de los salones de baile. Kate estaba segura de que, si él hubiese invitado a bailar a alguna de aquellas mujeres, la afortunada se hubiese desmayado. No obstante, era por todos sabido que el duque de Brighton jamás bailaba.

Un momento.

Consternada, se levantó de la cama de un salto.

¿Cómo sabía ella todo eso? ¿Acaso no acababa de conocerlo?

No necesitó hacer un gran esfuerzo para recordar. Ante ella pasaron imágenes del pasado, recuerdos de sus padres sonriéndole mientras la paseaban por Hyde Park siendo poco más que una niña. Se acordó de su debut y de sus desastrosas temporadas. Recordó ser la dama del momento y un montón de peticiones de matrimonio indeseadas. A su mente vino aquel apodo que tanto odiaba, *Lady Non Mercy*. Aquel sobrenombre la había condenado. De la noche a la mañana, la habían catalogado como una niña malcriada y egocéntrica, sin la menor compasión o empatía por aquellos caballeros que, aparentemente, habían caído rendidos a sus encantos.

Sin embargo, aun cuando todos aquellos recuerdos se agolpaban en su mente buscando el sitio que les correspondía, había uno que sobresalía entre todos los demás. Kate recordaba con toda claridad una noche en el oscuro jardín de lady Jersey.

Había acudido a aquel lugar en busca de una tranquilidad imposible de hallar en la mansión. Había cometido la irresponsabilidad de adentrarse en los jardines, más allá de la zona que las luces de la casa alcanzaban a alumbrar. Se había internado entre los setos, iluminados tan solo por la luna llena. Sin ser consciente de ello, había llegado al corazón del laberinto del que tan orgullosa se sentía la condesa y se había llevado la sorpresa de su vida. Allí, en aquel idílico entorno que casi parecía pensado para encuentros furtivos entre amantes, se hallaba un hombre.

Sentado en el banco que ocupaba el centro de la placita, sostenía la cabeza entre las manos mientras miraba fijamente al suelo. Pensando en que, tal vez, se encontrase indispuesto; Kate había comenzado a acercarse. Pero, entonces, él había alzado el rostro y la joven se había detenido en seco al reconocerlo.

Ante ella se hallaba el poseedor de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra.

Uno de los partidos más deseados para las madres con hijas casaderas.

Uno de los libertinos con peor fama de la ciudad.

Si la encontraban con él, su reputación estaría completamente arruinada. Y, no obstante, no había sido eso lo que la había impulsado a esconderse entre las sombras. No había sido el temor al rechazo social el que la había hecho retroceder. Lo que había llevado a Kate a alejarse del rayo de luna que iluminaba aquel lugar había sido la expresión de aquel caballero, la expresión más triste y melancólica que había visto jamás. Acostumbrada como estaba a su indolente carácter y a sus seductoras sonrisas, verlo en aquel estado la había desconcertado por completo.

Y en aquel momento, en aquel lugar tan poco apropiado, la joven había sentido por primera vez el cosquilleo en el vientre que sentía en ese mismo instante. Un hormigueo que aparecía cada vez que alguien pronunciaba el nombre de aquel hombre: Andrew Mathew Thomas Buxton, el decimocuarto duque de Brighton.

Sintiendo el escozor de las lágrimas agolpándose tras sus párpados, comenzó a vestirse. Para su visita a Primrose Cottage, la pequeña y acogedora casita donde Annie se había criado y en la que su tía seguía viviendo, incapaz de abandonar los recuerdos de los días felices junto a su esposo, había prescindido de su doncella. Ella y Annie podían apañárselas solas, pues no había ningún evento al que acudir ni nadie a quien impresionar. Evidentemente, el contratiempo del carruaje lo había cambiado todo. Eligió un sencillo vestido de muselina celeste adornado con pequeñas flores amarillas y cuyos botones se hallaban en la parte delantera. El brazo inmovilizado le dificultaba la tarea, pero, tras soltar varios resoplidos y alguna expresión que ninguna dama respetable debería conocer, logró una apariencia relativamente decente.

Poco después de aquel encuentro, él había desaparecido de la esfera social. Un par de coincidencias más en los salones más renombrados de Londres y no lo había vuelto a ver. Hasta entonces.

No dejaba de ser irónico que se hallase alojada en casa del que, en gran medida, era el culpable de que se hubiese convertido en una solterona.

Aquel encuentro en los jardines había supuesto un antes y un después en su vida.

Antes de aquello era una joven romántica y soñadora en busca de su alma gemela.

Después era, sencillamente, una mujer que ya había encontrado al caballero de sus sueños...

Solo que este no había reparado en ella.

Hasta entonces, hasta aquella noche que ahora le gustaría poder olvidar, había concedido a sus pretendientes la oportunidad de conquistarla, les había dado tiempo y solo los había rechazado una vez comprobado que no soportaría pasar el resto de sus días a su lado.

Desde entonces, sin embargo, rechazaba sus avances y descartaba sus proposiciones en el mismo instante en el que descubría que no le hacían sentir esas mariposas en el estómago que le eran ya tan familiares, en el mismo momento en el que se percataba de que no eran unos tristes ojos azules los que la miraban mientras se declaraban.

Y no es que tuviera la menor esperanza de que algún día el duque se fijara en ella. Esa posibilidad había quedado descartada desde el principio. Andrew nunca le había prestado atención y Kate sabía a ciencia cierta que esa situación no cambiaría jamás. Al duque le gustaban las mujeres sofisticadas, mundanas y tremendamente hermosas, no las excéntricas sabelotodo que preferían quedarse en casa leyendo un libro que asistir al baile más importante de la temporada.

Kate recordó con claridad cómo, cada vez que el duque llegaba a algún acontecimiento social en el que ella se encontraba, recorría la sala con la mirada. Tal vez trataba de hallar a su familia y amigos. Quizá lo que buscaba era a las bellezas que habían asistido al evento. Fuera como fuere, aquellos ojos azules que cada noche la miraban en sueños, en el mundo real jamás se habían detenido en los suyos.

Hasta la noche anterior. En su estudio, Andrew la había mirado. Por primera vez en su vida, Kate había sentido que él la observaba de verdad, que su mirada no pasaba de largo sin reparar en su presencia como solía suceder. Además, le había hablado. Si bien era cierto que habían sido formalmente presentados la temporada de su debut, tanto tiempo atrás, entonces solo habían cruzado los saludos de rigor y se habían separado. A Kate aquello le había sabido a poco porque, aunque había sido antes de la noche de los jardines, él era un duque y que le prestara atención en aquella época le hubiese granjeado cierta popularidad. Para Andrew, como había quedado bien claro el día anterior, aquella presentación no había supuesto nada más que un rostro que sumar a su infinita lista de jóvenes damas que las madres casamenteras arrastraban hacia él.

Era lamentable. Llevaba años enamorada de un hombre para el que ella jamás había existido. Si hubiese algún premio para la dama más patética de la temporada, estaba segura de que se lo hubiesen otorgado...

Año tras año.

No obstante, a pesar de todo, la noche anterior había supuesto un suceso de vital importancia en la vida de Kate y, sin embargo, no había sabido aprovecharlo. Suspiró. Incluso si su memoria no hubiera fallado, aquel encuentro no habría cambiado nada. El duque jamás había mostrado interés por ella cuando era una joven respetable, ¿por qué habría de hacerlo ahora que estaba

completamente arruinada?

Exasperada, abrió la puerta y abandonó la habitación. Caminando por el largo e iluminado pasillo, se dirigió a la sala matinal que la duquesa le había mostrado el día anterior. Desayunaría y esperaría la visita del doctor. Aunque el brazo seguía molestándola, el dolor de cabeza casi había desaparecido, por lo que no había ningún motivo para que permaneciera más tiempo en ese lugar. En cuanto pudiera, reanudaría su viaje y regresaría a su casa vacía de Londres, a los insulsos paseos por Hyde Park y a los escasos bailes a los que todavía la invitaban y donde fingía no sentir las miradas reprobatorias y los cuchicheos maliciosos de los que la rodeaban.

—No puedo mantenerla aquí durante demasiado tiempo —afirmó Andrew apoyándose en la baranda de la terraza.

Sebastian Adrien Nicholas Lawrence Sinclair, el séptimo marqués de Stratford, lo observó con una seriedad poco habitual en él.

—No pasará nada. Nadie sabe que está aquí.

Nervioso, el duque comenzó a pasearse por el balcón.

—Es cuestión de tiempo que alguien se entere. —Frunció el ceño—. Lo último que necesita mi familia es que la presencia de esa escandalosa mujer nos vuelva a poner en el punto de mira de la sociedad.

—Creo que exageras. —Su amigo se dejó caer en una silla de hierro forjado y estiró las piernas mientras cerraba los ojos y alzaba el rostro hacia los tenues rayos de sol que esa mañana se dejaban vislumbrar entre las nubes.

Andrew reparó entonces en la tonalidad amarillenta de uno de sus pómulos. Era evidente que Sebastian había vuelto a meterse en problemas. Suspiró. Sentía un gran aprecio por su amigo, se habían criado juntos y sabía que a él podría confiarle su vida. No obstante, aquellas marcas que lucía con tanta frecuencia eran la prueba tangible de las malas decisiones que tomaba.

—Las damas tuvieron un accidente cerca de tu casa y tú las alojaste —prosiguió Sebastian, ajeno a sus reflexiones, y Andrew supo que, si le preguntase por ese nuevo moretón, él solo se reiría y le respondería con evasivas—. Es lo que cabe esperar de alguien de tu posición. Estoy seguro de que llamaría mucho más la atención que no lo hubieras hecho.

Andrew trató de relajarse. Tal vez Sebastian estuviera en lo cierto. Quizás, en su afán por proteger a su familia, estaba exagerando la situación.

—No le des más vueltas y aprovecha este regalo del destino —comentó Sebastian, recuperando la expresión burlona que solía ser habitual en él—. Tienes a una condesa condenadamente bonita bajo tu techo.

—¿Y eso cómo lo sabes? Creo recordar que tú estabas *condenadamente* borracho el día del accidente.

La sonrisa del joven se ensanchó todavía más.

—Acababa de heredar el título y debía celebrarlo tal y como se esperaba de mí. —Rezumando ironía, añadió—: Sabes que no me gusta defraudar a nadie.

Pese a la despreocupación de su comentario, Andrew percibió la aflicción de su amigo. El padre de Sebastian no había sido mucho mejor que el suyo. Egoísta y huraño, había tratado a su hijo con desdén desde su más tierna infancia. Había aprovechado cualquier ocasión para recordarle lo defraudado que estaba con él. Y, tras asumir que jamás satisfaría las expectativas del marqués, Sebastian se había dedicado con toda su alma a darle la razón. Se había convertido en el libertino descarado e insolente que él creía que era.

—No obstante —proseguía sin reparar en los pensamientos de Andrew—, no olvides que yo no soy un monje como tú y he frecuentado los salones londinenses desde que cumplí los quince años. —Cruzándose de brazos, añadió—: Conozco de sobra a la condesa, aunque, como comprenderás, siempre me he mantenido alejado.

—¿Por miedo a convertirte en otro patético pretendiente?

Sebastian negó con la cabeza.

—Ella no es el tipo de mujer con el que me suelo relacionar.

—Según dicen, sí lo es.

El marqués lo miró serio de nuevo.

—Tú, mejor que nadie, sabes que uno no debe fiarse nunca de los chismorreos.

Durante unos instantes, el silencio se extendió entre ellos. Finalmente, recuperando su inicial posición relajada junto a la balaustrada, Andrew fijó sus ojos en el horizonte.

—¿Crees que lo que se dice de ella no es cierto?

Sebastian soltó un sonido extraño, una mezcla entre una carcajada y un bufido exasperado.

—Salió por la puerta principal del club de juego más popular de la ciudad a plena luz del día. Es evidente que parte de lo que dicen es cierto. —Se encogió de hombros—. Tal vez sea realmente la amante del dueño de ese antro. O, tal vez, haya otra explicación.

—Tal vez —asintió el duque sin mirarlo—. No parece la amante de nadie.

—No —aceptó Sebastian—. Tengo entendido que es una intelectual que prefiere la compañía de un libro a la de cualquier persona. Además, es tímida. Pese al éxito de sus primeras temporadas, jamás la vi cómoda siendo el centro de atención. Recuerdo que hacía todo lo posible por fundirse con las paredes.

El marqués lo miró durante unos instantes.

—Coincidiste con ella antes de desaparecer. ¿No la recuerdas?

Andrew negó con la cabeza.

—Me la presentó la reina durante una jornada en Ascot, pero solo recuerdo las ganas que tenía de irme de allí.

—Es curioso —murmuró Sebastian—, estoy seguro de que hubierais congeniado si le hubieras dado una oportunidad. Parece...

Se encogió de hombros, dejando la frase en el aire. Andrew lo observó intrigado. Su amigo, no

obstante, parecía haber terminado su discurso y se dirigía ya al interior de la mansión.

—¿A dónde demonios vas?

—A mi casa, evidentemente. Por si no lo recuerdas, yo también tengo una.

—Dado que pasas más tiempo en la mía que en la tuya, es lógico que a veces se me olvide —replicó Andrew con ironía—. Pero antes dime qué es lo que parece.

—Parece la pieza que falta en tu familia de escándalos.

# Capítulo 4

—Deberá mantener el brazo inmovilizado un par de semanas más —comentó el doctor mientras manipulaba la extremidad de Kate con delicadeza—. Es importante que la fractura sane, pero no podemos arriesgarnos a que se produzca una anquilosis.

Aquel término resultaba completamente desconocido para Kate, que interrogó al médico con la mirada.

—Si mantenemos el brazo inmovilizado durante demasiado tiempo, puede acabar perdiendo parte de su movilidad —explicó colocándole de nuevo los vendajes.

Kate dio un respingo ante aquella explicación. No se había planteado que aquel incidente pudiera dejarle secuelas a largo plazo.

—No se preocupe. —Pese a que no la estaba mirando, el doctor pareció adivinar sus pensamientos—. He hecho esto otras veces. Y usted es joven. Curará sin problema, siempre y cuando cumpla con mis indicaciones.

Ella asintió y siguió los rápidos y seguros movimientos del hombre con la mirada. Aunque la noche del accidente, cuando lo había visto por primera vez, le había parecido un anciano, al observarlo con más detenimiento se percató de que era más joven de lo que parecía. Rondaría los cuarenta años, pero su figura alta y desgarbada y su barba gris le conferían el aspecto de alguien mucho mayor.

Tras sujetar con firmeza los extremos de las vendas y colocar la extremidad en un cabestrillo, el doctor comenzó a guardar sus instrumentos en una bolsa de lona negra.

—Imagino que ya ha recuperado la memoria —comentó escrutándola con curiosidad.

—Sí —asintió Kate—, esta mañana, al despertarme, todo había vuelto a su lugar en mi cabeza.

El hombre asintió y se puso en pie.

—He tenido pacientes que, tras un golpe, tuvieron problemas similares. Sin embargo, nunca había tenido un caso como el suyo. Normalmente, sufren dificultades para recordar acontecimientos recientes o para retener información, pero no se olvidan de su infancia o de su identidad.

El doctor se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—La mente humana es muy difícil de comprender. Quizá exista alguna razón por la que su pérdida de memoria haya sido mayor que la de otros pacientes, pero nunca lo sabremos. —Girándose un instante, se despidió con una ligera reverencia—. La veré de nuevo dentro de una semana.

—Ya no estaré aquí —dijo Kate antes de que abandonara la habitación—. Debo regresar a casa.

El hombre frunció el ceño.

—¿Hay algún asunto en Londres que requiera de su presencia inmediata?

Kate dudó unos instantes. ¿Había algo en aquella ciudad que necesitara de su regreso? No había nadie en su casa que la esperara y sabía que sus sirvientes se ocuparían diligentemente de mantener impecable la mansión aunque ella no estuviera, tal y como habían hecho desde que era una niña. Tampoco la echarían de menos en los eventos de la temporada, excepto para cuchichear a sus espaldas sobre su vida amorosa. Con cierta tristeza, se percató de que, en realidad, nadie la echaría en falta si no regresaba.

—No —murmuró con pesar.

—Bien. —Ajeno a su angustia, el médico abrió la puerta y se dispuso a abandonar el cuarto—. Quédese aquí un tiempo. Estoy seguro de que la hospitalidad del duque se extenderá unas cuantas semanas más y es más seguro para usted no exponerse a un viaje tan largo. Aunque hayamos retirado el vendaje, la herida de su cabeza todavía no se ha cerrado completamente y debe mover el brazo lo menos posible. Aquí estará bien.

Y, sin más, abandonó la habitación. Kate suspiró y se recostó en los suaves cojines de la cama. Precisamente eso era lo que le preocupaba, encontrarse demasiado bien en aquel lugar.

Mientras contemplaba desde la ventana de su despacho a la misteriosa mujer que se había colado en su vida, Andrew se preguntó de nuevo cuánta verdad habría en los rumores que corrían sobre ella.

Sabía que, durante sus primeras temporadas, había sido todo un éxito y había recibido propuestas de algunos de los caballeros más elegibles de Londres. Su popularidad era comprensible, pues, aunque Andrew no se había fijado en ella entonces, era evidente su belleza. Además, hasta donde él sabía, también poseía una considerable fortuna que su padre, el conde de Ashford, le había dejado en herencia. Incluso tenía la suerte de tener un título por derecho propio, ya que su progenitor había logrado que, al otorgarle el condado, la monarquía añadiera una cláusula según la cual su única hija podría heredarlo. Era, pues, completamente absurdo que la mujer que en ese instante caminaba por su jardín con Lottie revoloteando a su alrededor hubiera permanecido soltera durante más de tres temporadas. Y todavía más ilógico resultaba que se hubiera convertido en la amante de un hombre cuya identidad nadie conocía y que lo hubiera hecho público de un modo tan descarado.

Abandonando su lugar junto a la ventana, caminó hacia la cómoda butaca de cuero que le esperaba frente a su escritorio y el inmenso montón de documentos que se había acumulado allí durante las últimas veinticuatro horas. Aquellos papeles parecían multiplicarse a cada minuto que pasaba y cada vez le resultaba más difícil terminar su trabajo antes de que anocheciera. Pasaba horas en aquella habitación, dirigiendo sus propiedades, calculando los beneficios y pérdidas de sus negocios y estudiando las nuevas propuestas que le llegaban. Probablemente, cualquier otro mortal ya hubiera desistido y se hubiera conformado con mantener la fortuna que sus arcas poseían en ese momento. Pero Andrew no.

Las penurias del pasado, las noches en vela devanándose los sesos buscando una solución a sus problemas económicos, el miedo a la pérdida de sus posesiones y la incertidumbre ante el lamentable futuro que parecía aguardarle a su familia lo habían convertido en el ser frío y ambicioso que ahora era. Su vida giraba en torno al trabajo y ni siquiera aquel diablillo de rizos dorados que poseía sus mismos ojos había logrado alejarlo de él.

Sosteniendo la pluma en su mano izquierda, comenzó a sumar las cantidades que tenía ante sí. No obstante, en lugar de concentrarse en la tarea, sus pensamientos volaron de nuevo hacia la ventana.

No comprendía qué demonios tenía aquella mujer que lograba que su mente regresara a ella una y otra vez.

Soltando un bufido, se mesó el cabello y comenzó a sumar de nuevo. Por muy tentadora que lady Ashford resultara, él jamás había tenido ningún problema para mantener a raya sus instintos.

La tensión que sentía en la entrepierna le hizo fruncir el ceño. Aquello no significaba nada. Cualquier hombre sano en sus circunstancias se excitaría al tener a una mujer atractiva bajo su techo.

Entonces, recordó a la hermosa prima rubia de la condesa.

Su excitación se esfumó y frunció el ceño un poco más.

Con un bufido de exasperación meneó la cabeza y corrigió sus propios pensamientos: cualquier hombre sano en sus circunstancias se excitaría al tener a una mujer atractiva, y con un mínimo de sentido común, bajo su techo. Asintió. Eso era exactamente lo que sucedía y, desde luego, no significaba nada.

Annie se paseó con nerviosismo ante la ventana de su habitación. Fuera estaba anocheciendo y la luz anaranjada del crepúsculo dibujaba curiosas formas en los muebles y las paredes. Se había pasado los últimos minutos acercándose y alejándose de la puerta, sin decidirse a traspasarla. En su interior, su cerebro y su corazón se enfrentaban en una encarnizada batalla. Se sentía exhausta. Sabía que, de ceder a sus impulsos, estaría cometiendo la estupidez más grande de su vida. No obstante, en los últimos días parecía que ese era su proceder habitual. Recordó la mañana en que se habían reunido con la duquesa. Había entrado en un cuarto ajeno siguiendo a un hombre del

que no sabía nada. Y lo había hecho sin titubear.

—Eres más temeraria de lo que pensaba, pequeña —había dicho él, sorprendido, al verla entrar a su espalda—. No deberías estar aquí.

—Me pidió que le siguiera. —Y ella lo había hecho, como una tonta.

Él había sonreído y había desaparecido en una habitación contigua que semejaba un vestidor. Minutos después, había regresado con diversas prendas masculinas cuidadosamente alisadas sobre su brazo izquierdo. Una camisa blanca sin adornos. Un pantalón de un discreto gris plomo. Un chaleco color crema...

—Usted es el ayuda de cámara del duque —había murmurado ella, más para sí misma que para él.

El hombre se había reído quedamente.

—¿Cómo lo ha adivinado? —había preguntado con un brillo travieso en los ojos mientras volvía a desaparecer unos instantes para regresar con unos lustrosos zapatos negros en la mano —. En efecto, milady. Soy un sirviente. Y usted está a solas conmigo en una habitación con una enorme cama que, estoy seguro, agradecería que le dieran cierto uso.

—El duque...

El hombre había estallado en carcajadas.

—De lo que le he dicho, ¿es eso lo que le preocupa? —Él había parecido realmente divertido —. No tienes ni una pizca de sentido común, pequeña. No, el duque no trae mujeres a su cama. Hasta donde yo sé, su vida es la de un monje.

Annie había parpadeado. Le había sorprendido descubrir que aquella información que, en otro tiempo habría sido de vital importancia, la dejaba indiferente.

—¿Estás interesada en él? —le había preguntado tuteándola de nuevo.

—Sí tengo sentido común —se había sorprendido diciendo—. Solo que no lo estoy usando mucho últimamente.

El hombre había vuelto a reír con ganas.

—¿Cómo te llamas?

—Soy la honorable Annie Louise Campbell, ¿y usted?

Él había sonreído. Una sonrisa de verdad, sin rastro de ironía. Y Annie se había quedado sin aliento. Cuando sonreía era realmente apuesto.

—Jack.

—¿Jack y qué más?

Su sonrisa se había ampliado.

—Jack y nada más. Los de mi clase no tenemos tiempo para pensar en tonterías como en los segundos nombres. Bastante nos cuesta poner el primero. Si pudiéramos nos llamaríamos por orden: hijo uno, hijo dos, hijo tres...

—¿Y usted qué número ocupa? —había preguntado, sintiendo más curiosidad que por cualquier información que él hubiera podido darle sobre el duque.

—En mi caso no hay número. Mi madre murió al dar a luz.

—Lo siento —había murmurado Annie y había sentido verdadera compasión por él. Ella había sido muy afortunada con los padres que le habían tocado. Tal vez no fueran ricos, pero habían sentido auténtica devoción por ella.

Jack se había encogido de hombros.

—No creo que mi vida hubiera sido muy diferente si no hubiera muerto. Era doncella en Londres. Aunque logró ocultar su embarazo durante casi ocho meses, finalmente, se enteraron y la echaron a la calle. No tenía a dónde ir, solo una conocida que servía en una casa cercana. La escondió en las caballerizas durante algunas semanas hasta que parió en medio de un montón de heno. Los ronquidos de los caballos y el olor del estiércol fueron mi regalo de bienvenida. Por lo que sé, ella ni siquiera llegó a verme y su amiga se deshizo de mí en cuanto tuvo ocasión.

—Lo siento —había repetido Annie.

Pero él había negado con la cabeza.

—No deberías sentirlo, deberías salir corriendo. Eres una dama y, aunque mi posición actual pueda llevar a engaño, yo soy lo más bajo que te puedas encontrar entre los criados. No tengo padre. Mi madre era doncella, mi abuela fregó suelos hasta que fue tan vieja que no podía arrodillarse y mi abuelo era limpiacristales. Podría seguir ascendiendo en mi árbol genealógico, pero me temo que todos mis antepasados eran igual de impresionantes.

—Tal vez su padre fuera...

—No lo digas —había cortado él, adoptando, por primera vez, una expresión furibunda—. Lo más probable es que mi padre fuera otro de los criados de la casa donde trabajaba mi madre. O algún artesano. Además, ¿qué demonios importa? ¿Cambiaría algo que fuera el bastardo de un noble? Seguiría teniendo que ganarme la vida para trabajar y esta situación seguiría siendo terriblemente inapropiada. El duque está a punto de subir a cambiarse e imagina lo que pensará si te encuentra aquí.

Annie había recobrado, por fin, el sentido común. Después del ridículo que había hecho, lo último que necesitaba era que el duque se la encontrara en su cuarto. Antes de abandonar la habitación, le había dedicado una última mirada interrogante, preguntándose si podría verlo de nuevo, pero no había sido capaz de abrir la boca.

—En el mismo sitio donde me encontraste la primera vez —había respondido él, leyéndole el pensamiento—. Me cuesta dormir, así que suelo salir al jardín cuando todos se acuestan.

Ella había asentido, pero, antes de que abandonara la habitación, Jack la había detenido. Había sujetado su muñeca con suavidad y la había atraído hacia él. Annie se había encontrado entre sus brazos sin tener ni la más remota idea de cómo había llegado hasta allí. Y él la había besado. Había rozado su mejilla con la mano libre mientras sus labios habían acariciado los suyos con suavidad, robándole el aliento. No había sido nada, solo un simple roce, pero había sido perfecto.

Y aquel beso la había llevado a la situación actual. Habían pasado varios días en los que ella había cumplido su promesa de esquivar a todos los miembros de la casa. Pasaba la mayor parte

del tiempo encerrada en su cuarto, usaba la escalera de servicio para desplazarse y evitaba, siempre que era posible, asistir a las comidas formales. Se había sorprendido al descubrir que no le importaba en absoluto. En Primrose Cottage había llevado una vida extremadamente sencilla. Se había criado con una cocinera y una doncella como único servicio. Su padre se encargaba de las labores más pesadas de la casa. No era extraño ver al barón Oxley con la camisa remangada cortando leña para el invierno. Su madre ayudaba en las tareas domésticas olvidando por completo que, en otro tiempo, había sido la hija favorita de un marqués. Ella había crecido como una niña más de aquel pueblo dejado de la mano de Dios, corriendo entre la hierba y cazando renacuajos en los riachuelos. Solo la insistencia de su tío, el padre de Kate, había hecho que el barón y la baronesa aceptaran enviarla a Londres cuando cumpliera los diecisiete para que disfrutara de una temporada. Lo habían hecho a regañadientes, renuentes a separarse de ella. Pero aquello había hecho soñar a Annie. Se había sentido fascinada por la promesa del glamour y el lujo de la ciudad, y había decidido convertirse en el ideal de dama inglesa. Quería a sus padres, pero una vida en la capital, entre bailes, fiestas y obras de teatro, se le antojaba más apetecible que aquella existencia rural.

No obstante, la muerte del conde y, pocos meses después, del propio barón había retrasado su presentación. Había cumplido ya los veinte años cuando se había presentado en sociedad. Y ahora, cuando, por fin, se hallaba inmersa en la temporada y se había convertido en una de las favoritas de los caballeros, se encontraba con que estaba dispuesta a mandarlo todo al garete por ver de nuevo a un sirviente de ojos negros que no había abandonado sus pensamientos desde que le había hablado por primera vez.

—Maldita sea, Annie —murmuró para sí misma—. Deja de comportarte como una cabeza hueca. Eres la hija de un barón. Puedes aspirar a un buen matrimonio.

Y, por tercera vez esa semana, se apartó de la puerta y se fue a la cama.

—¿Te duele? —preguntó Briony, días más tarde, viendo cómo Kate movía con cuidado el brazo para colocarse bien el cabestrillo.

—Un poco. —Se encogió de hombros—. Podría haber sido peor.

Briony sonrió. Le gustaba mucho Kate. Era inteligente y amable y, pese a sus circunstancias, no se había quejado ni una sola vez. Era agradable tener a alguien así con quien hablar.

—Sí, podrías haberte roto los dos brazos —asintió—. O una pierna. O las dos.

Kate sonrió, divertida.

—O el carruaje podría haber volcado y caído por un precipicio...

La sonrisa de la condesa se borró al instante y Briony notó cómo se estremecía.

—¡Era una broma! —aclaró con asombro al percatarse de que Kate se había puesto pálida—. Lo siento, no pretendía asustarte.

Kate negó con la cabeza y sonrió apesadumbrada.

—No te preocupes, no pasa nada.

No obstante, el ánimo dicharachero que había mostrado hasta ese momento desapareció y Briony se dio cuenta de que su ocurrencia había tocado un punto delicado.

—¿Dónde está tu prima? —preguntó, esperando que el cambio de tema aligerara el ambiente.

—No tengo ni idea. —Kate se encogió de hombros—. Parece que se tomó en serio la advertencia de tu madre y la evita por todos los medios.

—Creo que es mi madre la que se esconde de ella. —Briony sonrió traviesa—. Está tan ocupada evitando a tu prima que he logrado colarme en la cocina para comer pasteles dos días seguidos y ni se ha enterado. Jamás había tenido tanta suerte.

Kate la observó con la risa bailando en sus ojos. Briony era una golosa incorregible y Antoine, el cocinero francés que estaba al frente de los fogones de la mansión, no dudaba en aprovecharse de ello cada vez que creaba un nuevo dulce. Además, la joven era tan adorable que todos los miembros del servicio estaban encantados de que los visitara en sus dominios y se esforzaban por mimarla y proporcionarle cualquier cosa que le apeteciera. Solo su madre era capaz de negarle sus caprichos y solía amonestarla cada vez que la descubría colándose a hurtadillas en la cocina, lo que ocurría casi cada día. De hecho, Briony estaba convencida de que la duquesa se escondía tras una de las palmeras del pasillo y permanecía horas allí, esperando a que ella hiciera su aparición para pillarla *in flagranti delicto*. Y, aunque ella usaba todos sus recursos para tratar de esquivarla, raramente lograba culminar con éxito su misión. Por eso, el hecho de que hubiese alcanzado su objetivo en dos ocasiones consecutivas solo podía deberse a que la duquesa estaba demasiado ocupada en otros menesteres. Como evitar a la esperpéntica mujer que, tras tratar de engañarlos, perseguía a su hijo.

—El otro día la vi entrar en el cuarto de mi hermano —informó Briony.

Kate abrió los ojos como platos.

—No entiendo qué pretende —murmuró negando con la cabeza—. Se ha comportado de una forma extraña desde el accidente.

—Creo que lo que busca es evidente. —Briony sonrió divertida—. Pretende pescar a un duque. No parece darse cuenta de que mi hermano no tiene el menor interés en ella y de que, aunque lo tuviera, nadie en esta casa hablaría a su favor si ocurriera algo «deshonroso».

Su sonrisa se amplió al percatarse del ceño fruncido de Kate.

—No te preocupes, nadie va a deshonrar a tu prima.

—El duque...

Briony pareció comprender lo que iba a decir y la cortó de inmediato.

—No, Kate —dijo repentinamente seria—. Mi hermano no seduce jovencitas. Nunca lo ha hecho, por mucho que algunos se hayan empeñado en tacharlo de donjuán. Tú, mejor que nadie, deberías saber lo peligroso que es creer en los rumores.

Kate la observó pensativa.

—¿Por qué yo mejor que nadie?

—Vamos —bufó su amiga—, he pasado los últimos días contigo. Creo que te conozco un poco. Tú no eres la querida de nadie.

La seguridad con la que hizo aquella afirmación sorprendió a la condesa.

—Annie lleva semanas viviendo conmigo y está convencida de que es cierto.

—Tu prima es idiota —sentenció Briony encogiéndose de hombros.

Y, aunque los lazos familiares que las unían deberían haberla forzado a defenderla, Kate no pudo contradecirla.

—Andrew nunca ha sido un calavera —Briony había regresado al tema inicial—. Tampoco digo que fuera un santo. Aunque yo era demasiado joven y todavía no pasaba mucho tiempo en Londres, sé que durante unos cuantos años se lo pasó muy bien. Pero hay algo en lo que parece que nadie ha reparado. No teníamos dinero, Kate. Así que, cuando escuches que el duque hacía apuestas y gastaba su fortuna jugando a las cartas, recuerda que no podía apostar algo que no tenía. Y cuando llegue a tus oídos que Andrew era un seductor, piensa en a qué tipo de damas podía seducir un noble empobrecido que raramente frecuentaba los eventos sociales y que jamás bailaba.

Tras escuchar a Briony, Kate se planteó, por primera vez, que tal vez la imagen que se había creado de aquel caballero no era real. Quizá incluso aquella noche, en el laberinto, hubiera interpretado mal su expresión. Tal vez...

—¿En qué piensas? —Briony la observaba con atención.

—Hace años... —Dudó unos instantes—. Hace años me encontré a tu hermano en un baile.

Briony asintió.

—Supongo que durante alguna de tus primeras temporadas. ¿Te lo presentaron formalmente?

—Sí —afirmó—, pero no ahí. Ya nos habían presentado en la Royal Ascot, aunque no creo que tu hermano lo recuerde. No me prestó demasiada atención. —Se encogió de hombros—. El baile del que te hablo tuvo lugar durante mi segunda temporada. Era uno de los eventos más importantes del año y lo celebraba lady Jersey en su mansión de Mayfair. Yo estaba deseando salir de allí. Nunca me ha gustado demasiado estar rodeada de gente y en esa época solía tener uno o dos pretendientes pendientes de cada paso que daba.

—Según tengo entendido eran más de uno o dos —dijo Briony con regocijo.

Kate sonrió avergonzada.

—Nunca hice nada para atraerlos. Para eterno disgusto de mi padre y de lady Ramsay, mi madrina en aquella época, me limitaba a asistir a los eventos que ellos seleccionaban y a ser amable. Jamás se me ha dado bien coquetear. Por eso el éxito de mis primeras temporadas me es totalmente incomprensible.

Briony parecía a punto de decir algo, pero, al final, asintió sin más.

—Como te decía —prosiguió Kate—, estaba agobiada así que me colé por uno de los

ventanales traseros y salí a los jardines.

—Algo que ninguna dama respetable debe hacer jamás —declaró Briony divertida—. Supongo que encontraste a mi hermano en alguna situación comprometida.

Kate negó con la cabeza.

—Había luna llena y los jardines estaban más solicitados de lo que yo había esperado —prosiguió—, así que caminé hasta el laberinto tratando de no reparar en ninguna de las parejas con las que me cruzaba. Me hubiera resultado bastante violento reconocer a alguien. Cuando, al fin, lo alcancé me interné más de la cuenta y llegué a la fuente central. Pensé que no había nadie.

—Pero mi hermano estaba allí.

Kate asintió.

—¿Reconociste a su acompañante?

—Estaba solo. —Durante unos instantes permaneció en silencio, preguntándose si se había equivocado al contarle aquello a Briony. Finalmente, decidió continuar—: Lo había visto muchas veces antes. Acudía a los bailes para hacer acto de presencia, recorría los salones con la mirada y se iba con la misma premura con la que había llegado. Siempre con una sonrisa astuta, como si se estuviese burlando del mundo. Sin embargo, esa noche no sonreía.

Briony la observó con atención.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Kate reflexionó un momento.

—Cuatro años.

La expresión de Briony se volvió cauta.

—¿Qué sucedió? ¿Hablaste con él?

—No —se apresuró a responder Kate—. Ni siquiera me acerqué. Me habían advertido sobre él y sabía que podía meterme en un lío. Además, su expresión...

Kate frunció el ceño y Briony la interrogó con la mirada.

—No sé por qué te cuento esto.

—¿Qué pasaba con su expresión, Kate?

Kate tardó en responder. ¿Qué pasaba con su expresión? En realidad, no tenía ni idea. Le había parecido un hombre derrotado y eso chocaba completamente con el caballero con el que había coincidido otras veces. Sin embargo, tal vez se había equivocado. Quizá lo que había visto había sido fruto de la noche y de su propia imaginación. Incluso podía ser que el duque estuviera esperando a alguien.

Percibiendo su vacilación, Briony la interrogó de nuevo.

—¿Qué viste?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Tal vez solo fueron imaginaciones mías, pero me pareció el hombre más triste que hubiera visto nunca.

Durante unos instantes permanecieron en silencio.

—Debo ir a buscar a Lottie —dijo Briony, de repente, y abandonó la habitación a toda prisa,

dejando a Kate completamente aturdida.

# Capítulo 5

—¡Mamá!

Kate abrió los ojos de golpe. La tenue luz del amanecer se abría paso a través de la ventana de su cuarto. No obstante, dado que toda la habitación permanecía en penumbra, calculó que no podían ser más de las cinco. Desperezándose, todavía somnolienta, recordó lo que la había despertado.

Había soñado con el accidente. Hacía años que no sufría aquella pesadilla. De hecho, había pensado que lo había superado ya, pero, al parecer, no había sido así.

Sin saber qué hacer y completamente segura de que no podría volver a dormirse, se vistió la práctica bata de algodón que la noche anterior había dejado a los pies de la cama y salió al pasillo.

La casa parecía desierta, mas los amortiguados sonidos que llegaban desde alguna parte de la planta baja dejaban claro que el trajinar matutino de los sirvientes ya había comenzado. Tratando de no hacer ruido, Kate bajó las escaleras y se dirigió a la biblioteca. Tal vez podría aprovechar las horas que faltaban para que el resto de los habitantes de la casa abrieran los ojos. Quizá, en alguno de los estantes de aquella habitación, encontrase algún libro que mereciese la pena.

El chirrido de la puerta la sobresaltó, aunque no tanto como lo que encontró al entrar en la estancia. En uno de los sofás de cuero marrón situados frente a la chimenea, se hallaba, ni más ni menos, que el todopoderoso duque de Brighton...

Profundamente dormido.

Durante unos instantes, la joven contuvo la respiración. Viéndolo así, incluso podía imaginar que ella era algo más que una invitada indeseada para él. Podía soñar con que abriría los ojos, le sonreiría y le pediría que se sentase a su lado. Si se concentraba y olvidaba quién era y dónde estaba, incluso era posible que, en su fantasía, él la besara. Nada escandaloso, por supuesto, pero un beso, al fin y al cabo. Y, tratándose de Andrew, solo con eso bastaría.

Suspirando, dejó caer los hombros. Era absurdo soñar con algo que sabía que no pasaría jamás. Tras la conversación que habían mantenido la primera noche, no había sido capaz de cruzar más de un par de palabras con él. En las dos semanas que llevaba en aquel lugar, su

relación no había ido más allá de unas cuantas frases educadas y algunas miradas. Más bien muchas miradas. Sin saber por qué, siempre que ambos se hallaban en la misma habitación, Kate no podía evitar que sus ojos persiguieran al duque. Y también, por una razón desconocida, el caballero en cuestión parecía poseer un sexto sentido para detectar cada una de aquellas miradas embobadas.

Un movimiento frente a ella la despertó de sus ensoñaciones y la devolvió bruscamente a la tierra. Conteniendo el aliento descubrió que, en efecto, tal y como había imaginado, los ojos azules de Andrew se habían abierto y la miraban fijamente. No obstante, en lugar de una sonrisa amable se topó con su expresión ceñuda.

—¿Qué demonios hace aquí? —gruñó levantándose de golpe.

Kate tardó en contestar unos buenos cinco segundos más de lo que cabría esperar de una persona con un mínimo de inteligencia, tiempo que Andrew aprovechó para pasearse impaciente por la habitación, pasarse nerviosamente una mano por el cabello y, al final, girarse y mirarla con cara de pocos amigos.

—No podía dormir —murmuró por fin.

—¿Y decidió hacerme compañía? —preguntó él con cinismo—. Ya le dije que no realizo ese tipo de actividades en la casa donde crio a mi hija. Además, no me gusta compartir.

—No sé qué quiere decir —susurró Kate, aunque su tono despectivo le dio una pista sobre lo que vendría a continuación.

—*Lady Non Mercy* —murmuró Andrew, mirándola a los ojos—, la mujer que rechazó la respetabilidad de un matrimonio para vivir una vida de apuestas y excesos en un antro con tan mala reputación que cualquier dama respetable se negaría, incluso, a pasar cerca de su puerta.

Kate suspiró. Sabía a qué se refería. El Black Diamond. Un club de juego que gozaba de especial popularidad entre la aristocracia. En los últimos años, su misterioso propietario, cuya identidad nadie parecía conocer, había logrado convertirse en uno de los hombres más ricos del reino. Y ella había tenido la mala suerte de ser vista justo cuando abandonaba aquel lugar.

—Comprenderá que no tenga interés en compartir a la amante del dueño de ese lugar.

Apretando los puños, dejó que su mirada volase hacia el amanecer que se abría al otro lado de la ventana. Ese rumor había sido como una bola de nieve. Una situación confusa, un par de comentarios en voz baja de algunas personas importantes y, poco a poco, todo se había magnificado. Las lenguas viperinas de Londres habían disfrutado difundiéndolo y añadiendo algunos matices propios. En cuestión de horas se había convertido en la querida de un tipo sin escrúpulos y en una frecuente visitante de un club de juego cuyas puertas no se abrían para ninguna dama que pudiese presumir de serlo. Con su reputación ya por los suelos, la sociedad parecía dispuesta a creer cualquier cosa que se dijera de ella.

Andrew se percató de la repentina palidez de la joven ante sus palabras. Había esperado que se

defendiera, que negase alguna de sus recriminaciones, pero ella había permanecido impasible, como si aceptara aquellos rumores.

Desde su llegada a Bramshaw Manor, había tratado de descubrir quién era. Después de su conversación con Sebastian, le había picado la curiosidad y la había observado con frecuencia tratando de detectar algo en sus gestos o en el modo en que se desenvolvía. Pero solo había visto a una joven dulce y más tímida de lo que él se esperaba, que había congeniado sorprendentemente bien con su familia. Su hija la adoraba y Briony parecía considerarla ya una buena amiga. Y a él le gustaba. Le gustaba mucho. Y eso no era conveniente en absoluto.

Por eso la había atacado. Llevaba días obsesionado con ella. En lugar de concentrarse en su trabajo y en sus problemas, se descubría constantemente pensando en esa mujer. Se había dormido en la biblioteca pensando en ella y al despertarse se la había encontrado observándolo, como si de algún modo la hubiera invocado. Confuso y desorientado, había intentado ordenar sus pensamientos antes de abrir la boca. No había podido. En lugar de eso, había repetido, sin más, los rumores que había oído sobre ella, convencido de que no eran ciertos. Quería que los negara. Estaba seguro de que los negaría. Y, sin embargo, ahí estaba, pálida, fría e impasible, como si no hubiera nada que discutir.

—¿No va a defenderse?

Ella lo miró durante un instante. Finalmente, sin que su expresión se alterase, se encogió de hombros.

—¿Para qué? Nunca ha servido de nada.

Y, sin decir nada más, se giró y abandonó la habitación.

—Debería irme.

—¿Por qué?

Kate miró con incredulidad a la mujer que se encontraba tumbada despreocupadamente sobre su cama.

—¿Por qué? Pues porque ahora que ya casi me he recuperado por completo debería regresar a mi casa.

Aquella mañana, el doctor le había retirado el artilugio que mantenía inmovilizado su brazo y, aunque le había advertido que no debía moverlo en exceso, no había puesto impedimentos a que regresara a Londres. La herida de su cabeza llevaba días curada y no había vuelto a tener problemas de memoria. Su permanencia en Bramshaw Manor era, pues, completamente innecesaria.

—No te gusta Londres y no te espera nadie en casa. Tus sirvientes están al tanto de tu estancia aquí... ¿Qué más te da regresar hoy o dentro de quince días?

—No puedo aprovecharme así de vuestra hospitalidad. Estoy segura de que tu hermano está deseando perdernos de vista.

—No creo que le molestéis en absoluto. —Apoyando una mano en la mejilla, Briony sonrió —. Además, seguro que se siente halagado con las atenciones de tu encantadora prima. Me pregunto si habrá vuelto a meterse en su cuarto.

La expresión contrita de Kate hizo que soltara una carcajada.

—Tal vez a ella sí esté deseando perderla de vista. Aunque la mayor parte del tiempo no creo que ni siquiera recuerde que estáis aquí. Está siempre demasiado ocupado.

—Supongo que tienes razón —murmuró la condesa, resignada.

—Además, él no tiene mucho que decir al respecto —continuó la joven—, técnicamente sí porque es el duque, pero, en realidad, no.

Kate la miró, confusa y divertida al mismo tiempo. Viendo su expresión, Briony sonrió ampliamente.

—Aunque Andrew es, en teoría, el cabeza de familia, es mamá la que toma las decisiones. Y a ella le gusta tenerte aquí. —Con sonrisa maliciosa, añadió—: Me gustaría verlo intentar llevarle la contraria.

Recordando a la mordaz dama, Kate pensó que a ella también le gustaría verlo.

Levantándose de un salto, Briony se alisó el vestido y se dirigió a la puerta.

—Vamos, te enseñaré el tesoro de Bramshaw Manor.

—¡Uff!

Kate se limpió el sudor que le caía por la frente con su pañuelo y siguió subiendo.

—Sabía que los tesoros se enterraban en lugares remotos, pero nunca pensé que fueran tan remotos.

—¡Vamos, no seas quejica! —animó Briony, alegremente—. Ya estamos llegando.

—Eso espero —murmuró la condesa—. De lo contrario, es probable que tengas que arrastrar mi cuerpo sin vida de vuelta y comunicar a mis familiares y conocidos la trágica noticia.

Su acompañante rio, pero siguió caminando con la energía de alguien que acabase de levantarse de un largo sueño. Con la incredulidad reflejada en su rostro, Kate intentó alcanzarla, aunque le resultaba imposible seguirle el paso. Aquella mujer no podía ser normal. Llevaban horas caminando y, mientras que su estado era completamente desastroso, con el cabello despeinado, los bajos de su vestido de un color indeterminado, pero que no eran, desde luego, los que lucían al salir de la mansión y las gotitas de sudor deslizándose por sus sienes, su compañera era la imagen misma de la elegancia. Ni un solo pelo había osado abandonar su posición en el recogido que lucía y su vestido amarillo claro permanecía inmaculado.

No sin cierta envidia, Kate se dio cuenta de que la deslumbrante belleza de aquella mujer no podría verse empañada ni aunque se encontrase en medio de la selva y hubiese pasado un mes sin asearse. Con su sedoso cabello negro y sus intensos ojos azules, era una réplica femenina de su atractivo hermano. Y, sin embargo, aun cuando debía de tener su misma edad, Briony

tampoco se había casado. De hecho, ni siquiera habían llegado a presentarla en sociedad. Poco antes de su debut, había sucedido algo que había obligado a su familia a llevársela al campo, donde permanecía desde entonces. Y, aunque Kate había oído hablar alguna vez de la desvergonzada hermana del duque de Brighton, jamás había sabido a qué se debía su fama.

—¡Ya hemos llegado!

La exclamación de su compañera la arrancó de golpe de sus pensamientos. Dirigiendo su mirada hacia donde se encontraba la joven, se percató de que, realmente, habían encontrado el tesoro del que ella había hablado.

Situándose junto a Briony contempló el paisaje que se abría ante ellas.

—Es impresionante —murmuró casi con reverencia.

—Sí. —La voz de la otra joven parecía distante—. Siempre vengo aquí cuando quiero evadirme un rato. Al ver esto cualquier problema parece pequeño.

Y era cierto. Ante la inmensidad de aquel horizonte ellas mismas parecían insignificantes. Allí abajo, rodeada de frondosos árboles, se hallaba Bramshaw Manor. Sus jardines, mucho más extensos de lo que ella había llegado a apreciar, destacaban por su colorido en medio de todo aquel entorno verde que rodeaba la mansión. Más allá del bosque, casi donde ya no alcanzaba la vista, se vislumbraban diminutas casitas de piedra, desperdigadas por la verde explanada, como si alguien las hubiese dejado caer, sin orden ni concierto, en aquel entorno idílico.

—Aquellos son los hogares de nuestros arrendatarios —explicó Briony, como si pudiese leerle la mente—. Hasta hace unos años vivían en unas condiciones desastrosas, cortesía de mi querido padre, pero Andrew ha reconstruido toda la aldea. —Con evidente orgullo, añadió—: Todavía hay mucho trabajo que hacer, pero, al menos, las condiciones de vida de esa gente han mejorado considerablemente.

Kate volvió a contemplar aquellas pequeñas construcciones. Aunque no se podía ver demasiado de ellas desde aquel lugar, al menos no parecía que estuviesen a punto de derrumbarse.

—Si quieres podemos ir mañana —comentó la otra joven ante su evidente curiosidad—. Ahora mismo será mejor que regresemos a casa o no llegaremos para la cena.

—Mañana... —murmuró Kate—. Debería irme.

—Sí, sí —respondió Briony—. Eso ya me lo has dicho. Tú deberías irte, yo debería comportarme como una señorita, tu prima debería dejar de hacer el ridículo persiguiendo a mi hermano y mi madre debería aprender a cerrar la boca cuando algo le molesta. Es evidente que todas deberíamos hacer un montón de cosas. También es evidente que ninguna tiene la menor intención de hacerlo. Así pues, déjate de cantinelas y muévete. —El gruñido de su estómago acompañó a sus palabras—. ¡Me estoy muriendo de hambre!

Muy a su pesar, Kate no pudo evitar sonreír. Briony tenía razón, aunque en su enumeración se había olvidado de dos cosas. A la larga lista de deberes de los habitantes de Bramshaw Manor debía añadir dos más: su hermano debería dejar de juzgar a los demás sin conocerlos y su

sobrina...

Bien, su sobrina debería olvidar esa costumbre suya de robar enaguas ajenas para hacer sabría Dios qué cosas. Al paso que iban, cuando Kate abandonara la mansión, el número de sus prendas interiores se habría visto mermado considerablemente.

# Capítulo 6

—Has elegido una bonita noche para aparecer, pequeña. —Jack sonrió con ironía mientras las gotas de lluvia se enganchaban en sus largas pestañas—. No creía que fueras a venir.

Annie se encogió de hombros y desvió la mirada hacia la oscuridad que los rodeaba.

—No tenía intención de hacerlo —murmuró. Una verdad a medias. Cada noche, desde hacía semanas, había pensado en reunirse con él, pero había logrado concentrar las últimas trazas de sensatez que parecía poseer para no hacerlo. O, tal vez, había sido al contrario. Quizás, sencillamente, no había reunido el coraje para poner en riesgo aquello a lo que creía aspirar por experimentar de nuevo las sensaciones que él le provocaba. Hasta el día anterior, cuando había escuchado la conversación entre el duque y Stevens. No había sido su intención husmear, pero su habilidad para deslizarse por la casa sin ser vista había alcanzado tal grado de perfección en los últimos tiempos que, estaba segura, podría dedicarse ya al espionaje profesional. Tras aquello, había pasado la noche en vela, dando vueltas en la cama sin llegar a comprender del todo el motivo de su desasosiego. Finalmente, esa mañana se había levantado agotada y se había descubierto escuchando a escondidas los cuchicheos de las criadas en busca de alguna información al respecto. El nombre de Jack había salido en varias ocasiones. Así, se había enterado de que esa mañana había estado ocupado en las cocinas, preparando un nuevo jabón para el duque y de que había decidido añadirle unas gotas de aceite de lavanda, después de que Antoine le hablase del sofisticado jabón de su tierra. También había oído los descarados cuchicheos de Maggie y de otra doncella llamada Chloe, muy poco adecuados para sus castos oídos, y que la habían hecho sonrojar hasta la raíz del cabello. Por desgracia, ninguna de las mujeres de la casa parecía conocer el futuro cercano del ayuda de cámara.

Así pues, finalmente, se había decidido a abandonar la seguridad de sus aposentos y había acudido a los jardines mientras la lluvia empapaba su vestido y los truenos resonaban en el silencio de la noche, dispuesta a acabar con la extraña angustia que la atenazaba desde el día anterior.

—He oído que se marcha de Bramshaw Manor.

Jack la observó en silencio durante unos instantes.

—Así que eso es lo que haces cuando no correteas por las escaleras del servicio o te escondes en la sala de música que nadie usa. Escuchas tras las puertas.

Annie se tensó al darse cuenta de que él había descubierto su escondite. La sala de música había sido un regalo del cielo. La había hallado por casualidad mientras investigaba las estancias de la casa más alejadas de las salas familiares y de las alcobas principales y, con auténtico regocijo, había descubierto que los duques de Brighton no se habían limitado al tradicional pianoforte. En una de las esquinas de la estancia, perfectamente afinada y reluciente, se había encontrado un arpa. Y, desde ese instante, Annie había bautizado aquella habitación como su lugar favorito en el mundo, porque para ella solo existían dos cosas capaces de anular cualquier sufrimiento: el sonido de las cuerdas de un arpa y el tacto de los naipes al deslizarse entre sus dedos. Y no había tardado en descubrir que jamás debía mencionar esto último en público.

—No tenía la intención de escuchar a escondidas.

Él asintió.

—¿Qué estabas haciendo, pues, cuando oíste esa información?

Ella se sonrojó. Había ido a la biblioteca para sustituir los libros que ya había leído. Apenas acababa de llegar cuando vio entrar al duque seguido del mayordomo. Podría haber sido una situación perfectamente normal. Ella podría haber alertado a los hombres de su presencia y podría haberse retirado con la dignidad y elegancia que se le presuponían. En lugar de eso, se había tirado al suelo y había reptado hasta encajarse entre dos estanterías. Su posición había sido magnífica para seguir cada palabra de la conversación. Por supuesto, si la hubieran descubierto...

Annie sintió cómo una leve sonrisa tiraba de la comisura de sus labios. La opinión que tenían de ella sus anfitriones era tan nefasta que estaba segura de que, si el duque la hubiese descubierto, ni siquiera se hubiese sorprendido.

Volviendo al presente, vio que Jack la observaba con curiosidad.

—Esa sonrisa me preocupa —dijo él con la diversión bailando en su voz.

Con una mueca avergonzada, bajó la vista al suelo.

—No estaba escuchando a escondidas —repitió—. Al menos, no adrede.

Jack rio quedamente.

—Así que todo lo que hacía falta para que te reunieras conmigo en plena noche y en medio de un diluvio de proporciones bíblicas era que me marchara.

Solo cuando un rayo iluminó el cielo, Annie se percató de la intensidad con la que la miraba.

—¿Entonces es cierto? ¿Te vas? —preguntó tuteándolo por primera vez.

Él pareció complacido por el cambio. Se acercó, tal y como había hecho la primera noche, pero esta vez ella no salió corriendo. Esperó, con una impaciencia que no sabía que sentía, hasta que él acarició su rostro con los nudillos.

—¿De dónde has salido? —Él no esperaba respuesta, solo la observaba con auténtica confusión—. Tienes la cara de un ángel y la inocencia de una niña. No deberían permitirte dar ni un solo paso sin escolta.

—No soy una niña —afirmó ella de nuevo, como la primera vez que se encontraron—. Tú no puedes ser mucho mayor que yo.

Él negó con la cabeza y envolvió su cintura con uno de sus brazos.

—Soy una vida mayor que tú.

Sin la menor vacilación la atrajo hacia sí y cubrió su boca con la suya. Sus labios la acariciaron con dulzura mientras con la mano que todavía sujetaba su rostro ajustaba la posición de su cabeza. Antes de que Annie se diera cuenta de lo que pasaba, notó cómo la lengua de Jack acariciaba su labio inferior mientras, con el pulgar, empujaba ligeramente su mentón. Aunque no entendía lo que quería, se descubrió abriendo los labios y permitiendo que él invadiera su boca. Cuando la lengua de Jack rozó la suya, dio un respingo, pero él la tranquilizó con un suave murmullo y ella se abandonó completamente a las sensaciones. Su piel se erizó, aunque no a causa del frío, ni de la lluvia, ni de los rayos que seguían rasgando la noche. Su respiración se aceleró mientras sus entrañas se contraían y la dejaban sin aliento. Sin saber cómo, se encontró respondiendo a sus caricias con inexperto entusiasmo. Jack gimió y la atrajo aún más cerca. Sus labios la abandonaron, pero, antes de que Annie protestara, los descubrió arrastrándose por la columna de su cuello, mordisqueando aquí y allá.

Abandonándola de repente, Jack le tomó la mano y la llevó con rapidez al cobijo de la terraza. Como si tratase de evitar que ella recuperara la cordura, se apoderó de su boca de nuevo mientras sus manos recorrían sus costados y acariciaban sus suaves curvas. Pronto sus dedos se afanaban en la parte delantera de su vestido, soltando botones y presillas. Un atisbo de lucidez se filtró entre las placenteras sensaciones y Annie pensó que debía detenerlo. En su mente apareció la imagen de lord Seymour, uno de sus más insistentes pretendientes, con su piel cetrina y su voz gangosa. Lord Banes, sir Davis o, incluso, lord Liverpool. Todos de atractivo semejante pero poderosos. Ricos. Podrían ofrecerle el futuro que ella había creído ansiar. Su reputación era cuanta dote poseía. Levantó las manos dispuesta a apartarlo. Sin embargo, se descubrió atrayéndolo más, como si ninguna proximidad fuese suficiente. Y, en el momento en el que sintió la boca de Jack sobre uno de sus pechos, abandonó todo pensamiento coherente. Annie cerró los ojos y se perdió en un mar de sensaciones. Las manos de Jack acariciaron sus caderas y la atrajeron hacia sí mientras sus labios trazaban un sendero de besos de regreso a su boca. Annie notó su dureza, una dureza que no entendía, pero que la incitaba a pegarse más a él. Con manos temblorosas, tiró de los faldones de su camisa, tratando de acariciar su piel, tal y como él estaba haciendo con ella, pero él le apartó las manos enseguida.

—Quiero tocarte —exigió.

Él rio quedamente, negando con la cabeza y apartándose de ella.

—Debemos parar aquí —murmuró y Annie percibió un cierto pesar en su voz—. Ya hemos ido demasiado lejos.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Con Maggie no te hubieras detenido —reprochó, ignorando la timidez que la embargaba

ante su rechazo—. Ni con Chloe. ¿Por qué lo haces conmigo?

—Cariño —La sorprendió la ternura de su voz—, cualquiera de las doncellas tiene más experiencia que tú. Además, ellas saben perfectamente quién soy. Me siguen el juego, pero ninguna sería tan tonta como para meterse en mi cama.

Annie se encogió al comprender lo que él quería decir. Ella sí era lo bastante boba como para hacerlo.

—Entiendo —susurró tratando de recomponer su apariencia.

Él rio y la abrazó.

—No, cielo, no entiendes nada. Una cosa son unos besos robados a escondidas y otra hacer un daño irreparable a tu reputación. No soy tan canalla. Nunca haría algo así. Y mucho menos a ti.

Annie frunció el ceño. Nunca se había parado a pensar demasiado sobre los entresijos de la seducción, pero había estado convencida de que no le resultaría difícil tentar a un caballero. Sabía que era hermosa. Podría negarlo en aras de la modestia, pero cualquiera que la viera se percataría de su hipocresía. Poseía rasgos armoniosos, una piel blanca como el alabastro y unos ojos azules tan claros que parecían estar compuestos por trocitos de cristal. Su cuerpo estaba bien proporcionado y su voz era agradable. No entendía, pues, por qué a Jack le resultaba más fácil resistirse a ella que a cualquier doncella. Frunció el ceño.

Jack, que la había estado observando, pareció comprender su desazón y se rio de nuevo.

—Eres adorable —murmuró acercándola más y besando su sien con ternura—. Para que no te queden dudas al respecto, nada me gustaría más que arrastrarte a una cama caliente y terminar lo que hemos comenzado. Si pudiera, te haría el amor con tanta entrega que, para cuando terminara, no sabrías dónde termina tu cuerpo y dónde comienza el mío. —Annie se estremeció y él negó con la cabeza—. No voy a hacerte eso. Yo no soy nadie y tú te avergonzarías en cuanto recuperaras la sensatez. Eres una dama. Algún día encontrarás a un caballero con el que casarte y será con él con quien aprendas sobre la pasión.

—¿Y si yo quiero aprender contigo?

—Vuelve a tu cuarto, pequeña. —Él se apartó y Annie notó cómo la noche se volvía helada de repente.

Inspirando profundamente, reunió el poco orgullo que le quedaba y aceptó su rechazo.

—Bien, entonces —dijo dirigiéndole la más altiva de sus miradas—, si eso es lo que quieres, buscaré a otro que termine lo que tú has empezado.

Se giró tan rápido que no le dio tiempo a ver la mueca de Jack o el modo en que apretaba los puños y se alejó lo más rápido que pudo.

Observando su copa vacía, Andrew se preguntó cuánto tiempo llevaba en aquel lugar. Había llegado en algún momento entre las cuatro y las siete de la tarde y, a juzgar por la tenue luz que comenzaba a filtrarse entre las cortinas de terciopelo rojo, debía estar amaneciendo.

Con mirada ausente, pidió otro brandy. Otra noche perdida. Otro día que, al igual que todos los demás, pasaba sin dejar rastro, sin cambiar nada.

Cambio.

Hacía cuatro años que había escogido su camino. Había decidido cambiar radicalmente, dejar de ser quien era y convertirse en quien debería ser. El disipado libertino que todos creían que era había desaparecido del panorama social de la noche a la mañana. Habían sido muchas las veladas en las que Sebastian y su madre habían tenido que justificar su ausencia; muchas las murmuraciones que se habían extendido desde el mismísimo centro de Londres hasta los confines de Hampshire, donde las criadas de Bramshaw Manor las habían repetido entre susurros mientras vigilaban por encima del hombro que ninguno de los señores las escucharan. Y, mientras tanto, él había permanecido días enteros encerrado en su despacho, con la cabeza entre las manos y una botella del peor whisky escocés que había encontrado en su bodega al alcance de su brazo. Se había devanado los sesos una y otra vez. Había trazado mil planes, ideado mil escapatorias, pero ninguna había servido de nada. Había maldecido, había gritado y había estrellado decenas de vasos contra la chimenea. Y todo ello mientras su corazón se hacía pedazos.

Tras darle un largo trago a su nueva copa, cerró los ojos. Sería fácil dejarse llevar, permitir que el alcohol silenciase esas voces que se agolpaban en su conciencia, que gritaban pidiendo cosas, que exigían sin descanso.

Semanas después de su desaparición, una asombrosa noticia había recorrido los salones de la capital. En Almack’s las damas habían escondido la sorpresa y la desilusión tras sus recargados abanicos. En White’s el libro de apuestas había recogido las opiniones de los estupefactos caballeros. Y en el Black Diamond decenas de atónitos calaveras se habían preguntado si aquel sería el fin de uno de ellos. Ningún estrato de la alta sociedad había escondido su sorpresa ante el precipitado matrimonio del decimocuarto duque de Brighton con una dama desconocida.

Ante la ausencia de la familia Buxton, el marqués de Stratford y su madre, cuya amistad con sus vecinos era de sobra conocida entre la aristocracia, se habían convertido en el centro de atención en todas las veladas. Había sido a ellos a los que habían interrogado sobre la fuga de los enamorados a Gretna Green. Ellos habían sido los que habían dado la primera impresión sobre la nueva duquesa. Y ellos, finalmente, habían comunicado su muerte.

Así, en menos de un año, Andrew había sido un cotizado soltero, un enamorado esposo y un desolado viudo con un bebé recién nacido en sus brazos. Y, por una vez, los rumores habían jugado a su favor. Porque si bien nadie había visto jamás a su esposa todos habían presumido de tener una amiga cuya prima, tía o sobrina estaba segura de conocerla.

Una sonrisa burlona cruzó su rostro. Todo había salido tal y como él había planeado.

El arrugado papel que se hallaba junto a su copa borró instantáneamente cualquier muestra de regocijo de su cara.

Excepto aquello. La maldita mujer había vuelto. De nuevo, la delicada caligrafía femenina

amenazaba con destruir todo lo que él había logrado. Quería más. Siempre quería más. Pero él temía que, algún día, ella pediría demasiado. Y, entonces, él no podría hacer nada por evitar el desastre.

—Lottie —susurró sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban tras sus párpados—. Lo siento.

Y la neblina de un sueño etílico que había buscado con desesperación le concedió los instantes de paz que tanto necesitaba.

Aun cuando hacía días que había decidido que debían marcharse, Kate seguía hospedándose en Bramshaw Manor tres semanas después del aparatoso, más que grave, accidente.

Podría echarle la culpa, de haber necesitado una excusa, a la insistencia de Briony en que se quedara unos días más.

Sin embargo, dado que las mujeres de la casa parecían encantadas con su presencia y que apenas había visto al duque en la última semana, no necesitó recurrir a tal disculpa.

Se hallaba, pues, tumbada tranquilamente en su cuarto en la compañía de la joven hermana de Andrew con quien, para entonces, había alcanzado un grado de confianza que nunca antes había podido lograr con nadie.

Resultaba llamativo que, siendo como eran tan diferentes, hubieran encajado tan bien. Briony era alegre y dicharachera, mientras que Kate era una mujer seria y reservada. Asimismo, Briony no dudaba en hacer gala de un humor irónico y una mordacidad que, por más que se esforzara, Kate no poseería jamás. No obstante, había algo que sí tenían en común: las dos poseían una mente privilegiada y eran unas completas fracasadas en cuestiones amorosas.

Observando con detenimiento a la joven que se apoyaba despreocupadamente en el poste de la cama, se preguntó por qué no se habría casado. Con su belleza morena y esos llamativos ojos azules que caracterizaban a su familia, era una de las damas más hermosas que Kate había visto nunca. El elevado rango de su familia, así como la enorme fortuna que se decía que poseían, hacían más apetecible, si cabe, una unión con aquella mujer.

—Suéltalo.

La voz de su amiga sobresaltó a Kate, que, sin saber a qué se refería, titubeó.

—Lo que estabas pensando —aclaró Briony percatándose de su confusión.

Kate dudó durante unos instantes.

—¿Por qué no te has casado todavía? —preguntó, finalmente, incapaz de permanecer con la duda.

El semblante de la otra joven se ensombreció. Caminando hacia la ventana, se apoyó en el alféizar y dejó que su mirada vagara hacia los jardines, en donde Lottie gritaba y correteaba alegremente.

—Te lo diré si juras no contárselo jamás a nadie.

—Claro que lo juro —respondió Kate, sin dudar.

—Bien. —Luciendo una enorme sonrisa que desconcertó por completo a Kate, confesó—. Es raro que no hayas oído hablar de lo sucedido. Con un poco de suerte, las chismosas de Londres se habrán olvidado de mí. Lo cierto es que eché a perder mi reputación en mi primera temporada, concretamente, el día antes del baile de mi presentación.

Kate la observó sorprendida, preguntándose cómo una jovencita podía echarse a perder antes, incluso, de su primer baile.

—Pero si todo el mundo lo sabe —comentó al darse cuenta de lo que le había dicho—, no es ningún secreto que yo deba guardar.

Briony rio y se lanzó sobre la cama, casi aplastándola.

—El secreto que debes guardar no es ese. —Dedicándole una mirada maliciosa, susurró—: Lo que no debes revelar jamás es que yo boicoteé deliberadamente mi debut.

Kate la observó con los ojos como platos.

—¿Y por qué hiciste tal cosa?

—Mi intención no era echarme a perder sin más, aunque mis verdaderos motivos jamás se los confesaré a nadie. No obstante, me alegro de haberlo hecho, aunque no alcanzara mi objetivo. —Con una seriedad impropia de ella, explicó—: Ni necesitaba ni necesito que esos cretinos me acepten. Desde que tengo uso de razón, he visto cómo esos esnobs le destrozaban la vida a aquellos a los que quiero. Primero mi padre, al que le importaba tanto la opinión de esa gente que no dudó en gastar lo que no tenía para hacerse pasar por uno de ellos. Después Andrew, quien tuvo que recluirse en el campo para huir de su escrutinio y acabó siendo el amargado que conoces. Y, al final...

—¿Al final, quién?

—¿Y tú por qué sigues soltera? —preguntó Briony, cambiando bruscamente de tema—. Tengo entendido que fuiste una incomparable.

Kate emitió un bufido.

—Créeme, las cosas se han magnificado con el paso del tiempo. Ya te dije que tuve un éxito que no esperaba. No se me da bien coquetear ni fingir interés cuando alguien me aburre. —Se levantó de la cama y comenzó a pasear por la habitación—. La mayoría de las veces hubiera preferido quedarme en casa leyendo que asistir a bailes, recitales y eventos donde tendría que esforzarme por parecer encantada con las atenciones de caballeros que no me interesaban y fingir que me escandalizaba con los chismes que algunas damas contaban como si fueran de vital importancia para todos.

Briony asintió, comprensiva.

—Tuve algunas propuestas durante mis tres primeras temporadas. No tantas como se dice que fueron y, desde luego, no las rechacé con el desdén del que hablan.

—*Lady Non Mercy* —murmuró Briony.

Kate soltó un bufido.

—Efectivamente. Ese estúpido apodo apareció de repente y ni siquiera sé por qué. Hubo

caballeros que no se tomaron del todo bien mi rechazo, pero me parece desproporcionado que decidieran calumniarme por ello. —Se encogió de hombros—. La verdad es que hace mucho que dejó de importarme. Mi interés por el matrimonio se esfumó hace años.

—¿Por qué?

La pregunta de Briony la tomó por sorpresa. ¿Por qué había dejado de interesarle formar una familia? A su mente volvió aquella noche en el laberinto y la imagen de un Andrew muy diferente al que había conocido y también al que se había encontrado en la actualidad.

Briony la observó durante unos instantes.

—Ya había alguien —afirmó, más que preguntó—. Tu interés tenía nombre y apellidos.

Kate dejó de pasearse y miró a su amiga. Afirmar que todo había sido por Andrew hubiese sido demasiado simple. Siempre había habido algo más, aun antes de encontrarse con él. Antes, incluso, de que ella fuera presentada en sociedad. Había habido algo más desde el mismo instante en el que, con solo trece años, *Orgullo y prejuicio* había caído en sus manos, revelándole en qué consistía aquello del amor. Y, tal y como lo veía entonces, no parecía algo tan condenadamente difícil como semejaba ahora.

Ella siempre había querido ser la única posibilidad. No la opción B ni la elección más fácil. No la alternativa más atractiva ni la más cómoda.

Había querido ser una de aquellas chicas por las que alguien suspiraba, una de esas mujeres por las que los hombres escribían sonetos, renunciaban a herencias o se convertían en héroes. Una de esas jóvenes por las que alguien estaría dispuesto a morir. Y quería sentir lo mismo.

Lamentablemente, jamás lo había logrado. Hasta Andrew. Por desgracia, no había sido recíproco.

—Kate —llamó Briony—. ¿Quién es? ¿Lo conozco? Aunque no haya pasado mucho tiempo en Londres, conozco a unos cuantos miembros de la nobleza...

Ella no respondió. En su lugar, su rostro se ruborizó visiblemente.

—¿Está soltero? ¿Casado? —Fijando su mirada en la de la condesa, añadió—: ¿Es viudo?

La otra joven se encogió de hombros. Briony entrecerró los ojos.

—¿Dónde conociste a ese caballero? ¿Es guapo?

—No recuerdo haber escuchado a nadie referirse a él simplemente como «guapo» jamás.

—Kate, hay muy pocos caballeros viudos que se puedan definir como algo más que guapos —dijo Briony mirándola fijamente—. Es más, creo que ahora mismo solo hay uno con una edad en la que todavía se le pueda considerar atractivo.

Unos perspicaces ojos azules se encontraron con unos esquivos ojos verdes.

De repente, el silencio, solo interrumpido por el crepitar de la leña seca en la chimenea, se instauró en la habitación. La joven que yacía sobre la cama se levantó, despacio, como si aquella tarea le supusiese un gran esfuerzo. La incredulidad de su rostro podría resultar cómica si, al otro lado de la estancia, no se hallase otra joven a punto de morir de la humillación.

—No puede ser. —El apagado susurro fue seguido por una sarta de maldiciones propias del

más bajo de los habitantes de Whitechapel—. Es imposible.

Pero al ver que su amiga era incapaz de sostenerle la mirada se dio cuenta de que era cierto. Y, en ese momento, la impetuosa, parlanchina y alocada hermana del decimocuarto duque de Brighton se quedó, por primera vez en su vida, sin nada que decir. Y descubrió que aquella era una sensación que no le gustaba.

# Capítulo 7

Kate se acercó a la sala, atraída por las risas y las alegres voces que se oían dentro. Procurando no hacer ruido, se asomó y lo que vio hizo que esbozara una sonrisa.

Tumbado sobre la alfombra, un despeinado e irreconocible Andrew trataba de atrapar a su hija mientras esta le hacía cosquillas.

Sin chaqueta, con la camisa ligeramente abierta y los pantalones arrugados, nadie pensaría que se trataba del mismo hombre que, en una época, se paseaba por Londres como la imagen misma de la elegancia. El mismo individuo que, pocas horas antes, se reunía con su administrador en su despacho, impecablemente vestido.

El refinamiento y la pulcritud parecían ser un rasgo de su carácter y, no obstante, semejaba olvidarlas cuando estaba con la niña. Eso, junto con la peculiaridad de que tuviese cosquillas, conmovieron a Kate, que, por un instante, soñó con que ella pertenecía también a esa escena.

Era fácil imaginarlo. Imaginar que aquella no era una casa ajena, sino la suya propia. Fantasear con que aquel no era un hombre que la despreciaba, sino ese alguien especial que tanto había deseado. El caballero que le escribía sonetos y cantaba bajo su ventana.

Frunció el ceño. Por algún motivo, imaginarse a Andrew engalanado cual juglar, guitarra en mano, cantando bajo la ventana de su cuarto le parecía completamente ridículo.

Sin ser consciente de lo que hacía, entró en la habitación. Casi al instante, las carcajadas masculinas cesaron y el ambiente distendido que se había respirado hasta el momento se tornó tenso. Los ojos de Kate se encontraron con los del duque, que se había levantado de golpe, y sintió cómo se le erizaba la piel. Durante unos instantes permaneció en silencio, sin saber bien qué hacer. Finalmente, dado que era evidente que no era bien recibida, se giró dispuesta a marcharse.

—¡Kate!

El grito de la pequeña la detuvo. Sin darle tiempo a reaccionar, Lottie se lanzó sobre ella, derribándola sobre la alfombra.

—¡Kate! —volvió a gritar la pequeña—. Estoy jugando con mi papá.

Ella sonrió.

—Ya lo veo —comentó acariciándole la mejilla—. Es el único duque que veo por aquí.

Y, sin poder evitarlo, fijó su mirada en la de Andrew, quien, tras unos instantes de rigidez, se relajó y volvió a ocupar su lugar en el suelo.

—*Chí* —asintió la pequeña—. Los demás son unos *indiotas*.

Las miradas sobresaltadas de los dos adultos que se hallaban en la habitación cayeron sobre la niña.

—¿Qué has dicho? —preguntó Andrew desconcertado.

Lottie lo miró, la inocencia reflejada en sus enormes ojos azules.

—Que son unos *indiotas*.

Levantándose de nuevo, el duque se cruzó de brazos y dirigió una amenazadora mirada a su hija.

—¿Quién te ha dicho eso? —interrogó, aun sabiendo ya la respuesta.

—¡Briony!

Un sonido ahogado llamó la atención de Andrew y al ver lo que sucedía frunció el ceño.

—Milady, no tiene gracia.

Kate sintió que sus esfuerzos por contener las carcajadas comenzaban a ser inútiles y se tapó la boca con las manos.

—Sigue sin tener gracia —aseguró el duque, pero la chispa de diversión que se percibía en su mirada desmentía sus palabras—. Mi hermana está echando a perder a mi hija.

—Me cae bien su hermana.

—Lo sé. Debería ir a despedirse de ella, ya que esta será la última vez que la vea.

De repente, se sintió incómoda. Hacía tiempo que debería haber vuelto a casa, pero se sentía tan bien en aquel lugar que nunca encontraba el momento de despedirse.

—Debería haber regresado ya a casa —asintió, más para sí misma que para él.

—No quiero que se vaya —respondió él, perplejo—. Simplemente, voy a encerrar a su amiga en la torre más lejana que encuentre.

Y, sin más, se encaminó hacia la puerta. Antes de abandonar la habitación, sin embargo, se giró y le dirigió una última mirada.

—No me desagrada que esté aquí, lady Ashford. —Viendo la tímida sonrisa que asomó a los labios de la joven, aclaró—: Es de las pocas personas que soportan a mi familia y todos parecen sentir un especial aprecio por usted, incluida Lottie. Puede quedarse el tiempo que desee.

—No puedes perseguir al duque, Annie —repitió Kate por enésima vez—. A él no le interesas.

—No sé de qué me hablas —murmuró Annie.

Kate suspiró.

—Hace semanas, te vieron merodeando cerca de su cuarto. —Se abstuvo de mencionar que Briony había sido testigo de cómo se escabullía en el interior de este—. Y te he visto salir de tu

habitación en medio de la noche.

Su prima frunció el ceño.

—Tal vez deberías preocuparte de qué demonios haces tú vigilando los dormitorios ajenos a altas horas de la noche.

Y, sin darle tiempo a replicar, salió de la estancia mucho más ofendida de lo que Kate esperaba.

—No sé qué le pasa —dijo, con un suspiro, mientras se acercaba a la joven que leía el último número de Fraser's junto a la ventana—. Hace días que está rara. Y empiezo a dudar de que sea por tu hermano. No la he visto acercarse a él ni una sola vez.

Dejando la revista a un lado, Briony clavó su mirada en la de ella. Prinny, el gordo gato persa de Briony, que, tras el incidente con Lottie, lucía un aspecto tan desaliñado que daba lástima verlo, aprovechó ese instante para subirse al regazo de su dueña, que lo acarició distraída.

—Te aseguro que la vi colándose en la alcoba de Andrew, Kate.

Kate negó con la cabeza y el gato ronroneó cuando su dueña le frotó la espalda.

—No lo dudo. Pero desaparece durante la mayor parte del día y cuando estoy con ella la noto mucho más distraída que de costumbre.

Su amiga soltó un bufido.

—No me parece que tu prima sea una persona especialmente centrada.

Kate frunció los labios.

—Sé que no te cae bien. Lo que hizo no tiene disculpa. Pero, en realidad, es una buena chica. Se crio en el campo con una familia maravillosa. Cuando era niña siempre estaba deseando ir de visita a Primrose Cottage. Annie era divertida y mucho más libre que ninguna otra niña que conociera. Por desgracia, creo que, cuando mi padre convenció a mi tío de que debía darle una temporada, Annie perdió de vista lo verdaderamente importante. Y, cuando llegó a Londres, se dejó seducir por el boato y la falsa alegría de la alta sociedad. Solo espero que no acabe convirtiéndose en una desgraciada por condicionar su futuro a la consecución de una determinada posición social.

—No será ni la primera ni la última jovencita que se vea involucrada en un matrimonio desdichado a causa de su ambición. —Briony se encogió de hombros—. Acabará casándose con un viejo con buena posición que le consienta sus caprichos a cambio de un heredero. Por las noches, cuando él la visite, cerrará los ojos y pensará en el bien patrio. O en el último sombrero que se haya comprado. No tardará en buscarse uno o dos amantes mientras su esposo hace la vista gorda a sus indiscreciones, pues sabrá que es el precio que pagar por tener una esposa joven y bonita colgada del brazo. Luego él morirá, con suerte más pronto que tarde, y tu prima será una viuda rica que podrá hacer lo que le dé la gana.

Kate frunció el ceño.

—Briony, ese futuro es horrible.

La otra joven volvió a encogerse de hombros y dejó que los irregulares mechones verdosos de

su gato se deslizaran entre sus dedos.

—Somos mujeres en un mundo diseñado por y para los hombres, Kate. No tenemos muchas opciones. Hace años, yo misma pensaba como tú, pero, mírame, aquí escondida, la vergüenza de mi familia. No puedo visitar Londres sin perjudicar a Andrew. No puedo viajar porque, en realidad, sigo siendo una niña a la que hay que proteger de la realidad del mundo. Demasiado inocente para permitir que camine sola, no vaya a ser que algún calavera se aproveche de mí. Demasiado escandalosa para alternar con nadie de mi edad o posición. No me interesa la alta sociedad, pero me gustaría ser libre. Y, si hubiera tenido un matrimonio como el que le espera a tu prima, tal vez ahora lo sería.

Ante aquella revelación, Kate se quedó callada. Briony tenía razón. Ella era rica. Y huérfana. Las únicas parientes vivas que le quedaban eran Annie y su tía. Eso le confería una cierta libertad. La realidad de Briony era completamente diferente.

—El problema de tu prima es insignificante —afirmó Briony, cambiando de tema—. Al menos, si lo comparamos con el tuyo.

—¿A qué te refieres?

Dejando a Prinny en el suelo, Briony se levantó del sofá y la señaló con su dedo índice.

—Usted, milady, tiene un problema mucho más gordo que esa tonta con pájaros en la cabeza.

—No deberías hablar así de ella —replicó Kate—. Es mi prima.

—Sí —suspiró la otra joven—, esa es una desgracia como otra cualquiera. Sin embargo, creo que podremos vivir con ello. Por el contrario...

Sus ojos se encontraron y su dedo acusador le pinchó en el hombro.

—Por el contrario —repitió—, no tengo tan claro que podamos superar la otra dificultad.

Kate le dedicó una mirada interrogante.

—¡Estás enamorada de mi hermano! —estalló Briony—. Maldita sea, ¿no te das cuenta de lo poco conveniente que es eso?

—Créeme, me he dado cuenta.

—¡No, no lo has hecho! —negó la joven—. Kate, no conoces a Andrew. Ha dedicado los últimos años a subsanar los errores de todos nosotros. Mi caída en desgracia, la ruina de mi padre, la... —Se interrumpió, repentinamente, y frunció el ceño—. Ha logrado que la alta sociedad olvide nuestros escándalos o, al menos, que finja haberlos olvidado.

Suspiró y se acercó a ella.

—Sabes que te aprecio y que en estas semanas te has convertido en la mejor amiga que he tenido nunca —murmuró abrazándola—, pero mi hermano no puede cargar con un escándalo como el tuyo. Se ha esforzado mucho para lograr que Lottie tenga un futuro aceptable y no va a ponerlo en peligro por nada ni por nadie.

Sin un rumbo fijo, Annie avanzó a grandes zancadas por el pasillo. Por primera vez, se movió

por la casa sin temor alguno a encontrarse con la duquesa. O con el duque. Estaba tan indignada que podría haberse cruzado con la mismísima reina Victoria y no se habría inmutado. Habría seguido adelante, como alma que lleva el diablo, con los labios apretados y una profunda sensación de ofensa. Sin embargo, no había sido la advertencia de que no se acercara a lord Brighton lo que la había molestado tanto. Le había repetido con tanta frecuencia a Kate sus intenciones de casarse con cualquiera que le proporcionase la aristocrática vida que creía desear que sería absurdo ofenderse porque ella pensara que estaba tratando de pescarlo. Pero ¿quién demonios se creía su prima para espiarla? ¿Cuántas veces la habría visto escabullirse de su cuarto?

Al percatarse de dónde se hallaba, apuró todavía más el paso. No le gustaba que la vigilaran. Siempre había sido una niña sensata, pero había crecido con total libertad. Incluso en Londres no habría necesitado una chaperona para comportarse como es debido. Sin duda, esa era la primera vez que su conducta no era intachable. Era consciente de ello. Y, pese a su juventud, sabía perfectamente a lo que se exponía. No necesitaba a nadie controlándola.

Con mano firme, abrió la puerta y se introdujo en el que, a esas alturas, era su santuario. La sala de música olía a madera y a polvo, un olor que siempre le resultaba reconfortante. Inspiró profundamente y sintió cómo, poco a poco, se relajaba.

Si Kate la hubiera seguido, su sermón hubiera ido en otra dirección. Era evidente, pues, que todo lo que sabía era que había salido de su cuarto mientras todos dormían. Si lo necesitaba, no resultaría difícil inventarse una excusa convincente. Podría decirle que había ido a la biblioteca. O que no podía dormir y había bajado a por un vaso de leche. Con un suspiro, se dirigió al arpa tallada en madera y pan de oro que la llamaba desde la esquina. Acarició sus cuerdas, ensimismada en sus pensamientos. La advertencia de Kate había sido errada y, sin embargo, había tocado un punto especialmente doloroso en su interior. «A él no le interesas», había dicho. Y aquella frase, del todo equivocada, había sido cierta. Porque, sorprendentemente, a Annie no le importaba en absoluto no interesarle al duque, pero, desde hacía días, sentía un dolor inexplicable en el pecho cuando recordaba cómo Jack la había rechazado. Y había comenzado a ponerle nombre a aquella sensación. Y eso todavía la ponía más nerviosa. Porque la honorable Annie Louise Campbell, hija del barón Oxley y nieta del marqués de Denham, que siempre se había enorgullecido de su sensatez y comportamiento intachable, se había enamorado como una tonta de un sirviente al que apenas conocía.

—Imaginaba que estarías aquí. —Aquella voz profunda, que era ya invitada habitual de sus sueños, la sobresaltó, arrancándola de sus cavilaciones. Percatándose del nervioso temblor de sus manos, las apartó del instrumento y las ocultó tras su espalda.

—No le he oído entrar —murmuró.

—¿Ya no me tuteas? —preguntó Jack, divertido.

—Eso sería completamente inapropiado —replicó ella con altivez—. Usted es un criado y yo soy una dama.

A Annie le sorprendió su propio tono y todavía más la necesidad que sentía de herirlo. No obstante, él se limitó a sonreír.

—Me alegro de que lo recuerdes, pequeña. —Creyó oírlo suspirar—. Algún día me lo agradecerás, créeme. Aunque es poco probable que yo me perdone.

—Debo irme —dijo con brusquedad, notando el escozor tras sus ojos. Necesitaba salir de allí antes de que hiciera algo que los abochornaría a ambos.

—-¡Espera! —Él la sujetó por la muñeca antes de que alcanzara la puerta. Annie inspiró profundamente y trató de mantener las lágrimas a raya. Tardó una eternidad en levantar la vista, pero, cuando lo hizo, descubrió que, por primera vez, Jack no parecía tener mucho más control que ella. La observaba con intensidad y una expresión de desesperación que la sorprendió.

—Ojalá todo fuera distinto, Annie. —Escuchar, por primera vez, su nombre en sus labios acabó con su autocontrol y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. —No llores —imploró Jack—. No vale la pena. Solo quería despedirme.

Ella sintió cómo el aire abandonaba sus pulmones, pero no dijo nada.

—Me voy esta noche —continuó—. No creo que volvamos a vernos.

Annie sintió que algo estallaba en su interior. Apretando los labios se soltó de su agarre y se dirigió a la puerta mientras se enjugaba las lágrimas con las manos.

—Si «todo fuera distinto», ¿qué cambiaría, Jack? —preguntó, ya no le importaba tutearlo—. ¿Yo sería una sirvienta con la que podrías acostarte para largarte después? Supongo que eso sería muy cómodo. Al menos para ti.

Jack trató de agarrarla de nuevo, pero ella se escabulló.

—Si todo fuera distinto no abandonarías mi cama —dijo apretando los dientes—. Ni aquí ni en cualquier otro lugar al que fuese.

Annie lo miró sorprendida.

—Me llevarías contigo —afirmó y él asintió con la cabeza. Annie sintió cómo la ira se apoderaba de ella de nuevo—. ¡Eres un imbécil!

Ambos se sorprendieron por su insulto, pero ella estaba demasiado enfadada como para arrepentirse.

—No entiendes nada. Me rechazas porque soy una dama y no quieres privarme del matrimonio honorable que crees que me corresponde. Te despides, dispuesto a no volver a verme. Sueltas un «ojalá todo fuera distinto», como si fuera el destino, y no tú, el que lo está estropeando todo. ¿Qué demonios es lo que quieres de verdad, Jack? Porque ni una sola vez te has planteado qué es lo que quiero yo.

Él la miró fijamente, sin responder.

—Soy fácil de localizar —informó abriendo la puerta—. Si en algún momento descubres qué narices quieres, puedes escribirme.

—No, no puedo.

—Por supuesto —asintió ella encogiéndose de hombros—. No sería adecuado porque, ya

sabes, yo soy una dama y blablablá.

Él sonrió ligeramente.

—No, pequeña. —Negó con la cabeza—. No puedo porque no sé escribir. —La mirada sorprendida de ella pareció divertirlo—. ¿Eres consciente ahora de quién soy?

Annie recuperó la compostura y asintió.

—Un imbécil —repitió—, que no sabe nada de mí, de lo que quiero, ni de quién soy en realidad.

Y, sin más, traspasó el umbral y cerró la puerta a su espalda sin aspaviento alguno.

# Capítulo 8

—Vengo a despedirme de usted.

Andrew miró con fingida indiferencia a la joven que permanecía de pie junto a la puerta de la biblioteca. Lo último que había pensado cuando la había visto entrar era que fuera a despedirse. Parecía cómoda en Bramshaw Manor. Aunque no había pasado demasiado tiempo con ella, sabía que había entablado amistad con su díscola hermana y que la duquesa, prácticamente, la adoraba. Por eso, porque no veía ninguna razón para que se fuera, no entendía a qué venía aquella repentina decisión.

—Deduzco que ya no se encuentra cómoda entre nosotros —comentó con aparente despreocupación.

—No, no, excelencia —aclaró ella azorada—. Han sido todos muy amables y me he sentido como en casa.

—Me alegro. Aun así, no hemos sido lo suficientemente hospitalarios si ha decidido dejarnos tan pronto.

—Llevo casi un mes en su casa —dijo risueña—. Ahora debo volver a la mía.

—En la que nadie la espera. O, al menos, eso me han dicho. —Mirándola con atención, preguntó—: ¿No es cierto?

Kate se quedó callada durante tanto tiempo que Andrew comenzó a pensar que no respondería.

—No —respondió, finalmente, con más brusquedad de la que él esperaba—, nadie me espera. Pero es mi casa.

Andrew la observó con intensidad durante unos instantes.

—Su padre murió hace un par de años. —No era una pregunta, la noticia de la muerte del conde había llegado incluso a Hampshire.

Ella asintió.

—¿Y su madre? —La expresión de Kate hizo que se preguntara si no debería conocer aquel dato, pero siempre había sentido muy poco interés por la aristocracia y sus cuchicheos, por lo que, en general, desconocía los asuntos familiares de sus miembros.

—Mi madre murió cuando yo era una niña —murmuró ella—. Un accidente de carruaje.

Aquella información lo sorprendió. Había asumido que su inconsciencia le había provocado el dolor físico de un brazo roto y un profundo corte en la cabeza, pero no había pensado en que podía haber algo más. Seguramente, ella llevaba semanas recordando a su madre y nadie se había dado cuenta de ello.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó tuteándola por primera vez.

Ella no lo miró al responder.

—Diez.

Aunque no parecía cómoda hablando del tema, Andrew insistió:

—¿Qué pasó?

Durante unos minutos se quedó callada. Finalmente, hundió los hombros y se apoyó en la pared, ignorando cualquier norma sobre cómo debía comportarse una dama en presencia de un duque.

—Mi familia tiene una pequeña propiedad en Dorset —explicó sin mirarlo—. Es una casa de campo que nos pertenecía desde mucho antes de que nos concedieran el título. Solíamos pasar más tiempo allí que en Londres. A mis padres no les gustaba demasiado la ciudad.

Andrew asintió.

—Aquel día volvíamos de hacer unas compras en Dorchester.

—¿Volvíais? —Andrew no pudo ocultar su sorpresa.

—Sí, yo iba con ella. —Se encogió de hombros—. Mi padre había tenido que viajar a Londres unos días antes, por lo que se había llevado los caballos que solíamos usar cuando viajábamos. Así que nuestro cochero se sirvió de dos yeguas árabes que papá había comprado a un criador local. Eran unos caballos preciosos, pero no estaban acostumbrados a arrastrar carruajes.

Andrew se estremeció al imaginarse el final de la historia.

—El cochero no pudo controlarlas.

—En realidad, sí lo hizo. Era un hombre mayor que llevaba toda la vida conduciendo para mi familia. El trayecto de ida fue muy cómodo, pero a la vuelta había comenzado a extenderse una niebla bastante densa. Nos encontramos con otro coche de frente. Supongo que cuando el cochero lo vio ya era demasiado tarde. Los caballos se encabritaron y caímos por la ladera. Nuestro chófer salió disparado y nosotras nos quedamos atrapadas dentro del carruaje. Tardaron bastante en encontrarnos.

El duque la observó atentamente. Aunque trataba de hablar con indiferencia, sus manos crispadas y la tensión de su rostro hicieron que temiera conocer el final de la historia.

—¿Cuánto es «bastante»?

Ella no respondió.

—Kate, ¿cuánto tardaron en encontraros?

—No era una buena zona —murmuró— y el otro carruaje ni siquiera se detuvo. Nuestros sirvientes dieron la voz de alarma cuando oscureció y vieron que no habíamos regresado. Aunque nos buscaron toda la noche no lograron encontrarnos hasta el día siguiente.

—Tu madre...

—Mi madre murió al instante, excelencia. —Se separó de la pared y caminó hacia la puerta—. No habrían podido salvarla de ningún modo.

Andrew la sujetó por el brazo antes de que abandonara la habitación.

—Estuviste toda la noche encerrada en un carruaje con tu madre muerta.

No era una pregunta. No esperaba respuesta. Así que ella no respondió.

—Joder —murmuró antes de abrazarla—. Y un idiota te hizo recordarlo todo por estar demasiado borracho para acordarse de cómo volver a casa.

Notó cómo Kate se estremecía cuando la abrazó, pero no se apartó.

—Hace mucho tiempo —aclaró ella—. Durante años ni siquiera era capaz de dormir. En cuanto cerraba los ojos volvía todo de nuevo. Pero, un día, desapareció. Fue como si nunca hubiera sucedido. Hasta hace un par de semanas.

Él la abrazó más fuerte. Sabía que no era apropiado y que debería alejarse, pero no pudo evitarlo. Llevaba semanas observándola, tratando de descubrir quién era y qué parte de lo que sabía de ella era cierto. Había descubierto que la dama que se hospedaba en su casa poco tenía que ver con los rumores que corrían sobre ella. Era inteligente y amable y no se la imaginaba tratando a nadie con prepotencia o desdén. Con cada cosa que descubría notaba cómo le gustaba más y más. Y ahora se enteraba de que, mientras él la analizaba tratando de confirmar los rumores, ella había estado recordando el que seguramente sería el peor episodio de su vida. Y había sido por su culpa.

—Lo siento —susurró junto a su oído—. Debería haberme disculpado mucho antes, pero soy un imbécil.

Notó como ella sonreía, pero no se apartó de él. Eso le gustó. Quizá él tampoco le era indiferente.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se descubrió oliendo su cabello y recorriendo su sien con los labios. Olía a vainilla y su piel era todavía más suave de lo que había imaginado. No quiso detenerse a pensar ni a analizar lo que sentía. La estrechó más entre sus brazos y se dejó llevar.

Kate sentía una miríada de emociones. Jamás había hablado del accidente con nadie y hacerlo con Andrew le había resultado sorprendentemente fácil. Mientras recordaba lo ocurrido había sentido de nuevo la angustia y el miedo de aquel día, así como la desesperación y la tristeza de los días posteriores. Sin embargo, su abrazo le había resultado reconfortante. No dejaba de ser curioso que hubiesen sido necesarios más de diez años para que alguien la consolara.

Tras el accidente, todos la habían tratado con excesivo cuidado, como si fuese una delicada pieza de cristal que se podría romper en cualquier momento. Los criados habían estado pendientes de cada una de sus necesidades y las amigas de su madre acudían con frecuencia a visitarla para ofrecerle consejo y lamentarse por la terrible pérdida. Su padre, poco dado a las

muestras de afecto, la observaba con atención cuando creía que ella no lo veía, como si tratara de adivinar cómo se sentía en lugar de preguntárselo directamente. Incluso sus tíos se habían ofrecido a acogerla un tiempo en su casa, argumentando que la distancia y la compañía de Annie le vendrían bien. Todos habían observado, deducido o supuesto cómo se sentía, pero nadie le había preguntado jamás por lo sucedido. Hasta ahora.

Acurrucándose todavía más contra el duque, notó cómo su mano descendía por su brazo en una caricia que, si bien nadie podría tachar de indecente, enardeció sus sentidos y alejó cualquier recuerdo de su mente.

Cuando aquella desvergonzada mano comenzó a acariciar su vientre y a ascender hacia su pecho, no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos y dejarse llevar.

—Lo siento —repitió Andrew rozando su cuello con los labios.

Ella se estremeció.

—¿Te estás disculpando de nuevo por el accidente —preguntó— o porque te estás tomando demasiadas libertades conmigo?

Aunque no podía verlo, sintió su sonrisa.

—Por ambas cosas —respondió él.

Y, sin darle tiempo a reaccionar, cubrió sus temblorosos labios con los suyos.

Durante unos instantes, Kate permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. El beso de Andrew no era dulce como ella había soñado, sino duro, implacable, y le exigía cosas que ella no sabía cómo dar.

Solo la habían besado una vez, uno de esos besos dados por curiosidad al hombre equivocado. Él la había besado y ella no había podido dejar de pensar en Andrew. Ahora, cuando por fin había logrado que sus sueños se hicieran realidad, se arrepentía de no haber prestado un poco más de atención.

De repente, él aflojó la presión y dejó que el beso se convirtiera en un simple roce. Sus labios vagaron por su mejilla hasta llegar a su oreja, la cual mordió suavemente. Incapaz de permanecer quieta, Kate acarició su espalda con las manos, pero cuando él recorrió el lóbulo con la lengua lo único que pudo hacer fue aferrarse a su chaqueta mientras temblaba violentamente. Regresando a sus labios, Andrew sostuvo el inferior entre sus dientes y tiró con suavidad.

—Abre —murmuró.

Ella lo observó desconcertada, pero cuando él empujó su barbilla con el pulgar no pudo más que obedecer y dejarlo entrar.

En el mismo instante en el que su lengua acarició la suya, Kate sintió que se derretía. Jamás había imaginado algo así. Aun cuando había fantaseado a menudo con los besos del duque, nunca se había imaginado que semejante intimidad fuese posible.

Sujetando su nuca, Andrew la acercó más, como si ninguna proximidad fuese suficiente, casi como si quisiese fundirse con ella. Kate sintió que la fuerza de voluntad la abandonaba y se sumergió en aquellas sensaciones que él le provocaba. En medio de su aturdimiento oyó un

gemido, mas le resultaba imposible discernir a quién pertenecía.

Tal vez fuera de ella, que había perdido completamente el control de sus sentidos en el mismo instante en el que había saboreado su boca.

Quizá había salido de él, que parecía incapaz de darle tregua.

Casi sin respiración, Kate sintió que la parte trasera de sus rodillas chocaban contra algo e, inmediatamente, se encontró tumbada sobre el sofá de cuero en el que una vez había encontrado al duque dormido. Pero esta vez él estaba despierto. En todos los sentidos.

—Necesito sentirte —murmuró Andrew apartándose un instante de ella para recuperar el aliento—. Necesito sentirte casi desde que te vi por primera vez.

Sus ojos azules se clavaron en los suyos, estudiándola, como si tratase de resolver algún enigma que se le resistía. Con un gruñido de derrota, se apoderó de nuevo de sus labios, con más ímpetu si cabe. Kate respondió con todo el ardor que su inexperiencia le permitía. Con timidez, dejó que su propia lengua participara en el juego erótico que él había iniciado mientras sus manos acariciaban la espalda masculina y su cuerpo se volvía líquido.

Como por arte de magia, los botones delanteros de su vestido se abrieron. A pesar de la intensidad de la situación, Kate sabía que aquello no estaba bien. Debería pararlo. Debería pedirle que la dejara ir. Ella era una dama, aun cuando parecía incapaz de comportarse como tal, y era consciente de lo inadecuado de su conducta. Debía detenerlo y, sin embargo, no podía hacerlo. Por algún extraño motivo aquello se sentía...

Correcto.

Llevaba tanto tiempo soñando que la situación parecía acertada. Obviamente, jamás había imaginado algo así, pero ahora que estaba sucediendo la hacía sentir viva, como si, por primera vez, hubiese encontrado su sitio.

El suave tirón que sintió en su pecho la hizo gemir. Las manos del duque se habían adentrado en su camisola, mucho más allá del corsé, que permanecía aflojado sobre su cuerpo ya escasamente cubierto. Incapaz de seguir quieta, tiró de la chaqueta de Andrew hasta que logró sacársela. Sin pensar en lo que hacía, solo tardó unos segundos en despojarlo del chaleco y comenzar a desabrochar su camisa.

Aparentemente ajeno a sus esfuerzos, Andrew seguía atormentando su cuerpo con sus manos, acariciando, incitando, despertando cada fibra de su ser y anulando por completo su percepción de la realidad. El mundo dejó de existir y, de repente, solo estaba él, sus manos inquietas deslizándose sobre su vientre, su cuerpo caliente acomodado sobre el de ella, su boca errante apoderándose de uno de sus pezones.

Arqueándose en un desesperado intento de acercarse más a él, Kate se aferró a su espalda mientras trataba de llenar de aire sus pulmones. Estremeciéndose violentamente, se dio cuenta de que aquello no era suficiente, de que con él nada sería suficiente. Asiéndolo del pelo, lo instó a que alzara el rostro y la besara. Él obedeció al instante y le robó el aliento de nuevo. Sus lenguas se enlazaron, se fundieron y emprendieron de nuevo aquella danza que parecía capaz de llevarla

al éxtasis.

—Por favor —rogó Kate cuando sus bocas se separaron—. Por favor...

Pero ni siquiera ella sabía qué era lo que le estaba pidiendo.

¿Una noche? ¿Una aventura? ¿Una vida?

Alzando el rostro, Andrew la miró. Y se congeló instantáneamente.

Saltó del sofá como si se hubiera quemado y se alejó de ella tanto como le fue posible.

—¡Maldita sea!

Su maldición la devolvió a la realidad. Lo observó confusa durante unos instantes, incapaz de comprender qué le había sucedido. Finalmente, avergonzada, comenzó a arreglarse la ropa.

—¡Joder! —maldijo sin mirarla—. Apártate de mí.

Kate se congeló al momento. Lo miró, aturdida, incapaz de reaccionar. Hacía un segundo la estaba besando y ahora parecía estar a punto de estrangularla.

El duque comenzó a pasearse nerviosamente por la habitación.

—No entiendo cómo has logrado permanecer así tanto tiempo.

El desconcierto de la joven aumentó, hasta que cayó en la cuenta de a qué se refería.

—¿Soltera, dice?

—No, maldita sea. —Fulminándola con la mirada soltó furioso—: Virgen. Es más que evidente que no eres la querida de nadie, aunque pareces bastante dispuesta.

El insulto la hirió. La incredulidad la paralizó durante unos instantes. Cuando se recuperó, se dio la vuelta bruscamente y se dirigió a la puerta. Sin decir nada, como solía ser habitual cuando se sentía herida, se batió en retirada.

Andrew se arrepintió de sus palabras en cuanto salieron de su boca. El insulto le había dolido incluso a él.

—Lo siento, Kate, no pretendía decir...

—Claro que sí, excelencia. Es evidente lo que quería decir.

Él la interceptó antes de que alcanzara la salida. La sujetó por la muñeca y, aunque ella trató de desasirse, no se lo permitió.

—No quería insultarte —dijo obligándola a que se quedara quieta—. No debería haberme propasado contigo y me molestó haber perdido el control de esa manera. He pagado contigo mi propia frustración.

Con un suspiro, la soltó.

—Soy un idiota.

—Sí —asintió Kate—, creo que ya habíamos llegado antes a esa conclusión.

Él sonrió.

—Pero no quiero hacerte daño —explicó— y si hubiéramos seguido te lo habría hecho.

Kate suspiró.

—No podrá hacerme daño porque ya no estaré aquí —le recordó.

La mención de su inminente partida lo incomodó. No quería que se fuera.

—No te vayas —pidió—. Quédate unos días más.

—No hay ninguna razón para que me quede —respondió Kate—. Ya me encuentro bien y me incomoda pensar que estoy abusando de su hospitalidad.

Andrew negó con la cabeza.

—Quédate sin ninguna razón, solo porque sí. —Frunció el ceño—. O quédate por un montón de razones. Porque a mi hermana le viene bien tener a alguien de su edad con quien hablar. Y a Lottie conocer a alguien diferente a las personas con las que ha convivido desde que nació. Quédate por mi madre.

—¿Qué pasa con su madre?

—No lo sé. —Parecía confuso—. Pero seguro que necesita que te quedes por alguna razón.

Kate rio.

—Ese no parece un gran argumento.

—Muy bien —aceptó Andrew—. Quédate por el baile.

—¿Qué baile?

—Lady Wentworth celebrará una fiesta en su finca dentro de quince días —explicó—. Aunque no es exactamente como uno de los bailes a los que estás acostumbrada a asistir en Londres, tiene cierto prestigio por aquí. Es una pobre anciana que parece añorar sus años de anfitriona en la ciudad, así que, cada año, pone todo su empeño para que sus invitados no olviden quién era ella.

—¿Y en qué beneficiaría mi presencia a ese baile?

—Beneficiaría a Briony —explicó el duque—. Necesita una amiga. Aunque se obliga a ir, este tipo de eventos no son fáciles para ella. Es una lástima, ya que, si las circunstancias fueran otras, estoy seguro de que disfrutaría mucho. Le encanta bailar.

—No como a usted. —Kate pareció mortificada en cuanto las palabras abandonaron sus labios.

—¿Por qué crees que no me gusta bailar?

Kate dudó.

—Nunca lo hacía. —Andrew la miró con extrañeza y ella encogió un hombro—. En los bailes de la temporada, nunca bailaba.

—Así que me vigilabas —dijo sonriendo.

—¡No! —Kate parecía avergonzada—. Las damas solían quejarse porque usted nunca bailaba.

Andrew se rio y le acarició la mejilla con los dedos.

—Definitivamente, tienes que quedarte para la fiesta —sentenció—. Yo necesito una pareja de baile.

—¡Pero si nunca baila! —terqueó Kate.

—Esta vez sí —afirmó él mirándola a los ojos—. Contigo sí.

# Capítulo 9

—¿Le apetece venir con nosotros?

La pregunta pilló a Kate completamente desprevenida. Con la perplejidad reflejada en su rostro, recorrió al hombre con la mirada. Vestía unos pantalones de montar color crema que se ajustaban a sus musculosas piernas, una camisa blanca de lino con cuello alto y un chaleco verde pistacho, sin adornos, de corte impecable. Su indumentaria la completaban unas lustrosas botas Wellington de cuero negro y unos guantes de piel del mismo color. No llevaba chaqueta ni abrigo.

Durante su escrutinio, Kate no pudo evitar fijarse en el modo en que esas prendas confeccionadas a medida se ceñían a un cuerpo que se adivinaba poderoso. Jamás lo había visto vestido de manera tan informal y por algún motivo eso le aceleraba el pulso. Tal vez se debiera a que con aquel atuendo parecía más próximo, más familiar, y le permitía soñar con que ella formaba parte de esa imagen. No obstante, era perfectamente consciente de que aquello no era posible. Había sido absurdo desde el primer momento y ahora, por más que él pareciese haber desarrollado una incomprensible atracción hacia ella, no estaba más cerca de hacerse realidad. Tal vez él la deseara, pero ella lo amaba. Cualquiera con sentido común se daría cuenta de que una relación entre ellos fracasaría estrepitosamente. Y lo que a Kate le sobraba era sentido común. Aunque eso no quería decir que no pudiese disfrutar de la imagen que el duque ofrecía.

Prosiguiendo con su examen, reparó en sus anchos hombros, en su decidido mentón y en cómo la sombra de una barba incipiente comenzaba a oscurecer su rostro. Cuando sus ojos se encontraron, la mirada burlona de Andrew la sobresaltó. Con nerviosismo, bajó la mirada, aunque era evidente que él sabía de sobra que lo había estado observando.

—¿Desea unirse a nosotros? —repitió el duque sonriendo, pero sin hacer ningún comentario, algo que Kate agradeció—. Lottie y yo vamos a dar un paseo a caballo.

En ese momento, Kate reparó en la niña, que, sujetando la mano de su padre, la miraba risueña. Casi al instante, sintió que las comisuras de sus labios comenzaban a alzarse. Aunque le robase la ropa interior, era imposible resistirse al encanto de aquella pequeña.

—Me encantará acompañarlos —respondió sonriendo.

Y cuando su mirada se encontró de nuevo con la de Andrew descubrió que no le importaría quedarse allí para siempre.

—No sabía qué hacer con ella —comentó Andrew con una sonrisa—. De la noche a la mañana me encontré con un bebé entre los brazos que no hacía nada más que llorar y no tenía ni idea de qué era lo que necesitaba.

Kate lo miró con ternura.

—Al parecer se las arregló muy bien. Lottie es un encanto.

Andrew miró a su hija que correteaba por entre la hierba mientras recogía flores de colores.

—Lo es. —La tristeza que percibió en su voz la desconcertó—. A pesar del precario padre que le ha tocado, lo es.

Durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada. Andrew seguía los juegos de la niña con la mirada, mientras que Kate permanecía pensativa.

Ella no creía que él hubiera sido un mal padre. Lottie lo adoraba y ella misma había sido testigo del cariño que había entre ellos. Por un momento, Kate se debatió entre su necesidad de darle ánimos y aquella sensación que no la abandonaba nunca cuando estaba con él. La sensación de que no debía acercarse demasiado o acabaría lastimada.

Pero, entonces, sucedió. Aquella mirada desolada que había visto una noche, tanto tiempo atrás, en el rostro de un joven libertino, apareció de nuevo en la cara de un hombre poco mayor, pero mucho más maduro. La misma mirada, mas, a la vez, completamente distinta. El mismo caballero, pero, en el fondo, totalmente diferente. Y Kate lo supo. Supo que, aunque quisiese mantener las distancias, no lo conseguiría. Pero, sobre todo, supo que, si él se lo pedía, ella sería capaz de cualquier cosa por permanecer a su lado. Incluso de convertir en realidad unos rumores que jamás habían sido ciertos.

—Eres un buen padre —susurró por fin, tuteándolo por primera vez, aunque sin atreverse a mirarlo a los ojos—. A pesar de todas tus ocupaciones, siempre encuentras un momento para estar con ella. Hubiera sido muy fácil que te desentendieras de ella y encargaras su cuidado a un montón de niñeras e institutrices, como hacen la mayoría de los nobles. Pero no lo has hecho.

Andrew la miró fijamente durante unos instantes. Poco a poco, una leve sonrisa se fue dibujando en su rostro. Con ternura, acarició la ruborizada mejilla de Kate con el pulgar. Lentamente, su dedo fue bajando hasta acariciar sus labios. Suspiró y su expresión fue la de un hombre derrotado.

—Voy a besarte —informó, concediéndole la oportunidad de apartarse.

Pero alejarse era lo último que ella quería hacer. Sin moverse ni un milímetro dejó que sus párpados se cerraran y, casi al instante, sintió los labios de Andrew sobre los suyos.

Aquel beso fue diferente a todos los que le había dado con anterioridad. Fue lento, dulce, y ella supo que significaba mucho más que cualquiera de los otros. Andrew no la abrazaba con

urgencia, no saqueaba su boca como había hecho en la biblioteca. En lugar de eso, acariciaba sus labios con los suyos y recorría su mejilla con los dedos. Kate sintió la necesidad de acercarse más a él y se sujetó a su camisa con fuerza. Andrew rio suavemente y, agarrando sus brazos, hizo que los entrelazara tras su cuello. Kate se pegó a él e intentó profundizar el beso. Él gimió e, incapaz de contenerse, dejó que su lengua se sumergiese en la boca de ella. La suavidad anterior se convirtió en urgente necesidad. Uno de los brazos de Andrew rodeó su cintura y el otro se posó sobre sus hombros, acercándola todavía más, como si cualquier distancia entre sus cuerpos fuese demasiada. Ajeno a todo lo que los rodeaba, comenzó a tumbarla sobre la colcha.

—¡Ayyyy!

El estridente grito de dolor los devolvió de golpe a la realidad. Desconcertados, buscaron a la responsable de aquel sonido y, al ver el sombrero de Lottie desaparecer colina abajo, Kate percibió como el rostro de Andrew palidecía.

—¡Maldita sea!

Levantándose de golpe, corrió tras su hija.

Mientras se paseaba, impaciente, ante la puerta del cuarto de Lottie, Andrew se preguntaba por qué le fallaba a su hija constantemente. Desde que aquella pequeña había aparecido en su vida, él se había esforzado por hacer las cosas bien, por desempeñar lo mejor posible su papel de padre, aunque siempre había sabido que era un rol que le quedaba demasiado grande, algo que comprobaba con frecuencia.

Al principio, cuando no era más que un bebé, se había dicho que su ineptitud era comprensible, ya que no tenía ninguna experiencia en aquellos menesteres. Había pensado que, con el paso del tiempo, aprendería de aquello. Así, había metido la pata mil veces y había tratado de aprender de sus errores. No lo había hecho. Volvía a caer, una vez tras otra, y a esas alturas el convencimiento de que era un desastre como padre había calado bien hondo en su cerebro.

Mesándose los cabellos con nerviosismo, apoyó la frente en la pared y suspiró derrotado. Había tratado de hacerlo bien.

¡Maldita sea!

Había intentado darle lo mejor. Se había apartado de la escena social para evitar cualquier habladuría que pudiera afectar a Lottie. Había abandonado completamente su vida de soltero y, salvo por aquellas escapadas al local de madame Carlyle, la existencia que llevaba era la de un caballero ejemplar.

¡Qué demonios!

Pese a sus escapadas, su existencia era la de un monje.

Y, aun así, aun habiéndolo dejado todo, aun habiendo diseñado una nueva vida pensando únicamente en su familia, no había logrado nada. Su madre seguía asustando a la mayor parte de la aristocracia. Su hermana se había condenado, se había convertido en una paria antes incluso de

ser presentada en sociedad. Y su hija, la personita a la que más quería en el mundo, se hallaba al otro lado de la puerta, lastimada, magullada y quién sabía si con algún hueso roto, tras una aparatosa caída que no habría sucedido si él no hubiera estado retozando con Kate en lugar de cuidar de la pequeña.

Al pensar en la condesa, sintió cómo se le contraían las entrañas y la desesperación más absoluta se apoderaba de él. La atracción que sentía por aquella mujer lo estaba volviendo loco. Hacía mucho que no sentía algo parecido. De hecho, no recordaba haberse sentido así nunca. Porque Kate despertaba en él algo más que deseo. La vulnerabilidad oculta que percibía en ella, la forma en que ella lo miraba cuando creía que estaba distraído le hacían desear cosas que ya se había resignado a no tener jamás.

De repente, sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos y apretando los puños con fuerza trató de controlarlas. Era un hombre y era bien sabido que ningún hombre lloraba. Ni siquiera cuando sus deseos y sus obligaciones sostenían en su interior una batalla tan feroz que lo estaban destrozando.

Irguiéndose, trató de serenarse. A partir de ese momento mantendría a Kate a distancia. Aunque hubiera sido él quien le hubiera rogado que se quedara, no podía pasar más tiempo con ella. La evitaría hasta el día del baile y, entonces, la ayudaría a subirse en su carruaje y la vería alejarse por el camino de entrada. No volvería a relacionarse con ella. No mantendrían ningún contacto ni preguntaría por ella. Él seguiría encerrado en el campo, justo donde tenía que estar. Con su hija. Con el escándalo que había jurado ocultar, aun cuando eso lo condenase a pasar solo y aislado el resto de su vida.

Dirigiéndose a la puerta del cuarto de Lottie le dedicó un último pensamiento a aquella dama. *Lady Non Mercy*. Una mujer sobre la que todo el mundo hablaba en Londres. Una joven cuya respetabilidad era puesta en entredicho a todas horas. La mirada de la alta sociedad estaba siempre sobre ella, atenta a cada uno de sus movimientos, deseando que diera un paso en falso. La misma mirada que Andrew no deseaba que se posara jamás sobre su familia.

—Andrew.

Su mano se detuvo sobre el pomo. Simulando una tranquilidad que no sentía, miró a su hermana, quien, ante su aparente falta de interés, dudó unos instantes. El duque alzó una ceja en un gesto interrogante.

—Quería saber... —Briony dudó nerviosa—. Quería saber cómo está Lottie.

—El doctor la está examinando.

Y sin más explicaciones entró en la habitación de su hija, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Imbécil! —gruñó Briony mirando la madera con furia.

—Me alegra comprobar que su vocabulario sigue siendo tan rico y elegante como siempre.

La joven se giró rápidamente y se encaró al recién llegado.

—También para mí supone una tremenda alegría descubrir que sigue siendo usted tan majadero e inoportuno como de costumbre, milord.

Sebastian se cruzó de brazos y se apoyó, indolente, en la pared. Una perezosa sonrisa asomó a sus sensuales labios y el brillo malicioso de sus ojos azules dejó al descubierto el tipo de hombre que era.

—Es la primera vez que una mujer me dice tal cosa. Por norma general, suelen alegrarse terriblemente de verme y alabar mi sentido de la oportunidad. —Su sonrisa se ensanchó—. También suelen alabar muchas otras de mis cualidades, pero no creo que esté preparada para oír hablar de ellas.

Briony sintió que, muy a su pesar, comenzaba a ruborizarse. Odiaba a aquel hombre. Lo odiaba de un modo completamente irracional y desproporcionado. Incapaz de permanecer a su lado ni un segundo más, le dedicó una desdeñosa mirada y le dio la espalda. No obstante, no podía alejarse sin ser ella quien dijera la última palabra. Repasándolo de arriba abajo, con desprecio, alzó una ceja.

—Sí, me imagino el tipo de mujeres con las que se relaciona —gruñó—. Supongo que para lo que ellas buscan no es necesario un gran intelecto.

La carcajada del marqués le impidió la triunfante retirada que había planeado.

—Curiosamente —dijo él con una risa irónica—, la reputación de cualquiera de esas mujeres es mejor que la tuya.

Abandonando su despreocupada posición, se acercó a ella hasta que su aliento hizo bailar los delicados cabellos del flequillo de Briony.

—Tal vez no busquen mi inteligencia ni destaquen por la suya —susurró apretando los dientes —, pero todas ellas tienen el maldito sentido común de dejarse la máscara puesta cuando acuden a un escandaloso baile a espaldas de la sociedad.

El rubor de Briony se intensificó y sintió que el calor producido por la humillación se extendía por todo su cuerpo. Avergonzada e incapaz de soportar más tiempo la proximidad de aquel hombre, dio un paso atrás.

—No me digas que te has vuelto tímida a estas alturas. —Se burló Sebastian—. Me sorprende semejante despliegue de recato en una muchachita que no dudó en hacerse pasar por una cortesana para codearse con la nobleza más depravada. —Fulminándola con la mirada, añadió—: Si besarme en el jardín de lady Brackwell casi fue tu ruina, dejarte sorprender con Stanbridge fue el colmo de la estupidez.

Y, dedicándole una última mirada despectiva, fue él quien se alejó.

—Volveré de visita más tarde. Ahora mismo no hay nadie aquí cuya compañía me agrade.

# Capítulo 10

Si bien, antes del accidente, nadie habría podido afirmar que la relación de Andrew y Kate fuera buena, tras aquello se abrió un abismo entre ellos. Ambos se sentían culpables y, por algún motivo, esa culpabilidad los llevaba a evitarse en la medida de lo posible.

El que más empeño ponía era, por supuesto, el duque, que se sentía incapaz de sacarse de la cabeza la imagen de su hija, lastimada y magullada, tendida sobre el pasto. Y, aunque, finalmente, la pequeña solo hubiera sufrido algunos rasguños y un leve esguince de tobillo, la posibilidad de que se hubiera herido de gravedad o, incluso, hubiera muerto, rondaba su mente a todas horas. Era por eso por lo que, desde entonces, pasaba más tiempo que nunca encerrado en su despacho y evitaba la compañía de cualquiera, salvo Sebastian, quien, por supuesto, hacía lo que le venía en gana e ignoraba descaradamente cualquier petición de privacidad por su parte. Como en ese mismo instante en el cual, mientras Andrew se frotaba las sienes y trataba de cuadrar unas cuentas que se le resistían, el marqués se hallaba despatarrado en su sofá de cuero disfrutando de una copa de su mejor brandy.

—El término *gorrón* alcanza nuevas cotas cuando se refiere a ti —murmuró el duque, malhumorado.

Sebastian alzó la mirada de la copa y sonrió socarronamente.

—Alguien tiene que ayudarte a acabar con tu excelente reserva de brandy.

—¿Y hay algún motivo por el que yo desee terminarla?

—Imagínate —explicó su amigo repantigándose todavía más en el asiento— que cualquier día se incendia tu preciosa mansión. Sería una pena que este extraordinario licor se echara a perder.

Andrew lo fulminó con la mirada.

—Si eso sucediera el brandy sería mi última preocupación.

—Lo sé —aceptó el marqués—, por eso estoy yo aquí ocupándome de él.

El duque soltó un bufido y regresó su atención a los papeles que tenía delante.

—¿Vas a esconderte mucho más tiempo?

Andrew volvió a levantar la vista.

—No me estoy escondiendo.

—Por supuesto. —Sebastian se encogió de hombros—. Yo tampoco me estoy bebiendo tu brandy.

—¿Por qué no te vas a dar un paseo? —sugirió el duque frunciendo el ceño—. Tal vez podrías comprobar qué tal crecen mis plantas o buscar el alijo de ropa interior que mi hija debe tener escondido en alguna parte.

—Me gusta lo de la ropa interior —comentó con despreocupación el marqués, levantándose y alisándose la chaqueta—. Aunque tengo todas mis esperanzas puestas en verla luciendo sobre el delicado cuerpo de cierta condesa...

Andrew miró a su amigo, su enfado intensificándose por momentos.

—Aléjate de Kate.

—¿Y eso? —preguntó Sebastian con aire conspirador—, ¿vas a reclamarla para ti?

El duque permaneció en silencio durante tanto tiempo que pareciera que no fuera a contestar. Finalmente, suspirando, regresó su atención a los papeles que tenía sobre su escritorio.

—Sabes que no —murmuró sin mirarlo.

—Entonces, excelencia —replicó su amigo dirigiéndose a la puerta—, no hay ningún motivo para que yo no me divierta con ella.

Y, guiñándole un ojo, abandonó la estancia.

Kate había salido a pasear por el jardín con la vaga esperanza de olvidarse de lo ocurrido durante su excursión con el duque y del caballero en cuestión. El hecho de que ese paseo le permitiese también huir de la locura que se había desatado en el saloncito azul no había sido más que un aliciente para que se decidiese a abandonar la mansión.

Suspirando resignada, emprendió el camino hacia la hermosa rosaleda a cuyo cuidado la duquesa parecía haber consagrado su vida.

Como siempre, Briony y su sobrina se habían enzarzado en una disputa que, si bien había comenzado como un concierto de gritos, había terminado convirtiéndose en una competición de lanzamiento de objetos. Y, aunque ella había tratado de poner orden, había terminado rindiéndose —tal y como parecían hacer todos los habitantes de aquella casa— en cuanto uno de los zapatitos de la niña había impactado contra su frente. Había abandonado la estancia enfadada y completamente derrotada.

—Usted y yo vamos a divertirnos un poco.

Aquella insinuante voz masculina la sobresaltó. Girándose con rapidez, se encontró cara a cara con el marqués de Stratford. Los ojos del hombre brillaban, divertidos, y la ligera sonrisa que lucía la desconcertó. Aunque habían coincidido varias veces en Londres, jamás habían pasado de la mera cordialidad que existía entre dos personas que se encontraban, de vez en cuando, en algún evento importante. Tampoco en los días que llevaba en Bramshaw Manor había entablado con él más que alguna insulsa conversación sobre el clima, la temporada o cualquier otro tema

superfluo que, en realidad, no le interesaba a ninguno de los dos. Así pues, aquella familiaridad con la que se dirigía a ella le resultó desconcertante.

—Milord —saludó ella mientras daba un paso atrás.

Aquel movimiento logró que la sonrisa del hombre se acentuase y que él se acercase todavía más. Kate trató de retroceder de nuevo, pero él se lo impidió tomándole la mano para besarla.

—No se aleje —susurró él sin soltarla.

Sorprendida, Kate se quedó donde estaba, tratando de adivinar el próximo movimiento que Sebastian llevaría a cabo. Fue entonces cuando se percató de que, discretamente, él dirigía constantes miradas hacia una de las ventanas de la mansión.

—Vamos a divertirnos —repitió el marqués—. Creo que todos ganaremos bastante con este juego.

—No sé a qué se refiere. —Los labios de Kate se apretaron en una fina línea que denotaba, claramente, su enfado—. Si está sugiriendo algo indecoroso debería saber...

La risa del marqués detuvo su discurso antes, siquiera, de que hubiera comenzado.

—Milady —murmuró Sebastian acercando sus labios, escandalosamente, a su oído—, por muy atractiva que me parezca no soy tan canalla como para tratar de aprovecharme de usted a la luz del día; en medio del jardín de la finca familiar de mi mejor amigo; con su prima, una niña, el duque y esa fiera que tiene por madre presentes y todos sus criados deambulando a nuestro alrededor.

—Y su hermana. —A pesar de lo inaudito de la situación, lo único que acudió a su mente en ese instante fue que él había olvidado a Briony.

El semblante del marqués se ensombreció y, apretando la mandíbula, dio un paso atrás. Aunque no duró más que un momento, aquel cambio de actitud desconcertó a Kate. Antes de que pudiera añadir algo más, Sebastian recuperó su sonrisa despreocupada y, tomándole la mano, la condujo hacia uno de los bancos del jardín.

—El duque no se ha portado demasiado bien con usted —comentó sentándose junto a ella sin soltarla.

—No sé a qué se refiere, milord —replicó Kate envarándose—. Su excelencia ha sido el mejor de los anfitriones.

El marqués estalló en carcajadas. Molesta, la condesa arrancó su mano de entre las del hombre y se cruzó de brazos.

—No le encuentro la gracia.

Todavía con una sonrisa en la comisura de su boca, Sebastian fijó sus ojos en los de la joven.

—Milady, el duque es el peor anfitrión de toda la aristocracia inglesa. De hecho —comentó recostándose contra el respaldo del banco—, me atrevería a decir que es uno de los peores anfitriones de Europa.

Su mirada se perdió en el horizonte y Kate supo que, aunque estuviera hablando con ella, su mente acababa de alejarse de allí.

—Jamás fue un ejemplo, en ningún sentido. Aunque la fama que se le ha otorgado es desmesurada, siempre tuvo un poco de libertino y bastante de irresponsable. Aun así, era un tipo agradable, uno de esos raros aristócratas amables.

Kate asintió.

—Tal vez por ese entonces —prosiguió Sebastian mirándola de nuevo— podría haber sido un anfitrión competente, aunque, ni por asomo, el mejor de ellos. Pero no ahora.

—¿Qué le sucedió?

—El peso del título le cayó encima de golpe. Responsabilidades, cargas familiares y demasiados secretos. Por eso —añadió el marqués recuperando su despreocupada sonrisa—, usted y yo nos vamos a reír un poco a su costa.

Kate frunció el ceño y lo miró iracunda.

—Si lo que desea es comportarse como un cretino y amargarle, todavía más, la existencia al duque, no cuente con mi ayuda.

—Es mi amigo —replicó él—. Amargarle la vida es lo último que deseo.

—No entiendo nada —aceptó Kate derrotada.

Sebastian tomó su mano de nuevo.

—Lo único que necesito es que me siga la corriente. Durante los próximos días, me mostraré encantado con su compañía y deseoso de recibir sus atenciones. Usted, por su parte, solo deberá comportarse como si mi interés fuera bien recibido.

—Pretende que me comporte como una desvergonzada.

—No —negó con rotundidad—, será un cortejo perfectamente respetable. Lo que pretendo es que finja que son mis atenciones las que usted desea.

La condesa dudó durante unos instantes.

—No tengo claro qué es lo que busca con todo esto ni qué gano yo con sus intrigas.

—Milady —susurró Sebastian mirándola a los ojos—, ambos sabemos que tendrá que esforzarse mucho para desempeñar su papel, pues no es a mí a quien quiere. Su recompensa será, simplemente, que contará con la atención del duque en cada uno de los actos de nuestro pequeño drama.

Cuando, dos días después, Andrew entró en la sala del desayuno y se encontró a Sebastian y Kate compartiendo confidencias con las cabezas muy juntas, sintió que algo dentro de él estallaba. Desde la conversación que había tenido con el marqués en su despacho, y en la que Sebastian había reconocido abiertamente su interés por la condesa, se había convertido en algo habitual verlos paseando juntos por los jardines, conversando con entusiasmo en cualquiera de las salas del piso inferior o, incluso, comentando libros en la biblioteca. Para el duque había sido una tortura. Aun cuando todavía no estaba preparado para reconocer el porqué, no soportaba ver a Kate tan cerca de ningún hombre que no fuera él mismo. Por algún motivo, no quería que otro

fuera el que compartiera sus gustos literarios, el que la hiciera reír o acaparase toda su atención. Y, mucho menos, Sebastian.

Aunque fueran casi como hermanos, Andrew era consciente del extraño magnetismo que su amigo tenía para las damas. Desde que había comenzado a frecuentar las fiestas y reuniones sociales que celebraban sus pares, se había convertido en el causante de los suspiros de la mayoría de la población femenina. Y, si bien sería hipócrita por su parte afirmar que él no había gozado de cierta atención, Andrew sabía que de no poseer un ducado no supondría competencia alguna para Sebastian. Aunque aquello jamás le había preocupado en exceso, en ese momento se le antojaba algo intolerable.

La risita que Kate emitió en aquel momento terminó con el poco control que le quedaba. Fulminándolos con la mirada abrió la boca, dispuesto a decir algo realmente hiriente, pero el brillo burlón que percibió en los ojos del marqués puso freno a su lengua. ¡Que le condenasen si iba a permitir que aquellos dos le hiciesen quedar como un idiota celoso!

Apretando los puños con fuerza, se dio la vuelta y abandonó la estancia. La única satisfacción que se permitió fue cerrar la puerta de la sala con tal ímpetu que a punto estuvo de arrancarla de los goznes.

—Creo que se ha enfadado —susurró Kate mirando hacia la puerta con tristeza.

—Cierto —aceptó su interlocutor—. Y eso era, exactamente, lo que nosotros buscábamos.

La condesa suspiró.

—Milord... —comenzó, sin mirarlo a los ojos—. No quiero seguir con esta farsa. No me siento cómoda y, lo peor de todo, me siento culpable. Estamos engañando a todo el mundo.

Sebastian la observó durante unos instantes y, con ternura, retiró un mechón de cabello que había caído sobre su frente.

—Estamos consiguiendo lo que queríamos, milady. Andrew ha estado a punto de perder los papeles.

—¡Pero es que ni siquiera sé qué es lo que queremos! —exclamó ella.

Levantándose de la silla bruscamente, comenzó a pasearse con nerviosismo por el cuarto. Tras unos instantes, se paró ante el marqués y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sé qué pretende lograr con esto. No sé por qué le parece tan importante conseguir que el duque pierda el control. Lo que sí sé es que, por alguna razón, a él no le gusta esta situación. —Dejando caer los brazos a los lados, derrotada, murmuró—: No quiero molestarlo. Ya tiene bastantes problemas sin que nosotros le proporcionemos ninguno más. Y, además, no solo él parece enfadado —negando con la cabeza, informó—: Briony me rehúye.

El bufido de Sebastian le llamó la atención.

—¿A quién le importan los caprichos de esa malcriada?

Kate puso los ojos como platos al oírlo hablar así de su amiga. Sintiendo un repentino rechazo hacia aquel hombre, se dirigió a la puerta.

—A mí me importa —advirtió—. Briony es una de las mejores personas que he tenido la

suerte de conocer y por ningún motivo haría algo que la disgustara. La función ha terminado, milord.

—¡Espere! —Sebastian logró retenerla antes de que abandonara el comedor—. Concédame unos días, hasta la noche del baile.

Viendo que ella estaba a punto de negarse, el marqués la sujetó por los brazos y fijó sus ojos en los de ella.

—¿No se ha parado a pensar que si Andrew está tan disgustado es porque quizá sienta algo por usted?

Esas palabras lograron llamar la atención de Kate que, sin embargo, negó con la cabeza.

—Creo que sé lo que él siente por mí. Y ninguna dama se conformaría con eso.

—En realidad, no creo que lo sepa. Pero, de todos modos, vamos a comprobarlo. Si para el día de la fiesta de lady Wentworth no hemos conseguido nada, abandonaremos la farsa.

—Me iré al día siguiente —informó ella.

Sebastian se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué más le da?

# Capítulo 11

—Necesito que me acojas en tu casa.

Andrew levantó la vista de su desayuno y observó a su amigo. Sentado tan campante ante la mesa del comedor, Sebastian devoraba un plato de huevos con jamón mientras leía un *The Times* que, muy probablemente, no era otro que el que uno de los criados había dejado junto al plato del duque hacía solo un momento.

—Vaya —dijo con ironía—, y yo que pensaba que ya estabas viviendo aquí.

El marqués alzó la mirada y sonrió.

—Sé que eres incapaz de expresar lo feliz que te hará tenerme bajo tu mismo techo. Lo comprendo. —Poniendo, teatralmente, una mano sobre su pecho, añadió con fingida afectación —: Mi mera presencia insufla aire fresco a tu decrépita existencia.

El bufido del duque provocó las carcajadas del otro hombre.

—Si las grandes damas de Londres convocaran un premio al bufón de la temporada, tendrían que prohibirte participar. No habría nadie a tu altura. —Recuperando la seriedad, preguntó—: ¿Por qué necesitas quedarte aquí?

Sebastian suspiró y tomó un sorbo del chocolate que el ama de llaves ordenaba servir todas las mañanas con la esperanza de consentirlo, pues a menudo se presentaba sin avisar a la hora del desayuno desde hacía más de diez años.

—El viejo dragón tiene grandes planes para mi futuro —explicó—. Planes que, por supuesto, deseo evitar a toda costa.

—La marquesa es una mujer encantadora, llamarle viejo dragón es de muy mal gusto — replicó Andrew—. Sin olvidar, además, que se trata de tu madre.

—No dirías eso si fuera a ti a quien quisiera casar con una arpía.

El enfado de Sebastian divirtió al duque, que lo miró con renovado interés.

—Ha invitado a lady Silverwood a quedarse unos días en casa.

—Lady Silverwood es demasiado vieja para ti, obviando el pequeño inconveniente de que ya está casada. Con tu tío, por cierto.

—¡Su hija! —gruñó el otro hombre—. Ese engendro del demonio cubierto de lazos que chilla

como una cacatúa cada vez que me ve.

Andrew trató de recordar a la joven, pero no acudió a su mente más que la imagen de una niña regordeta de largos tirabuzones castaños y horribles vestidos de llamativos colores con una ingente cantidad de ornamentación. Su cara debió expresar lo penoso de la imagen porque su amigo suspiró.

—Añádele diez años.

—¿Qué? —El duque lo miró confuso.

—A esa niña —aclaró el otro hombre—, añádele diez años, una gran dosis de afectación y un carácter caprichoso y excéntrico.

—Y que chille como una cacatúa —añadió Andrew sin poder contener una sonrisa.

La mirada que Sebastian le dedicó debería haberlo amedrentado, mas solo logró incrementar su regocijo.

—¿Puedo quedarme o no? —preguntó el marqués, malhumorado.

El duque lo miró, la diversión bailando todavía en sus ojos.

De repente, el recuerdo de Kate y su amigo juntos lo golpeó con fuerza e imaginárselos conviviendo bajo el mismo techo borró su sonrisa de golpe. La desazón que había sentido más de una vez en los últimos días se instaló de nuevo en su pecho y, pese a que siempre había confiado ciegamente en el marqués, lo miró con recelo.

—¿No tienes ninguna otra alternativa?

Sebastian lo observó, la confusión reflejada en su rostro.

—Podría regresar a Londres o alojarme en la propiedad de Southampton, pero esperaba poder quedarme aquí.

Andrew negó levemente con la cabeza y se recostó en su silla. Tenía razón. Habían sido amigos desde niños, habían estudiado juntos y compartido pasatiempos. Se habían criado como hermanos. Y, lo más importante, cuando él lo había necesitado, Sebastian había acudido en su ayuda de inmediato. Sin recriminaciones ni preguntas. Y Andrew era plenamente consciente de que si su hija tenía un futuro era gracias al marqués. Dejarlo ahora en la estacada sería una imperdonable traición.

—Tienes razón —aceptó—, discúlpame. Sabes que eres bien recibido en esta casa siempre que lo necesites. Puedes trasladarte cuando quieras.

Por un momento, estuvo tentado de añadir una advertencia para que se mantuviera alejado de Kate, mas se contuvo en el último momento. Lo que aquellos dos hicieran no era de su incumbencia.

La palabra *mentiroso* resonó en su mente.

Sebastian sonrió despreocupado, como si el titubeo del duque no lo hubiera desconcertado en absoluto, y siguió devorando el desayuno.

—Entonces, ¿cuánto tiempo va a quedarse? —preguntó Kate acariciando con la punta de los dedos una hermosa rosa amarilla.

Se había encontrado a Sebastian cuando este se dirigía a uno de los cuartos del ala oeste, la misma en la que se hallaba la habitación del duque, cargado con una bolsa de viaje y un estuche de violín. El marqués había aprovechado aquel encuentro casual para invitarla a dar un paseo por los jardines y explicarle el plan que seguirían hasta la noche del baile. Ese era el motivo por el que, en ese instante, se hallaban caminando por el que parecía el lugar favorito de Sebastian, la rosaleda de la duquesa, que, curiosamente, se hallaba justo frente a la ventana del despacho de Andrew.

—Solo hasta después de la fiesta. Si todo sale según lo previsto, lady Silverwood y su encantadora hija partirán en dirección a Londres a la mañana siguiente. —Suspiró con dramatismo—. Se me romperá el corazón al verlas partir, pero jamás se me ocurriría interponerme entre ellas y su encomiable misión de perseguir, torturar y tratar de cazar a todos los nobles solteros que se crucen en su camino.

La condesa se detuvo y alzó una ceja.

—Salta a la vista que le causará un gran pesar. —Kate sonrió con ironía—. Por eso les deja su casa y se esconde en Bramshaw Manor durante su visita.

Sebastian rio y, tomando su mano, la acercó a sus labios.

—Eso es porque ninguna compañía puede compararse a la suya, milady. Me valdría de cualquier excusa para poder pasar más tiempo cerca de usted.

Las palabras del marqués la desconcertaron. Sin embargo, en cuanto percibió un movimiento por el rabillo del ojo se percató del juego de Sebastian. Andrew se dirigía hacia ellos a grandes zancadas y, por su ceño fruncido y la mirada que le dedicó a su amigo, Kate dedujo que había escuchado perfectamente lo que acababa de decirle.

No obstante, el duque se abstuvo de hacer ningún comentario. Sin mediar palabra, le entregó a Sebastian una delicada carta perfumada y se dio la vuelta.

—No tenías que haberte molestado —comentó Sebastian, burlón, sosteniendo el sobre contra su pecho—. Sabes que yo también te quiero.

Andrew se giró de nuevo y lo fulminó con la mirada.

—Un lacayo acaba de traerla —gruñó—. Parece que tu paradero no es tan secreto, al fin y al cabo.

Y, sin más, emprendió el camino de regreso.

Kate lo vio alejarse mientras sentía cómo algo se contraía en sus entrañas. Era evidente que a él le daba igual que Sebastian la cortejara. Aunque hubiese parecido disgustado, probablemente se debía a que le molestaba que lo hiciera en su propia casa. De hallarse en otro lugar, de encontrarse en Londres, por ejemplo, estaba segura de que el duque no le prestaría la menor atención.

—Lord Stratford...

—«Querido hijo —recitó Sebastian comenzando a leer la carta—, eres un condenado cobarde. Tu huida de esta mañana fue lo más patético que he visto hacer en mi vida. Si abandonar la casa sin despedirte de nuestras invitadas fue ya el colmo de la mala educación, hacerlo a hurtadillas, por la puerta de atrás, en pleno día y confiando en que no me enterase, fue una soberana estupidez. Por lo pronto, te disculparé ante nuestras visitantes. Lady Silverwood se sentirá muy apenada, por no hablar de su hija, que es probable que se pase el resto de la semana chillando su decepción. Espero que, al menos, tengas el detalle de evitar encontrarte con ellas hasta el día del baile. He justificado tu ausencia alegando un asunto urgente en Londres. Me alegro, no obstante, de que la mención de la palabra *matrimonio*, aunque haya sido junto al nombre de la mujer equivocada, haya servido para que pases un tiempo en Bramshaw Manor. Tal vez ahora puedas comportarte como es debido y enmendar...».

La voz del marqués se fue apagando. La sonrisa que se había dibujado en sus labios mientras leía la carta se borró instantáneamente y, en su lugar, un pronunciado ceño se perfiló en su frente. Apretando la mandíbula, arrugó el papel y lo tiró.

—Si me disculpa —murmuró haciendo una reverencia—, debo hablar con el duque.

Al verlo alejarse, Kate percibió una ligera cojera en la que no se había fijado antes y se preguntó qué le habría sucedido. Sus ojos repararon entonces en el papel que él había arrugado e, incapaz de contenerse, recogió la nota y la alisó mientras su conciencia gritaba tratando de recordarle que no estaba bien leer la correspondencia ajena.

«Uno no puede empezar a leerle una carta a alguien y dejarlo en ascuas después», razonó. Era una pobre excusa, pero era la única que tenía.

Rápidamente, buscó la línea en la que él había interrumpido la lectura. Cuando la encontró, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—«Tal vez ahora puedas comportarte como es debido y enmendar los errores que cometiste en el pasado —leyó en voz baja—. Si ruegas lo suficiente, tal vez puedas lograr que cierta dama te perdone por ser un completo imbécil. Sin más, se despide tu madre, que, a pesar de todo, te quiere».

Por supuesto, la carta la firmaba lady Stratford, que, a juzgar por el trazo firme y el modo en que se dirigía a su hijo, debía de ser una mujer de carácter.

La noche ya había caído sobre Bramshaw Manor cuando las dulces notas de un violín se colaron por la ventana de una de las habitaciones del segundo piso. Con los brazos apoyados en la repisa y el rostro entre las manos, Briony sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Aquella había sido su pieza favorita desde que, una noche de luna llena, él la había interpretado solo para ella.

Eran alrededor de las doce cuando un golpe sordo, seguido de una sarta de maldiciones, había despertado a Briony. Confusa y todavía algo dormida, se había acercado a la ventana para

averiguar de qué se trataba. Apenas se había asomado cuando las primeras notas habían comenzado a sonar. No las había reconocido y, sin embargo, la habían hechizado desde el primer momento. Y no porque el intérprete fuera un portento. Por el contrario, en aquella época Sebastian era un violinista que, más que corriente, tiraba a mediocre. Pero la dulzura de la pieza, unida al hecho de que fuera el marqués y no otra persona quien la interpretara, la habían conmovido.

—¿Qué te parece? —le había preguntado él desde el jardín.

—Deberías quemar ese trasto —había respondido ella, negándose a demostrarle cuánto le había afectado.

Sebastian se había reído y había acariciado el violín con ternura.

—Todavía estoy empezando —se había justificado—, esta es la primera pieza completa que soy capaz de tocar con cierta calidad. —Mostrándose más nervioso de lo que solía ser habitual en él, se había encogido de hombros—. Tenía que enseñártela.

—A medianoche —había increpado ella, pese a que su corazón acababa de saltarse un par de latidos.

Él se había encogido de hombros de nuevo y había sonreído con despreocupación.

—Ni siquiera me di cuenta de la hora. En cuanto creí que el resultado era aceptable vine corriendo para aquí.

—Y ahora volverás corriendo a tu casa... Porque es evidente que mi padre sí ha reparado en la hora que es y está a punto de soltar a los perros.

Aquella advertencia había puesto fin al interludio romántico, pues Sebastian había recogido el violín y había salido a toda prisa sin ni siquiera despedirse. Al día siguiente regresaría, con expresión agraviada, para recordarle que el duque no tenía perros.

Y así, el *Canon y Giga en Re Mayor*, de Pachelbel, se había convertido en «su» canción. La canción de un futuro marqués de diecisiete años y la hermana pequeña de su mejor amigo. Podría haber sido una historia de amor preciosa, una de esas que daban lugar a novelas que acababan provocando los suspiros de todas las damas que las leían a escondidas en la intimidad de su cuarto.

Suspirando, derrotada, Briony regresó a la cama mientras las dulces notas parecían querer burlarse de ella. Era evidente que Sebastian había mejorado mucho. Su interpretación ahora era elegante, limpia, delicada. Si años atrás aquella canción la había robado el corazón, en ese momento estaba a punto de arrebatarle también el alma.

Hundiendo la cabeza en la almohada, sus hombros comenzaron a estremecerse por la fuerza de su llanto. Como tantas otras noches, Briony lloró recordando una historia que se había truncado casi antes de comenzar. Ahora era Kate y no ella la destinataria de las atenciones del marqués.

Sus manos se aferraron a las sábanas y, mordiéndose con fuerza los labios, trató de amortiguar sus gemidos, aunque sin demasiado éxito. Ni siquiera el suave pelaje de Prinny acurrucándose junto a ella logró arrancarle la congoja que le apretaba el corazón.

# Capítulo 12

Si, para Andrew, ver a Sebastian junto a Kate antes de acogerlo en su casa había sido una tortura, los días posteriores a la llegada del marqués se convirtieron en un auténtico infierno.

Al paseo por los jardines de la primera tarde debía añadirle la serenata de violín de aquella misma noche, el ramo de rosas del desayuno —las cuales estaba seguro de que procedían de su propia rosaleda—, y el recital de poesía que su amigo había tenido a bien dar en su biblioteca para goce y disfrute de todas las damas de la casa —exceptuando a Briony, que ni siquiera había aparecido por los alrededores, y a Annie, que se había convertido en el fantasma de la mansión tras el encuentro con su madre, lo que reducía al público de Sebastian a un total de dos personas y media— y que lo había confinado a él, el condenado duque de Brighton y dueño de la mansión, a la soledad de su estudio. Y no era que acostumbrase a disfrutar de la compañía de aquellas mujeres durante sus tardes, por el contrario, solía evitarlas. Tampoco se trataba de que frecuentase la biblioteca a aquellas horas del día; de hecho, solo aparecía por allí cuando lograba encontrar un rato libre para leer un poco, algo que no sucedía nunca. Lo cierto era que, en realidad, aquella tarde había sido para él exactamente como todas las demás. Solo, encerrado en su estudio, ocupándose de sus diversas obligaciones. Pero con Sebastian recitándole poemas a la condesa a unas puertas de la suya.

—Si quiero entrar en esa maldita estancia estoy en todo mi derecho —murmuró, enfadado, mientras se paseaba de un lado a otro—. No pueden encerrarse ahí y dejarme fuera.

Caminando cada vez más deprisa y golpeando con más fuerza sus zapatos sobre la cara alfombra Aubusson que cubría la totalidad del suelo de madera, soltó un bufido de indignación.

—Me da igual que corteje a lady Ashford —gruñó dirigiéndose a un inexistente interlocutor y escupiendo el título de la mujer con desprecio—, pero esta condenada casa es mía. Y, si ahora mismo quiero entrar en la biblioteca —alzó el dedo en el aire como quien está reprendiendo a un niño desobediente—, entro en la biblioteca.

Sin embargo, ni siquiera se acercó a la puerta. Simplemente, suspiró y se dejó caer sobre uno de los sofás de cuero que había frente a la chimenea. Y es que, en el fondo, pese a aquel despliegue de indignación, sabía de sobra que, si en ese mismo instante se incorporaba al recital,

todos los presentes, incluida Kate Hamilton, lo acogerían con los brazos abiertos. Y eso era lo que más le molestaba.

Si bien las cenas en Bramshaw Manor no podrían calificarse jamás como excesivamente alegres, la de aquella noche se estaba llevando la palma.

Mientras se acercaba una cucharada de sopa a la boca, Kate observó, uno a uno, el rostro de todos los presentes. La duquesa, como solía ser habitual en ella, parecía elegantemente ausente, como si se hallase inmersa en un mundo de recuerdos mucho más agradables que lo que la rodeaba. Briony y Sebastian, sentados uno frente al otro, observaban con inusitada atención el plato de sopa que tenían ante ellos, sin levantar la mirada en ningún momento, como si temiesen que, al alzarla, sus ojos fuesen a encontrarse y ambos no pudiesen evitar enzarzarse en uno de aquellos acalorados intercambios de pullas y acusaciones que siempre acababan dando lugar a silencios tensos y momentos incómodos. Annie, por su parte, removía su comida con gesto pensativo. Llevaba varios días insistiendo en regresar a casa. Al principio, a Kate le había extrañado que no deseara volver a Londres, sino a Primrose Cottage, pero, finalmente, había comprendido que su prima debía sentir nostalgia de su hogar y, aunque había accedido a regañadientes a quedarse con ella hasta el día después del baile, Kate era consciente de que no se sentía feliz en aquel lugar.

Y el duque... Andrew removía mecánicamente una sopa que, como Kate bien sabía, ni siquiera había probado.

Con preocupación, recorrió las líneas de su rostro y reparó en la fuerza con la que apretaba la mandíbula. Era evidente que había algo que rondaba su cabeza y lo preocupaba.

Kate deseó poder alisar con sus dedos su ceño fruncido y borrar con una caricia el cansancio que se apreciaba en su cara. Le hubiese gustado ablandar sus labios apretados con un beso y arrancarle una de sus deslumbrantes sonrisas. Sin embargo, no podía hacer otra cosa más que lanzarle miradas de soslayo y seguir preguntándose qué le rondaría la mente en ese momento.

De repente, el duque alzó la vista y sus ojos acusadores se encontraron con los de ella. El encuentro solo duró un instante, pues ella apartó la mirada casi de inmediato, pero fue suficiente para que un escalofrío recorriera su espina dorsal.

Encogiéndose de hombros, continuó con su cena. Estaba cansada de sus repentinos cambios de humor. Durante un instante podía ser amable y encantador y al siguiente convertirse en un ser huraño y desagradable. Un día podía estar besándola apasionadamente y al siguiente apartarla de él como si fuera la peor de las alimañas.

El recuerdo del modo en que los labios del duque habían acariciado los suyos y la forma en que él la había abrazado casi hasta hacerla perder el sentido consiguieron que se ruborizara. Sin que pudiera evitarlo, la cuchara de plata resbaló de su mano y cayó con un chapoteo en su plato de sopa. Gotas calientes de aquel líquido salpicaron su vestido y quemaron sus brazos. El dolor

hizo que, involuntariamente, diera un brinco en la silla, con tan mala suerte que, al golpear la mesa, tiró su copa de vino sobre el mantel y sobre la falda del traje verde esmeralda que se había puesto para la ocasión.

—¡Diablos! —juró olvidándose por completo de todos los que la rodeaban.

El gritito escandalizado de su prima la devolvió de golpe a la realidad. Andrew se había puesto de pie y se acercaba a ella con paso decidido y expresión seria. A excepción del duque, que mostraba su crispación sin disimulo, y de Sebastian, quien se reía abiertamente, todos los demás comensales parecían no saber si aquella escena les divertía o les molestaba.

—La acompañaré para que se cambie —murmuró Andrew a su lado, agarrándola por un brazo e instándola a levantarse.

Kate se dejó arrastrar fuera del salón, todavía un tanto confusa por lo rápido que había sucedido todo. Solo unos minutos antes se hallaba cenando tan tranquila junto al resto de la familia y en ese momento, sin embargo, subía con rapidez las escaleras de mármol hacia el segundo piso con un hombre aparentemente furioso sujetándola con fuerza.

—Su afán por llamar la atención del marqués es encomiable —gruñó su malhumorado acompañante—. Estoy seguro de que Sebastian ha disfrutado muchísimo de esta escena.

Ella lo miró confusa.

—No pretendía llamar la atención de nadie.

A grandes zancadas, ambos comenzaron a recorrer el largo pasillo que conducía a su cuarto del ala este, la parte de la mansión opuesta a la de los dormitorios de la familia.

—Aunque le diré que era completamente innecesario —continuó él, ignorando su comentario —. Goza usted de la devoción absoluta del idiota de Stratford. Es probable que, si se lo pidiera, no dudase en arrastrarse por el suelo y besar cada una de las huellas que sus delicados escarpines dejan en el piso.

La confusión de Kate se convirtió en rabia.

—No pretendía...

—Le agradecería que, en un futuro —continuó Andrew sin ni siquiera mirarla—, evitara estas bochornosas escenas. Los juegos entre usted y el marqués no tienen por qué quebrantar la tranquilidad de mi familia.

Deteniéndose junto a la puerta de su cuarto, Kate alzó la vista y sus ojos se encontraron con los del duque. Durante unos instantes que parecieron eternos, los dos se observaron con atención, como si ambos quisieran decirse cientos de cosas, pero ninguno se atreviese a hacerlo.

Finalmente, fue él quien, sin borrar la expresión disgustada que en los últimos tiempos se había convertido en su signo de identidad, se decidió a romper el silencio.

—¿Ha dejado ya que la bese?

Aquella pregunta tan directa la sorprendió, aunque trató de mostrarse indiferente.

—Eso no es asunto suyo, excelencia. —El uso de su título pretendía transmitir una frialdad que, en realidad, no sentía en absoluto.

Girándose rápidamente, sujetó el pomo de la puerta. Sin embargo, antes de que pudiese abrirla y huir, Andrew la agarró con fuerza del brazo y la giró con brusquedad. Aprisionándola entre la madera y su propio cuerpo, el duque apoyó las manos en la puerta, a ambos lados de su cabeza, y acercó tanto su rostro al de ella que su aliento acarició sus pestañas.

—¿Le has dejado que te bese como te he besado yo? —susurró tuteándola y acercando su boca a la de ella—. ¿Has permitido que te acaricie del mismo modo en que me lo permitiste a mí?

Kate sintió que el aire abandonaba sus pulmones y cada fibra de su ser empezaba a rogar que los labios del duque acariciasen los suyos. Por instinto, sin ni siquiera darse cuenta, se acercó todavía más a él y dejó que sus manos sujetasen las solapas de su chaqueta gris marengo. Con un gemido de rendición, su boca encontró la de Andrew, que no hizo el menor esfuerzo por apartarla. Por el contrario, sus manos descendieron y se cerraron en torno a su estrecha cintura, apretándola, sujetándola, como si cualquier separación entre sus cuerpos fuese demasiado grande.

La boca del duque acarició la suya y con su lengua dibujó el contorno de sus labios. Decidida a torturarlo, se negó a dejarlo entrar, mintiéndoles a ambos al tratar de demostrar que ella no deseaba tanto como él profundizar el beso.

Aunque mantenía los ojos cerrados, sintió su sonrisa y supo que no lo había engañado. Las manos de él bajaron hasta sus nalgas y, sujetándola con fuerza, la alzó como si no pesara nada. En un movimiento reflejo, ella rodeó su cintura con las piernas y permitió que él abriera la puerta y los colara en el interior de su cuarto.

La boca de Andrew, que la había abandonado para recorrer su cuello con pequeños mordiscos que amenazaban ya con hacerle perder el sentido, regresó a la suya, pero esta vez ella no pudo oponer la menor resistencia. Con un gemido de rendición, abrió los labios y permitió que se introdujera en ella, correspondiendo, primero con timidez y luego con mayor seguridad, a las caricias de su lengua.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza que aquello no estuviera bien. Él era Andrew, el hombre que había ocupado sus sueños durante tantos años, y parecía perfectamente correcto que la besara, que la acariciara o que la tendiera, como estaba haciendo en ese mismo instante, sobre la enorme cama con dosel que presidía la habitación.

Cuando él comenzó a desabrochar los botones de nácar que mantenían cerrado su vestido de noche, no dudó un momento en ayudarlo porque, sencillamente, aquello era lo que ella había deseado durante tanto tiempo. Y cuando, por fin, él la giró sobre la cama y aflojó, entre maldiciones y bufidos, los apretados lazos de su corsé, no pudo hacer otra cosa más que apoyar la mejilla sobre la sábana y, cerrando los ojos, suspirar de felicidad.

—¡Maldita sea! —gruñó Andrew cuando los lazos se enredaron en un complicado nudo que no tenía claro que pudiera deshacer—. Esta cosa debería estar prohibida.

La suave risa de Kate, amortiguada contra el colchón, acarició sus oídos y aquella extraña sensación que lo invadía siempre que estaba con ella ganó intensidad hasta hacerle sentir que, si

no la acariciaba en ese mismo instante, si no lograba deshacerse de aquella prenda del demonio inmediatamente, las consecuencias serían terribles.

Impaciente, recorrió la habitación con la mirada en busca de algo que le ayudara en su tarea. Cuando, por fin, dio con lo que necesitaba, se levantó de un salto y atravesó el cuarto, aprovechando para lanzar la chaqueta sobre el diván situado a los pies de la cama.

Cogió un abrecartas de plata que había sobre el escritorio y regresó junto a Kate, que, al verlo, abrió los ojos como platos. Sonriendo, sujetó con cuidado los cordones del corsé.

—No te muevas —susurró retirando el pelo de Kate y besando su cuello con suavidad.

Dado que el estilete no estaba muy afilado, cortar las cintas le resultó más complicado de lo esperado, pero, finalmente, logró su objetivo. Sin perder un instante, separó la ultrajante prenda del cuerpo de la joven y la lanzó lejos.

Sin que él se lo pidiera, ella se giró para encararlo. La camisola de seda blanca que la cubría era tan fina que parecía un suspiro sobre su cuerpo. A través de la ligera tela podía distinguir el dibujo de sus oscuros pezones que contrastaban lascivamente con la casta forma de la prenda.

Tras recorrerla una y otra vez con la mirada, disfrutando de cada contorno, cada sombra, e imaginando mil recorridos que trazar sobre su cuerpo, Andrew se tumbó sobre ella sosteniendo su propio peso sobre los brazos, apoyados a ambos lados de su cabeza, para no aplastarla.

Con impaciencia, bajó los labios y acarició con la lengua uno de aquellos picos enhiestos que rogaban sus atenciones. El suspiro de rendición de Kate sonó como música para sus oídos y logró incrementar su excitación. Metiéndose un pezón en la boca, chupó con fuerza mientras pellizcaba el otro con los dedos.

La acarició con ternura y desesperación, impaciente por conquistar cada centímetro de su cuerpo, pero, sobre todo, por lograr abrir un hueco en las profundidades de su alma.

Ser consciente de que lo suyo iba mucho más allá del deseo físico no lo detuvo esa vez. Por el contrario, solo logró que las barreras entre ellos se hicieran todavía más insoportables.

Las manos de ella, que en algún momento habían logrado arrancar los faldones de la camisa de la cinturilla de sus pantalones, recorriendo su espalda, constituyeron el detonante que necesitaba. Con un profundo gemido, abandonó sus atormentados pechos y saqueó su boca. Sus lenguas se acariciaron, se enredaron, mientras sus manos recorrían el torso de ella y bajaban hacia aquella sombra que, a través de la seda, se percibía en el vértice entre sus piernas.

Apartándose ligeramente, se sostuvo sobre la mano derecha mientras la izquierda franqueaba la frágil barrera de su camisola y acariciaba aquel lugar prohibido que había desatado sus más lujuriosas fantasías desde hacía semanas.

—Aquí —susurró junto a su oído mientras con sus dedos dibujaba la entrada de su cuerpo—. Aquí es donde quiero estar.

Ella suspiró y, en cuanto él pellizcó el sensible botón que constituía la llave de su pasión, se arqueó indefensa.

Andrew sonrió mientras seguía acariciando aquel delicado brote, sintiéndose victorioso. Con

uno de sus dedos insinuó la entrada mientras su boca se cernía de nuevo sobre la de Kate. La pasión los arrolló, los quemó y se dio cuenta de que su lengua y su dedo realizaban el mismo movimiento en diferentes lugares del cuerpo de la condesa.

Los gemidos de ambos se fundieron haciendo imposible distinguir cuáles eran de él y cuáles le pertenecían a ella. Justo cuando sintió que iba a perder el control, un fuerte golpe contra la puerta los paralizó a los dos. Y, para cuando un angelito de cabellos dorados entró en la habitación frotándose con consternación el coscorrón de su frente, el duque ya se había lanzado al otro lado de la cama y encogido tras la mesilla.

—Pupa —murmuró la pequeña mirando a Kate, confusa—. La puerta me pegó.

Andrew contuvo una sonrisa, pese a que su entrepierna lo estaba torturando. Aquella niña era lo más dulce que le había pasado nunca. Pensar en la pequeña y en lo que acababa de interrumpir lo enfriaron de golpe. Aquel sentimiento de culpabilidad que se había instaurado en su pecho días atrás regresó con más fuerza.

—¿Vas a *mimir*? —La tierna voz de Lottie centró su atención de nuevo.

—Sí —respondió con voz temblorosa una confusa Kate que la miraba con estupor, como si desease que la tierra se la tragase en ese momento.

Andrew vio cómo los grandes ojos azules de la cría recorrían la cama y a la mujer que en ella se hallaba. De repente, con un grito de júbilo, Lottie comenzó a quitarse la bata y el camisón rosa que llevaba puesto.

—¡Yo también quiero *mimir* como tú! —exclamó, alborozada, mientras se desnudaba—. ¡Quiero *mimir* sin ropa!

Estupefacta, Kate tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, saltó de la cama y trató de detener a Lottie, que, ante la dificultad que suponía deshacerse del camisón, renunció a la tarea y trató de subirse al colchón.

—¡Quiero *mimir* como tú! —exclamó de nuevo, alzando una de sus piernas y apoyándola en el diván para impulsarse y lograr subir a la cama.

Cuando lo consiguió, comenzó a saltar entre las desordenadas ropas mientras Kate trataba de detenerla y el duque realizaba verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas.

Annie podría jurar que, cuando el duque arrastró a Kate fuera del comedor, todos los presentes se quedaron tan estupefactos como ella. El accidente de su prima con la sopa, si bien podría granjearle alguna mirada de reprobación en los salones más selectos, no suponía una falta tan grave como para que el anfitrión se levantara de la mesa y obligara a la dama en cuestión a abandonar la cena. No obstante, los días pasados a solas en Bramshaw Manor habían dotado a Annie de una perspicacia que no sabía que poseía y había notado la extraña tensión que se apoderaba de Kate cada vez que el duque aparecía. No podía culparla. Era un hombre apuesto y, aunque ella jamás había creído realmente los rumores que circulaban sobre su prima, entendía

que esta se sintiese fascinada por un caballero como él. Tal vez, si tuviese más confianza con Kate, incluso la animaría a que hiciese algo al respecto. Al fin y al cabo, su reputación hacía mucho tiempo que estaba perdida.

Suspiró y volvió su atención al *triffle* que habían servido como postre. Al parecer, su intervención ni siquiera hubiera sido necesaria. Si bien, en ningún momento se había fijado en la reacción del hombre, lo acontecido esa noche parecía indicar que el interés de Kate era correspondido. En otra época quizás se hubiera sentido un poco celosa. En realidad, se hubiera sentido muy celosa. Si jugaba bien sus cartas, su prima podría pescar a un aristócrata acaudalado y con buenas conexiones. Lo que ella había creído desear.

Recordando el cinismo con el que había contemplado las relaciones amorosas solo unas semanas antes, se sintió tremendamente avergonzada. Había sido una idiota. Había creído de verdad que su sitio estaba en una elegante mansión londinense, planeando bailes y veladas, vistiendo modelos de las mejores modistas o viajando al continente con frecuencia, sin sentir el menor cariño por el hombre a quien habría jurado fidelidad y obediencia. Se había equivocado. Durante años, había despreciado las decisiones de su madre, condenada a la pobreza y al ostracismo social por haber cometido la estupidez de casarse por amor. Pero, desde el momento en que Jack se había despedido de ella, no había podido dejar de pensar en cómo sería su vida con alguien como él. Y había comenzado a recordar a sus padres.

Annie no podía evocar un solo instante en el que alguno de los dos hubiera dado muestras de lamentar sus decisiones. Como cualquier pareja, habían tenido sus discusiones y desacuerdos, pero jamás habían parecido infelices. Por el contrario. El barón Oxley y su esposa habían vivido en una eterna luna de miel. Y aquello que entonces le había parecido patético, ahora le parecía el mejor futuro que pudiera desear.

Levantando discretamente la vista de su plato, observó al resto de los comensales, buscando algún indicio de que podían dar por finalizada la cena. Briony ni siquiera había probado el postre. El marqués de Stratford hacía tiempo que había dejado su plato impecable y tamborileaba con los dedos sobre la mesa, obviando cualquier principio de buena educación. Era evidente que se sentía como en casa. Al percatarse de que la duquesa viuda se levantaba, Annie suspiró con alivio. Estaba deseando regresar a su cuarto. De hecho, estaba deseando regresar a casa. En cuanto pasara el dichoso baile, volvería a Primrose Cottage y se olvidaría de su aventura entre la aristocracia. Tenía mucho que decidir sobre su futuro, pero estaba segura de que no habría ninguna mansión en Mayfair ni ningún palco en el teatro para ella.

—Si me disculpan —sentenció la duquesa—, me retiro por esta noche.

En cuanto hubo abandonado la sala, al resto de los presentes les faltó tiempo para dispersarse. Annie se dirigió a la escalera de servicio. Sabía que era innecesario que la usara, pero se había acostumbrado a moverse por ella. De algún modo, tenía la esperanza de que podría encontrarse de nuevo con Jack.

—La culpa es de ese cochero.

Sin prestar atención a las voces procedentes de las cocinas, comenzó a ascender las escaleras.

—Jack jamás se habría ido si él no le hubiese hablado de ese estúpido club.

Annie se detuvo en seco.

—Maggie —la voz de Stevens le llegó amortiguada por los ruidos de las cacerolas y el trasegar de la cocina—, deja de cotillear y céntrate en tus tareas. Jack no tenía la menor intención de asentarse, ni contigo ni con nadie. Estará mejor en Londres.

Aquella frase le removió las entrañas. Aquella gente conocía mucho mejor a Jack que ella. Habían pasado toda su vida con él. Ella misma había visto cómo actuaba con las doncellas. Era un mujeriego.

«Si todo fuera distinto no abandonarías mi cama. Ni aquí ni en cualquier otro lugar al que fuese». La despedida de Jack acudió a su mente. Tal vez le hubiera mentido, pero Annie era lo bastante tonta como para creerlo.

—Está en Londres —murmuró y se encaminó escaleras arriba, ignorando la réplica que una indignada Maggie le daba al mayordomo.

Estaba en Londres y ella sabía perfectamente a dónde había ido. Su prima podía considerarse muy inteligente, pero ella se había enterado en un par de días de todos sus secretos. Sabía quién era su cochero. Y sabía dónde estaba Jack. Ahora solo tenía que decidir qué hacer al respecto. Sus planes de regresar a Primrose Cottage podían esperar.

# Capítulo 13

A la mañana siguiente, nada más entrar en la sala del desayuno, Kate se dio cuenta de que la noche anterior no había cambiado absolutamente nada. No precisó esperar a ver cómo Andrew abandonaba la estancia sin ni siquiera despedirse, ni oírlo, poco después, discutir con Sebastian sobre lo sucedido en la cena. Desde luego, no necesitó escuchar cómo él comentaba con su amigo la poca gracia y disposición que tenía «la condesa» —pronunciando su título con despectiva ironía— para manejarse en determinadas circunstancias, entendiéndose estas como aquellas situaciones que requerían de una especial elegancia.

No, por supuesto que no necesitó escuchar cómo él la tachaba de torpe y poco refinada, ni cómo comentaba que no era de extrañar que estuviese siempre en boca de todos en Londres si ni siquiera era capaz de comportarse adecuadamente en una sencilla cena familiar. Lo único que tuvo que hacer Kate para saber que para Andrew no había significado nada lo sucedido en su cuarto la noche anterior fue mirarlo a los ojos una sola vez. Y es que en aquellas profundidades azules no se apreciaba ni un atisbo de calidez ni, mucho menos, de ternura. Era evidente, pues, que para el duque ella no había sido nada más que otra mujer a la que había tratado de seducir y a la que casi había hecho el amor. Por fortuna, y ese era el único consuelo que a Kate le quedaba, ese «casi» lo cambiaba todo.

—Briony —llamó cuando la hermana del duque pasaba, apurada, a su lado tras el desayuno—. Tenemos que hablar.

—Ahora no —murmuró la joven sin ni siquiera mirarla—. Tengo prisa.

Al verla desaparecer por el pasillo, Kate se sintió todavía más desgraciada. Aquella mujer había sido la mejor amiga que había tenido nunca y, por alguna razón, parecía haberla perdido.

—No le haga caso —susurró una seductora voz a su espalda—. No merece que se preocupe por ella.

Kate se giró y clavó sus ojos en los del marqués.

—Esa mujer es mi amiga —espetó—. Y creo que es culpa suya y de su estúpido plan que ya ni siquiera me dirija la palabra.

Al ver cómo el hombre apretaba la mandíbula, Kate supo que había dado en el clavo. De

repente, todo tenía sentido.

—Fue usted —dijo negando con la cabeza—. Usted es el causante de que Briony odie todo lo relacionado con la alta sociedad. —Le dedicó una mirada acusadora—. Usted es el culpable de que se echara a perder.

Esa última recriminación pareció acabar con el temple del marqués. Sujetándola con fuerza, se acercó hasta que apenas unos centímetros separaban sus rostros.

—Yo no soy el culpable de nada —gruñó con los dientes apretados—. Yo no soy el culpable de que esa mujer no sea más que una cabeza hueca.

Aquel arranque de cólera sorprendió tanto a Kate que, durante unos instantes, fue incapaz de reaccionar. Jamás habría imaginado que tras la despreocupada apariencia del marqués de Stratford se escondiera un carácter semejante.

—Me está haciendo daño —murmuró.

Él la soltó de inmediato.

—Lo siento —se disculpó contrito—. Le ruego que me disculpe.

Suspirando audiblemente, él se pasó una mano por el pelo.

—No me gusta hablar de Briony —dijo pronunciado el nombre de la hermana del duque por primera vez desde que Kate lo conocía—. La situación entre nosotros es muy complicada. De todos modos, si le sirve de consuelo, el desprecio que ella me profesa es infinitamente mayor que el que yo pueda sentir por ella, por lo que es imposible que su actitud se deba a nuestra pequeña treta.

Kate dudó de que aquello fuera cierto. Aunque la joven no le hubiera dicho nada, estaba casi segura de que tras su historia había un hombre. Y Sebastian parecía, sin lugar a dudas, la opción más factible. De todos modos, tampoco importaba si la patraña que se traían entre manos era o no la causante del cambio de actitud de Briony, pues Kate pensaba ponerle fin en ese mismo momento.

—No quiero seguir con el juego.

El marqués la miró sin comprender.

—No tengo intención de seguir fingiendo —aclaró—. De hecho, ni siquiera siento ya interés alguno por el duque. Trataré de acercarme de nuevo a Briony y acompañarla el día del baile, pero, si no lo logro, me iré inmediatamente. Mi estancia en Bramshaw Manor ya no tendría ningún sentido.

Sin más explicaciones, se alejó en la misma dirección que la otra joven había seguido solo unos minutos antes.

Aquella mañana, al ver entrar a Kate en la sala del desayuno, la reacción instintiva de Andrew había sido la de abalanzarse sobre ella y arrastrarla a algún lugar privado, lejos de todos los habitantes de la casa, de las mentiras y los chismorreos que los rodeaban a ambos. Había querido

llevársela de allí y terminar lo que habían comenzado la noche anterior.

¡Qué diablos!

Habría podido terminarlo allí mismo, sobre la mesa, ignorando a Sebastian, a Briony y a los criados que entraban y salían cargados de platos y viandas.

Sin poder ejercer el menor control sobre sí mismo, al fin y al cabo, ella se lo arrebataba en cuanto entraba en su campo de visión, la había visto tomar asiento, insegura, incapaz de mirarlo a los ojos. Había acariciado su rostro con la mirada, los delicados mechones rojizos que escapaban del elegante recogido que lucía esa mañana. Había contemplado sus suaves manos moverse con lentitud para asir los cubiertos, recordándole con cada movimiento cómo se habían sentido sobre él, cómo ella lo había acariciado hasta hacerle creer que podría tocar el cielo con los dedos.

Los recuerdos de lo sucedido solo unas horas antes, del sabor de su cuerpo, la suavidad de su piel y el sonido de sus gemidos indefensos mientras él trataba de volverla loca de placer se habían arremolinado en su mente, y en otras partes menos discretas de su anatomía, y habían convertido la hora del almuerzo en un auténtico calvario. Pero había sido la sonrisa avergonzada y escandalosamente dulce que ella le había dedicado a Sebastian, cuando este había bromeado sobre el difícil manejo de algunas piezas de la cubertería, lo que había desatado su furia. De repente, había recordado el motivo que la había llevado a sus brazos la noche anterior. Llamar la atención del marqués. No la suya.

Tal vez Kate permitiera que él la besara. Tal vez, incluso, hubiera permitido que la hiciera suya si Lottie no los hubiese interrumpido, pero era evidente que quien le interesaba era su amigo. Y, aunque era injusto que la juzgara por buscar las atenciones de otro cuando él la había alejado deliberadamente, no había podido detener la rabia que bullía en su interior. Por eso, para cuando ella logró reunir el valor necesario para mirarlo a los ojos, lo único que había podido encontrar había sido vacío.

Arrellanándose en la butaca de su despacho, contempló el tablero de ajedrez que tenía ante él y en donde estaba librando una encarnizada batalla contra un adversario imaginario. Con deliberada lentitud, tomó la reina entre sus dedos y con un grácil movimiento puso a su contrincante en una irreparable situación de jaque mate.

De repente, recordó cómo, minutos antes, había criticado el comportamiento de Kate ante Sebastian. Había sido una jugada sucia por su parte, uno de esos movimientos de los que ningún jugador honesto se enorgullecería. Había tratado de hacerla lo menos atractiva posible a los ojos de su amigo, censurando su comportamiento, su educación e, incluso, poniendo en tela de juicio su inteligencia. Y lo peor de todo era que ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

¡Mentira!

Sí lo sabía. Quería que Sebastian se alejara de ella. Lo quería en el extremo del mundo opuesto a aquel en el que se hallara Kate. Quería acabar con sus miradas cómplices, sus coqueteos y cualquier esperanza que la condesa pudiera tener de pescar al marqués. Quería acabar con

cualquier esperanza que Sebastian pudiera tener de que ella fuera suya.

Con una blasfemia, barrió de un manotazo todas las figuras del tablero. Él no debería sentirse así. El duque de Brighton no tenía derecho a sentirse así. Debería permitir que ella se quedara con Stratford. Sebastian la cuidaría. Podría ser un sinvergüenza y un insensato, pero Andrew lo conocía lo suficiente como para saber que no le haría daño. Debería dejar que se la quedara y resignarse a la solitaria vida que él mismo se había buscado con sus impetuosidades juveniles y la falta de control sobre sus actos.

El recuerdo del dulce rostro de su hija le golpeó una vez más. Para él, Lottie lo era todo. Por supuesto que le importaban su madre y su hermana. Sin duda, le importaban las gentes bajo su cuidado. Pero Lottie era el centro de su vida. Su bien más preciado, el único ser humano por el que renunciaría a cualquier cosa. A su fortuna. A su honor. Incluso a su vida. Y, si no fuera por el parecido que habían desarrollado con el paso de los años, ni siquiera sabría si era realmente suya.

Suspirando, se levantó de la butaca. Kate nunca sería para él. La noche anterior había estado a punto de convertirse en un terrible error. Un nuevo error que él no quería añadir a su lista de culpas. Sobre sus hombros ya cargaba demasiadas.

La alejaría de él. No sabía cómo ni cuándo, pero la alejaría. Aunque el simple pensamiento le hiciera sentir que le faltaba el aire.

Frotándose el pecho, como si con eso pudiera calmar el dolor que allí sentía, se dirigió a la puerta. No sabía por qué Kate le afectaba tanto. No entendía por qué ella le provocaba esas sensaciones, pero tampoco tenía tiempo para reflexionar sobre el tema. Ella se iría. Y él seguiría adelante.

Sin más, abandonó la habitación mientras pensaba en el modo de hacer lo correcto.

—Entre lord Stratford y yo no hay nada.

Sentada en la hierba, con la mirada perdida entre las pequeñas casas reconstruidas que se amontonaban en el horizonte, Briony ni siquiera se giró para mirar a la condesa. En su lugar, suspiró y se abrazó las rodillas dobladas.

—No tienes que darme explicaciones —murmuró con voz cansada—. Lo que tú y Sebastian hagáis nada tiene que ver conmigo.

Un pie enfundado en una bota de paseo de piel de cabritilla apareció junto a ella. Tras esta, el resto de su amiga se acercó y se dejó caer a su lado sin ningún tipo de ceremonia.

—No debería haber aceptado el plan del marqués —explicó Kate ignorando por completo sus palabras—. Fue una tontería desde el principio.

La curiosidad invadió a Briony, aunque se negó a demostrarla. De reojo, miró a la dama, que, más sonrojada de lo habitual, jugaba nerviosamente con una brizna de hierba que había arrancado. Su vergüenza no le aportó la menor satisfacción. Kate era su amiga y, si podía tener

una oportunidad de ser feliz junto a Sebastian, ella no era nadie para impedírselo.

Pensativa, miró a la condesa.

—Sebastian es un imbécil arrogante —dijo fijando sus ojos en los de ella—. Vive como si todo fuera una broma, riéndose de todos e, incluso, de sí mismo. Sobre todo de sí mismo. Jamás lo verás preocupado o enfadado. Por eso es tan popular. Es agradable tener a alguien así cerca, hace que los problemas más graves parezcan nimiedades.

Dejándose caer hacia atrás, puso las manos tras la cabeza en una pose muy poco femenina y dejó que su mirada se perdiera entre las nubes.

—También es un farsante profesional. Es capaz de contarte la mentira más descabellada y convencerte de que es cierta. —Una triste sonrisa se dibujó en su rostro—. Pero, sobre todo, es quien de convencerte de que el Stratford despreocupado, chistoso y disoluto que conoces es el auténtico... Y esa es su mayor farsa.

Volviendo su mirada hacia Kate, se percató de que su amiga la observaba con el ceño fruncido, como si tratara de descifrar algún complicado enigma. Al verla así, pensativa y preocupada, recordó lo que ella le había contado sobre sus pretendientes y cayó en la cuenta, de repente, de que, tal vez, el destino no la había arrastrado a Bramshaw Manor para que se encontrara con Andrew, sino para que se convirtiese en la opción de Sebastian.

Su única opción.

Lo que ella había deseado cada noche desde que se había percatado de que el marqués era algo más que el compañero de travesuras de su hermano. Algo más que el desagradable muchacho que le ataba los lazos del pelo a la silla del comedor o se burlaba de lo mal que montaba a caballo.

Con un suspiro de rendición, se tragó las lágrimas que amenazaban con desbordar sus hermosos ojos azules.

—Sebastian es un condenado hipócrita —murmuró con la voz rota—, pero es el hipócrita más leal que encontrarás jamás.

El sobresalto de Kate ante lo que revelaban sus palabras la hizo sonreír.

—Él nunca te fallará —sentenció con absoluta convicción—. Seguramente, podrá llegar a ser lo que tú siempre has buscado. Aprovecha la oportunidad de conquistarlo.

Con semblante grave, clavó sus ojos en los de su amiga.

—Pero nunca lo engañes o lo perderás para siempre.

—Como te sucedió a ti.

Briony negó con la cabeza y se levantó. Estirando los brazos, respiró profundamente y cerró los ojos. Para cuando los abrió de nuevo, había recuperado la sonrisa despreocupada que siempre lucía.

—¡Vamos! —exclamó mientras comenzaba a caminar—. Con un poco de suerte, Antoine habrá preparado alguno de sus increíbles pasteles de azúcar y podremos catarlo antes de la comida.

Con una risilla traviesa, apuró el paso.

—Podría enamorarme de ese hombre solo por cómo cocina.

Esa misma noche, mientras recorría los jardines de Bramshaw Manor dejándose seducir por la oscuridad y las gotas de rocío que comenzaban a bañar las rosas de la duquesa, Kate recordó que, al final, no le había contado la verdad a Briony. Si bien su intención había sido confesárselo todo, la joven había comenzado a hablar tan rápido y tan apasionadamente sobre el marqués que ella no había podido terminar su explicación. Sin embargo, aquella breve y poco interactiva conversación —al fin y al cabo, casi podía haberse considerado un monólogo— le había revelado mucho más que cualquier otra. Y no porque realmente se planteara, siquiera, que el marqués de Stratford pudiera ser una opción, sino porque se había hecho más que evidente que su amiga llevaba años ocultando un secreto. El odio que Briony Buxton sentía hacia Sebastian tenía, en realidad, otro nombre muy diferente y, pese a haberlo acusado de ser un «farsante profesional», era más que evidente que ella también era una condenada hipócrita.

Con una sonrisa traviesa comenzó a canturrear una alegre melodía mientras emprendía el camino de regreso.

—Es evidente que necesitas un empujoncito —murmuró dirigiéndose a un invisible interlocutor— y yo estoy aquí para dártelo.

—¡No sabes cuánto me alegra oír eso! —aquella exclamación surgida de la oscuridad la sobresaltó. Con un poco elegante chillido, trastabilló y, perdiendo completamente el equilibrio, cayó, cuan larga era, en medio del sendero.

En cuanto alzó la vista de nuevo, se encontró cara a cara con el culpable de sus desvelos. El duque de Brighton la observaba fijamente con una sonrisa ladeada y la apariencia de alguien que acabara de tropezarse con todas las piedras de Hampshire y se hubiera enredado, en el proceso, en todos sus arbustos.

—¿Dónde demonios se ha metido? —juró sin pensar mientras se levantaba, tratando de mantener la poca dignidad que le quedaba—. Está hecho un asco.

Él alzó una ceja y su sonrisa se ensanchó. Al darse cuenta de lo que había dicho, se sonrojó.

—Lo siento —se disculpó—. Quería decir..., presenta usted un estado lamentable, excelencia.

—No tengo claro que lo hayas solucionado —comentó mientras sonreía de oreja a oreja.

Aquella actitud despreocupada, tan impropia del duque, sorprendió a Kate. Entrecerrando los ojos, recorrió al hombre de arriba abajo. Sus ojos azules destacaban entre las sombras de la noche y el polvo que cubría su rostro. Su chaqueta verde pistacho colgaba, enroscada y maltrecha, sobre su hombro. Solo vestía una camisa blanca que, a juzgar por su aspecto sucio y arrugado, había conocido tiempos mejores y un chaleco oscuro a medio abrochar.

Fue cuando comenzó a recorrer sus sucios pantalones cuando se percató de por qué a él le había alegrado tanto su comentario.

—Tras media hora aquí —comentó él al darse cuenta de la dirección que seguía su mirada—, comienzo a ver a mi madre con otros ojos. Es evidente que tras su inofensiva apariencia se encuentra una arpía capaz de diseñar los peores instrumentos de tortura.

—Son solo rosales —respondió Kate, obviando el hecho de que nadie definiría jamás a la duquesa como «inofensiva»—. Que usted se haya enredado en ellos no significa...

—¡Son condenadas trampas mortales!

El semblante herido del duque le hizo gracia. Incapaz de controlarse, emitió una risilla.

—¿Estás riéndote de mí? —preguntó un aparentemente indignado Andrew.

Ella negó con la cabeza. Sin embargo, un bufido de regocijo escapó de su pecho y, para cuando se quiso dar cuenta, se reía a carcajadas.

—Milady —él había colocado las manos en las caderas y lucía un ceño que, de no ser por lo ridículo de su posición, podría considerarse amenazador—, estoy seguro de que existe alguna norma social que prohíbe reírse de un hombre atrapado.

Ella pareció meditar la cuestión durante unos instantes.

—Pues, ahora que lo dice —comentó, finalmente—, creo recordar que en el último número del *Manual para damas de la señorita Josephine Ryms* hay un capítulo completo dedicado a ese tema... Hombres atrapados en situaciones comprometidas, hombres atrapados por matronas ambiciosas, hombres atrapados por amantes despechadas y, por supuesto, hombres atrapados por los rosales de sus madres. Esta última parte siempre ha sido mi favorita.

El ceño del duque se borró al instante. En su lugar, una mueca divertida apareció en su rostro. Verlo tan relajado y jovial hizo que algo se removiera en el interior de Kate. Si con su mesura habitual era atractivo, en ese momento resultaba imponente. Sin duda, si no estuviera ya enamorada de él, en ese instante la hubiera conquistado por completo.

—¿Piensas darme ese empujoncito del que hablabas? —comentó él mientras comenzaba a tirar de nuevo de la pernera del pantalón—. Acabaré por arrancarme los pantalones directamente y escandalizar a cuantas criadas me cruce en el camino hasta mi cuarto.

Abriendo mucho los ojos, pues parecía hablar en serio, Kate se apresuró a ayudarlo. En cuanto se acercó, un olor fuerte y penetrante inundó sus fosas nasales. Aunque no pudo identificarlo, solo tardó unos segundos en darse cuenta de que procedía del hombre que tenía ante ella.

Dejándose caer de rodillas, comenzó a soltar la tela de las espinas.

—Mmm... —Él comenzó a alternar su peso de una pierna a otra—. Me gustas en esa posición.

Kate lo miró confundida, pero él se limitó a sonreír. Negando con la cabeza, regresó a su tarea, aunque el baile del duque dificultaba considerablemente su trabajo.

—¿Puede estarse quieto? —gruñó, a punto de perder la paciencia—. No me puedo explicar cómo demonios acabó en esta situación.

—Pues verás —respondió él al instante—, tras todos estos días viéndote coquetear descaradamente con mi mejor amigo en mi propia casa, me desesperé y decidí hacer una visita al local de madame Carlyle.

Kate lo miró, de nuevo, incapaz de creer lo que oía. Al ver su expresión sorprendida, él rio.

—Después de dar cuenta de una parte considerable de sus reservas de whisky, me percaté de que no servía de nada. —Encogiéndose de hombros, comenzó a bailar de nuevo—. En lugar de olvidarte solo te recordaba más. Cada curva, cada beso, cada condenada caricia. Y cuando me quedé sin recuerdos comencé a inventarme algunos nuevos. Creo que esta noche te he hecho el amor de cien formas diferentes.

Ella abrió los ojos como platos y él estalló en carcajadas.

—Está bien, de unas cincuenta formas —murmuró asintiendo—. Y entonces decidí volver a casa e intentar convencerte de que me dejaras hacerlos realidad. Pero me caí un par de veces antes de llegar a mi caballo. Y, después, Prince Charles se enredó en unos matorrales. Y yo con él. Y ahora los malditos rosales.

De repente, fijó sus ojos azules en los de ella. Alzando la mano izquierda, acarició su mejilla con los dedos.

—Pero te tengo de rodillas ante mí, así que, finalmente, la noche no ha ido tan mal.

—Está borracho —susurró ella, comprendiendo de golpe a qué se debía su extraño comportamiento y su peculiar olor.

Él rio con fuerza y negó con la cabeza.

—Créeme, preciosa, no lo suficiente.

# Capítulo 14

Kate no tardó demasiado en comprender que llevar a un hombre ebrio hasta su habitación no era una tarea fácil. Sobre todo, a un tipo tan grande como aquel. Y, mucho menos, a un individuo que estaba más interesado en seducirla que en lograr que sus pies y su cerebro lograran comunicarse lo suficiente como para que pudiera dar dos pasos seguidos sin tropezarse.

—¿Sabías que eres condenadamente bonita? —preguntó el duque en un tono mucho más alto del que podría considerarse normal.

—¿Quiere bajar la voz? —siseó airada mientras avanzaba por el sendero que conducía a la puerta trasera de la mansión—. Va a conseguir que nos descubran.

Él sonrió con alegría y enredó uno de sus mechones entre los dedos.

—¿Y qué importa? —comentó con despreocupación, todavía jugando con los cabellos de ella —. Soy el duque de Brighton, puedo hacer lo que me venga en gana.

Kate suspiró y siguió caminando. Sin embargo, en cuanto llegaron a la puerta se detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Cree que podrá permanecer en silencio hasta que lleguemos a su cuarto?

Él la observó atentamente, como si tratara de descifrar algún complicado enigma.

—¿Vas a ayudarme a meterme en la cama?

Kate lo fulminó con la mirada.

—No —respondió tajante—. Voy a ayudarlo a llegar a su habitación y, una vez allí, cerraré la puerta y me alejaré sin preocuparme lo más mínimo por si duerme en su cama o dentro de un armario.

La expresión ofendida del duque la divirtió.

—Soy perfectamente capaz de llegar a mi cuarto sin tu ayuda. —Se cruzó de brazos—. Si te he acompañado todo el camino ha sido porque una jovencita como tú no debería vagabundear sola a estas horas de la noche. Ni siquiera dentro de la propiedad.

Maldiciendo por lo bajo, Kate lo sujetó de nuevo y lo ayudó a entrar en la casa. No tenía sentido discutir con un hombre en aquel estado.

Con paso vacilante, Andrew cruzó el umbral y esperó a que ella cerrara la puerta.

«Y resulta que es él quien me acompaña para protegerme», pensó con ironía mientras echaba el cerrojo. Y, sin embargo, por algún motivo sintió que, de hallarse en peligro, incluso en esas condiciones él la defendería.

—Vamos —susurró sin permitirse darle más vueltas a aquel absurdo—. Simplemente, trate de recordar que si alguien nos encuentra en esta situación tendrá que casarse conmigo.

Rodeando su cintura con el brazo, lo guio por los oscuros pasillos que conducían a su habitación.

—No me importaría.

Acababan de entrar en el cuarto del duque cuando Andrew habló de nuevo. Durante unos instantes, Kate lo observó, confundida, sin saber a qué se refería. Finalmente, la incredulidad se fue reflejando en sus delicadas facciones cuando cayó en la cuenta de que él hablaba del matrimonio.

—No sabe lo que dice —fue lo único que acertó a replicar mientras, con nerviosismo, comenzaba a alejarse.

Con un rápido movimiento, Andrew estiró el brazo y cerró sus dedos en torno a su frágil muñeca.

—No me importaría —repitió tirando de ella hasta que la tuvo pegada a su cuerpo—. Estoy cansado de todo esto.

—No sé a qué se refiere. —Kate trató de alejarse, pero la presión con que la sujetaba no se lo permitió.

—Es por Lottie —susurró él, como si hablara para sí mismo—. Por eso no puedo tenerte.

Ella negó con la cabeza, confundida.

—No entiendo qué tiene que ver Lottie con todo esto.

—Tengo que protegerla. Tengo que mantenerla alejada del escándalo.

—Y yo soy un escándalo ambulante —masculló ella comprendiendo de golpe—. No se preocupe, excelencia. Mantendré mi nociva influencia lejos de su hija.

Aunque trató de zafarse, solo consiguió que él la agarrara con más fuerza.

—No puedo tenerte. —Suspiró él acercándola—. Y, sin embargo, no puedo dejarte. Estoy cansado. He renunciado a tanto...

Alzando el rostro, clavó sus profundos ojos azules en los de ella. Con uno de sus dedos recorrió su mejilla, dejando un rastro invisible a su paso. Casi al instante, sus labios siguieron la misma trayectoria.

—Deja que te ame —rogó junto a su piel—. Dame esta noche. Nada más. Solo una noche.

A pesar de que debería sentirse ofendida por semejante petición, Kate no logró encontrar la afrenta por ninguna parte. En su lugar, un intenso deseo se adueñó de su cuerpo. De su mente. De aquel corazón que llevaba tanto tiempo latiendo por él. Y quiso aceptar. Aunque su sentido común le gritara que se alejara lo más rápido posible. Pese a esa moral tantas veces cuestionada por la alta sociedad y que, sin embargo, ella siempre había tenido presente. Mientras los retazos

de cordura que le quedaban activaban todas las alarmas, el resto de su ser aceptaba sin vacilar.

Los labios de Andrew descendieron por su cuello y besaron la porción de piel que el recatado escote de su vestido dejaba a la vista. Mientras tanto, sus manos habían comenzado a vagabundear por su cuerpo, como si quisieran memorizar todas sus curvas.

—He pensado en esto tantas veces —murmuró él mientras sus dedos comenzaban a juguetear con los botones— que ya ni siquiera sé dónde acaba la fantasía y comienza la realidad.

Kate suspiró y, en cuanto sintió que él comenzaba a soltar los cierres del vestido, se rindió. Le daría lo que le pedía. Una noche. Aunque ella aspiraba a mucho más, tal vez con eso fuera suficiente. No perdía nada. La habían tachado ya de casquivana; ahora, al menos, obtendría su propia satisfacción.

—Siempre has sido tú —reveló tuteándolo por fin y sabiendo que, con toda probabilidad, él no recordaría nada a la mañana siguiente—. Por eso rechacé todas las proposiciones de otros caballeros.

Los dedos de él se detuvieron repentinamente.

—Ni siquiera me conocías —replicó con una lucidez que la sorprendió.

Kate suspiró. Ya no había vuelta atrás.

—Te vi una noche —confesó armándose de valor—, durante el baile anual de lady Jersey. Abandoné el salón sin que me vieran. Estaba cansada de todo aquello y quería tomar un poco de aire. Me alejé demasiado y, para cuando me di cuenta, había llegado ya al centro del laberinto. Tú estabas allí y, en cuanto te vi, supe que ya nunca habría nadie más.

Andrew la observó en silencio, la sorpresa brillando en su mirada. Parecía como si estuviera tratando de asimilar lo que ella acababa de confesarle. De repente, su semblante se endureció.

—Hasta que conociste a Sebastian —refunfuñó.

Ella rio quedamente.

—Hasta que el marqués me propuso ponerte celoso.

Solo transcurrieron unos instantes hasta que él pareció comprenderlo todo.

—Maldita seas —gruñó atrayéndola de nuevo y reemprendiendo la lucha contra los botones de su vestido—. Maldita tú y ese imbécil al que suelo llamar amigo.

Kate rio, aunque pronto su risa fue sustituida por un suspiro. Tras lograr soltar todos los broches, el vestido se aflojó sobre su cuerpo y Andrew no desaprovechó el momento. Sus manos acariciaron la piel que había quedado expuesta. Sus brazos. Sus clavículas. La tierna extensión sobre el escote.

Con exasperante lentitud, sus labios reemprendieron las caricias sobre su rostro. Besó sus pestañas. Su frente. Y recorrió la mejilla hasta alcanzar el sensible lóbulo de su oreja, el cual mordió con suavidad haciendo que el mundo se parara de repente.

—Bésame —rogó ella con voz entrecortada.

Andrew rio junto a su oído, pero se negó a darle lo que pedía. Ella sintió cómo una de las manos del duque descendía por su espalda hasta posarse sobre sus nalgas. Sin ningún respeto por

su pudor, la acercó hasta que ella no pudo ignorar su erección.

—Si aceptas ahora —murmuró acercando sus labios a los de ella, pero sin rozarlos siquiera—, no habrá vuelta atrás. No podré parar.

Kate suspiró.

—Ni siquiera te acordarás de esto mañana —dijo con pesar—, y aun así no quiero que te detengas.

Él la miró a los ojos. Solo durante un instante. Después, negando con la cabeza, acortó la distancia entre sus bocas.

—No estoy tan borracho.

Y, sin más, la besó con aquella intensidad que ella ya conocía. Como si la deseara más que a cualquier otra cosa en el mundo. Como si necesitase beber de ella para no morirse de sed.

Kate se rindió a sus caricias, al fascinante juego que su lengua había iniciado. Sus brazos se enroscaron en torno al cuello del duque y, poniéndose de puntillas, trató de eliminar cualquier distancia que pudiera quedar entre ellos.

No tardó en sentir las manos de él tirando de su vestido, que acabó enrollado en el suelo, como un delicado charco de seda azul.

Con una desvergüenza que debería sorprenderla, alzó uno de sus pies y acarició la pantorrilla de Andrew. Él rio, sin abandonar el saqueo de su boca, y asiendo sus nalgas la alzó, instándola a que le rodeara la cintura con sus piernas. La nueva posición solo sirvió para incrementar el deseo de Kate, quien, mientras él se encaminaba hacia la enorme cama que presidía la habitación, trató de memorizar su rostro con los labios.

Andrew la depositó con cuidado sobre las sábanas. Aunque no se había percatado hasta ese momento, alguna criada debía de haber ido a preparar el lecho antes de que ellos irrumpieran en la habitación.

Pensar en los criados le devolvió un poco de la cordura que había perdido.

—La puerta —musitó cuando el duque comenzaba a tumbarse sobre ella—. Puede entrar alguien.

—Nadie se atrevería —replicó él tratando de reemprender el asalto a su boca que había dejado a medias.

Kate se removió, intranquila, con la mirada fija en la cerradura. Pese a los rumores que corrían sobre ella, sentía la necesidad de preservar su decencia. Por el momento, podía decir que todos aquellos chismes se sustentaban en suposiciones y falsedades. Si alguien la encontraba con el duque, sin embargo, todos ellos se confirmarían. Fueran ciertos o no, una vez pillada *in flagranti delicto* nadie creería que la única cama que había visitado había sido la de Andrew.

Con un juramento entrecortado, él abandonó el lecho y se encaminó a la puerta. Sus pasos, mucho más seguros de lo que lo habían sido minutos antes mientras recorrían los pasillos, le dejaron claro que su estado de embriaguez había remitido considerablemente.

El sonido del pestillo la tranquilizó y, con curiosidad renovada, recorrió el cuerpo del duque

mientras regresaba a su lado.

Al darse cuenta de la dirección de su mirada, una sonrisa asomó a los labios de Andrew. Deteniéndose a escasos centímetros de la cama, comenzó a desvestirse, con sus ojos fijos en los de ella.

Kate sonrió abiertamente y se acomodó entre las almohadas de plumas mientras disfrutaba del espectáculo. Aunque no era la primera vez que se hallaban en una situación parecida, era ella la que siempre acababa sin ropa. En todos sus encuentros anteriores él había permanecido casi completamente vestido.

—Ni se te ocurra —lo amenazó cuando vio que se acercaba a la cama todavía con la camisa y los pantalones—. No permitiré que te acerques mientras lleves toda esa ropa encima.

Andrew rio.

—Es usted una descarada, milady —murmuró tras sacarse la camisa por la cabeza y mientras comenzaba a pelearse con el cierre de los pantalones—. Si no supiera con seguridad que ni siquiera sabías besar antes de que yo te enseñara, incluso podría creer en la veracidad de los rumores que circulan sobre ti.

Aunque, con toda probabilidad, la intención de Andrew fuera divertirla, aquel comentario logró justo lo contrario. Kate se envaró y, repentinamente avergonzada, comenzó a cubrirse con la sábana.

—Lo siento —se disculpó él apurándose a tumbarse a su lado y sujetando su rostro entre las manos—. Fue una broma de mal gusto.

Ella suspiró, relajándose de nuevo en cuanto él comenzó a acariciarla.

—Son falsos —farfulló cuando una de sus manos recorrió su muslo hasta internarse bajo la camisola—. Todo lo que se dice de mí es mentira.

—Lo sé —asintió él junto a su oído—. No sé por qué, pero lo supe incluso antes de besarte.

—Si acudí a aquel lugar fue...

—Shhh... —siseó Andrew antes de recorrer el pabellón de su oreja con la lengua—. Hablas demasiado.

Con un suspiro de rendición, Kate cerró los ojos. Las manos del duque no tardaron en despojarla de la camisola y, sin saber cómo, se encontró casi completamente desnuda. Las medias blancas sujetas por las ligas se convirtieron, de pronto, en su único recato.

Andrew se apartó un instante y recorrió su cuerpo con la mirada, como si quisiera memorizar cada curva, cada lunar, cada centímetro de su delicada piel.

—No hay adjetivos para describirte —susurró con reverencia.

Sin darle tiempo a reaccionar, bajó la cabeza y capturó uno de sus pezones con su boca mientras su mano izquierda se internaba entre sus muslos. El suspiro que le provocó la suave succión sobre su pecho no tardó en convertirse en un profundo gemido en el mismo instante en que el pulgar del duque acarició el sensible botón entre sus piernas.

—Andrew... —gimoteó cuando, sin dejar de acariciar aquel brote, él entró en su cuerpo con

otro de sus dedos.

La boca de él recorrió sus senos mientras sus traviesas manos la enloquecían. Incapaz de permanecer quieta, recorrió la espalda desnuda de Andrew con las uñas, maravillándose con su suavidad y su fuerza. Cuando, en un osado gesto, ella acarició sus nalgas, el duque gimió y redujo la distancia entre sus labios. Con sorprendente urgencia, saqueó su boca mientras se situaba sobre ella.

—Te deseo —gruñó antes de acariciar la entrada de su cuerpo con aquella parte de él que tanto la necesitaba—. Te deseo con una intensidad que me asusta.

La lentitud con la que comenzó a penetrarla contrastaba notablemente con la urgencia que se adivinaba en sus gestos, en la tensión de sus facciones y en la rigidez de su mandíbula. Poco a poco, temiendo lastimarla, se introdujo en ella.

—Relájate —susurró acariciando de nuevo aquel asombroso brote que la hacía enloquecer—, déjame entrar.

El placer de sus caricias se mezcló, de pronto, con el dolor que le produjo cuando se enterró en ella por completo. Andrew permaneció inmóvil, como si esperara a que el cuerpo de ella se acostumbrara a su invasión.

—Lo siento —se disculpó él apoyando su frente en la de ella como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo por no moverse—. Solo dolerá esta vez, te lo prometo.

Kate no se permitió reflexionar sobre el hecho de que él supusiera que habría más veces entre ellos. En su lugar, atrajo su boca hacia la de ella mientras, con indecisión, comenzaba a mecerse contra Andrew.

El gruñido de él le dejó claro que sus movimientos le agradaban, lo que la animó a moverse con mayor determinación. El dolor punzante que había sentido al principio fue remitiendo y, aunque no llegó a desaparecer por completo, pasó a convertirse en una simple molestia.

Las manos de Andrew sujetaron sus nalgas, acercándola todavía más e intensificando las agradables sensaciones que amenazaban con hacerle perder el control. Comenzó a moverse, lentamente al principio y aumentando el ritmo poco a poco. Cuando sus embestidas ganaron intensidad, Kate alzó las piernas, como si tratara de acercarse todavía más. Comprendiendo su silenciosa petición, el duque la instó a enroscarlas en torno a sus caderas.

—Así, sujétame —murmuró junto a su oído—. Necesito...

Introduciendo una mano entre sus cuerpos, la acarició rítmicamente mientras comenzaba a empujar con más fuerza. Kate sintió como una insoportable tensión se apoderaba de ella hasta que, finalmente, se rompió en mil pedazos. El mundo desapareció de repente, desintegrándose.

Lo último que sintió antes de desvanecerse fue el ronco gemido de Andrew antes de desplomarse a su lado.

# Capítulo 15

Un rayo de sol se filtró por entre las cortinas color burdeos del cuarto del duque al mismo tiempo que, en alguna parte de la casa, un enorme estruendo rompía la tranquilidad de la mañana.

Con una sonora maldición, Andrew agarró la almohada y se tapó con ella la cabeza, que parecía a punto de estallarle. Poco a poco, su embotado cerebro comenzó a despejarse, aunque el persistente pitido que parecía querer burlarse de él le impedía pensar con claridad. Por entre la neblina etílica que todavía persistía, los recuerdos de la noche anterior comenzaron a ver la luz. Recuerdos del salón oscuro y profusamente ornamentado de madame Carlyle, recuerdos de una de sus chicas tratando, otra vez, de seducirlo.

Pese a las reiteradas negativas que, a lo largo de los años, les había dado a casi todas las mujeres del local, ellas no parecían dispuestas a desistir en su empeño de llevarlo a la cama. Y, aunque siempre se había mantenido firme en su decisión de no volver a acostarse con ninguna mujer en la que no pudiera confiar, aquella noche, con el recuerdo de la condesa burlándose de él, le había resultado más difícil que nunca decir que no. Haciendo gala de una fuerza de voluntad que jamás había creído poseer, había logrado resistirse y, tras dar buena cuenta de la última copa que le habían servido, había abandonado el local dispuesto a tumbarse, una noche más, en su enorme y solitaria cama y soñar con una mujer de ojos verdes a la que nunca podría tener.

Con un gemido de impotencia, lanzó la almohada contra la pared y se frotó la mandíbula con una mano. De repente, recuerdos de piel desnuda y sábanas revueltas lo golpearon con fuerza.

—¡Joder! —exclamó sentándose con rapidez e inspeccionando la habitación buscando algún indicio que confirmara que la noche anterior no había sido un sueño.

La alcoba se hallaba desierta, aunque, a juzgar por el fuego que crepitaba alegremente en la chimenea, era probable que alguna criada hubiese pasado ya por allí. A su lado, el lecho permanecía vacío, como venía sucediendo desde hacía años.

Tal vez aquellos recuerdos de Kate gimiendo su nombre, de la suavidad de su piel bajo sus manos, no habían sido más que un invento de su imaginación, demasiado obsesionada con la

condesa.

No, era imposible. Aunque había soñado con ella en más de una ocasión, aunque había imaginado cómo sería sentir su cuerpo bajo el suyo, lo único que lograban esos sueños era que, al día siguiente, se sintiese más frustrado y solo que nunca. Una sensación que, desde luego, no sentía en ese instante. Y, considerando que llevaba cuatro años sin acostarse con ninguna mujer, la satisfacción que sentía en ese momento solo podía tener un motivo.

Con mano temblorosa sujetó el borde de la sábana y, con la parsimonia propia de quien teme encontrar una revelación que cambiará su vida, la retiró hacia un lado. Casi en el mismo instante en que la tela de lino cayó al suelo, Andrew contuvo la respiración. Sobre el inmaculado blanco de la sábana bajera las gotas de sangre que confirmaban sus sospechas parecían burlarse de él. Sorprendentemente, aquella revelación que debería haberlo asustado sobremanera logró sacarle un peso de encima. Ya no había nada que evitar. Había pasado la noche con Kate. Había arrebatado su virginidad. El honor exigía que se casara con ella y él haría lo correcto. Solo restaba planear cómo lograría hacerlo sin que ninguna mirada reprobadora cayera sobre ellos.

Lo conseguiría. Los había engañado una vez, podría lograrlo una segunda. Suspirando, pensativo, clavó la mirada en la moldura dorada del techo. Convertiría a la condesa en su esposa lo antes posible. Por alguna razón que escapaba por completo a su comprensión, lo que sentía por ella se había convertido en algo más que deseo y, de repente, una vida a su lado no parecía suficiente. Estaba seguro de que, por más tiempo que pasasen juntos, no lograría conocerla totalmente, y ese desafío, en lugar de desanimarlo, solo lo tentaba más.

Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Kate seguía siendo una mujer perseguida por el escándalo y por la mirada crítica de la alta sociedad, dispuesta a despedazarla a la menor ocasión. Y él seguía siendo un hombre con una vida falsa que se desmoronaría en cuanto algún susurro malicioso se dirigiese en su dirección. Un comentario malintencionado, una pequeña investigación de alguien poderoso y la farsa del duque de Brighton se vendría abajo, aplastando a Lottie y convirtiéndola en nada más que escombros de la vida que él deseaba darle. Se quedaría sin perspectivas ni esperanzas.

«Maldita sea», pensó mientras se levantaba de la cama y se dirigía al vestidor. Cada día que pasaba odiaba más su título y su posición. Un hombre corriente podría contraer matrimonio con quien quisiera. Nadie controlaría sus pasos. Nadie sometería a su esposa a la peor de las inspecciones.

Pero no importaba. Iba a casarse con Kate. Y lo haría pronto.

—Adelante —murmuró Andrew sin levantar la vista de los documentos que tenía sobre su escritorio.

Llevaba toda la mañana allí encerrado, tratando de reducir el montón de papeles que requerían de su atención, pero sorprendiéndose constantemente pensando en Kate. Había postergado el

encuentro con ella con la intención de trazar primero el plan que le permitiría proponerle matrimonio sin temer las consecuencias, aunque, por supuesto, no lo había logrado todavía.

La puerta se abrió y Stevens entró en la estancia, erguido y serio, sosteniendo una bandeja de plata. Acercándose al escritorio, tendió el sobre color crema que portaba a su señor.

—Acaba de llegar una carta para su excelencia.

El duque por fin alzó la vista hacia el papel que su mayordomo le tendía y, al reparar en el nombre escrito en el sobre, apretó la mandíbula. Reconocería aquella caligrafía redondeada y aquel trazo decidido en cualquier parte. Al fin y al cabo, aquella mujer llevaba más de tres años atormentándolo.

—Gracias, Stevens —murmuró recogiendo la carta y despidiendo al criado con una señal apenas perceptible.

En cuanto la puerta se cerró, se dejó caer pesadamente sobre el respaldo de su sillón de cuero.

—Maldita seas, lady Beauport —gruñó estrujando el sobre entre sus dedos—. Maldito el día en que te cruzaste en mi camino.

Aquella mujer había sido su ruina y por más tiempo que pasara no parecía dispuesta a dejarlo en paz.

Con manos temblorosas rasgó el envoltorio y extrajo la nota. Un olor dulzón inundó sus fosas nasales, confirmándole la identidad del remitente. Su perfume, aquel que antaño le había gustado tanto, ahora solo le provocaba arcadas.

> Mi querido Andrew:
>
> La falta de noticias tuyas me está impacientando. He comenzado a pensar en hacer una visita a Bramshaw Manor y recuperar lo que es mío.
>
> Lo cierto es que últimamente me está costando mucho no pregonar mi tristeza por los salones de Londres. De hecho, hace dos noches estuve a punto de confesarle a lady Matthews esa gran pena que me atormenta desde hace tres años. Ya sabes, el dolor de una mujer seducida por un infame calavera en un momento de soledad y tristeza. Todo el mundo sabe que la ausencia de mi esposo me dejó sumida en la más profunda de las desesperaciones y que el perverso duque de Brighton no dudaría en aprovecharse de una dama en apuros. Quise confesarle también mi desgracia. Una madre obligada a ocultar su embarazo que, años después, descubre que la pequeña que creyó haber perdido en el parto está viva, podría ser una noticia muy conveniente... Recuerda, querido, que yo siempre he sido una mujer débil y, a estas alturas, la honorabilidad de mi nombre comienza a traerme sin cuidado.
>
> Espero comprendas mi necesidad de reunirme contigo lo antes posible.
>
> Trataré de contener mi desesperación durante los próximos tres días. Es probable que, después de ese periodo, me vea incapaz de soportar mi dolor.
>
> Siempre tuya,
>
> Jane Louise Clark, lady Beauport

Furioso, Andrew se levantó de la silla, casi volcándola. Siempre que las cosas parecían comenzar a solucionarse, ella aparecía de nuevo amenazando su estabilidad y presionándolo hasta la locura.

Lady Beauport había irrumpido en su vida durante una de sus noches de juerga. Había acudido a la fiesta que los duques de Wellington daban en Apsley House, con su título recién estrenado y algunas copas de más, que sus compañeros de fatigas y él habían tenido a bien tomarse para poder soportar a todas aquellas debutantes con tendencia a los desmayos y a los suspiros afectados que los perseguían en cuanto entraban en un salón de baile. Se había movido entre la gente con la seguridad que su título le proporcionaba y la sonrisa insolente de un auténtico calavera. Había reído, coqueteado y escandalizado a más de una dama respetable. Finalmente, cuando comenzaba a aburrirse ya de aquel estúpido juego, unos brillantes ojos violetas se habían clavado en los suyos.

Habían bastado un par de segundos para que aquella mirada felina penetrara en su interior y lo convirtiera en un mero esclavo de la mujer en cuyo delicado rostro relucía. Y no había importado que ella fuera diez años mayor que él, ni que fuera, por aquella época, la esposa de uno de los más fuertes candidatos al puesto de primer ministro. Él era el duque de Brighton, por muy mancillado y arruinado que aquel título estuviera, y podía tener a la mujer que quisiera. Irónicamente, durante los más de dos años que había durado aquella relación, había sido ella quien lo había poseído a él.

Maldiciendo entre dientes, se acercó a la chimenea y lanzó la carta a las llamas.

Había tardado demasiado en descubrir su naturaleza, en percatarse de que, bajo aquel velo de inocente sensualidad con el que lo había conquistado, se escondía una auténtica bruja. Para cuando se había dado cuenta, Lottie lloraba en sus brazos mientras él abandonaba la enorme mansión de Kent en donde la vizcondesa se había recluido en cuanto su embarazo había comenzado a hacerse evidente, pues el tiempo que su esposo había pasado en la India como mediador tras la revuelta provocada por el motín de los cipayos hacía imposible hacer pasar a aquel bebé por un hijo legítimo.

En medio de la noche, había apretado el pequeño bulto contra su cuerpo y había emprendido el camino hacia Bramshaw Manor, dispuesto a comenzar una nueva vida lejos de aquella mujer, de la elite londinense y de los numerosos rumores que habían comenzado a surgir en torno a ellos.

Un suspiro cansado escapó de sus labios. Sin darse cuenta, comenzó a tironearse de los cabellos mientras se dirigía de nuevo al escritorio. Tenía que alejarla de su familia. Tenía que deshacerse de ella y sabía cuál era el único modo de lograrlo.

Con mano decidida, tomó la pluma. Aquella era la decisión más impulsiva que había tomado jamás y, sin embargo, no dudó ni por un instante de que era lo correcto.

No tardó más que unos minutos en escribir la carta que, esperaba, terminase para siempre con aquello.

Tras sellar con lacre y escribir en el exterior el nombre del destinatario, tomó otra hoja y garabateó la respuesta que la pérfida lady Beauport recibiría en su casa de Upper Brook Street.

Estaba arriesgando demasiado con aquella jugada, pero, si pretendía comenzar una nueva vida con Kate a su lado, debía romper con los fantasmas de su pasado. El chantaje que aquella mujer

llevaba años haciéndole acababa de llegar a su fin. Tras el baile de lady Wentworth, Jane Clark desaparecería para siempre de su vida. O eso, o aquella mentira que él había inventado cuatro años antes les explotaría en la cara. Y, entonces, que Dios se apiadara de todos ellos.

—Necesito que Alice venga a la fiesta de lady Wentworth.

Sebastian lo miró como si se hubiera vuelto completamente loco.

—¿Lady Wyndham?

—La misma —respondió Andrew sin perder la compostura.

—¡Se te ha ido la cabeza! —bramó el marqués levantándose de la butaca en la que había estado repantigado—. ¡Esa mujer me odia! ¡Me arrancará los ojos antes de que termine la velada!

Andrew observó cómo su amigo se paseaba, nerviosamente, por su despacho. La cojera que mostraba desde hacía días parecía que, poco a poco, se iba haciendo menos pronunciada. Le gustaría saber en qué demonios andaba metido. Él haría lo que fuera por ayudarlo. Sin embargo, sabía de antemano que Sebastian inventaría cualquier absurda excusa relacionada con alguna mujer o algún marido ultrajado. Su amigo era un consumado mentiroso y, pese a que había auxiliado a Andrew sin titubear ni un segundo siempre que lo había necesitado, él jamás pediría su ayuda. Suspiró con pesar.

—Lady Beauport vendrá a la fiesta.

La sorpresa de Sebastian podría haberle resultado cómica si su futuro y el de su hija no dependieran de él.

—No sé si lady Wyndham tiene algo que pueda ayudarnos, pero su presencia intimidará a Jane —prosiguió—. Le envié una nota, pero ha rechazado mi petición alegando que no asistirá a un evento en el que te encuentres tú, salvo...

—¡Perfecto! —exclamó Sebastian animado de nuevo—. Rechazaré la invitación de lady Wentworth. Le presentaré mis disculpas y saldré volando para Londres. ¡Asunto resuelto!

—Stratford —cortó Andrew—. No es tan sencillo. Le he pedido a Alex que localice al doctor y te necesito aquí. Además, deberías congraciarte con la dama. En su respuesta asegura que acudirá si tú te disculpas debidamente.

—¡Maldita sea, Andrew! —respondió, furioso, su amigo—. Siempre he hecho lo que me has pedido, pero esto es demasiado.

—Debes hacerlo. —Clavó sus ojos en los de Sebastian—. Pídele perdón, ruégale, arrástrate...

—¡Eso no servirá de nada!

Sebastian comenzó a pasearse por la habitación, moviendo las manos con nerviosismo, como si tratase de explicar algo y no le salieran las palabras.

—Si realmente pareces arrepentido...

—¡Tú no lo entiendes! —gruñó el marqués clavando sus ojos en los de él—. Seduje a esa

mujer, Andrew.

—Lo sé. Sin embargo, has seducido a muchas mujeres con las que todavía mantienes una buena relación.

—¡No! ¡Sí! —Sebastian negó con la cabeza—. ¡Maldita sea! Esta era diferente. Ella...

Esperó paciente a que su amigo encontrase las palabras.

—Ella tenía expectativas. Pretendía que fuera algo serio y yo... —suspiró resignado—. Yo ni siquiera fui capaz de llamarla por su nombre mientras nos acostábamos. Al día siguiente me había olvidado completamente de ella.

Se dejó caer en una de las butacas que se hallaban frente a la chimenea, derrotado.

—En esto no podré ayudarte, Andrew —murmuró—. Lady Wyndham me sorprendió la noche siguiente tratando de arrastrar fuera de su palco a la viuda de sir Evans. Me increpó que la hubiera utilizado y, cuando lady Evans me preguntó por mi relación con aquella mujer, fui incapaz de recordar cómo se llamaba. Por supuesto, lady Wyndham se dio cuenta y, desde entonces, no soporta estar, siquiera, en la misma habitación que yo.

Aunque no le extrañaba que la dama no quisiera ver a Sebastian ni en pintura, aquella situación lo contrarió. El apoyo de la hermana del difunto lord Beauport le parecía indispensable para tratar de intimidar a Jane. Si no lo lograba, ella seguiría chantajeándolo y él no podría hacerle frente. Seguiría viviendo con la espada de Damocles sobre su cabeza, amenazando todo aquello que tanto le había costado construir. No podría cumplir con su deber. Kate regresaría a Londres, a su vida y a sus escándalos, sin llevar en su dedo el anillo que él debía ofrecerle. Y, de repente, el hecho de que la condesa no se convirtiera en su esposa le resultaba inadmisible.

—He hecho el amor con Kate —espetó dispuesto a jugárselo todo a una carta—. Era virgen.

La sorpresa se reflejó claramente en el rostro de Sebastian, aunque no podría decir si lo que le sorprendía era que los rumores sobre ella fueran falsos o que él hubiese caído bajo su hechizo.

Cruzándose de brazos, se apoyó contra el escritorio de caoba donde todavía reposaban todas las cartas a las que debía dar respuesta y los contratos que tenía que revisar, poco dispuesto a dar más explicaciones. No le había hecho gracia revelar algo tan íntimo, por lo que esperaba que fuera suficiente para que Sebastian comprendiera que necesitaba su ayuda.

—Vaya —murmuró el marqués, finalmente—, veo que dio resultado.

Andrew lo fulminó con la mirada.

—Kate me lo confesó todo —gruñó—. Y puedes estar seguro de que, si no necesitara tanto de tu encanto para seguir adelante con mis planes, te partiría la cara. No me gusta que juegues conmigo.

—«Juguemos» —matizó—. Lady Ashford también tuvo algo que ver en el asunto.

Negando con la cabeza, disgustado, se apartó del escritorio y se dejó caer sobre la otra butaca.

—Lady Ashford y yo saldaremos cuentas en cuanto tenga algo que ofrecerle. —Miró a Sebastian con la súplica reflejada en su rostro—. Necesito poder ofrecerle algo.

Durante unos minutos el silencio se instauró en la habitación, los dos sumidos en sus

cavilaciones. Al final, Sebastian se levantó de su asiento y, tras darle un último trago a la copa de brandy que había permanecido abandonada en la mesita situada entre ambos sillones, se dirigió a la puerta.

—Dame unas horas —dijo sin mirarlo—. Volveré con una solución.

Y, sin más, abandonó la estancia. Ni por un instante Andrew dudó de que lo haría. En todos los años que llevaban siendo amigos, Sebastian no le había fallado jamás. Su ayuda había sido inestimable a la hora de crear una historia aceptable para el origen de Lottie. Ahora lo sería para terminar, por fin, con todo aquello.

# Capítulo 16

Kate permaneció encerrada en su habitación durante la mayor parte del primer día. El segundo salió, únicamente, para dar un paseo por los jardines. Viendo que el duque permanecía ocupado en su despacho sin dar señales de vida, el tercero decidió que lo único que debía saltarse eran las comidas. Después de lo sucedido, se sentía incapaz de enfrentarse a él. O a su madre. Incluso a su hermana. Estaba segura de que, en cuanto la duquesa fijara su afilada mirada en ella, se moriría de vergüenza. Por no hablar de Briony. Su amiga descubriría lo sucedido solo con mirarle la cara y, mucho se temía, lo ocurrido no la haría feliz.

Con un suspiro de resignación, se acercó a la ventana.

Una fina llovizna caía sobre los jardines y el cielo, repleto de nubarrones grises, indicaba que el tiempo no tardaría en empeorar. Inconscientemente, alzó uno de sus finos dedos y dibujó una luna sobre el cristal. No tardaron en seguirle un par de estrellas y, para cuando quiso darse cuenta, un paisaje nocturno decoraba el vidrio empañado.

Briony no se enfadaría por lo sucedido. Tan solo se sentiría decepcionada. Y ella la comprendía. La suya no era la historia de dos amigas a punto de convertirse en hermanas. Briony sabía, incluso mejor que ella misma, que Andrew no se casaría con ella. Descubrir, pues, que había sido tan tonta como para dejarse seducir la defraudaría. Por supuesto, no tardaría en culpar a su hermano y eso era algo que ella tampoco estaba dispuesta a permitir. Al fin y al cabo, el duque no había hecho nada que ella no hubiera querido que hiciera.

El estruendo de la puerta al golpear contra la pared la arrancó de sus cavilaciones. Antes de que pudiera reaccionar, un extraño ser entró en la habitación.

Sorprendida, observó el montón de telas que se movía lentamente, acercándose a donde ella se encontraba. Decenas de tonos diferentes de blanco y crema, mal cosidos y repletos de lazos y cintas, formaban una cascada coronada por una pequeña cabeza de tirabuzones rubios. La cola de lo que, según pudo deducir, era un vestido, se arrastraba más allá de la puerta, perdiéndose en el pasillo.

Su sorpresa inicial no tardó en ser sustituida por el regocijo. Si sus suposiciones eran ciertas, aquello pretendía ser un vestido de novia como el que la reina había puesto de moda al casarse de

blanco con su amado Alberto.

Y a su confección, por lo que veía, habían contribuido algunas de sus enaguas.

—Lottie, cielo... —murmuró sin saber muy bien qué decir—, ¿qué haces?

Una delicada manita asomó entre la tela y, con firme determinación, se la apartó de la cara. Al instante, unos traviesos ojos azules aparecieron ante ella, sonrientes.

—Me voy a casar.

La seguridad con la que respondió la sorprendió.

—¿Y puedo preguntar con quién?

Lottie sonrió de oreja a oreja.

—¡Con Sebastian! —afirmó con alegría—. Seré una *maquesa*.

—Marquesa —corrigió inconscientemente—. El éxito de lord Stratford entre las féminas de esta familia es sorprendente.

—¿Qué pasa con las féminas de esta familia? —preguntó Briony irrumpiendo en el cuarto con despreocupación—. Espero que estés mencionando lo dóciles y encantadoras que... Lottie, ¿qué demonios llevas puesto?

Ante el rostro desconcertado de su amiga, Kate tuvo que esforzarse en reprimir una carcajada.

—Me caso —aclaró la niña alzando el mentón con arrogancia—. *Teno* un vestido de novia.

La mirada de Briony pasó, alternativamente, del rostro de Kate al atuendo de su sobrina. Al fin, negó con la cabeza.

—Soy demasiado vieja para esto —gruñó—, no tardaré en volverme loca. Pasaré las tardes haciendo calceta junto a la chimenea de la sala rosa, controlando lo que sucede en el jardín a través de la ventana y con un mosquete junto a mi mecedora.

Sin poderse contener durante más tiempo, Kate estalló en carcajadas.

—No le veo la gracia, milady —la reprendió su amiga con una chispa de burla en sus ojos—, esta niña se ha hecho un vestido con mi ropa interior.

—¡Y con la mía! —le recordó entre espasmos de regocijo.

—Efectivamente —asintió Briony—, con la tuya también. Es probable que, a partir de ahora, se pasee con esa aberración por los pasillos de la casa para deleite de todos los miembros de la familia, así como de los sirvientes, que podrán contemplar sin pudor alguno lo que, en otra época, fueron nuestras prendas íntimas.

Las carcajadas cesaron al instante.

—¡Maldición! —gruñó Kate enrojeciendo de vergüenza—. No había caído en eso.

—Voy a ser *maquesa* —interrumpió Lottie, indignada porque, entretenidas como estaban en su conversación, parecían haberse olvidado de tan importante acontecimiento—. Me casaré con Sebastian.

Y, sin más explicaciones, abandonó la habitación con el *frufrú* de la tela como música de fondo.

—A eso te referías —musitó Briony poniéndose seria de repente— con lo de las féminas de

esta familia.

Asintió. En cuanto su amiga abrió la boca para replicar, alzó la mano pidiéndole silencio.

—Sé lo que sientes por él —dijo sin más—, por eso quería hablar contigo. Entre lord Stratford y yo no hay nada. El marqués me propuso representar una pequeña farsa para tratar de descubrir si el duque... —Enrojeciendo violentamente, bajó la mirada al suelo—. Queríamos saber si tu hermano sentía algo por mí. Cuando yo acepté aquel juego no tenía ni idea de lo que tú sentías. No era mi intención hacerte daño.

Briony negó con la cabeza y, acercándose a la cama, se dejó caer sobre el colchón.

—Entre ese imbécil y yo no hay nada —refunfuñó sin mirarla—. Al menos espero que la patraña haya servido para algo.

De repente, Kate no supo qué responder. Era evidente que Briony esperaba que le contara lo que había logrado, pero ella no estaba segura de querer hacerlo.

—¿Lograste algo? —interrogó su amiga sentándose en la cama.

Incapaz de mirarla, se giró hacia la ventana mientras sentía cómo el rubor se extendía sobre su rostro.

—Tal vez —susurró, finalmente.

—¿Y bien?

Suspiró. Esa era una de las ocasiones en las que agradecería poseer un don para el embuste. Sin embargo, esa capacidad jamás había estado entre sus cualidades. Podía esquivar preguntas indeseadas. Poseía un auténtico don para ocultar cosas. Pero era la peor mentirosa del mundo. Y mucho se temía que, en esa ocasión, ni la ocultación ni la elisión le servirían de nada.

Miró a Briony de nuevo. Parecía impaciente. Derrotada, dejó caer los hombros.

—Sí, sirvió de algo —musitó—. Cabe la posibilidad de que a tu hermano no le sea indiferente.

El bufido de su amiga la desconcertó.

—Para eso no era necesaria ninguna representación —afirmó—, podrías habérmelo preguntado a mí. A mi hermano le gustas, es evidente. La pregunta es si ha hecho algo al respecto.

El sonrojo de Kate se intensificó hasta tal punto que pensó que podría arder por combustión espontánea.

—Ya veo —dijo Briony observándola con interés—. No sé si felicitarte o darte el pésame. Has conseguido lo que querías —comentó ante la mirada interrogante de Kate—, pero no sé qué es lo que vamos a hacer ahora.

—Nada —respondió rotunda—. Te acompañaré al baile y al día siguiente nos iremos. Él no me ha prometido nada y yo no espero que lo haga. Seguiré con mi vida, sin más.

—Eso no te lo crees ni tú —aseguró Briony levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Te apuesto diez libras a que las cosas no salen como esperas.

La seguridad con la que lo dijo la desconcertó, pero Briony no parecía dispuesta a dar más explicaciones.

—¡Espera! —gritó antes de que abandonara la habitación—. Prométeme que no harás nada al respecto. No quiero que intervengas. Esto es entre Andrew y yo.

Girándose un instante, le sonrió.

—No necesitarás que nadie intervenga —afirmó—. Por alguna razón, estoy convencida de que será Andrew, por iniciativa propia, quien te pida que te quedes. Y, si lo hace, yo seré la primera en celebrarlo, aunque puede que en el futuro todos nos arrepintamos de ello.

No fue hasta bien entrada la tarde del tercer día cuando Kate vio al duque de nuevo.

Cansada de esconderse en su cuarto, caminaba despacio por el pasillo tratando de alcanzar la sala de música. No tenía claro por qué se dirigía a aquella habitación en concreto, pues era una pianista mediocre y sin sentido del ritmo. Tal vez el saber que nadie acudía jamás a aquella sala la hubiera empujado, inconscientemente, hacia la soledad de aquel lugar. Fuere como fuere, jamás alcanzó su objetivo. Antes de que se acercara, siquiera, a aquella estancia, la puerta de la biblioteca se abrió y una sólida figura apareció en el umbral.

Adivinando su identidad de inmediato, trató de huir antes de que aquel hombre la viera. Sin embargo, todavía no había dado más que un par de pasos cuando la profunda voz del duque resonó a su espalda.

—Milady —llamó pronunciando su título con cierta rigidez—, necesito hablar con usted.

Ante su tono formal, Kate no pudo evitar pensar en cómo contrastaban aquellas enérgicas palabras con los cariñosos susurros de unas noches atrás. De repente, la entrecortada voz del duque murmurando halagos en la oscuridad de su habitación irrumpió en su mente, provocándole una oleada de calor que coloreó sus mejillas y agitó su respiración.

Sabiendo que no tenía escapatoria, cerró los ojos un instante y trató de serenarse. Sin muchos miramientos, apartó los recuerdos de una patada y se recordó que, en realidad, no debía albergar expectativas. Para él no habría sido más que un error y a ella lo único que le quedaba era aceptarlo.

—Milady —la llamó Andrew de nuevo, con impaciencia—, podría...

—Voy —murmuró ella girándose y acercándose a él.

Sin detenerse, pasó a su lado y se introdujo en la biblioteca, ansiosa porque él dijera, cuanto antes, lo que fuera que deseara decir y le permitiera esconderse en el rincón más apartado de la mansión, donde nadie pudiera ser testigo de la humillación que sentía por haberse dejado seducir con tanta facilidad.

Andrew cerró la puerta y observó con detenimiento a la mujer que se había parado frente a su escritorio. Estaba tan tensa como las cuerdas de un violín, con la espalda envarada y la expresión vacía, como si estuviera dispuesta para la lucha. Pero él no tenía la menor intención de sostener batalla alguna. Tras la noche que habían pasado juntos, las cosas entre ellos estaban, desde su punto de vista, perfectamente claras.

Aun cuando algunos de los recuerdos permanecían confusos en su mente, otros gozaban de sorprendente nitidez, sobre todo la confesión que ella le había hecho. «Siempre has sido tú», había murmurado, y con esas palabras los había condenado a ambos. Porque, por extraño que pudiera parecer, había deseado seguir siendo el único durante el resto de su vida. Y en ese instante se sentía capaz de hacer cualquier cosa para que así fuera.

—Siéntese —la invitó acercándose.

—Estoy bien así —replicó en voz baja.

Él suspiró y se detuvo frente a ella. Era evidente que no se lo iba a poner fácil.

—Kate —comenzó, dispuesto a eliminar la tensión de su rostro cuanto antes—, tenemos que hablar de lo ocurrido.

—No hay nada de lo que hablar, excelencia. Ambos somos adultos y responsables de nuestras acciones. —Mientras se encogía de hombros, los ojos de ella vagaron por la habitación evitando encontrarse con los suyos—. Puede estar tranquilo, no voy a reclamarle nada. En ningún momento he tenido expectativas.

Sus resignadas palabras lo golpearon como un puñetazo. El hecho de que no esperara nada de él dejaba bien claro el tipo de caballero que ella creía que era.

—Pues deberías tenerlas —replicó malhumorado—. Un hombre no seduce a una dama bajo su propio techo, con su familia a unos metros de distancia, sin esperar que ella se haga, al menos, unas cuantas ilusiones.

Por primera vez, sus ojos se encontraron y él pudo percibir la inseguridad y el miedo que se escondían bajo su fría apariencia.

Alzando la mano izquierda, acarició su mejilla mientras su brazo derecho se enroscaba en torno a su cintura y la acercaba a su cuerpo para abrazarla con ternura.

—Deberías tener expectativas, Kate —susurró y besó su sien—. Quiero que las tengas. No me preguntes cuándo, ni por qué, pero siento que, ahora mismo, no me sería posible seguir adelante sin ti.

—Puedes tener a quien quieras —susurró.

—No. —Separándose unos centímetros, enmarcó el rostro de ella con sus manos y la miró a los ojos—. No puedo ni quiero tener a nadie más. Solo tú. —Con un suspiro resignado, confesó —: Antes de estar contigo, hacía más de tres años que no estaba con una mujer.

Kate abrió mucho los ojos, asombrada, y él estuvo a punto de echarse a reír ante su indignado desconcierto.

—Eso es imposible —negó ella—. Todo el mundo sabe que eres un libertino.

Sonriendo con tristeza, le besó la punta de la nariz mientras se preguntaba si sería prudente confesarle su más importante secreto. Finalmente, dejó caer los brazos a los lados y se alejó de ella.

—No es el momento adecuado para hablar de ello —explicó—. Por lo pronto, solo te puedo decir que muchas de las cosas que se han dicho de mí son falsas y que en los últimos tiempos he

llevado la vida de un monje.

—¡Acudes, a menudo, al local de madame Carlyle! Eso no es, desde luego, lo que cabe esperar de un monje.

Él rio quedamente.

—Para beber, Kate. Para olvidarme de todos los problemas que me acosan en cuanto cruzo el umbral de esta casa. No he tocado a ninguna de sus chicas. —La miró a los ojos—. Ni tengo la menor intención de hacerlo.

—Pero, entonces...

—Escúchame —la interrumpió—, algún día te lo contaré todo. De momento, tienes que confiar en mí. Sobre todo, tienes que confiar en que haré lo correcto.

Ante su falta de respuesta, se acercó a ella y acarició su rostro de nuevo.

—Kate —declaró—, voy a casarme contigo.

Andrew había esperado muchas reacciones por su parte. Había esperado su regocijo, su alegría e, incluso, una cierta desconfianza. Se había preparado, por si acaso, para un torrente de preguntas que, estaba seguro, ella desearía hacerle, pero él no estaría en posición de responder. Lo que no se había imaginado, de ningún modo, era que ella lo observaría con callada perplejidad por los que parecían interminables minutos para, finalmente, negar con la cabeza mientras sus ojos se llenaban de tristeza.

—No —respondió Kate alejándose.

De repente, él sintió el pánico propio de alguien que se encuentra a un paso de caer al vacío. Por algún motivo que se negaba a analizar, el rechazo de ella le contraía las entrañas hasta el punto de arrebatarle casi por completo la respiración. Sin pararse a pensar, la sujetó por el brazo.

—No puedes rechazarme —susurró—. Ya no podrás casarte con nadie más.

—Tengo veinticuatro años, excelencia. Eso es algo que he aceptado hace mucho.

—Tu reputación no soportará un golpe como este si se llega a descubrir.

—Sabe de sobra que mi reputación —murmuró sin ni siquiera mirarlo— ya era irredimible antes de conocerle.

Él negó con la cabeza, a punto de perder la paciencia.

—¡Maldita sea, Kate! Me he acostado contigo y debo hacer frente a las consecuencias.

—No he sido, sin duda, la única mujer con la que se ha acostado... Y no creo que les haya propuesto matrimonio a todas las demás.

Él la observó incrédulo.

—Kate, ninguna de ellas era virgen.

—Eso no debería ser lo que marcase la diferencia —musitó ella soltándose de su agarre para proseguir su camino.

Cuando Kate estaba a punto de alcanzar la puerta, él utilizó su último recurso para salirse con la suya.

—Dijiste que siempre había sido yo —increpó—, ¿acaso mentías?

Ella se detuvo justo en el instante en el que asía el pomo. Girándose ligeramente, clavó sus ojos verdes en los de él.

—No —respondió—, y justo por eso debo rechazar su propuesta. Después de tanto tiempo, lograr las migajas que, por obligación, podría ofrecerme ya no es suficiente.

Y, sin más explicaciones, abandonó la biblioteca.

# Capítulo 17

Para cuando Sebastian regresó a Bramshaw Manor, Andrew ya había ideado infinidad de planes alternativos. Desde asesinar a lady Beauport hasta meterla a la fuerza en un barco de reos rumbo a Australia. Sin embargo, por entre aquellas disparatadas ocurrencias, había surgido un pensamiento que, a cada minuto que pasaba, le resultaba más atrayente.

Sentado ante la chimenea, con un libro que ni siquiera había abierto todavía en el regazo, había pensado que, si el marqués no lograba atraer a lady Wyndham al baile, él y su familia podían abandonar el país para siempre. Y, aunque había barajado varios destinos, Nueva York se presentaba como el más apetecible.

Sin embargo, cuando comenzaba a calcular cuánto tiempo le llevaría arreglarlo todo para irse, la puerta se abrió de golpe.

—Maldito tiempo de mil demonios —gruñó Sebastian, calado hasta los huesos, mientras entraba en la habitación—. Te juro que, después de esto, has perdido completamente el derecho a pedirme favor alguno.

Observó en silencio cómo su amigo se acercaba a la chimenea dejando un reguero de agua a su paso y se quitaba el empapado abrigo, arrojándolo sin muchos miramientos sobre el brazo de uno de los sillones. Haciendo gala de una paciencia que en realidad no sentía, esperó a que el marqués entrara en calor junto al fuego.

—Lady Wyndham llegará mañana —dijo, finalmente, Sebastian—. Se alojará en tu casa, ya que sigue negándose en rotundo a relacionarse conmigo o con mi familia. Como comprenderás, me ha parecido conveniente olvidar comunicarle que resido aquí desde hace días.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó curioso.

Sebastian lo fulminó con la mirada.

—Me he arrastrado. —Clavando sus ojos en los de él, añadió con expresión ultrajada—: Literalmente.

Cuando las comisuras de sus labios comenzaron a temblar debido a sus esfuerzos por contener una sonrisa, el marqués lo miró furibundo.

—No te atrevas a reírte —advirtió—. Mi orgullo yace ahora mismo sobre la alfombra que

cubre el suelo de la sala de visitas de lady Wyndham, donde la encantadora dama tuvo a bien humillarme. —Se dejó caer sobre el sofá—. Ante todas sus amigas.

Al imaginar la situación, sintió compasión por su amigo. En ese momento, el rumor de que el marqués de Stratford se había doblegado ante una dama correría como la pólvora por todo Londres. Aunque él sabía mejor que nadie que a Sebastian le importaba poco lo que pensaran de él, no podía dejar de sentirse un tanto culpable porque, por su causa, estuviera en boca de todos.

—¿Con qué excusa lograste que aceptara asistir al baile? —preguntó Andrew curioso—. No mostró especial interés por el hecho de que lady Beauport fuera a estar presente.

Repantingado en el sofá, Sebastian se encogió de hombros.

—Lady Wyndham siempre ha sentido una extraña simpatía por tu hermana —explicó—. Aunque no me puedo imaginar por qué.

La mención de Briony hizo que Andrew viera con recelo a su amigo. Aunque nunca habían hablado del tema, estaba seguro de que Sebastian sabía algo sobre la ruina de su hermana que jamás le había contado.

—Después de disculparme —recalcó fulminándolo de nuevo—, insinué que Briony podría necesitar ayuda, ya que, al parecer, el rumor de que lady Wentworth ha contratado a una vidente para comunicarse con su difunto esposo durante la velada ha generado una inusitada expectación y se esperan más invitados de los habituales. Llegará mañana sobre el mediodía, pero se irá al día siguiente.

De repente, recuperó la sonrisa y volvió a parecer el Sebastian despreocupado de siempre.

—Probablemente no soporte la idea de dormir tan cerca de mí y de mi depravación —comentó indolente—. De hecho, estoy seguro de que ni siquiera le gusta permanecer en el mismo condado que yo.

Andrew rio, aunque la idea de que el número de asistentes fuera mayor de lo que él esperaba, lo inquietó. Se dirigió a la licorera que permanecía en una mesita junto a la puerta y sirvió dos copas. Acercándose al sofá, tendió una a su amigo y se dejó caer a su lado.

—No puedo decir que me sorprenda —respondió alzando la copa en un silencioso brindis—. No recordar el nombre de una mujer mientras se está yaciendo con ella es una infamia.

Al fijar la vista en Sebastian se percató de que un músculo se contraía en su mandíbula. No obstante, el marqués no dijo nada. En su lugar, acercó la copa a sus labios y la vació de un solo trago.

Cualquier casa noble parecería un hervidero la tarde que precedía a una fiesta importante. En cualquier mansión inglesa habría, en semejantes circunstancias, montones de criadas corriendo de un lado a otro, tratando de dar los últimos retoques a un vestido, pendientes de preparar un baño con olor a rosas para su señora o buscando, incansables, algún adorno que completara el tocado que la dama luciría. Pero, si la casa en cuestión era Bramshaw Manor y las asistentes al

baile las mujeres que en aquel lugar habitaban, lo que debería ser una tarde de fatigosos preparativos derivaba, sencillamente, en el caos absoluto.

Poco después de las dos, lady Alice Spencer, condesa de Wyndham y hermana del difunto lord Beauport, había hecho su aparición en la mansión. Ataviada con un elegante vestido de paseo en diferentes tonos de verde, se había apeado de su carruaje con la elegancia propia de quien ha sabido su lugar en el mundo desde el mismo instante de su nacimiento. Sin muchas ceremonias, se había presentado ante el mayordomo y había pedido ser llevada «ipso facto» junto a lady Briony. A favor del pobre sirviente, sin embargo, cabría decir que había reaccionado rápidamente y había logrado recuperarse de la sorpresa con asombrosa celeridad. De ese modo, la dama había sido conducida a una de las salas del piso superior, cerca de los aposentos de las mujeres de la casa, mientras el único baúl que había llevado consigo era conducido por uno de los lacayos a la habitación contigua a la que ocupaba Kate.

En cuanto la dama había entrado en la sala se había dado cuenta de que ayudar a Briony Buxton no sería tarea fácil. Y para que se produjera semejante revelación no había tenido más que observar el montón de telas que se revolcaban por el suelo de la estancia, entre gritos y bufidos, peleándose por lo que, aparentemente, era un trozo de pastel.

—Milady —llamó el mayordomo carraspeando—, tiene visita.

La aludida tardó todavía unos instantes en desembarazarse de su oponente, una pequeña que, según lady Alice pudo deducir, no tendría más de tres años. Cuando, por fin, alzó la vista gruñendo algo que sonaba muy parecido a un «por todos los demonios, ¿quién es a estas horas?», la dama tuvo la pequeña satisfacción de verla enrojecer, abochornada.

—Lady Wyndham —saludó Briony levantándose con rapidez del suelo y alisándose las faldas —, ¡qué sorpresa que nos visite!

Su nerviosismo y su actitud avergonzada le dejaron claro que, efectivamente, estaba muy sorprendida de verla.

—Su hermano me invitó —aclaró recorriéndola con la mirada mientras alzaba una ceja—. Al parecer, tiene la sensación de que necesita usted mi ayuda, aunque no puedo imaginar por qué.

El parpadeo, confuso, de la joven la divirtió.

—Es probable que lady Wentworth logre, por fin, la notoriedad que lleva toda la vida buscando —aclaró—. Parece que este año las invitaciones para su velada se cotizan al alza entre los pares de Inglaterra. Se rumorea no sé qué de una espiritista que piensa evocar al fantasma de lord Wentworth.

—¿Por qué demonios querría hacer tal cosa? —exclamó Briony con cara de incredulidad, y enrojeció al percatarse de que lo había dicho en voz alta—. Quiero decir...

—Sé lo que quiere decir —cortó—. Lord Wentworth era un viejo libertino con las manos demasiado largas y las entendederas demasiado cortas.

Rio al ver la sorpresa de Briony ante sus palabras.

—Estamos de acuerdo en que nadie en su sano juicio querría traerlo de entre los muertos —

prosiguió—. Sin embargo, la apatía ha convertido a la aristocracia inglesa en presa fácil para el morbo y los chismorreos. Vendrán. No sé si a comprobar si lord Wentworth regresa o a burlarse de su esposa, pero vendrán. Y querrán chismes. No obstante, el único cotilleo que queremos que extiendan sobre usted es lo imbécil que fue el tipo que la dejó escapar.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, percibió el cambio de actitud de Briony. Su cuerpo se tensó y su rostro adquirió una expresión indolente que, según dedujo, debía de haber practicado desde aquella noche en la que el hombre al que amaba la había abandonado a su suerte.

—No sé de qué me habla—musitó.

Alice chasqueó la lengua.

—Vamos, querida, yo estaba allí. —El desconcierto de la otra mujer podría haberle resultado cómico de no ser por los remordimientos que había sentido por no haber hecho nada en aquel entonces—. Sé con quién entró en la biblioteca y le aseguro que no era lord Standbridge.

Al percibir que el enrojecimiento de Briony se intensificaba, sintió una perversa satisfacción. La petición del duque no le había resultado excesivamente interesante. Despreciaba a lady Beauport, que se había burlado de su hermano y había actuado a sus espaldas, pero él estaba muerto y ninguna venganza hacia la mujer a la que había amado lo traería de vuelta. Sin embargo, el hecho de que el marqués hubiera estado dispuesto a rebajarse pidiéndole disculpas en público, le había dejado claro dos cosas. Por alguna razón, aquel encuentro con su cuñada era especialmente importante para el duque de Brighton. Pero, además, Sebastian estaba implicado en lo que fuera que hubieran planeado. Había jugado bien sus cartas al informar a Andrew de que jamás asistiría a un evento donde se encontrara Stratford, salvo que este se disculpara. Ahora sabía con seguridad que Sebastian no se escaparía a los pocos minutos con cualquier casquivana que aceptara sus insinuaciones. Él estaría allí y ella se ocuparía de poner remedio a la injusticia de la que había sido cómplice una vez. Y es que, si bien lo que le había hecho a ella podría haber sido casi comprensible, seducir a la ingenua lady Briony y abandonarla a su suerte había sido la peor de las canalladas.

Ayudaría a la joven, pero no solo durante aquel baile campestre. A partir de ese instante, Alice Spencer, lady Wyndham, sería la protectora de Briony y lograría lo que ninguno de aquellos que deberían haberla protegido en su momento habían conseguido. Briony Buxton sería la marquesa de Stratford aunque, para lograrlo, ella misma debiera conducir a Sebastian hasta el altar con una pistola apuntando entre sus costillas.

A solo unos metros de aquella habitación, Kate discutía acaloradamente con su prima, quien se negaba en rotundo a asistir a la fiesta.

—¡No pinto nada allí, Kate! —exclamó con un violento movimiento de sus manos—. No quiero volver a pisar un salón de baile en mi vida.

Kate alzó los ojos al cielo y murmuró una oración, no por su prima, sino por su propia salud mental. No entendía el repentino cambio de actitud de Annie. Sin ningún motivo aparente, había pasado de aspirar a un matrimonio ventajoso a cualquier precio a no querer saber nada de la aristocracia. Aunque había logrado que abandonara la idea de regresar a Primrose Cottage inmediatamente y regresara con ella a Londres, el tema del baile era otro cantar. Llevaba más de veinte minutos tratando de convencerla para que la acompañara, pero no había cedido ni un ápice en su determinación.

—Me gustaría que estuvieras conmigo —murmuró—. No es lo mismo que cuchicheen o me desairen en Londres a que lo hagan aquí.

Annie apretó los labios un instante y, finalmente, suspiró.

—Crees que el duque no es consciente del rechazo real que provocas porque jamás ha sido testigo de ello y tienes miedo de que esta noche eso cambie.

A Kate le sorprendió la perspicacia de su prima. Nunca hubiera pensado que Annie viera más allá de sus propias narices. Había pensado que era joven y egocéntrica, pero, tal vez, se había equivocado. Asintió y Annie suspiró de nuevo.

—Voy a vestirme —sentenció—. Pero regreso a Londres mañana, contigo o sin ti.

—Ese no —dijo lady Wyndham por enésima vez—, no realza lo suficiente su figura.

—Maldita sea —gruñó Briony en voz baja mientras su doncella se apresuraba a ayudarla a desvestirse.

Llevaba más de una hora probándose trajes. Tras un minucioso estudio de su guardarropa, aquella mujer había arrojado sobre la cama todos sus vestidos de fiesta y la había obligado a probárselos. Uno a uno, sin embargo, habían sido rechazados con argumentos tales como «no resalta el color de tus ojos» o «hace que tu rostro parezca pálido y demacrado» o, el peor de todos, «pareces una oveja». Este último había sido, sin duda, el que más le había molestado. Aunque, en el fondo, ella hubiese pensado algo parecido cuando su madre se había dejado embaucar por la modista para que comprase aquella aberración de terciopelo y encaje, oírselo decir a otra persona dolía.

Así pues, a esas alturas, su autoestima yacía apaleada y agonizante sobre el piso del cuarto, mientras que su mente sostenía una encarnizada batalla con su corazón, que estaba a punto de mandar a aquella dama al diablo. Porque, por muy noble y respetable que fuese lady Wyndham, Briony sospechaba que había tenido algo con Sebastian. Y, aunque agradecía que aquella mujer hubiese decidido ayudarla, aun cuando desconociera sus motivos, no podía dejar de sentir una predisposición natural a odiarla.

Casi sin darse cuenta, se encontró de nuevo ante el espejo, ataviada con un magnífico vestido color zafiro. La refinada prenda dejaba al descubierto su escote y parte de sus hombros, mientras que el corpiño se ajustaba a sus curvas con increíble precisión. La falda, rematada en un bordado

de pequeñas flores que se entrelazaban, caía con elegancia hasta sus pies. Aquel vestido había sido un capricho, totalmente inapropiado para una joven debutante, al que su madre había hecho la vista gorda en su momento y, pese a que estaba pasado de moda, era tan hermoso que rozaba la perfección.

—Este es —murmuró lady Wyndham con reverencia—. Ese color hace que tus ojos resplandezcan y tu belleza se acentúe. Sensualidad y discreción en la misma prenda. Es perfecto.

Briony observó a la joven que le mostraba el espejo y sintió que algo se rompía en su interior. Aunque más vieja y espabilada que entonces, su imagen brillaba del mismo modo que lo había hecho la primera y única vez que se lo había puesto. Aquel traje le había servido para hacerse pasar por una cortesana y robarle algo más que un beso al marqués de Stratford. Aunque los recuerdos seguían doliendo, una idea surgió en su mente. Tal vez había llegado el momento de encararse con sus fantasmas.

—Llevaré este —aceptó.

Esa noche, Sebastian Lawrence Sinclair regresaría por unas horas al pasado. Y, aunque no creía que sirviera de nada, sentiría la satisfacción de hacerlo sentir incómodo.

Mientras esperaba en el vestíbulo a que las demás mujeres terminaran de arreglarse, lady Wyndham se acercó a Andrew.

—¿Qué es lo que espera de mí esta noche? —preguntó sin ambages.

A él no le sorprendió que fuera tan directa. Si algo la caracterizaba era que no se andaba con rodeos.

—Necesito que lady Beauport desaparezca —respondió con la misma franqueza.

—Entiendo. —Ella alzó una ceja y sonrió con ironía—. He de decir, excelencia, que esperaba muchas cosas, pero no contaba con que me propusiera un asesinato.

—¡No quería decir...! —exclamó Andrew, aunque en cuanto vio su sonrisa se dio cuenta de que ella bromeaba—. Lady Beauport y yo tenemos un pasado.

—Sí —cortó Alice—. Fueron amantes.

A él no le sorprendió que lo supiera.

—Su hermano...

—Háganos un favor a ambos y no trate de hacerme quedar como una idiota —cortó ella—. Sé perfectamente quién es Jane Clark. Podría enumerarle de memoria la larga lista de amantes que desfilaron por su cama mientras mi hermano permanecía ajeno al tipo de mujer con el que se había casado. También sé que usted era uno de ellos.

Andrew se sintió avergonzado. Se había arrepentido de haberse acercado a lady Beauport mucho tiempo atrás, pero no había pensado en cómo podría sentirse lady Wyndham al ser testigo del poco respeto que habían mostrado hacia su hermano. Alice pareció leerle el pensamiento.

—No me resulta especialmente simpático, milord. —Se encogió de hombros—. Pero no era

usted el que había adquirido un compromiso con Henry. Mi rencor se dirige en exclusiva hacia mi cuñada. Y ahora dígame, ¿qué espera que haga esta noche?

Andrew parpadeó. Le sorprendía que ella fuera tan comprensiva. Aun así, no sabía cómo responder a su pregunta.

—Alice encuentra una retorcida satisfacción en aparecer cada cierto tiempo para atormentarme. Ella...

—Le chantajea con quitarle a su hija —asintió Alice.

El duque se sobresaltó.

—No sé de qué me habla —negó, secamente, mirando a aquella mujer con desconfianza.

Ella soltó un bufido.

—Le reitero mi petición anterior, excelencia. No me trate como una estúpida. Sé quién es esa niña. —Negó con la cabeza—. No tengo la menor intención de hacer pagar a esa pequeña por los errores de sus padres. Aun así, no sé cómo puedo ayudarle.

Andrew titubeó unos instantes. No tenía ninguna garantía de que aquella mujer fuera a guardar sus secretos. Sin embargo, no le quedaban muchas opciones.

—Lady Beauport cometió varios delitos —explicó, observando la reacción de la mujer—. Sabemos que vendió información confidencial a los rusos y que se alió con los Wighs en cuanto vio que su esposo perdía apoyos. Por desgracia, no tenemos pruebas de nada de eso.

—¿Y cree que yo sí?

Andrew hizo un gesto de negación, aunque le sorprendió la tranquilidad con la que la mujer había procesado la información.

—No es necesario que las tenga, solo que ella lo crea.

Alice sonrió enigmáticamente.

—De nuevo me subestima, milord. —Se acercó un poco más a él—. Cuénteme el plan completo y veré qué puedo hacer.

Andrew se dio cuenta de que tenía un problema en el mismo instante en el que vio a la condesa descendiendo por la escalinata principal de la mansión.

Ataviada con un magnífico vestido rojo que lograba que sus ojos brillaran como esmeraldas, estaba tan hermosa que le robaba el aliento. Del complicado peinado en el que se recogía su cabello, caían algunos mechones en forma de delicados rizos que enmarcaban su rostro y le conferían una apariencia casi angelical. El modo en que el vestido dibujaba cada curva de su cuerpo constituía una sutil invitación para el pecado, que él no estaba seguro de ser capaz de rechazar. Y, dado que de esa noche dependía el resto de su vida, era evidente que semejante distracción suponía un problema. Mientras estuviera comiéndose con los ojos a la dulce Kate, no podría prestar atención a los movimientos de lady Beauport ni tenderle la trampa que había planeado.

—Milady.

La reverente voz a su lado lo sobresaltó. Antes de que pudiera reponerse, Sebastian se acercó a la condesa y, tomando su mano con delicadeza, se la llevó a los labios

—Está espectacular esta noche, lady Ashford.

Andrew murmuró un improperio y apretó los puños. Pese a que el marqués le había demostrado que haría cualquier cosa por ayudarle y le había dejado claro que no tenía intenciones románticas con Kate, todavía le resultaba difícil verlos juntos. Aunque no era propio de él, los celos ardían en su interior y le hacían sentir inseguro, como si el encanto del marqués pudiera arrebatarle el afecto de la condesa en cualquier momento.

La aparición de la duquesa puso fin a sus reflexiones. Luciendo un impecable recogido y un vestido de satén verde esmeralda adornado con flores de encaje negro en las mangas y el escote, parecía más joven de lo que era en realidad. Aunque su madre jamás había sido una belleza, siempre había destacado por una elegancia innata y un carácter fuerte y decidido que le había granjeado la admiración de más de un pretendiente, aunque, finalmente, ella hubiese escogido a su padre. Andrew jamás había terminado de comprender por qué lo había aceptado. El duque había sido un joven atractivo, pero tan apegado a sí mismo y a las apariencias que costaba imaginar que reparara, siquiera, en la mujer a la que llevaba del brazo. Quizás su madre se hubiese enamorado de él, aunque, lo más probable era que incluso ella se hubiese visto obligada a aceptar al pretendiente de mayor rango y, en ese aspecto, su padre salía, sin duda, vencedor.

—Acabemos de una vez con esta pantomima —dijo la duquesa con la franqueza que la caracterizaba—. Lady Wentworth nunca destacó por su sentido común, pero jamás imaginé que fuera tan estúpida.

Las palabras de su madre no sorprendieron ya a ninguno de los presentes, aunque solo Sebastian se rio abiertamente.

De repente, la algarabía que había dominado el *hall* hasta ese instante enmudeció. Todos los presentes dejaron lo que estaban haciendo y se giraron hacia la escalinata. Su madre, la condesa y la prima de esta; las doncellas que habían estado dando los últimos retoques a los atuendos de las damas; el mayordomo y lady Wyndham. Todos miraban con asombro hacia las escaleras.

Sorprendido, siguió la dirección de sus miradas y se encontró con una visión que no esperaba. Envuelta en un sugerente vestido azul, su hermana se dirigía hacia ellos con el paso resuelto de quien tenía absoluto control sobre la situación. Ella, que tras su fracasado debut había despreciado cualquier acontecimiento social, parecía dispuesta a comerse el mundo. Y, conociendo como conocía a su hermana, estaba seguro de que aquel cambio no era fruto de la casualidad.

Notando cómo la diversión crecía en su interior, miró de soslayo al marqués. Como esperaba, Sebastian la contemplaba con fascinada estupefacción, recorriéndola con la mirada como si deseara grabarse su imagen en la mente para siempre. O como si, por el contrario, esa imagen ya hubiese estado anclada en su cerebro desde hacía tiempo. Andrew frunció el ceño. De nuevo

volvía a tener la sensación de que se le escapaba algo.

—Lady Ashford —gruñó Sebastian a su lado—, espero que me haga el honor de acompañarme en mi carruaje. Su encantadora prima nos seguirá, por supuesto.

El repentino cambio de su amigo lo sobresaltó, aunque no lo sorprendió. Era evidente que, una vez más, el marqués se batía en retirada. Sin embargo, la mirada de reproche que lady Wyndham le dedicó cuando se alejaba con Kate y Annie sí le extrañó. Y es que, más que la mirada de una mujer burlada, semejaba la de alguien que se sentía terriblemente decepcionada. El cariño con que la dama tomó del brazo a Briony no hizo más que confirmar sus sospechas. Su hermana se había ganado una protectora y era evidente que aquella mujer tenía planes. También era evidente que dichos planes tenían mucho que ver con Sebastian.

Con un suspiro de resignación, se dirigió a la puerta. Él, mejor que nadie, sabía lo que su hermana sentía por el marqués. También sabía que Sebastian había estado loco por ella. Pero Briony se las había ingeniado para decepcionarlo cuando la habían reconocido en uno de los escandalosos bailes que algunos nobles daban de forma paralela a las respetables fiestas de la alta sociedad. Aristócratas como el conde Stanbridge celebraban, en sus mansiones, mascaradas en las que todo estaba permitido. Ocultos bajo sus disfraces, muchos de los miembros de la élite londinense se permitían en esas ocasiones dejarse llevar por sus más bajos instintos. Él mismo los había frecuentado en más de una ocasión. Y, sabiendo lo que allí sucedía, cuando su hermana había sido descubierta por un periodista local en la biblioteca de Stanbridge, sin máscara y acompañada del conde en cuestión, había sabido que su reputación estaba completamente perdida. El hombre no había dudado en escribir un amplio y detallado artículo sobre la desvergonzada hermana del duque de Brighton. Y a Andrew no le había quedado más remedio que llevarse a Briony de vuelta a Bramshaw Manor y ocultarla allí de las miradas censuradoras que surgían a su paso. Él sabía que muchos de aquellos nobles habían estado en la misma fiesta que su hermana, lo que los convertía en una panda de hipócritas, pero habían tenido el buen tino de mantener el antifaz en su sitio.

Después de aquello, Sebastian parecía haber perdido completamente el interés que sentía por ella y, aunque a Andrew le había decepcionado, pues había pensado que los sentimientos de su amigo serían más fuertes, no podía culparlo.

# Capítulo 18

Aunque las fiestas que daban los nobles en sus casas de campo solían ser mucho más discretas y desenfadadas que las que tenían lugar en los salones londinenses, lady Wentworth jamás escatimaba en gastos ni medios para que todos sus bailes fueran espectaculares. Por ese motivo, a Andrew no le sorprendió que un magnífico cuarteto de cuerda fuera el encargado de recibir a los invitados con espléndidas interpretaciones, como la que tocaban en ese instante, mientras los fuegos de artificio estallaban en el cielo. Como Sebastian había predicho, el número de asistentes de ese año superaba con creces el de las ediciones anteriores. Pese a que había tratado de hacerse a la idea, exponer a su familia a un evento tan numeroso seguía inquietándolo.

Las notas del Concierto para violín n.° 23, de Viotti, llenaban el aire nocturno, enredándose con los murmullos y exclamaciones de los presentes. El olor de la hierba húmeda se mezclaba con los fuertes perfumes de los asistentes, y las parpadeantes luces que alumbraban la entrada le conferían a aquel escenario la apariencia de una alegre festividad, en contraste con lo que Andrew sentía en ese momento.

Con cautela, observó a Kate que, del brazo de Sebastian, desaparecía dentro de la mansión. Esa noche debía olvidarse de ella, mantenerla tan alejada como le fuera posible. Sabía que era inevitable que los relacionaran, pues sería imposible ocultar que ella y su prima se alojaban en su casa, pero era el nombre de Briony el que debía aparecer siempre junto al de la condesa. Todo el mundo debía pensar que Kate era, sencillamente, una buena amiga de su hermana que había acudido a pasar unos días en su compañía. Lo cual, de algún modo, era casi cierto. Así, aunque las murmuraciones sobre la amistad entre dos jóvenes tan escandalosas fueran inevitables, carecerían de fuerza. A nadie, en realidad, le interesaba hablar de esas cosas. Los verdaderos cotilleos surgían cuando la relación se producía entre dos personas de sexo opuesto. Era eso lo que la sociedad quería. Carnaza. Reputaciones arruinadas. Excusas para declarar *persona non grata* a cualquier damita que cometiera el error de no recordar alguna de las tropecientas normas sociales establecidas. Que cometiera el desliz de dejarse ver cerca de algún caballero de reputación cuestionable. En fin, que cometiera la estupidez de no ser perfecta.

Tendiendo el brazo a su hermana, se encaminó a la entrada. Antes de que alcanzaran la puerta,

sus ojos se encontraron con la mirada acusadora de lady Wyndham.

Con un suspiro de resignación, siguió caminando. No sabía a qué se debía el repentino rechazo de aquella mujer. Tras su charla en el vestíbulo todo parecía haber quedado claro entre ellos. No había ningún motivo para que ella lo censurara ahora. No obstante, no tenía tiempo para preocuparse por lady Wyndham. Tenía un plan que llevar a cabo y el hecho de que hubiera resultado tan sencillo ponerlo en marcha le perturbaba enormemente.

—Excelencia —una estridente voz femenina lo arrancó de golpe de sus cavilaciones—, es un honor que nos acompañe esta noche.

Desconcertado por unos instantes, se percató de que habían alcanzado la escalinata central y de que, ante ellos, la anfitriona los saludaba con una sonrisa.

Poniéndose la máscara de encantadora picardía que antaño lo había acompañado a cualquier evento social, besó la mano de la dama. Pese al tiempo transcurrido, le resultó increíblemente fácil representar de nuevo aquel papel de seductor que tantos éxitos le había granjeado.

Un músculo se contrajo, de modo casi imperceptible, en su mandíbula. Esperaba que en esta ocasión el éxito le acompañara de nuevo.

—Una fiesta magnífica, milady —comentó—. Y está usted tan espectacular como siempre. Será difícil que nadie repare en las jóvenes casaderas teniendo una anfitriona tan hermosa.

La anciana se sonrojó profusamente y le pegó en el brazo con su abanico mientras emitía una risilla casi adolescente.

—Es usted incorregible, milord.

Tras un último guiño a lady Wentworth, se preparó para ser anunciado ante el resto de los invitados. Y, para cuando la nítida y contundente voz del lacayo pronunció sus nombres, él y su hermana descendieron por la escalinata de mármol con la dignidad y el porte propios de los poseedores de tan antiguo título. Por mancillado que estuviera.

La intención de Sebastian no había sido, en ningún momento, escudarse en la condesa y, sin embargo, eso había sido lo único que había logrado hacer en cuanto había visto a Briony ataviada con aquel vestido. En el mismo instante en el que ella había aparecido en lo alto de las escaleras luciendo aquel traje, cientos de recuerdos habían irrumpido en su mente. No en vano, aquel había sido el atuendo que lo había desencadenado todo.

De repente, la escalinata de Bramshaw Manor había desaparecido tras las llamativas cortinas del salón de baile del conde Stanbridge y Briony había vuelto a ser la misteriosa mujer que lo observaba con descaro desde detrás de su antifaz. Se había sentido hipnotizado por aquella visión y el impulso irrefrenable de tomar su mano y llevársela a donde nadie más que él pudiera verla había surgido de nuevo, como si no hubiera transcurrido una eternidad desde entonces. Aunque llevaba años tratando de engañarse a sí mismo, había sabido que era ella mucho antes de arrebatarle la máscara mientras la besaba. Lo había sabido en el mismo instante en que ella había

entrado en la habitación, mirándolo todo con fascinada curiosidad, como si quisiera retener cada detalle en su memoria. Porque cuando de Briony se trataba, él tenía un sexto sentido.

Y, al igual que entonces, él había salido huyendo. Porque Sebastian haría cualquier cosa por ella. Incluso abandonarla a su suerte en la biblioteca de uno de los peores libertinos de Londres. Ese destino era mucho mejor que el que le hubiera esperado a su lado si los hubieran descubierto.

Así pues, acercarse a Briony no constituía siquiera una opción. Ni entonces, ni ahora. Por eso se había refugiado en la condesa y en su prima y había huido como el cobarde que, a esas alturas, ya había aceptado que era.

No obstante, ni siquiera ahora, mientras recorría el salón de lady Wentworth con la mirada y asentía educadamente a los saludos de los invitados, lograba arrancarla de su mente. Briony lo había sido todo para él durante años. La fastidiosa hermana de su mejor amigo, su compañera de juegos, el paciente oído que había escuchado sus quejas de adolescente, el cariñoso hombro sobre el que había llorado las traiciones de su padre y, sobre todo, la dulce joven que le había robado el corazón.

Con un imperceptible suspiro, volvió su atención a lady Ashford, que, en ese instante, le murmuraba algo sobre el éxito de aquella velada. Dedicándole un rápido vistazo al salón, se percató con cierta sorpresa de que, tal y como había predicho, la fiesta estaba tremendamente concurrida, algo bastante insólito para una celebración campestre en esas fechas. Aquello, en lugar de confundirlo, le devolvió el buen humor. Si todo salía como habían planeado, aquella muchedumbre beneficiaría a Andrew. Si lady Beauport no aceptaba el trato, su caída sería más efectiva si se producía ante decenas de personas.

—¡Qué desvergonzada!

—Y fíjate quién la acompaña.

Unas voces a su espalda llamaron su atención y le hicieron fruncir el ceño. Se giró, tratando de descubrir la identidad de quienes hablaban de forma tan impertinente, y se percató del abierto desprecio con el que algunas matronas miraban a Kate. No obstante, al dirigir su atención de nuevo hacia ella vio que fingía no oírlas.

—¿Siempre es así? —preguntó.

Ella lo miró y se encogió de hombros.

—Están siendo bastante amables. —Sonrió—. Le sorprendería descubrir los ingeniosos calificativos que me han dedicado en los últimos años.

Sebastian la observó, sorprendido por su tranquilidad. No obstante, la tensión que notó en sus rasgos mostraba claramente que no estaba cómoda. Aunque sabía que era un error abrir nuevos frentes cuando tenía algo tan importante entre manos, se giró de nuevo e inspeccionó al quinteto de damas que los observaban con tanta desaprobación. Conocía a la perfección a cuatro de ellas.

—Lady Matthews —saludó dedicando una sonrisa angelical a la matrona de mayor rango—, es un placer verla. ¿No es maravilloso que nos encontremos tan lejos de Mayfair? Aunque me sorprende que sea en un evento que el año pasado definió como «la chabacana verbena de una

anciana decadente». El final de la temporada debe de haber sido extremadamente tedioso si ha decidido honrarnos con su presencia.

La mujer lo fulminó con la mirada y Sebastian la miró con inocencia. Ni siquiera ella podía desairar abiertamente a un marqués. Al menos el título de su padre servía para algo.

—Lady Wentworth es una muy querida amiga —respondió cortante—. Además, estamos preocupadas por ella.

Sebastian asintió.

—No lo dudo. Es de sobra conocido su compromiso con las labores sociales. Estoy seguro de que están tan afligidas por la estabilidad mental de lady Wentworth como por los huérfanos del East End para los que reúnen fondos con tanto ahínco. Por cierto, lady Clare, ¿qué tal se encuentra su hija?

La aludida lo miró alarmada. Habían corrido rumores sobre la más pequeña de sus vástagos, que había caído enferma solo unas semanas después de haber sido presentada en sociedad. Alguien que hubiera puesto el oído en los lugares adecuados, seguramente, habría escuchado su nombre unido al de cierto vizconde, casado con una dama de mediocre atractivo, pero considerable fortuna, que no parecía dispuesto a poner fin a su provechoso matrimonio en favor de ninguna jovencita en apuros. Sebastian sabía perfectamente cuál era el destino del apuro en cuestión, pues, en su momento, Alex había sido uno de ellos.

—Muy bien, milord —respondió nerviosa lady Clare—. Creo que veo a mi esposo haciéndome señales —se excusó antes de salir disparada hacia el otro extremo del salón.

Sebastian fingió sorpresa.

—Las únicas señales que he visto hacer alguna vez a lord Clare han sido para que rellenaran su copa. —Se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia las damas—. Y usted, lady...

Antes de que pudiera completar la frase, las cuatro mujeres se disculparon con nerviosismo y se perdieron entre la gente.

—¡Vaya! —exclamó mirando a Kate—. Me he quedado con las ganas de preguntarle a la nueva esposa de sir Lawrence si está preocupada por las extrañas circunstancias en las que falleció su predecesora.

La risa de Kate le hizo sentir una calidez que hacía tiempo no experimentaba y eso lo incomodó. Llevaba años fingiendo ser parte de algo cuando, en realidad, vivía apartado de todo y de todos. Su lealtad se había limitado a su madre y a Andrew. Sentir que había ayudado a otra persona en una situación difícil le recordó el tipo de hombre que debería haber sido si otras hubieran sido sus circunstancias. Sin embargo, también trajo a su memoria el modo en que había abandonado a su suerte a la persona que más le importaba en el mundo.

Disculpándose educadamente, se alejó. Con paso tranquilo, recorrió el salón, saludando con cortesía a sus conocidos y dedicándoles alguna que otra cautivadora sonrisa a las ruborizadas señoritas que trataban de llamar su atención, mientras intentaba recuperarse. No se detuvo en ningún momento. Toda su atención estaba concentrada en encontrar a Andrew para poder poner

en marcha su plan cuanto antes. En cuanto el problema de su amigo estuviera resuelto, podría abandonar aquel lugar. De hecho, esa misma noche se iría a la ciudad. Necesitaba poner tierra de por medio cuanto antes. Las dosis de Briony que podía soportar sin que su máscara se cayera eran limitadas y, tras todos esos días cerca de ella, sentía su disfraz más endeble que nunca.

—Hay demasiada gente. —A su espalda, la voz del duque sonó nerviosa—. Tal vez no sea buena idea hacerlo esta noche.

Sebastian se giró. Su sonrisa despreocupada y su relajada postura debieron transmitir una cierta tranquilidad a Andrew, pues la tensión que marcaba sus rasgos se suavizó.

—No habrá mejor noche que esta —aseguró el marqués—. Hay chismosas suficientes como para que el rumor se extienda como la pólvora en cuestión de minutos y ha asistido tanta gente que la noticia se propagará por todo Londres antes de que el día de mañana llegue a su fin. No hay marcha atrás. —Fijó su mirada en la del duque—. Y deberías alegrarte de que así sea.

Andrew sabía que Sebastian tenía razón. Si todo salía bien, aquella fiesta marcaría un antes y un después en su vida. El chantaje de lady Beauport llegaría a su fin y él podría seguir adelante sin temer constantemente que ella apareciera y arruinase la vida de su hija.

Su mirada buscó a Kate a través del salón de baile. Aquella noche necesitaba mantenerla alejada. No quería que ella se encontrase con Jane y, mucho menos, que lady Beauport pudiese relacionarla de ninguna manera con él. Conocía lo suficiente a aquella mujer como para saber que, si encontraba en él un punto débil, no dudaría en utilizarlo sin pensar a quién se llevaba por delante en el proceso.

Un estruendo resonó en lo alto de la escalinata. Poco después, el mayordomo de los Wentworth, visiblemente nervioso, se aclaró la garganta.

—Lady Penélope Will...

Antes de que el pobre hombre terminase el anuncio, la dama en cuestión bajaba ya las escaleras a paso ligero, moviendo la cabeza a uno y otro lado, buscando algo. De pronto, sus ojos se encontraron con los de Andrew. Una enorme sonrisa se instaló en su rostro y, mostrando un completo desprecio hacia las normas sociales y el decoro, se sujetó las faldas y atravesó a toda velocidad el salón de baile.

Andrew sonrió abiertamente cuando su prima llegó junto a él y lo abrazó con cariño.

—Penny —murmuró—, algún día deberás comenzar a comportarte como una dama.

Ella rio divertida.

—Ya es algo tarde para eso, ¿no crees? La sociedad ya ha aceptado que soy un caso perdido.

Y, al ver a su alrededor, Andrew se dio cuenta de que ella tenía razón. Nadie en el salón les prestaba la menor atención. Era evidente que el carácter excéntrico de Penny y su total desinterés por todo lo que tuviera que ver con la sociedad la habían vuelto invisible para todos. Parecía que la consideraban una mujer peculiar que jamás daría pie a ningún jugoso rumor. El título de su

padre, la escasa fortuna de su familia y una inteligencia que no se molestaba en ocultar hacían que no se la considerase rival para ninguna de las jóvenes que buscaban esposo. Su discreta belleza, así como su insólito comportamiento y su tendencia a los accidentes la eliminaban también del grupo de jóvenes que pudieran despertar el interés de algún crápula y desencadenar un escándalo. Penélope era, por tanto, simplemente alguien que se movía en los círculos más elitistas de la sociedad..., pero que, en realidad, no formaba parte de ellos.

Andrew sonrió. Su prima era la mujer más afortunada de aquel salón y ninguno de aquellos imbéciles se daba cuenta.

—Buenas noches, Penny. —La voz de su hermana, justo a su lado, lo sobresaltó—. ¿Conoces a lady Ashford?

Penélope asintió.

—Me alegro de verla, milady. —Sonrió a su prima—. A ti también, Briony. Estás muy guapa.

Kate asintió, pero no dijo nada. Su mirada se clavó en la de Andrew y él se sintió, repentinamente, incómodo. Ella no debería estar allí aquella noche. Por si su mera presencia no fuera suficiente distracción, los cuchicheos habían surgido en cuanto había cruzado la puerta. En lugar de preocuparse por las repercusiones que podrían tener para su familia, en lo único que había podido pensar era en las ganas que sentía de partirles la cara. A todos.

—Andrew —dijo Briony—, ¿por qué no acompañas a Kate a la mesa de los refrigerios? Yo iré con Penélope a dar un paseo.

Y, sin esperar ninguna respuesta por su parte, las dos mujeres se alejaron.

Andrew maldijo para sus adentros. Lady Beauport llegaría en cualquier momento y lo último que deseaba era que lo encontrase junto a Kate.

—No voy a acompañarte —murmuró con un tono más cortante de lo que hubiese deseado.

—Yo no se lo he pedido, excelencia —replicó ella frunciendo el ceño.

—Quiero que te mantengas alejada de mí. —Vio como ella se envaraba y daba un paso atrás. Era evidente que había malinterpretado sus palabras. Tal vez fuera mejor así—. No quiero que nadie me vea contigo.

Kate apretó los labios, la furia visible en cada uno de sus tensos rasgos. Sin embargo, no dijo nada. Simplemente, le dio la espalda y se fue sin mediar una palabra. Tendría que solucionar las cosas con ella. Le explicaría la situación y le pediría perdón las veces que fuera necesario. Pero no ahora. No cuando la mujer que se esforzaba en destrozarle la vida estaba a punto de aparecer.

—¿Ha llegado ya? —La voz de Sebastian lo arrancó de sus cavilaciones.

—No —respondió, recorriendo el salón con la mirada, aun cuando hacía solo un minuto que lo había comprobado—. Llegará tarde. Es su modo de asegurarse ser el centro de atención.

Como Andrew había previsto, la entrada de lady Beauport supuso el acontecimiento de la noche. Ataviada con un escandaloso vestido escarlata a la última moda e irrespetuosamente tarde, en el

mismo instante en el que apareció en lo alto de la escalinata, el salón de lady Wentworth enmudeció al completo. Su mirada calculadora recorrió la estancia mientras se dibujaba en su rostro una irónica sonrisa. Con estudiada lentitud, comenzó a descender la escalera con la cabeza bien alta y aquella arrogancia suya que Andrew tan bien conocía. Lady Beauport, Jane, era una mujer encantada de haberse conocido y jamás se había molestado en ocultarlo. Si bien antaño Andrew había encontrado fascinante su soberbia, ahora le repugnaba.

—¡Qué comience la función! —exclamó Sebastian a su lado—. Tú trata de mostrarte encantador con la dama, que yo me encargo del resto.

Andrew lo fulminó con la mirada.

—Encárgate de tu parte. Yo trataré, simplemente, de no asesinarla en medio de la pista de baile.

# Capítulo 19

El hombre que recorría Londres escondido entre las sombras se detuvo ante una pequeña vivienda de ladrillo, no muy lejos de Mayfair. Sus ojos, carentes de calidez, recorrieron la construcción con parsimonia, como si pretendiese memorizar cada detalle. Su mirada de acero se endureció al descubrir la tenue luz que brillaba en una de las ventanas del segundo piso y, con lentitud, se dejó caer contra una de las paredes laterales, ocultándose en la oscuridad. No tardó en encender un cigarrillo y la titilante luz anaranjada que desprendía dejó claro que no sentía temor alguno a ser descubierto. Una nube de humo escapó de sus labios y una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—Un precario escondite para una rata de alcantarilla —murmuró y su rostro se ensombreció de nuevo.

El doctor Alasdair O'Connor repasó una última vez los cálculos anotados nerviosamente en su libro de cuentas. Hacía tiempo que los números no cuadraban. Había pasado los últimos años ideando formas de despistar a sus acreedores. Había conseguido prórrogas, préstamos y fianzas. Había vendido cuantos objetos de valor poseía. Pero, sobre todo, había sobrevivido.

Mesándose los cabellos con sus ajadas manos, su mirada se centró en la última deuda que había anotado. Llevaba más de dos horas leyendo y releyendo aquella cantidad mientras su cerebro trataba de idear el modo de solucionar aquel embrollo. Tal vez su labia le hubiese ayudado a salir adelante, pero su suerte había terminado en el mismo instante en el que su afición al juego le había impulsado a cruzar la enorme puerta de roble del Black Diamond.

—¡Maldición! —exclamó mientras, de un manotazo, barría la superficie de su viejo escritorio.

Cientos de papeles y documentos volaron por la habitación, al tiempo que un enorme manchón de tinta cubría la superficie de madera y goteaba sobre la deshilachada alfombra. El tintero volcado no consiguió desviar su atención del gran problema que ocupaba sus pensamientos. Nadie osaba contraer deudas que no podía pagar con el Black Diamond. Su dueño, un misterioso caballero del que todo el mundo había oído hablar, pero que muy pocos habían llegado a conocer, tenía fama de ser el más despiadado de los hombres y de no haber perdonado jamás

deuda alguna. Su falta de conmiseración había llevado a más de un noble a la bancarrota y a él lo había convertido en uno de los individuos más ricos de Inglaterra. Su riqueza, sin embargo, no le había servido para granjearse el reconocimiento de la élite londinense y, aunque se especulaba con que, en realidad, ya formaba parte de la aristocracia, en los círculos más selectos lo despreciaban abiertamente. Acceder a estos últimos se había convertido, si los rumores eran ciertos, en su último reto.

—Poco podrá conseguir conmigo —gruñó el doctor frotándose los ojos con cansancio—, ni poseo riqueza alguna, ni pertenezco a la nobleza.

Con un suspiro se levantó de su silla y apagó la luz mientras con lentitud se dirigía hacia la puerta.

Aquel tipo conseguiría cobrarse su deuda. No sabía cuándo ni cómo, pero estaba seguro de que encontraría el modo de hacerle pagar por haberse jugado lo que no tenía. Sonrió. Se lo merecía. Si uno jugaba con fuego, sabía que, tarde o temprano, acabaría chamuscado. Ahora solo faltaba saber en qué momento lo alcanzarían las llamas.

—Buenas noches, querido.

Aquel ronroneo le erizó la piel, pero Andrew no permitió que el malestar se reflejase en su rostro.

—Buenas noches —respondió con sequedad—. Los años no parecen pasar por usted, lady Beauport.

La hermosa mujer que tenía ante él sonrió con ironía.

—Tanta formalidad entre nosotros es innecesaria, Andrew. —Con confianza sujetó su brazo y lo instó a caminar a su lado—. Recuerda que has pasado más de una noche entre mis sábanas.

—Un error que, por lo que veo, pagaré el resto de mi vida —gruñó, aunque no se alejó de ella.

Aquella noche iba a ser muy difícil. Si quería que su plan funcionara, debía olvidar por unas horas el odio que sentía hacia aquella mujer y tolerar su presencia.

—No bailo —murmuró al ver con qué seguridad se dirigía a la pista de baile.

—Nunca he entendido por qué. Estoy segura de que serás un excelente bailarín.

—Yo no bailo—repitió Andrew, recalcando cada una de las palabras, y esta vez sí se alejó—. Estoy seguro de que habrá en el salón multitud de caballeros dispuestos a acompañarte. Simplemente, yo no soy uno de ellos.

Sin mirarla siquiera, se encaminó hacia una de las puertas del salón con la absoluta seguridad de que ella le seguiría. No se equivocó. Si estaba allí aquella noche era por algo. Jane Clark quería su dinero y no se iría hasta conseguirlo.

—Buenas noches, doctor.

Aquella voz entre las sombras lo asustó, aunque logró sobreponerse antes de girarse para

encarar al desconocido.

—Buenas noches —saludó, analizando el rostro que tenía ante él en busca de algún rasgo que le resultase familiar—. Creo que no nos conocemos.

—Oh, se equivoca —respondió el desconocido con una sonrisa—. Yo a usted lo conozco bastante bien. Sé que su nombre completo es Alasdair Marcus O'Connor, que su padre era un irlandés sin riqueza alguna que logró seducir a una damita inglesa. La hija de un conde, nada menos. También sé que la familia de su madre la repudió ante semejante elección y ambos huyeron a los Estados Unidos, donde nació y se crio usted. Lograron cierto estatus y usted pudo estudiar medicina, aunque creo que tuvo algún que otro enfrentamiento con la moral de la sociedad neoyorquina. Y con la justicia. Contrariamente a lo que suele suceder —pues como sabrá son nuestros delincuentes los que suelen huir hacia las Américas—, se refugió en Londres y sobrevivió ofreciendo sus servicios médicos a obreros y campesinos.

—No sé de qué me habla —respondió el doctor palideciendo.

La sonrisa del otro hombre se ensanchó y sus ojos brillaron con malicia.

—Por supuesto que lo sabe. Lo que no logra entender es cómo sé yo todo esto. —Endureciendo el gesto, fijó sus ojos grises en los suyos—. También sé que es un hombre con caprichos caros, que un simple trabajo como doctor de pueblo no podría financiar. Por eso sus servicios también llevan años siendo requeridos por caprichosas aristócratas poco dispuestas a afrontar el escándalo que supondría que sus vicios salieran a la luz.

El rostro del hombre perdió el color por completo. Con mirada asustada recorrió al individuo que tenía ante él. Sus caros zapatos lustrados a la perfección. Su traje, confeccionado a medida, seguramente por uno de los mejores sastres del país. Su inmaculada camisa blanca y su corbata de seda verde. Al llegar a su rostro descubrió rasgos en los que antes no había reparado. La tensión de su mandíbula desmentía la despreocupación que su sonrisa quería simular. Sus iris, aparentemente grises, tenían matices azules de cientos de tonos distintos. Las suaves arrugas que se dibujaban en el contorno de sus ojos y en su frente mostraban que, pese a su juventud, debía de ser un hombre con muchas preocupaciones.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó con un hilo de voz.

La sonrisa del otro hombre se ensanchó.

—Tengo entendido que ha contraído recientemente una importante deuda que no puede pagar.

En ese instante, un rayo de comprensión iluminó su mente.

—¿Lo ha enviado el dueño del Black Diamond?

—Algo así.

Aquella escueta respuesta acentuó su desazón. Sabía que el club se cobraría lo que le debía, pero no esperaba que el momento llegara tan pronto.

—Le pagaré —respondió con rapidez—. Solo necesito tiempo.

Sus palabras fueron recibidas con una fría carcajada.

—Tiempo es lo que necesitamos todos, señor. —Los ojos de aquel hombre se clavaron en los

suyos—. Lamentablemente, el Black Diamond no se ha convertido en lo que es a base de tiempo.

Tirando al suelo la colilla del cigarro que había estado fumando, comenzó a caminar.

—Acompáñeme —ordenó sin volverse a mirarlo—. Esta noche dejará saldada su deuda.

Solo en ese instante, cuando el hombre cruzaba la calle, el doctor se percató del elegante carruaje negro sin blasón aparcado junto a la acera de enfrente.

Suspiró. Podría tratar de escapar. Correr calle abajo hasta perderse entre las sombras. Sin embargo, el individuo que lo esperaba era mucho más joven y, aparentemente, mucho más fuerte que él. Lo atraparía. Y entonces, sí, estaría perdido.

Con paso indeciso, caminó hasta el coche y, desechando todos los nefastos pensamientos que comenzaban a arremolinarse en su mente, se montó, se acomodó en el asiento opuesto al del hombre y cerró los ojos.

—¿Cuánto quieres esta vez?

La mujer que tenía ante él sonrió.

—Pregunta incorrecta. Lo que deberías preguntarme es qué quiero.

Andrew entrecerró los ojos. Había abandonado el salón hacía unos minutos, sabiendo que ella lo seguiría. Deseaba terminar con aquella situación y deshacerse de la maldita mujer cuanto antes. Sin embargo, su respuesta logró sorprenderlo. Poco después del nacimiento de Lottie, y convertida ya en una respetable viuda, ella había tratado de tentarlo con un matrimonio que podría haberle dado cierta respetabilidad a su hija. Sin embargo, él no quería a una mujer como ella cerca de la niña. Así que, tras su rechazo, parecía haberse conformado con saquear sus arcas de vez en cuando.

—Jamás me casaré contigo.

Las estridentes carcajadas de lady Beauport resonaron en toda la habitación.

—No querido —respondió todavía sonriendo—, tuviste tu oportunidad. Hace tiempo que el matrimonio no me interesa.

—Entonces... —gruñó él confundido—, ¿qué demonios deseas?

La sonrisa de ella se ensanchó todavía más.

—A mi hija.

Andrew la miró con incredulidad. Sin embargo, la sorpresa fue rápidamente sustituida por la furia.

—Estoy harto de sus juegos, milady. Jamás mostraste interés alguno por Lottie. ¿Pretendes que crea que ahora ha aflorado tu instinto maternal?

—Es mi hija —replicó la mujer.

—¡Maldita sea! Ni siquiera serías capaz de reconocerla. —La señaló con el dedo, acusándola —. Estás acostumbrada a que siempre se cumplan tus caprichos. Pero todo tiene un límite. No puedes jugar con las personas y mucho menos con una niña a la que ni te molestaste en ver el día

en que la trajiste al mundo.

—Quiero a mi hija, Andrew. —Una sonrisa cínica se instaló en su rostro—. Me hago mayor, querido, y el tiempo me ha demostrado que la soledad no me sienta bien. Renuncié al matrimonio hace tiempo, cuando comprendí que ningún hombre lograba despertar mi interés más allá de unos cuantos revolcones. Vuestra compañía me resulta sumamente aburrida y la monotonía conyugal dista mucho de resultarme atractiva. Con mi hija de vuelta, sin embargo, nada limitará mi vida amorosa y tendré la seguridad de que ella permanecerá a mi lado cuando envejezca.

Antes de que se diera cuenta, el duque la sujetó por el brazo.

—Lottie no es un juguete que puedas tener junto a ti cuando te apetezca. —Su voz, casi un susurro, contrastaba con el fuego de sus ojos—. No dejaré que le arruines la vida. He dedicado los últimos años a alejarla del escándalo, he ocultado toda la escombrera que rodea las circunstancias de su nacimiento para que, algún día, pueda disfrutar del sitio que le corresponde en sociedad. No permitiré que lo eches todo a perder revelando la verdad.

Lady Beauport sonrió abiertamente.

—Te agradecería que me soltases. Me haces daño.

Él la soltó de inmediato, como si se diese cuenta en ese instante de que la había sujetado.

—No arruinaré su futuro en sociedad —continuó ella—. Sobre todo, porque ella no pertenecerá a esta sociedad.

Andrew la miró, sin comprender.

—Abandono Inglaterra, querido. En unos días partiré rumbo a Italia y mi intención es no volver jamás a este lugar. —Se encogió de hombros—. Ya me he aburrido de todo esto.

—Lleváis demasiado tiempo aquí.

La voz de Sebastian le llegó apagada, como si estuviese a kilómetros de distancia, cuando, en realidad, se hallaba casi a su lado.

—La anfitriona ha preguntado por ti —continuó su amigo—. Si no apareces, comenzarán a buscarte.

Andrew lo miró, asintió y se dirigió a la puerta. No dedicó la menor atención a la mujer que dejaba en la habitación.

—¡Me llevaré a Charlotte esta noche! —gritó ella.

Pero la mirada que le dedicó el marqués la calló inmediatamente.

—No entiendo nada —dijo Sebastian acercándose a Andrew.

Tras hablar con lady Wentworth durante unos minutos, el duque había regresado a su localización inicial, cerca de los ventanales del salón.

—Es fácil de entender —murmuró—. Lady Beauport jamás ha necesitado dinero. Su extorsión solo la divertía cuando las arcas del ducado estaban vacías y satisfacer sus deseos me situaban a

mí entre la espada y la pared. Ahora el juego le resulta aburrido. Exigir algo a quien lo tiene no es divertido.

—Pero no puede pretender realmente que le entregues a Lottie. —Si no estuviese tan preocupado, la cara de indignación de su amigo le resultaría divertida. —¿Para qué la quiere? Dudo que esa mujer sepa lo que es hacerse cargo de una niña tan pequeña.

—De una niña como Lottie —corrigió Andrew.

El marqués sonrió.

—Sabes que adoro a tu hija, pero reconozco que no es una damita fácil de dominar.

Andrew sonrió levemente. La sonrisa solo duró un instante, pues pronto fue sustituida por la preocupación inicial.

—Si lo de esta noche no funciona, abandonaremos el país.

Sebastian asintió.

—Por supuesto, os ayudaré. Lady Beauport no se saldrá con la suya.

—No volveremos jamás, Sebastian —sentenció, observando la reacción de su amigo.

El marqués volvió a asentir, aunque en su semblante se reflejaba cierto pesar.

—Iré a visitarte.

—Briony se vendrá conmigo.

Solo en ese instante, Sebastian pareció comprender el significado de aquellas palabras. En sus ojos se reflejaron cientos de emociones diferentes antes de que, finalmente, una expresión de indiferencia se instalara en su rostro.

—No veo por qué eso habría de preocuparme —gruñó, empezando a alejarse—. Voy a comprobar si ya está todo listo. Te avisaré cuando haya de comenzar la función.

Según se alejaba del salón de baile, Sebastian notaba cómo la presión en su pecho aumentaba. Con nerviosismo se aflojó el cuello de la camisa y se dirigió a la salida. De repente, era como si el oxígeno que llegaba a sus pulmones no fuera suficiente.

En cuanto se sumergió en la oscuridad de la noche, sintió que podía respirar de nuevo. Sentándose en uno de los bancos del jardín de lady Wentworth, apoyó la cabeza entre las manos y dejó que sus ojos se perdieran entre los setos y las rosas cubiertas de rocío.

Había sabido desde el principio que Andrew se iría si el plan de aquella noche fallaba. Sin necesidad de que su amigo se lo dijera, sabía que jamás permitiría que nada ni nadie lastimase a su hija. Y mucho menos que la apartasen de su lado.

Sin embargo, aunque había pensado en la tristeza que le supondría perder a quien era casi su hermano, no había pensado en ella. Briony. Era evidente que ella se iría con su familia. En el fondo, eso también lo había sabido, aunque no se había permitido ni por un momento pensar en ello. Pero ahora, al escucharlo de labios de Andrew, la realidad lo había golpeado con fuerza. No volvería a verla. Había dicho en serio que visitaría a su amigo, pero imaginaba que, lejos de

aquel país, Briony cambiaría. No, eso no era cierto. Briony no cambiaría nunca. Simplemente, se sacaría dos lastres de encima: el rechazo social que sufría en aquel lugar... Y el amor que una vez había sentido por él.

Sebastian sabía que ella seguía amándolo y era lo suficientemente egoísta como para disfrutar con ello. Aunque él jamás podría estar con ella, sabía que ella lo quería. Y, mientras lo amara, no permitiría que ningún otro se le acercase.

Apoyando la nuca en el respaldo del banco, suspiró. ¡Maldita fuera! Ojalá pudiera olvidarla. Lo había intentado. Lo había intentado de todas las maneras que se le habían ocurrido. Pero nada había funcionado.

Se frotó la cara, tratando de despejarse. Esa noche debía ayudar a Andrew, tratar de que todo saliese bien. Y si no, debía hacerse a la idea de que, finalmente, había perdido a Briony para siempre. En el fondo, tal vez fuera mejor así. Ella estaría mejor lejos de él.

Se levantó y se alisó la chaqueta.

—Por fin te encuentro. —Aquella voz lo sobresaltó, pero pronto reconoció al hombre entre las sombras.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

—Por supuesto —respondió su interlocutor con una arrogancia que rozaba el desprecio.

—Pues que comience la función —gruñó Sebastian, dirigiéndose a la casa.

Un rayo de luna iluminó al hombre entre las sombras. En sus ojos grises se percibía un brillo malvado.

—Que comience, pues —asintió—. Que comience para todos.

En cuanto vio la señal de Sebastian, Andrew sintió que el miedo se apoderaba de él. Sin embargo, no permitió que aquella sensación lo paralizara. Buscó la mirada de lady Beauport, que, aún al otro lado de la habitación, estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Con una imperceptible inclinación de cabeza, la instó a seguirlo y desapareció tras las puertas del balcón.

No se detuvo a observar a las parejas escondidas en los rincones ni prestó atención alguna a los susurros que, entre las sombras, prometían cosas que, estaba seguro, no tenían intención de cumplir. Con paso decidido se internó entre los setos y caminó hasta alcanzar el centro del obligado laberinto que todo noble debía tener en su jardín. En cuanto alcanzó su objetivo, metió las manos en los bolsillos y se giró. Como esperaba, Jane estaba frente a él.

—¿Has decidido ya, querido?

—No me has dado nada que decidir —respondió con una tranquilidad que no sentía en absoluto—. Has exigido algo, sin más.

—Quiero a mi...

—Lo sé —interrumpió él, sin permitirle terminar la frase—. Pero no la tendrás.

Ella sonrió.

—No sabes lo que dices. Puedo arruinarte. Y a ella también.

Andrew asintió.

—No dudo que lo harás. Si tienes la oportunidad. Pero, antes, me gustaría presentarte a alguien.

Dos figuras entraron en el pequeño espacio. Una de ellas, la más alta, caminaba con seguridad. La otra, mucho más pequeña y encorvada, dudaba a cada paso.

En cuanto abandonaron las sombras, Andrew percibió el reconocimiento en el rostro de lady Beauport.

—¿Conoce a alguno de estos caballeros, milady?

La sorpresa en el rostro de ella fue rápidamente cubierta por una máscara de indiferencia.

—Por supuesto que no. ¿Quiénes son?

Andrew sonrió.

—Este —dijo señalando al más alto de los dos— es Alexander Lonsdale, primo lejano del marqués de Stratford. Al otro imagino que lo reconoce perfectamente.

Lady Beauport apretó los labios y le dedicó una airada mirada.

—Bueno —continuó el duque—, por si no lo recuerdas, este es el doctor Alasdair Marcus O'Connor. ¿Su nombre te refresca la memoria?

La mujer alzó una ceja y negó con la cabeza. Andrew sonrió para sus adentros. Era evidente que ella trataba de aparentar una despreocupación que no sentía. Sabía que si había llevado al médico allí aquella noche era porque pensaba usar aquella carta a su favor.

—Milady —saludó Alexander—, el señor O'Connor y yo hemos estado hablando largo y tendido sobre un tema que le concierne. El doctor siente un enorme pesar por determinadas prácticas poco ortodoxas que ha llevado a cabo durante los últimos años y, con el fin de aliviar su conciencia, hemos llegado a un acuerdo.

Andrew vio como la mujer contenía el aliento. Aun así, no pudo dejar de sentir cierta admiración por el modo en que mantenía la compostura, como si tuviese el control absoluto de una situación que, como era evidente, se le había ido de las manos.

—Esta noche sir William Lawner recibirá una carta firmada y sellada por el señor O'Connor.

Andrew percibió que la mujer palidecía al oír el nombre del magistrado.

—En ella —continuó, indiferente, Alexander— el doctor confesará, con la única intención de aliviar su conciencia, la clandestina actividad que ha estado llevando a cabo durante los últimos años. No se extenderá demasiado, pues su memoria falla de vez en cuando y parece haber olvidado a gran parte de sus pacientes.

Andrew vio como Alexander sonreía por primera vez.

—Le agradará saber, milady —continuó con un matiz irónico en su voz—, que el señor O'Connor recuerda perfectamente su caso. Por lo que parece, es una mujer inolvidable.

—No sé de qué me habla —murmuró lady Beauport con un tono tan bajo y desvalido que el duque casi sintió lástima por ella. Casi.

—Por supuesto que sí, querida. —Alexander parecía estar disfrutando con aquello—. Hace unos años acudió a la consulta del doctor para solicitar sus servicios. Por alguna razón, no pareció agradarle la idea de que su amado y devoto esposo la encontrara encinta al volver del continente y decidió solucionar aquel pequeño contratiempo con la ayuda del señor O'Connor. Es algo curioso, en realidad, porque socialmente se considera que concebir un heredero supone el triunfo de cualquier matrimonio... Aunque, tal vez, el hecho de que lord Beauport llevase meses alejado de su lado tuviese algo que ver con semejante decisión.

—¡Está usted loco! —Por fin, ella estalló de ira—. Nadie creerá semejante acusación.

—Milady —murmuró el doctor, su voz un leve susurro en las sombras—, sabe que es cierto...

—¡Cállate, bastardo! —gritó ella, fulminando al hombre con la mirada—. No tienes pruebas de nada. Nadie creerá tu palabra. Yo soy una noble, mientras que tú no eres más que una rata del East End.

—Milady —La voz divertida de Alexander llamó la atención de Andrew; el tipo parecía estar disfrutando con aquella situación—, aunque su dominio del lenguaje me resulta encantador, estamos perdiendo un tiempo precioso con esta discusión. El señor O'Connor tuvo el buen tino de guardar pruebas de sus trabajos, digamos..., más escabrosos. —Su sonrisa se ensanchó al contemplar la expresión contrariada de la dama—. Sí, querida, a mí también me sorprende. El caso es que esas pruebas han sido adjuntadas dentro del mismo sobre que el magistrado recibirá en... —Consultó su reloj de bolsillo con desmesurada atención— aproximadamente veinte minutos.

—Lady Beauport —intervino, por fin, Andrew—, sir William tomará medidas en el mismo instante en el que reciba la carta. Es un hombre de hondos principios morales y no pasará por alto algo como esto.

Ella lo miró furiosa.

—Estás deseando verme colgada de una soga.

—No —respondió Andrew sin mirarla—, lo que quiero es no volver a verte jamás.

—Y como aquí nadie quiere ver a nadie colgando de ninguna parte —dijo Alexander— hay un coche de alquiler en la puerta que los llevará, a usted y al señor O'Connor, a Southampton. Una vez allí embarcarán en el Blue Jacket y partirán rumbo a una nueva y próspera vida.

La carcajada cínica de lady Beauport los sorprendió a todos.

—¿De verdad creen que voy a aceptar sus condiciones? —Fijó su mirada en Andrew—. Me iré a Italia en unas horas, pero me llevaré aquello por lo que he venido. Antes de que el magistrado comience a buscarme...

—Jane. —Una voz femenina pronunció su nombre entre las sombras.

Lady Beauport se giró para enfrentar a la desconocida, pero, al descubrir de quién se trataba, dio un paso atrás y frunció el ceño.

—Jane —repitió lady Wyndham—, aceptarás gustosa la oferta de estos caballeros y te irás de Inglaterra inmediatamente.

—¿Qué te hace pensar que acataré tus órdenes, Alice? —preguntó la otra mujer sonriendo con cinismo.

—Porque yo no esperaré a que el magistrado dé la orden —La fulminó con la mirada—. Haré que te detengan ahora mismo y juro sobre la tumba de mi hermano que no pararé hasta verte colgada. Y, al contrario que estos caballeros, yo sí disfrutaré tremendamente.

—Me iré en cuanto...

—Te irás —sentenció lady Wyndham—. Sin exigencias. Yo misma te acompañaré y no abandonaré los muelles hasta ver zarpar ese barco. Y te aseguro que, si vuelves a poner un pie en Inglaterra, por más tiempo que pase, yo misma me encargaré de que se haga justicia contigo. Tal vez engañaras a mi hermano, pero jamás me engañaste a mí. Si las pruebas del doctor no son suficientes para condenarte, yo puedo aportar algunas propias. Documentos falsos que mi hermano nunca firmó, informaciones confidenciales vendidas al mejor postor... Si alguien pusiese en conocimiento del Gobierno la existencia de esos papeles, sir William Lawner sería el menor de tus problemas.

Lady Beauport palideció. Por un instante, Andrew pensó que diría algo más, que se negaría a obedecer a lady Wyndham. Sin embargo, al final, apretó los puños y comenzó a alejarse.

—Recuerda, querida —murmuró lady Wyndham yendo tras ella—, yo te acompañaré. Irónicamente, soy la única familia que te queda para despedirte.

—Parece que todo ha terminado —murmuró Sebastian—. Pero ¿cómo sabías que lady Wyndham tenía esos documentos?

—No lo sabía. —Andrew se encogió de hombros—. Ni siquiera sé si los tiene, en realidad. Ni si existen, de hecho. Solo esperaba que lady Beauport lo creyera. Eso y la amenaza de que las chismosas presentes en la fiesta extendieran el rumor por todo Londres eran mi única apuesta. Por desgracia, esa carta perdió la partida en cuanto Jane dijo que abandonaba el país. De no ser por lady Wyndham...

—Lo entiendo. —El marqués sonrió con ironía—. Ahora me alegro de haberme disculpado.

—Efectivamente. Deberías haberlo hecho hace...

—No te equivoques —le interrumpió—. Me debes una. Una muy grande. Enorme. Por ti me he arrastrado ante una mujer. Algún día tendrás que devolvérmela. Y lo harás sin rechistar.

Andrew sonrió. Estaba seguro de ello. Por muy amigos que fueran, Sebastian nunca olvidaría un favor como aquel.

—He descubierto un lugar fascinante —explicó Penélope entusiasmada—. Se trata de un edificio en...

—Buenas noches.

Penélope frunció el ceño y maldijo en silencio a quien fuera que la había interrumpido justo

cuando iba a explicarle a su prima su último trabajo. Era una de las cosas que más le molestaban de aquellas estúpidas reuniones sociales. En cuanto una lograba comenzar una conversación interesante, alguien la interrumpía y ella se veía obligada a sonreír como una boba y a fingir que estaba tremendamente satisfecha por poder mantener alguna charla insustancial con tal o cual caballero aceptable o con alguna matrona bien considerada.

—Buenas noches. —Fingiendo la mejor de sus sonrisas, dirigió su mirada hacia aquella grave voz masculina que acababa de interrumpirla—. Creo que no nos conocemos.

El hombre la observó con inusitada atención, recorriendo sus rasgos despacio, con descarada apreciación. Una sonrisa irónica se percibía en sus ojos grises, pero no se mostraba en su rostro. El desconocido no se molestó en hablar, se limitó a permanecer allí, analizándola, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo para mirarla.

Penélope se removió, inquieta, y miró a su prima. Briony había cruzado los brazos sobre el pecho y miraba al desconocido con una mezcla de diversión y exasperación. Al percatarse de la ofuscación de su prima, le hizo un guiño y se dirigió al hombre.

—Sabes de sobra que no puedes dirigirte a una dama que no te ha sido presentada, Alexander —le reprendió Briony.

Él se limitó a sonreír.

—Querida —murmuró—, y tú sabes de sobra que me importan bien poco todas esas absurdas... normas sociales.

Escupió aquellas palabras como si le repugnasen. «Normas sociales». Penélope analizó aquella expresión. A ella tampoco le agradaba. Nunca había sido muy dada a respetar las normas, sobre todo si no hallaba lógica en ellas, y el hecho de que fuesen impuestas por una sociedad que no le despertaba respeto alguno...

Sonrió.

Su sonrisa no pareció escapar a la percepción de aquel tipo, que volvió a observarla fijamente.

—Veo que se divierte —comentó él sin apartar la mirada de su rostro.

—En absoluto. —Se encogió de hombros—. Por lo que parece, ambos opinamos lo mismo de estos eventos. Sin embargo, usted muestra su desprecio abiertamente, mientras que yo, en aras de la educación y el respeto, finjo que no me desagradan.

—Entonces, la única diferencia entre usted y yo —murmuró él— es que usted es una hipócrita y yo no. Desprecio este circo. —Recorrió el salón con la mirada—. Y a todos los payasos que forman parte de él.

Penélope vio como Briony fruncía el ceño, pero antes de que su prima respondiera, lo hizo ella.

—¿Qué hace aquí, pues?

Él volvió a centrar su atención en ella.

—Uno no siempre puede estar en donde quiere ni con la compañía que desea. En ocasiones, debe analizar si pesa más su desagrado o el beneficio que puede obtener a cambio.

—Es usted un cínico, señor. ¿O debería llamarlo «milord»?

Él soltó una carcajada.

—No, querida. No soy su lord. Estoy seguro de que muchos en este salón opinarán que incluso el título de «señor» me viene demasiado grande.

—¿Cómo lo llamo, entonces?

Él tomó su mano enguantada entre las suyas y, acercándola a sus labios, la besó con suavidad. En ningún momento sus ojos grises se apartaron de los de ella.

—Tú, cariño, puedes llamarme como quieras.

La soltó con lentitud y se alejó, perdiéndose entre las parejas que danzaban en el centro del salón.

Andrew frunció el ceño. Había regresado a la fiesta hacía casi una hora y, aunque había recorrido casi todas las estancias de la mansión, no había visto a Kate por ninguna parte. Estaba seguro de que ella no abandonaría la seguridad del interior sin compañía, sin embargo, se iba quedando sin opciones.

Tras recorrer otra vez el salón con la mirada, creyó distinguir junto a la mesa de los refrigerios el vestido azul de su hermana. Sin dudar un instante, se encaminó hacia ella. Tenía que encontrar a Kate cuanto antes. Debía explicarle el porqué de su desaire y hablarle del futuro que les esperaba juntos.

Sonrió. Al contrario de lo que había pensado, le resultaba agradable pensar en tener un futuro con alguien. No, eso no era cierto. Se sentía feliz al pensar en tener un futuro con ella.

—¿Quién era ese?

Andrew observó la expresión contrariada de su prima que, en ese instante, parecía estar interrogando a su hermana.

—Su nombre es Alexander William Lonsdale y es una especie de primo lejano de Sebastian. Es el pupilo de...

—¿Habéis visto a Kate? —Andrew no esperó a que su hermana terminara. Por alguna razón, sintió que era apremiante encontrar a la condesa.

—Se ha ido —dijo Briony con tranquilidad—. No se encontraba bien y Annie la ha acompañado a casa. Nuestro cochero las llevó, pero regresó hace un buen rato.

Andrew frunció el ceño. ¿Se habría encontrado mal todo el tiempo o su desaire habría tenido algo que ver?

—Es hora de que nos vayamos —murmuró.

Briony lo miró contrariada. Sin embargo, no opuso resistencia.

—Buscaré a mamá —dijo alejándose con su prima.

—Penny —ella se giró para mirarlo—, mantente lejos de Alex.

Penélope lo observó un instante.

—Por supuesto, Andrew —respondió ella con dulzura.

Antes de que le diera la espalda y se alejara junto a su hermana, Andrew creyó percibir un brillo travieso en sus ojos. Suspiró. Esperaba que ella apartase su innata curiosidad de aquel tipo. Por su bien, era mejor que se mantuviese lo más lejos posible de Alex.

Se prometió hablar del asunto con el hombre en cuestión. Pero no esa noche. Había otras cosas de las que debía ocuparse.

# Capítulo 20

Andrew no necesitó demasiado tiempo para percatarse de que algo iba mal.

Pese a lo inoportuno de la hora, que debía haberlo desanimado hasta el día siguiente, se dirigió, nada más poner un pie en terreno de Bramshaw Manor, al cuarto de Kate y llamó con cuidado. No obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo, esta vez con más fuerza, convencido de que aquel silencio no se debía a que ella durmiera plácidamente. El mismo resultado. Un presentimiento le atenazó el pecho y lo impulsó hacia las caballerizas. Recorrió a toda prisa los jardines, sin prestar atención alguna a las gotas de rocío que resbalaban entre los pétalos de las rosas de su madre, ni a la luna llena que proyectaba luces y sombras en los recovecos más remotos. Entró sin parsimonia, empujando con fuerza el portón de madera e, ignorando los relinchos con los que sus caballos lo recibieron, se dirigió con paso decidido a los últimos cubículos. No se sorprendió, sin embargo, cuando los halló vacíos. Como esperaba, los recios caballos bayos que habían empujado el carruaje de Kate el día en que se habían encontrado no estaban. Se había ido.

Regresó a la mansión como un autómata. Subió las escaleras y, sin molestarse en llamar, entró en la habitación que, hasta hacía pocas horas, había estado ocupada por la condesa.

—Maldita sea —murmuró, registrando sin éxito cada cajón y cada estante del cuarto.

No había ni rastro de ella. Ni su baúl con blasón, ni su ropa en el vestidor, ni sus frascos de perfume sobre la cómoda. El único consuelo que le quedaba era su tenue olor, que se disiparía en poco tiempo.

—Maldita sea —gruñó de nuevo sentándose sobre el colchón y escondiendo la cara entre las manos.

—Ve a buscarla.

Briony pronunció estas palabras desde el umbral de la puerta. Había permanecido unos instantes observando a su hermano mientras sostenía la carta que Kate había dejado sobre su almohada y sin atreverse a entrar. Le había sorprendido encontrarlo allí y, al ver sus hombros hundidos y su actitud derrotada, había tenido que aceptar que quizá Kate lo había conseguido. Al

parecer había logrado conquistar el corazón de su hermano, aunque, tal vez, nunca llegara a saberlo. Ese descubrimiento, que le producía a la vez alegría y desazón, la había impulsado a hablar, inmiscuyéndose por primera vez en los asuntos amorosos de Andrew.

Él levantó la vista y la observó, pero no dijo nada. Briony comenzó a impacientarse.

—Ha vuelto a Londres —dijo, mostrándole la carta—. Me ha pedido que la disculpe por haberse marchado sin despedirse, pero que había asuntos urgentes que debía resolver.

La mandíbula de su hermano se contrajo y ella sonrió para sus adentros.

—Creo que es una excusa —continuó—. Aunque tal vez tú conozcas mejor que yo las razones de su precipitada partida.

—Si crees que yo soy el culpable de su huida —respondió él frunciendo el ceño—, ¿por qué me pides que vaya tras ella?

Esta vez, Briony sonrió.

—Precisamente porque, si tú has sido quien lo ha provocado, tú debes solucionarlo.

Andrew negó con la cabeza. Levantándose de la cama, caminó hacia la puerta y franqueó a su hermana como si de un mueble más se tratase.

—Hace años que no piso Londres —sentenció, alejándose por el pasillo—, y ninguna mujer logrará que lo haga.

Briony suspiró. Una cosa era evidente. Su hermano era un imbécil.

# Capítulo 21

El 26 de Cheyne Row era una discreta construcción de ladrillo sin más ornamento que las dos columnas de mármol que franqueaban la puerta de roble y la discreta balaustrada de hierro forjado que rodeaba las dos terrazas de la primera planta. Las ventanas, perfectamente alineadas, con sus contraventanas de madera blanca y sus molduras del mismo color, contribuían a hacer de aquella una vivienda invisible entre los edificios que la rodeaban.

El entorno no era exactamente el que buscaría un noble. Si bien Chelsea era considerado un barrio distinguido, no gozaba de la popularidad de Mayfair, con sus calles comerciales y su proximidad a Hyde Park; ni de la espectacularidad de Westminster, con sus altas torres, su abadía o su palacio en plena reconstrucción.

Sin embargo, Chelsea era un barrio tranquilo con tintes bohemios, lo suficientemente próximo a los lugares más importantes de la ciudad como para desplazarse con cierta comodidad, pero alejado de la algarabía de los locales más frecuentados y del ir y venir de carruajes de las zonas distinguidas.

Esa tranquilidad, desdeñada por aquellos nobles amantes de las fiestas y el boato, había sido, precisamente, lo que había seducido al abuelo de Kate hasta el punto de trasladar allí su vivienda después de que le concediesen el título.

La situación geográfica del hogar de los Ashford era, por tanto, cómoda pero alejada, lo cual hacía que, si una deseaba acudir a alguno de los selectos salones que frecuentaba la alta sociedad, había de prepararse para un largo recorrido. Debía, en primer lugar, subir a su carruaje —pues sería impensable para una dama acomodada hacer semejante trayecto a pie— y recorrer las calles adoquinadas de la ciudad. Debería dirigirse hacia el este por Cheyne Walk, continuar por Paradise Row e incorporarse a Smith Street. Habría de atravesarla y girar a la derecha en King’s Road. Una vez allí, el recorrido era sencillo. Sloane Street la conduciría hasta Picadilly, en cuyas proximidades se hallaban los lugares más selectos, entre los cuales Almack’s brillaba con luz propia.

Sin embargo, si alguien deseaba, además, acudir a algún lugar que pudiera poner en entredicho su reputación, debía tomar extremas precauciones. Debía indicar al cochero que deseaba apearse

en algún lugar respetable. The Mall o Wiltons serían apropiados. La persona en cuestión habría de bajarse sin prisa y caminar, siempre acompañada, como si estuviese paseando. Una vez alcanzado su objetivo, debía estar muy atenta. Podría indicar a su acompañante, probablemente una sirvienta, que la esperara junto al escaparate de alguna conocida librería, para internarse, a continuación, en un estrecho y oscuro callejón que, con probabilidad, rodearía el edificio. Allí encontraría la puerta trasera, a la que habría de llamar con los nudillos, lo suficientemente fuerte como para ser oída, pero no tanto como para que su presencia llamase la atención. Tendría que inventar alguna excusa para justificar su aparición en aquel lugar y que se le permitiese la entrada hasta alcanzar su objetivo: un joven crupier de buena apariencia y pocos escrúpulos. Y, por supuesto, una vez logrado su propósito, una persona respetable no debía jamás, bajo ningún concepto, perder los estribos hasta el punto de alzar la voz, insultar a su interlocutor y salir, hecha una furia, del edificio...

Por la puerta principal.

Y eso, exactamente, era lo que había hecho una tarde de primavera Katherine Mary Hamilton, condesa de Ashford por derecho propio, heredera de una considerable fortuna y poseedora de belleza suficiente como para ser considerada un diamante de primera. Y lo había hecho ante la estupefacta mirada de lady y lord Castlereagh, que paseaban tranquilamente por Kings Street, acompañados por la condesa de Sefton y su hija. Sobra decir que, en un par de horas, todo Londres hablaba de la aristocrática amante del propietario del Black Diamond. Por supuesto, nadie dudó de aquella afirmación, ni pensó siquiera que pudiese tratarse de una conjetura sin fundamento. Una información procedente de tan respetable fuente jamás sería cuestionada.

Annie miró a ambos lados antes de internarse, sigilosamente, en aquel lúgubre callejón. Con paso vacilante, caminó sobre los mugrientos adoquines, sujetando sus faldas con cuidado, tratando de evitar que rozaran siquiera aquel suelo pegajoso. Se había puesto un discreto vestido de paseo marrón sin adornos, pero solo era necesario echar un vistazo a su alrededor para percatarse de que, ante el menor roce con aquella mugre, tendría que quemarlo.

Un nauseabundo olor hizo que arrugara la nariz y su mirada reparó en la montaña de desperdicios y excrementos que se amontonaban junto a la pared de ladrillo que marcaba el final de la callejuela. ¡Qué demonios! Quemaría el vestido de todos modos.

Sacando un delicado pañuelo al que había bordado sus iniciales junto al elaborado dibujo de una orquídea, se tapó la nariz y trató de respirar tan solo por la boca. Con paso decidido, se acercó a la única puerta presente en todo el callejón, un trozo de madera deslustrada, pero manifiestamente sólida, repleta de marcas y manchas de dudosa procedencia. Annie meneó la cabeza y llamó con los nudillos, tratando de reducir al mínimo el roce con aquella tabla. Parecía increíble que tras aquella fachada inmunda se hallara uno de los establecimientos más cotizados de la ciudad.

La puerta tardó más de lo que esperaba en abrirse. Cuando lo hizo, Annie se sorprendió. No sabía qué era lo que esperaba de aquel lugar, pero, desde luego, no contaba con que una encantadora anciana de cabello canoso pulcramente recogido y un impecable delantal blanco le diera la bienvenida.

—Buenas tardes, querida —saludó con una sonrisa la mujer—. ¿En qué puedo ayudarte?

Annie titubeó. Se había preparado para exigir la entrada en el local a un matón con cara de pocos amigos o para rogar a un elegante criado que le permitiese seguir adelante, pero... ¿cómo se dirigía una a una adorable abuelita de cuento?

—Quiero ver a Jack.

La señora la observó con atención durante unos instantes y sonrió de nuevo.

—Jack, ¿qué más?

Una mezcla de diversión y angustia se instauraron en su pecho. Ella le había hecho la misma pregunta. «Jack y nada más. Los de mi clase no tenemos tiempo para pensar en tonterías como en los segundos nombres». Su expresión debió mostrar más de lo que esperaba porque la anciana asintió con ternura.

—Entiendo. —Se apartó ligeramente de la puerta y la invitó a pasar—. Averiguaremos de qué Jack se trata, no te preocupes.

Nada más traspasar el umbral, se dio cuenta de que nada en aquel lugar era lo que esperaba. Una acogedora estancia con paredes color crema y una cenefa de flores le dieron la bienvenida. Una enorme mesa rodeada por más sillas de las que le dio tiempo a contar dominaba la habitación. Annie dedujo que debía de tratarse del comedor del servicio y comprendió que el Black Diamond era mucho más de lo que había imaginado.

—Somos muchos —explicó la anciana, leyendo sus pensamientos.

—La mitad de la población de Londres debe trabajar en este lugar —murmuró Annie y la mujer se rio con ganas.

—Ni mucho menos, querida —respondió—. Pero los niños también son bienvenidos en nuestra mesa.

Annie no comprendió aquella frase. ¿Qué niños? ¿Los hijos de los trabajadores? Un club de juego no parecía el mejor lugar para criarlos.

Ajena a sus cavilaciones, la anciana caminaba ya hacia una de las puertas del fondo.

—Acompáñame —la invitó—. Buscaremos a tu Jack.

El uso del posesivo le provocó un aleteo en el estómago. Su Jack. ¿Podría serlo? ¿Estaba ella dispuesta a renunciar a todo para que lo fuera? El hecho de que hubiera dejado a su doncella sentada en un banco en Saint James Square y se hubiera internado sola en un callejón de mala muerte debería dar respuesta suficiente a esas cuestiones.

Al percatarse de que su guía había desaparecido, apuró el paso. En cuanto traspasó el umbral del fondo, se detuvo de golpe. Se hallaba en un enorme vestíbulo decorado en tonos blancos y dorados. A los lados, ocupando la totalidad de la pared, había hermosos frescos con escenas

mitológicas y, sobre su cabeza, una inmensa cúpula permitía la entrada de la luz solar. Annie lo observó todo con mudo asombro. Se había imaginado un lugar oscuro y decadente, decorado de forma pretenciosa en un intento de fascinar a quienes se internaran entre sus cuatro paredes. Sin embargo, el Black Diamond resultaba ser increíblemente acogedor y elegante. Desde luego, el responsable de esa maravilla debía de ser alguien de gusto y sensibilidad excepcional.

—Por aquí —indicó la anciana, que se había detenido junto a una enorme puerta en arco y la miraba con una paciente sonrisa—. Tendremos que darnos prisa, al señor no le gusta que personas ajenas al club merodeen por aquí. Si quieres hablar con tu Jack, más nos vale encontrarlo enseguida.

Annie asintió y la siguió al interior de la nueva estancia. Allí estaba el alma del establecimiento. Las mesas de Blackjack con sus coloridos tapetes. Las deslumbrantes ruletas de las que ella solo había oído hablar entre cuchicheos, como si las hubiese inventado el mismísimo diablo. Las ventanas estaban cubiertas por ligeras cortinas de seda. Aunque los gruesos cortinones recogidos a los lados indicaban que la estancia se sumiría en la oscuridad en cuanto el club abriera sus puertas, en ese instante la luz diurna inundaba la habitación y arrancaba alegres destellos de colores a los cristales de las enormes arañas del techo.

Sin embargo, antes de que pudiese recrearse con los detalles de aquella fascinante habitación, su acompañante la sujetó por un brazo y la introdujo en un pequeño hueco en la pared.

—Hasta que encontremos al hombre que buscas —murmuró la mujer—, es mejor que nadie sepa que estás aquí.

Solo entonces se percató de que, en realidad, aquel hueco no era tan estrecho como ella había pensado y de que la mujer cerraba el panel por el que habían entrado con un casi imperceptible clic.

A oscuras, caminaron por aquel pasillo paralelo que, por lo que pudo deducir, bordeaba la habitación. Aunque no parecía que hubiera nada con lo que tropezarse, Annie titubeaba a cada paso, incómoda con la completa oscuridad que la rodeaba. Su acompañante, sin embargo, se desplazaba con la agilidad de quien conocía aquel corredor como la palma de su mano. No tardaron en detenerse y la mujer le hizo una seña para que no hablase. Con cuidado, alargó el brazo y desplazó un pequeño panel en la parte superior de la pared, que permitió la entrada a la luz del exterior.

—Están reunidos —susurró—, se acerca el aniversario del club y todo debe salir a la perfección. El señor es muy exigente en ese aspecto.

Annie se acercó a la abertura y observó a las personas allí reunidas. Era un grupo heterogéneo, tanto en edad como en apariencia. Había ancianos que seguramente superaran en edad a su acompañante y hombres tan jóvenes que se confundirían con niños. Algunos llevaban discretas libreas verdes con botones dorados. Otros, elegantes trajes de corte impecable. Las escasas mujeres presentes se hallaban en una esquina de la habitación, ataviadas con ropas similares a las de la anciana que la acompañaba. En el centro de la estancia, un caballero alto y delgado, cuyo

rostro le resultó imposible distinguir, se dirigía a ellos recorriéndolos con la mirada. Aunque trató de escuchar alguna de sus palabras, Annie fue incapaz de distinguir nada entre el murmullo incesante de los presentes.

—No sé qué está diciendo.

La mujer rio quedamente.

—Olvídate de lo que dice, niña, y busca a tu Jack. Todos los trabajadores del club están en esta habitación.

—Usted no —acertó a decir ella mientras recorría los rostros con la mirada.

La anciana volvió a reír.

—Yo soy una trabajadora un tanto especial. —Sin más explicaciones, se acercó también al panel—. ¿Lo has encontrado?

Annie negó con la cabeza.

—No está aquí.

Su interlocutora frunció el ceño.

—Querida, ¿estás segura de que trabaja aquí? Nadie falta a las reuniones.

De repente, Annie sintió que el desánimo la atenazaba. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si él no había ido a Londres? Sería imposible encontrarlo sin más pistas que su nombre. Su desazón debió de hacerse evidente, porque la mujer suspiró.

—¿Por qué creías que estaba aquí?

Annie exhaló lentamente.

—Nuestro cochero es un antiguo trabajador —explicó—. Oí a las sirvientas cuchicheando sobre algo que él le había contado del club y que había hecho que Jack abandonara su puesto. Creía que estaría aquí.

La anciana asintió y apoyó una de sus ajadas manos en su hombro, intentando reconfortarla. Cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—No debería estar aquí —musitó, irguiéndose, dispuesta a regresar a casa. No obstante, antes de que se alejara de la abertura del panel, algo captó su atención. La reunión había terminado y los participantes estaban regresando a sus puestos. En la mesa más cercana a la pared, vio que un joven manejaba una baraja con increíble destreza. Los naipes se deslizaban entre sus dedos con tal fluidez que semejaban una cascada. La velocidad de sus movimientos no le permitía distinguir las figuras y Annie se encontró deseando poseer la misma pericia. Había pasado su infancia jugando a escondidas con Lucy, la doncella. Había sido ella la que había llevado por primera vez una baraja a Primrose Cottage, tras una de las visitas a su familia. Y, aunque ambas se habían inventado sus propias normas para poder jugar a juegos que desconocían, ella se había sentido fascinada desde el primer momento. A menudo, se sorprendía cogiendo la baraja solo para sentir el tacto de las cartas. Al final, las partidas entre ella y Lucy se habían convertido, simplemente, en un rato de exhibición en el que Annie mostraba sus movimientos a la impresionada sirvienta.

—Vamos, querida. —La apuró su acompañante—. Es mejor que nadie te encuentre aquí.

Annie asintió con desgana y, renuente, se alejó de allí.

—Deberías ir a Londres.

Andrew fulminó con la mirada a Sebastian, que, repantingado en el sofá de su estudio, daba buena cuenta de una bandeja de pastelillos que, al parecer, su cocinero había preparado especialmente para él.

—A veces pienso que eres ya parte de mi mobiliario —murmuró, volviendo la vista a los papeles que tenía delante.

Sebastian sonrió y adoptó la pose de una venus yacente.

—Soy la obra de arte más hermosa de tu casa —dijo apoyando teatralmente la mano en la frente.

Y estalló en carcajadas en cuanto escuchó el bufido del duque.

Sin embargo, su ánimo jovial duró poco. Sin alzar la vista, Andrew notó que su amigo se levantaba del sofá y comenzaba a pasearse por la habitación.

—Lo digo en serio. —El marqués se había quedado junto a la ventana contemplando los jardines—. Deberías ir a Londres y hablar con ella. Quedarte aquí, cualquiera que sea la excusa que inventes para justificarte, es de cobardes.

Andrew lo fulminó con la mirada.

—Hace años que no piso esa maldita ciudad. No necesito que comiencen de nuevo a circular rumores sobre mi familia o sobre mí mismo. Ahora que parecen haber encontrado a otros pobres idiotas con los que entretenerse, no tengo deseo alguno de volver a ser el centro de atención.

—¿A otros pobres idiotas como lady Ashford, quieres decir?

Finalmente, Andrew dejó lo que estaba haciendo, se levantó y se unió a Sebastian en su ensimismada contemplación de sus propiedades.

—Ella ha elegido volver. Podría haberse quedado aquí.

Esta vez fue el marqués quien bufó.

—Por supuesto. Podría haberse quedado aquí para siempre. Sería estupendo para su reputación. Pasaría de ser la querida de un tipo despreciable a la de un duque. —Lo fulminó con la mirada—. No seas imbécil, Brighton. Ve a buscarla antes de que sea demasiado tarde.

Andrew observó a su amigo. Parecía realmente enfadado, algo que no era propio de él.

—¿Por qué te importa tanto?

—¿Bromeas? Me niego a aceptar que me he humillado ante lady Wyndham por nada. —Frunció el ceño—. Eres un cobarde.

Aquel insulto lo ofendió.

—¿Yo? —gruñó ofendido—. ¿Y eso me lo dice el mismo tipo que juró amar a mi hermana más que a nada en el mundo y la abandonó por orgullo al primer contratiempo?

Andrew supo que se había pasado de la raya en cuanto vio el rostro de su amigo. Una mezcla de furia, tristeza y algo que no lograba reconocer desfiguraron los rasgos del marqués.

—No tienes ni puta idea de lo que dices —siseó.

Antes de que Andrew pudiera añadir nada más, abandonó la estancia hecho una furia.

# Capítulo 22

Probablemente, si alguna persona que conociese Londres tuviese que describir aquella ciudad, le resultaría una tarea sencilla, pues eran múltiples los adjetivos que podría atribuirle. Podría decir que se trataba de un lugar gris, mezcla del inestable clima y de la desidia de sus habitantes. También comentaría que era una ciudad ruidosa o mencionaría la suciedad de sus adoquinadas calles. Le aplicaría adjetivos como grandiosa, trepidante o peligrosa. Algunos, los más audaces, tal vez se atreverían a mencionar las enormes diferencias sociales existentes entre los londinenses, que daban lugar al desconcertante paisaje que se creaba al unirse el refinado West End con los suburbios. Damas de impecable *pedigree* ataviadas con valiosas joyas asistían a los oficios religiosos en la catedral a solo unos metros de las mugrientas callejuelas en las que ojerosas prostitutas ofrecían sus servicios. Caballeros con monóculo y sombrero sacaban sus abultadas carteras casi en las narices de los peores criminales de la ciudad. Todos ellos, no obstante, lo hacían ajenos al otro. Los aristócratas no dudaban de la seguridad de aquel lugar, siempre y cuando no atravesaran la línea invisible que los apartaba del East End. Los delincuentes, a menudo empujados por la necesidad y la desesperación, buscaban nuevos modos de hacerse con un buen botín o de conseguir, simplemente, un mendrugo que proporcionar a su familia.

Londres podía ser un lugar de ensueño o de pesadilla dependiendo de en qué lado de la cama hubiese nacido uno.

Y, sin embargo, había alguien cuya visión de aquella ciudad no concordaba con su clase social. Aun habiendo vivido gran parte de su vida en una enorme mansión de Mayfair y poseyendo uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Inglaterra, para Andrew, Londres representaba el mismísimo infierno. Y precisamente por eso en aquel instante se preguntaba qué demonios hacía allí.

—Ha llegado otra invitación, excelencia —Stevens le tendió un sobre azul decorado con delicadas florituras.

El servicial mayordomo y su nuevo ayuda de cámara habían sido los únicos sirvientes que le

habían acompañado. Habían viajado unos días antes que él para preparar la casa para su llegada. Dado que hacía años que no visitaba la capital, la mansión permanecía vacía, sin servicio que se ocupara de las tareas básicas de limpieza y mantenimiento de un hogar.

Al llegar, Stevens había contratado a un par de criadas y una cocinera y se había esforzado mucho para que la vivienda alcanzase parte de su esplendor de antaño. Sin embargo, el poco tiempo del que habían dispuesto había dificultado su tarea y, aunque el cuarto principal, la cocina, el comedor y el salón en el que se hallaban en aquel momento estaban limpios y ventilados, el resto de las estancias de la casa permanecían cerradas, los muebles cubiertos por polvorientas sábanas que le conferían una apariencia casi fantasmagórica a aquel lugar. Si bien Andrew deseaba terminar cuanto antes con sus asuntos en la ciudad para poder regresar a Bramshaw Manor, en el tiempo que permaneciera allí debía cuidarse de las visitas.

—Gracias, Stevens —murmuró, sin ni siquiera leer el remitente de la misiva—. Agradezca la invitación y excúseme.

—Por supuesto, excelencia. —El mayordomo asintió, acostumbrado ya a que su señor no respondiese personalmente. Pese a la cantidad de sobres de colores que se amontonaban sobre la mesa del comedor, él no había abierto ninguno. Era evidente que no le interesaba nada que tuviese que ver con el mundo de fiestas y celebraciones en el que se entretenía la alta sociedad londinense.

En cuanto el sirviente abandonó la estancia, Andrew se recostó en el sillón que ocupaba y contempló el techo. Las pinturas que lo cubrían se conservaban sorprendentemente bien. Aunque los colores se habían ido apagando con el paso del tiempo, no había humedades visibles ni desconchones. Las lámparas estaban limpias y la luz de las velas extraía de los cristales brillos multicolores. A él no le hubiese importado que la casa se cayese a cachos, pero, en lugar de eso, se conservaba mejor que muchas de las mansiones habitadas de la ciudad.

Con un suspiro cansado, se levantó y se dirigió a la puerta. No se molestó en llamar a Stevens. Cogió su abrigo y se puso el sombrero. Fuera había comenzado a anochecer y la nieve caía sobre la calzada como suaves copos de algodón. Una ráfaga de aire gélido le golpeó la cara y Andrew se abrochó los últimos botones de su abrigo. No se detuvo a contemplar los carruajes que pasaban a toda velocidad ni a los transeúntes que se dirigían apresuradamente hacia el acogedor calor de sus hogares. Con paso decidido emprendió el camino hacia Cheyne Row y ni por un instante se le pasó por la cabeza lo inapropiado que sería aporrear la puerta de una joven dama soltera a horas tan intempestivas.

Un golpe seco retumbó en toda la planta baja. Kate levantó la vista del libro que estaba leyendo y frunció el ceño, contrariada. Por un instante pensó que aquel sonido había sido fruto de su imaginación, pero un segundo golpe desbarató esa teoría. No tardó en escuchar a Petterson caminando hacia la entrada mientras murmuraba algo en voz baja.

El ligero chirrido de las bisagras le indicó que el mayordomo había abierto la puerta. Aguzó el oído, pero solo alcanzó a oír un cuchicheo de voces entre las cuales no era capaz de distinguir ni siquiera la de su sirviente. Nerviosa, se levantó de la butaca junto a la ventana que había ocupado hasta ese momento. Si alguien irrumpía en su casa a esas horas debía de ser por algo importante.

Alguien se aclaró la garganta y solo entonces reparó en la presencia de Petterson en la puerta de la sala.

—Milady... —murmuró el mayordomo, más incómodo de lo que ella lo había visto nunca—, tiene una visita.

Kate lo miró interrogante.

—¿Ha pasado algo?

—Buenas noches. —Una voz grave resonó en la habitación y el duque apareció tras la figura del sirviente.

—Su excelencia, el duque de Brighton —anunció Petterson frunciendo el ceño.

Kate sonrió para sus adentros. No había nada que desagradara más a aquel hombre que alguien que se saltase las normas de etiqueta. Y el duque, al haber entrado en la habitación antes de ser debidamente anunciado, lo había hecho.

Sin embargo, su regocijo duró poco. De pronto, cayó en la cuenta de la presencia de Andrew. Sintió cómo la tensión se acumulaba en sus extremidades y su mandíbula se endurecía.

—¿Qué hace aquí? —preguntó sin miramientos y, por el rabillo del ojo, vio cómo el mayordomo abandonaba discretamente la habitación.

—Te fuiste sin despedirte —la acusó el duque, acercándose—. Te busqué en cuanto regresé del baile y no estabas.

Kate lo fulminó con la mirada.

—Pensé que lo mejor era no seguir incomodándolo con mi desagradable presencia. Alguien podría verlo conmigo.

—No lo entiendes. —El hombre parecía contrariado—. No me refería...

—Lo entiendo perfectamente —cortó ella cansada—. Llevo años entendiéndolo. No soy una acompañante adecuada. Ninguna dama decente debe ser vista en mi compañía. No soy bien recibida en los salones más selectos de Londres y los nobles que me siguen invitando a sus fiestas lo hacen por una especie de obligación moral con mi familia.

—Kate... —Andrew trató de interrumpirla.

—No. —Fue tajante—. No soy bien recibida, pero ¿sabe qué? —Clavó sus ojos verdes en los suyos—. No me importa. Jamás me han gustado las fiestas en las que todo el mundo habla por los codos y, en realidad, no dicen nada. No me gustan los paseos en carruaje por Hyde Park solo para que las matronas de Londres me den su aprobación. Odio pasarme horas encerrada en una tienda de Bond Street mientras una modista francesa me toma medidas una y otra vez y me clava alfileres por doquier, solo porque a alguien se le ocurrió decir que una dama debe ir ataviada siempre a la última moda. No me gusta pasearme por los salones, exhibiéndome, para que algún

caballero honorable decida que soy un trofeo adecuado y tenga a bien convertirme en su esposa.

Sonrió y vio cómo su sonrisa desconcertaba completamente al duque.

—Y, a día de hoy, *excelencia* —escupió su título—, ya no debo hacer nada de eso. Así que, aunque deba renunciar a la compañía de nobles y damas, ha valido la pena. Y ahora, si es tan amable, me gustaría que abandonara mi casa con la mayor discreción posible. He asumido ya que soy la puta del dueño de una casa de juego, pero el papel de concubina de un duque me temo que me queda demasiado grande.

La sorpresa en el rostro de Andrew al escuchar aquellas palabras la hubiera hecho reír, de no estar tan ocupada luchando contra sus propios sentimientos. Se estaba despidiendo del único hombre al que había amado y tenía la firme intención de no volver a verlo jamás. Inspiró profundamente y se dispuso a abandonar la habitación.

—Ni se te ocurra desaparecer de nuevo —murmuró Andrew con los dientes apretados.

El modo en que Kate hablaba de sí misma le repugnaba de tal manera que le hubiese gustado poder partirle la cara a quien fuera el imbécil que la hubiese llevado a sentirse de aquella manera. Rumores. Rumores. La aristocracia funcionaba así. Dimes y diretes susurrados tras las columnas de los más selectos salones por un atajo de buitres y arpías que jamás se preocupaban por el daño que pudiesen causar. A nadie le importaba que fuesen ciertos. Solo necesitaban un error, un paso en falso, para abalanzarse sobre su víctima. Él lo entendía mejor que nadie.

—No pretendo desaparecer —la respuesta de Kate lo devolvió a la realidad—. Espero que sea usted quien lo haga esta vez.

Andrew suspiró. No sabía qué decir ni qué hacer para solucionar las cosas. Se mesó los cabellos con nerviosismo y comenzó a pasearse por la habitación mientras los engranajes de su cerebro se esforzaban por poner orden en sus pensamientos, por elaborar un discurso que le permitiese convencerla de que regresara con él sin revelarle más de lo necesario.

—Vete.

La voz de Kate le llegó distante, lejana, y se dio cuenta de que ella ya había abandonado la sala.

—Era la madre de Lottie —pronunció aquellas palabras en un tono tan bajo que supuso que Kate no lo escucharía.

—¿Qué?

Al alzar la vista la vio asomada a la puerta.

—La mujer del baile, estoy seguro de que me viste con ella.

El rostro de la condesa adquirió un delatador tono carmesí. Luego, como si asimilara por primera vez lo que acababa de decirle, sus ojos se abrieron como platos.

—Creía que estaba muerta.

Andrew la observó con ternura.

—Es evidente que no.

Ella lo observó con atención, pero no dijo nada.

—Hubo un tiempo en que creí amarla —comenzó, resignándose ya al hecho de que contarle la verdad sería el único modo de retenerla—. Era la hermosa esposa de Henry Aidan Ainsworth, el hijo menor del vizconde de Beauport. Un buen tipo, aunque demasiado viejo para ella. Dada su posición, se alistó en el ejército con la intención de hacer fortuna. Obtuvo varias condecoraciones y rápidamente comenzaron a correr rumores de que le ascenderían. Tuvo la suerte, o la mala fortuna, de que su hermano contrajera una terrible enfermedad que lo postró en la cama y obligó a su padre a reclamar que su hijo menor regresara al seno familiar.

Se detuvo un momento.

—Tuberculosis —continuó y observó cómo Kate se encogía—. Como imaginarás, el pobre desgraciado no tardó mucho en morir y Henry se convirtió en el nuevo heredero. También se convirtió en un buen partido. Rico, poderoso..., y como noble que era debía casarse y engendrar al futuro vizconde. Pero, por alguna extraña razón, aquel hombre se negó a cumplir con aquella obligación en concreto. Para cuando su padre murió y él adquirió el título, rozaba ya la cincuentena y estaba más preocupado por la política y las cuestiones sociales que por quién heredaría el vizcondado tras su muerte.

Se encogió de hombros y sonrió.

—No le culpo. Sin embargo, cuando su nombre comenzó a sonar como aspirante al puesto de primer ministro, la ausencia de familia empezó a plantearse como un problema. En poco tiempo anunció su compromiso con lady Beauport y las nupcias no tardaron en celebrarse. Pero sus obligaciones políticas le mantenían alejado de su esposa. Compromisos, viajes. Pasaba más tiempo en el continente que en Inglaterra.

Se encogió de hombros y vio cómo Kate cerraba la puerta y se apoyaba contra ella.

—Como supondrás, lady Beauport no sentía nada por su esposo. —Sonrió con ironía—. Aunque logró convencer a todo el mundo, incluyendo a su marido, de lo contrario. Y el pobre lord Beauport acabó sucumbiendo. Puso todo lo que tenía a su disposición. Le permitió cuantos caprichos deseaba. Y, aunque seguía viajando con frecuencia, trataba de que sus ausencias fueran breves. Por supuesto, ella jamás le acompañaba. No tengo ni idea de cuáles eran sus excusas, pero sé cuáles eran sus motivos. Un considerable número de amantes.

La observó de nuevo.

—No sé si se trata de ironía o de una broma del destino, pero esa mujer, que hizo siempre lo que quiso y burló todas y cuantas normas de decoro le dio la gana, gozó del beneplácito de la sociedad y jamás se la excluyó de ningún evento. Tal vez hubiera murmuraciones, pero nunca lo suficientemente altas como para ponerla en entredicho. Y, mientras tanto, a ti te convertían en una paria sin motivo alguno.

—Ya le he dicho que no es una situación que me desagrade —dijo Kate—. Y no sabe si existen o no motivos para ello.

Andrew alzó una ceja.

—Me consta que no eres la querida de nadie —respondió—. Empiezo a pensar que ni siquiera conoces al dueño del Black Diamond.

La única respuesta que obtuvo de ella fue una ligera contracción de su mandíbula. Casi imperceptible. Pero suficiente. Ella no conocía a aquel tipo. Solo faltaba saber, entonces, por qué demonios había acudido a aquel lugar.

Suspiró. Lo descubriría. Aunque no esa noche.

—Aunque lord Beauport trató de no pasar demasiado tiempo lejos de su esposa, no siempre le fue posible. El motín de los soldados indios y las posteriores revueltas le obligaron a alejarse de ella por un tiempo prolongado y, aunque trató de convencerla para que lo acompañara, ella se negó en rotundo. La abnegación de su esposo solo servía para provocar sus burlas y la hilaridad de sus amantes.

—¿La suya también? —murmuró Kate mirándolo fijamente.

Andrew suspiró.

—No. Ya te he dicho que consideraba a lord Beauport un buen tipo.

—No lo suficiente como para mantenerse alejado de su esposa, por lo que se ve.

El duque apretó la mandíbula.

—No voy a justificarme. —Se encogió de hombros—. No soy un ejemplo. Tampoco he pretendido serlo jamás. He actuado egoístamente muchas veces. He sido mezquino, terco e irrespetuoso. Y, por supuesto, he sido un completo imbécil en más de una ocasión.

Por un momento creyó percibir una sonrisa en el rostro de la condesa. Pero fue tan leve y duró tan poco que pareció un espejismo.

—Era joven y me creía enamorado de Jane —continuó, con una nota de autodesprecio en la voz—. Yo, que me había paseado por los salones de Londres como un seductor, que me había ganado la fama de calavera, caí rendido a los pies de esa mujer.

—¿Lo eras?

Andrew la observó sin comprender.

—Un calavera —aclaró Kate.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—¿Eres tú la amante de alguien? ¿Has despreciado y rechazado a tantos caballeros como dicen? —Su sonrisa se ensanchó al ver que ella fruncía el ceño—. La fama de unos se nutre de la exageración de otros. Deberías saberlo ya.

Kate observó a Andrew con detenimiento. La sonrisa no se percibía en sus ojos. No era un hombre que sonriera a menudo, pero, cuando lo hacía, lo hacía de verdad. Y en ese momento estaba fingiendo. Autodesprecio. Era evidente que para el duque no estaba siendo fácil contarle aquello. No se sentía orgulloso de su pasado y hablar de él le incomodaba.

—¿Y Lottie? —se atrevió a preguntar.

Vio que su rostro se ensombrecía y apretaba la mandíbula. Aquel era el quid de la cuestión.

—Lottie —murmuró él—. Lottie fue un castigo.

Kate lo miró sin creer lo que oía.

—No puede hablar en serio.

—No me malinterpretes —aclaró Andrew—. Quiero a esa niña. Pero lo puso todo patas arriba. Como te dije, lord Beauport pasó meses en el extranjero, por lo que Jane no podría, de ningún modo, hacerle creer que el bebé era suyo. Tampoco es que a ella le interesara ser madre. Me consta que hizo todo lo posible por evitarlo. De hecho...

Se detuvo y se dirigió a la ventana. La noche había caído ya sobre la ciudad, por lo que Kate sabía que apenas podría percibir nada tras las cortinas. Una calle en penumbras, pequeños montones de nieve agrupados en los bordes y algún carruaje rompiendo el silencio de vez en cuando.

—Me dio un ultimátum —continuó el duque con la voz apagada—. Sabía que, por mucho que lord Beauport la amara, la repudiaría en cuanto se enterara de su estado. Solicitaría el divorcio, aunque ella estaba convencida de que podría lograr una anulación matrimonial. Sería un escándalo menor y, en cuanto todo se solucionara, yo debía casarme con ella. Si no lo hacía, se desharía del bebé.

Se estremeció.

—Yo no estaba dispuesto a permanecer junto a ella. Para entonces ya había visto el tipo de persona que era. Sabía que no era su único amante y sospechaba que ya había recurrido con anterioridad a prácticas poco ortodoxas para ocultar sus aventuras.

—Entonces... ¡Ni siquiera sabía si Lottie era suya!

—¡Es mi hija! —Andrew la fulminó con la mirada—. Aunque no se me pareciera, me daría igual de quién fuera la sangre que corre por sus venas, esa niña es parte de mí. Lottie es mi hija y mataré a cualquiera a quien se le ocurra afirmar lo contrario.

Kate asintió. Había visto cómo trataba a la pequeña, cómo se preocupaba por ella y la arropaba cuando dormía. Y tuvo la seguridad de que él jamás se había planteado otra posibilidad que la de que fuera su hija.

—Me negué a complacerla.

Las palabras de Andrew la devolvieron a la realidad.

—Por supuesto, no tardó en tratar de cumplir sus amenazas. Lord Beauport estaba a punto de regresar y Jane sabía que debía actuar con rapidez. Acudió a un doctor. Ella ya lo conocía. Pero yo la seguí. Imagino que sabrás cuál es la condena para este tipo de delitos.

Kate se estremeció y asintió.

—Llegamos a un acuerdo —continuó Andrew—. Ella se retiró al campo antes, incluso, de que su esposo volviera. Alegó una enfermedad contagiosa y pidió que nadie la acompañara, pues pensaba contratar a alguien de la aldea. Stevens y su esposa se ocuparon de todo. Cuando Lottie

nació pidió que se la llevaran antes, siquiera, de que hubiera emitido su primer llanto. No quiso verla. En cuanto se recuperó, regresó a Londres y a la vida de lujos y excesos que le gustaba.

—¿Cómo logró convencer a todo el mundo de que era viudo? —Al percatarse de lo que había preguntado, Kate se abofeteó mentalmente—. Lo siento, no es asunto mío.

Andrew sonrió.

—Si te estoy contando esto es porque quiero que lo entiendas. Pregunta lo que quieras. —Se encogió de hombros—. En realidad, ese es mérito de Sebastian y su madre. Dada mi reputación yo poco podía hacer al respecto. Desaparecí un tiempo. Ni siquiera recuerdo cuántos meses pasaron. Para cuando regresé, llevaba un bebé que no dejaba de llorar en los brazos y el título de viudo. Era lo único que podíamos hacer para no arruinarle la vida a Lottie. Sebastian y la marquesa se encargaron de extender el rumor de mi apresurado matrimonio y, pocos meses después, comunicaron mi terrible pérdida. Todo el mundo lo creyó. Es fácil convencer a la gente de aquello que quiere creer. Un calavera arrastrado por amor a Gretna Green y la terrible pérdida de su amada como castigo a su disipado comportamiento de antaño. Todo muy melodramático. La historia perfecta para comentar en los salones de baile.

—¿Por qué me cuenta todo esto, excelencia? —le interrumpió. No quería seguir escuchándolo. No quería entenderlo. Ni compadecerlo. Solo quería que se fuera de una vez y, a cada palabra que él decía, sentía que se le haría más difícil decirle adiós.

—No quería apartarte —continuó Andrew, no parecía que se lo fuera a poner fácil—. La noche del baile, no quería que te fueras. Pero tampoco te quería cerca de ella. Esa mujer me ha chantajeado durante años. No dudaría en utilizarte a ti para ello si supiera...

Se quedó callado. No la miró, simplemente mantuvo la mirada fija en la oscuridad que se mostraba tras la ventana.

—¿Si supiera qué?

Esta vez él levantó la vista y la clavó en su rostro. Permaneció en silencio durante tanto tiempo que Kate pensó que no respondería.

—Si supiera lo mucho que me importas. —Suspiró. Era evidente que aquella declaración no lo hacía especialmente feliz.

Sus palabras la sorprendieron de tal manera que se sintió incapaz de reaccionar. Había pasado tanto tiempo soñando con aquello, se había repetido con tanta frecuencia que jamás sucedería...

—Vete —murmuró tuteándolo por primera vez.

Andrew la miró estupefacto.

—No. He venido a buscarte. —Movió las manos en el aire, como si con eso pudiera hacerla comprender—. Quiero que vuelvas a Bramshaw Manor conmigo.

Kate negó con la cabeza. Quería decirle que sí. Ya no importaban los malentendidos. Era evidente que sus fantasmas y los de él habían provocado todos los conflictos entre ellos. Sin embargo, no era suficiente.

—Mi sitio está aquí —aseguró, dirigiéndose a la puerta—. Recuerde que tengo un amante a

quien complacer en el 112 de Jermyn Street.

—No seas...

—Vete —repitió tajante.

Y se dirigió a la escalinata que conducía al segundo piso sin mirar atrás.

Andrew observó, incrédulo, cómo ella desaparecía. Había tardado varios días en decidirse a visitarla, dándole vueltas al modo de pedirle perdón y hacerla regresar sin humillarse contándole lo imbécil que había sido en el pasado dejándose embaucar por una mujer como lady Beauport. Había ensayado en su mente, una y otra vez, el discurso que, estaba seguro, la haría cambiar de opinión. Y, sin embargo, todo había sido en vano. No había logrado pronunciar una sola de aquellas palabras ensayadas. En su lugar, se lo había contado todo.

No había servido de nada.

Murmurando una florida maldición, se dirigió a la salida. No esperó que nadie lo acompañara. La condesa había desaparecido escaleras arriba y no había ni rastro del mayordomo que lo había recibido. Un leve movimiento llamó su atención, justo cuando atravesaba el *hall* de entrada. Con la mirada, examinó cada rincón en busca del causante, pero no vio nada. Negó con la cabeza, convencido de que había sido fruto de su imaginación, y asió el picaporte de la enorme puerta de roble que le conduciría de regreso a la calle.

De nuevo, algo pareció moverse. Esta vez percibió el punto exacto. A su derecha, justo tras una frondosa palmera china. Se acercó, solo unos pasos. No necesitó más. Unos despiertos ojitos verdes lo observaban con atención. En cuanto el dueño de aquellos ojos se percató de que lo habían descubierto, trató de ocultarse encogiéndose todo lo que pudo tras la gran maceta que contenía la planta.

Andrew sonrió y se agachó para ponerse a su altura. No trató de acercarse más. Solo se quedó allí, observando al pequeño que lo examinaba mientras se chupaba el pulgar.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, al fin.

Pero el niño no respondió.

—Me llamo Andrew —continuó, tendiéndole la mano con solemnidad como si de una presentación formal se tratase.

Aquel gesto llamó la atención del crío que, finalmente, sacó el pulgar de la boca y le estrechó la mano. Andrew sonrió. No le incomodó notar las babas del pequeño pegándose a su mano. Era algo a lo que ya se había acostumbrado.

—Michael. —Fue la única palabra que aquella suave vocecilla pronunció antes de salir corriendo escaleras arriba. Sin embargo, antes de que desapareciera, Andrew escuchó otra palabra, pronunciada con mucho más entusiasmo que su propio nombre: «mamá».

# Capítulo 23

Kate vio que la puerta de su cuarto se abría y supo, sin ninguna duda, de quién se trataba.

—Buenas noches, Michael —saludó con una sonrisa.

Solo aquel pequeñuelo entraba en las habitaciones como si de un huracán se tratase, sin molestarse en llamar a la puerta o anunciar su llegada.

—¿Mamá?

Kate negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Creo que no está aquí. Aunque... —Se levantó del diván junto a la ventana que ocupaba y se dirigió a su cama —. Tal vez esté... ¡Aquí!

Levantando la colcha, fingió buscar bajo el colchón.

—No, aquí tampoco está. —El interés que mostraba el rostro del niño, como si esperase realmente que su madre estuviera allí, la divirtió—. Quizás...

Se dirigió al armario y lo abrió de golpe.

—¡Ajá! —exclamó hacia el interior.

El pequeño se acercó corriendo y escudriñó el mueble. Al ver lo que allí había, la miró frunciendo el ceño.

—¡No ta! —la acusó.

—No, parece que no. —Kate se rascó la barbilla—. ¿En mi baúl? ¿Tras las cortinas?

Michael corrió por la habitación y registró cada rincón con minuciosidad extrema. Levantó los cojines que adornaban la cama y las alfombras. Corrió y descorrió las cortinas y, prácticamente, vació el baúl de Kate.

—No ta —murmuró, aunque parecía que hablaba más para sí mismo que para ella. —Tal vez deberíamos buscarla abajo —le aconsejó—. ¿Miramos en la cocina?

El niño asintió y le cogió la mano.

—¡Mamos!

Kate sonrió. Sabía que Elisa, su doncella, había bajado hacía rato en busca del ama de llaves. La señora Graves, una mujerona de buen corazón, pero genio endiablado, la había reclamado hacía rato con tono imperativo y cara de pocos amigos. Por su expresión, Kate intuía que la

pobre muchacha debía haber olvidado alguno de los encargos que aquella le había hecho y que en ese momento estaría recibiendo la reprimenda correspondiente, con enfáticas alusiones a la responsabilidad, al respeto y a la importancia de su cargo en aquella casa.

Con un suspiro resignado, siguió a Michael escaleras abajo. Conocía a Elisa desde niña. Se habían criado juntas y sentía por ella un apego especial. Con ella había compartido travesuras y confidencias. Juntas habían robado las galletas recién horneadas de la señora Beckett y se las habían comido escondidas en la cochera, entre el cabriolé de su madre y el lujoso landó caoba con incrustaciones doradas en el que la familia se desplazaba habitualmente. Para ella, Elisa jamás había sido una sirvienta, sino una hermana. Y por eso no había dudado ni un instante en arriesgar su reputación por defenderla.

—¡Mamá! —El chillido de Michael la devolvió a la realidad—. Había un señó.

—¿Un señor? —Elisa la miró contrariada y Kate se encogió de hombros.

—No era nadie —murmuró sin mirarla—. Ya se ha ido.

—Pero...

—No me encuentro muy bien —la interrumpió—. Cenaré en mi habitación.

La doncella asintió, comprendiendo al instante que ella no deseaba responder a sus preguntas en ese momento.

—Annie...

—No ha regresado todavía.

Kate frunció el ceño. Si el comportamiento de Annie en Bramshaw Manor había sido extraño, no había mejorado al regresar a Londres. Pasaba horas encerrada en su cuarto y cuando comían o cenaban juntas permanecía ensimismada, como si su mente estuviera muy lejos de allí. Había tratado de hablar con ella, de descubrir qué le ocurría, pero solo se había encontrado con un muro de cordialidad. Y eso también era extraño. Kate sabía que Annie envidiaba su posición y que la desdeñaba por haber echado a perder su reputación. Durante mucho tiempo había estado convencida de que su prima incluso creía los rumores sobre ella. Y, sin embargo, el modo en que la había apoyado en el baile de lady Wentworth y su actitud en Londres le habían hecho replanteárselo todo. No sabía qué le ocurría. Ya ni siquiera sabía quién era Annie en realidad.

Negando con la cabeza, se dirigió a su habitación. Si no regresaba pronto, mandaría a James a por ella.

Sus pensamientos volvieron a Andrew. Tal vez él hubiera tenido buenas intenciones al buscarla. Ya le había propuesto matrimonio una vez y, aunque le hubiera acusado de lo contrario, sabía que lo que él le proponía en esta ocasión no era diferente. No esperaba que se convirtiera en su amante. Pretendía algo respetable. Y eso era peor que una propuesta deshonrosa. Él había hecho todo lo posible por proteger a su hija y cualquier vinculación con ella lo arruinaría todo.

Con rabia, cerró la puerta de su habitación. No resonó ningún portazo en la mansión, solo el suave clic del picaporte. La cólera era un lujo que hacía mucho que no se permitía.

Andrew cerró la puerta de su cuarto y lanzó un juramento. Acercándose a la enorme cama con dosel, que antaño había pertenecido a su padre, se dejó caer sobre ella y fijó la mirada en el techo ornamentado con llamativos querubines y molduras doradas. Había regresado a aquella ciudad que tanto odiaba por ella, pero no había servido de nada.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes. Solo le quedaba regresar a Bramshaw Manor. Sin ella.

Se sintió derrotado. Por alguna razón, había estado convencido de que regresaría junto a él. Pensaba que Kate lo amaba, pero... ¿Y si estaba equivocado?

Suspirando audiblemente, apoyó el antebrazo sobre la frente. ¡Maldita fuera! Sabía que lo amaba. Se lo había dicho. «Siempre has sido tú». Y, sin embargo, lo había rechazado. Otra vez. Aquello era desesperante.

Un par de golpes secos en la puerta lo arrancaron de su ensimismamiento. Se levantó y se alisó la ropa antes de abrir. Stevens lo observó sin ninguna expresión en su rostro y le tendió una bandeja en la que reposaba un sobre blanco. Ningún blasón lo adornaba ni había en él letra alguna que pudiera dar una pista de su procedencia.

—Alguien lo ha dejado en la entrada —explicó el mayordomo—. Lo introdujeron bajo la puerta, pero, para cuando abrí, ya no había nadie.

Andrew asintió, recogió la carta y volvió a entrar en la habitación. No dedicó ni un instante a tratar de adivinar de qué se trataba. Simplemente, se acercó a la enorme cómoda de roble que se hallaba junto a la ventana, extrajo un abrecartas de plata de una pequeña caja adornada con filigranas y abrió el sobre.

> Excelencia:
>
> Jamás pensé que fuera de los que claudican con semejante facilidad. Quizá, la próxima vez, le irá mejor si visita, directamente, la fuente del problema.

Andrew observó los trazos finos y decididos, pero no le resultaron familiares. ¿Quién demonios podía saber lo que había sucedido con Kate? Por un instante pensó que, quizá, ella misma había enviado aquella carta, pero rechazó el pensamiento al instante.

Se mesó los cabellos con nerviosismo mientras trataba de decidir qué hacer. Estaba deseando largarse de allí, volver a Bramshaw Manor y olvidarse de todo, pero había pensado hacerlo con Kate.

Con un suspiro de incredulidad se dirigió a la puerta. No se podía creer que realmente fuera a hacer caso a una carta anónima.

—Espero que valga la pena —murmuró.

Y, tras ponerse el abrigo y los guantes, salió de nuevo a la gélida noche que había caído ya sobre la capital.

Annie entró en el 26 de Cheyne Row por segunda vez aquella tarde. Nada más llegar, se había enterado de la extraña visita que había recibido Kate hacía unos instantes. Se dirigía a la escalera

cuando había escuchado a Petterson quejarse con el ama de llaves de los malos modales del duque de Brighton mientras una intrigada Elisa formulaba preguntas completamente inadecuadas para una sirvienta, pero comprensibles en alguien que se había criado como un miembro más de la familia. Annie no había tardado en deducir que Andrew había ido a pedirle a Kate que regresara a Bramshaw Manor, por lo que se había acercado al cuarto de su prima dispuesta a ayudarla a preparar el equipaje. Sin embargo, al acercarse a la puerta la había escuchado llorando. Y lo había comprendido todo. Por alguna razón, Kate jamás le había contado a nadie la verdad sobre lo que había sucedido aquella tarde en Jermyn Street. Al parecer, el duque no iba a ser la excepción.

Annie había sentido de nuevo ese rechazo hacia su prima que creía ya superado. Lo tenía todo para ser feliz y se negaba a tomarlo. Antes de pensar siquiera en lo que hacía, había entrado en su cuarto, escrito una nota apresurada, y salido de nuevo al exterior, arrebujada en su capa de lana y dispuesta a poner en orden la vida de Kate antes de empezar a preocuparse por la suya.

Y ahora allí estaba de nuevo. Entrando en una habitación prestada en una casa que no era la suya sin tener ni idea de qué era lo que debía hacer a continuación. Se había pasado los últimos días pensando en qué le diría a Jack, en si lograría que él comprendiera que ella tampoco formaba parte de aquel mundo. Ni por un momento se había planteado la posibilidad de no encontrarlo. Había estado tan segura de que estaría en el Black Diamond...

Con un suspiro, se dejó caer sobre el colchón y clavó su mirada en el techo. ¿Qué le quedaba ahora?

Trató de buscar en su interior una respuesta. Se sentía frustrada, decepcionada, como si la posibilidad de ser feliz se hubiese esfumado. Sin embargo, no sentía que fuese Jack el culpable. Sentía que la culpa era suya. Y se dio cuenta de que, tal vez, había estado equivocada. Quizá el destino no había enviado a Jack para enseñarle sobre la pasión. Ni sobre el amor. Tal vez lo había puesto en su camino para enseñarle sobre sí misma. Él había logrado que se replanteara su futuro y ella se había dado cuenta de que no era un matrimonio ventajoso y solitario lo que deseaba. La existencia rural en Primrose Cottage jamás había sido suficiente para ella, pero la respuesta a su hastío tampoco estaba en un salón de Mayfair.

La imagen del Black Diamond regresó a su mente. Su majestuoso *hall* de entrada. La sala de juego, repleta de secretos y promesas. La imagen de aquel joven barajando las cartas había quedado grabada a fuego en su cerebro. Un mundo que la tentaba más allá de su buen juicio, pero que le estaba totalmente prohibido. Nunca podría formar parte de él. Las damas respetables no eran bien recibidas y ella no deseaba convertirse en el tipo de mujer para la que se abrían aquellas puertas.

Suspiró con tristeza y cerró los ojos. El destino tenía un retorcido sentido del humor. Había puesto a Jack en su camino solo para apartarlo después. Le había mostrado un mundo fascinante solo para que tuviera que resignarse a una existencia frustrante y vacía. Volvería a Primrose Cottage al día siguiente y se resignaría a ser la dama taciturna y anodina que, al parecer, estaba

condenada a ser.

Lo primero que llamaba la atención cuando uno cruzaba las puertas del Black Diamond era la elegancia y sobriedad de su decoración. Tratándose de un club de juego para caballeros, cabría esperar un escenario recargado y decadente que constituyera el marco ideal para las perversiones y vicios de sus socios. Sin embargo, el dueño del lugar había supervisado en persona cada moqueta, lámpara o papel de pared que se había colocado y se había negado en rotundo a cualquier muestra de pomposidad en su local. Él no necesitaba llamar la atención para conseguir socios. Eran sus clientes los que le buscaban a él. Y, dado el tiempo que pasaba entre aquellas cuatro paredes, había puesto todo su empeño en crear un entorno en el que se sintiera cómodo.

Andrew siguió al hombre que acababa de dejarle entrar hasta una robusta puerta de roble, alejada de aquellas grandes salas repletas de mesas con tapetes, enormes libros de apuestas y olor a tabaco que había vislumbrado desde la entrada. Jamás había entrado en un lugar como aquel. El juego jamás había llamado especialmente su atención. Mucho menos después de que su padre dilapidara las migajas que quedaban de su fortuna tratando de aparentar que podía permitirse aquel tipo de vicios.

—El señor le recibirá enseguida —murmuró el tipo abriendo la puerta—. Póngase cómodo, excelencia.

Aunque no se había presentado, Andrew no se sorprendió de que aquel hombre conociese su identidad. Al fin y al cabo, aquel era su trabajo.

Conocer a sus presas.

Olisquear su fortuna.

Arrebatárselo todo.

Los ojos de aquel tipo brillaron con malicia, como si hubiese adivinado sus pensamientos y se burlase de él. Sin embargo, ninguna otra muestra de humanidad asomó a su rostro. Con un gesto mecánico le indicó que pasara. En cuanto Andrew obedeció, la puerta se cerró a su espalda y se halló solo en lo que parecía ser el despacho del misterioso propietario de aquel antro.

—Jamás pensé que le recibiría aquí, excelencia. —Aquella voz, procedente de alguna parte, lo sobresaltó. Sin embargo...—. Entiendo que no viene a pasar un buen rato en nuestras mesas de juego.

Andrew frunció el ceño. Estaba seguro de que conocía a aquel hombre. Lo buscó con la mirada y lo halló en una de las zonas menos iluminadas del cuarto, repantigado en una butaca de cuero marrón con orejones. Lo identificó instantáneamente.

—¿No te sorprendes? —preguntó su interlocutor, divertido, al observar su inexpresivo rostro.

Andrew negó con la cabeza. No. Resultaba curioso, pero lo único sorprendente era no haberlo descubierto antes. Aquel entorno encajaba a la perfección con el hombre que tenía delante.

—Creo que puedo adivinar el motivo de tu visita —continuó el otro, la diversión todavía

bailando en sus ojos—. Deseas saber cuál es mi relación con cierta noble...

—No —cortó el duque—, no existe relación alguna entre tú y esa dama. —Andrew no pudo evitar sentir cierta satisfacción al ver cómo tal afirmación sorprendía a su interlocutor—. Lo único que quiero saber es por qué vino aquella tarde a este lugar.

—Toda información útil merece una recompensa apropiada...

Andrew suspiró.

—Creía que éramos amigos.

Su interlocutor asintió y se encogió de hombros.

—Un lugar como este no se forja a base de amistad.

—Tener amistades en los lugares indicados puede serte de ayuda algún día —atajó Andrew.

El hombre fijó su mirada en su rostro. Aunque parecía observarlo detenidamente, el duque sabía que sus pensamientos estaban muy lejos de allí. Lo conocía lo suficiente como para saber que los engranajes de su cerebro estaban analizando las formas en las que él o su título le serían útiles.

—Está bien —asintió, finalmente—. Pero, recuerda, excelencia, que estás en deuda conmigo.

Andrew suspiró. No lo olvidaría. Estaba seguro de que él no permitiría que lo hiciera.

—Hace un par de años —comentó, despreocupado, el otro hombre—, uno de mis crupieres se tomó ciertas libertades con una mujer. —Se encogió de hombros—. Tuvo la mala suerte de que la muchacha servía en casa de los Ashford desde niña y mantenía una estrecha relación con la condesa. Así que, cuando se descubrió que la joven estaba esperando una criatura, ella no dudó un instante en plantarse aquí y exigirle a mi empleado que cumpliera con su deber.

Sonrió abiertamente y, tras levantarse de la butaca, se dirigió a un pequeño aparador de caoba situado junto al enorme escritorio repleto de papeles que dominaba la habitación.

—¿Whisky? —Ofreció. Ante la negativa de Andrew, se sirvió una copa—. Una lástima, es una cosecha excelente.

Regresó al lugar que había ocupado y, medio tumbado en una postura muy poco ortodoxa, cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Tu condesa parece no comprender que en la calle no imperan las mismas normas que en los salones de la alta sociedad. En cuanto el crupier en cuestión se negó a actuar de forma «honorable», montó en cólera. Soltó unas cuantas maldiciones que le granjearon mi aprecio incondicional y salió echa una furia. El resto de la historia ya la conoces.

Así que aquello era todo. Andrew negó con la cabeza ante lo absurdo de la situación. La reputación de Kate había quedado a la altura del fango por tratar de ayudar a una sirvienta. Por supuesto, nadie en los círculos aristocráticos aceptaría semejante explicación. No era interesante. No generaba morbo. No servía.

Con un suspiro de cansancio, se dirigió a la puerta.

—¿No vas a agradecérmelo? —La voz divertida que sonó a su espalda lo sacó de su ensimismamiento.

—Estoy seguro de que esta información me saldrá muy cara —murmuró—. No veo nada que agradecer, pues.

Su afirmación fue recibida con una carcajada. Era evidente que Andrew estaba en lo cierto.

—Aléjate de ella —advirtió el duque antes de abandonar la habitación.

—¿De la condesa?

—No.

No fue necesaria ninguna otra aclaración. Ambos sabían a quién se refería.

—¡Excelencia!

La llamada lo detuvo antes de que cerrara la puerta. Le dirigió a su interlocutor una mirada interrogante.

—Al final, el crupier se casó con la sirvienta —Le guiñó un ojo y sonrió con ironía—. Conducía el carruaje cuando cierto duque, borracho como una cuba, y sus amigos se cruzaron en su camino.

Confuso, Andrew cerró la puerta. ¿Kate había logrado lo que quería? Atravesó el local, todavía en penumbra, mientras analizaba las palabras de aquel hombre. Cuando salió entendió su significado. No. Kate no se había salido con la suya. Pero aquel hombre sí. Siempre lo hacía.

# Capítulo 24

Kate se colocó el sombrero con cuidado y recogió los guantes que había dejado sobre la mesa. Le había costado decidirse a salir esa mañana, pero Elisa había insistido tanto que no le había quedado más remedio que ceder. Su doncella tenía razón. Llevaba demasiado tiempo encerrada entre aquellas cuatro paredes y le iría bien un paseo por el parque. Desde su regreso de Bramshaw Manor, hacía ya dos semanas, no había vuelto a pisar la calle.

Con un suspiro, se encaminó hacia la puerta. Probablemente Andrew ya había regresado a Hampshire. Desde que la había visitado, cuatro días atrás, no había vuelto a saber nada de él y, teniendo en cuenta lo poco que le gustaba aquella ciudad, estaba segura de que había partido en cuanto había tenido ocasión.

Pensar en el duque hizo que se le encogiera el corazón. No había esperado que la siguiera. Había asumido que él aceptaría su partida sin más. No era tan ilusa como para pensar que no le importaría que se fuera, pero tampoco tan arrogante como para creer que para él aquello hubiera sido algo más que una aventura.

Las revelaciones que le había hecho acudieron a su mente. Pensó en Lottie y en el modo en el que él lo había cambiado todo para poder mantenerla a salvo. La vida de aquel hombre se había convertido en una enorme bola de nieve formada a base de mentiras y medias verdades. Alejado de todos. Siempre alerta. Y nadie podría juzgarlo. En su lugar, cualquiera de aquellos hipócritas que se pavoneaban por los salones londinenses hubieran hecho lo mismo. Si hubieran tenido la inteligencia suficiente para hacerlo.

Sonrió para sus adentros. La inteligencia no era algo que abundara entre la aristocracia inglesa. Tampoco es que a ellos les interesara demasiado. Los cotilleos, la moda y las apuestas ocupaban todos sus pensamientos.

La sirvienta entró como un remolino seguida del pequeño Michael.

—No, cariño, debes quedarte aquí —murmuraba mientras el niño trataba de sujetar sus faldas —. Además, al pasar por la cocina me ha parecido oler a pastelillos de hojaldre.

Kate notó cómo el agarre del niño sobre la falda de su madre se debilitaba. La observó unos instantes con cierta desconfianza, pero, finalmente, salió corriendo hacia la cocina.

—Nunca falla —comentó Elisa con una sonrisa mientras ambas salían.

En la calle, el elegante carruaje con blasón de la familia las esperaba. El chófer abrió la puerta y ayudó a la condesa a subir al vehículo. No hizo lo mismo con la doncella, que permaneció en las escaleras de la entrada sin hacer el menor esfuerzo por subir.

La condesa la miró interrogante.

—He olvidado algo —se disculpó la mujer—. Te alcanzaré en Hyde Park.

Y desapareció en el interior de la casa.

—Maldición —murmuró Kate—. Sabe de sobra que ni siquiera yo puedo pasear sin doncella.

Asió el tirador de la puerta, dispuesta a apearse del vehículo. Sin embargo, el chófer, aparentemente ajeno a lo inaudito de la situación, azuzó los caballos y emprendió el camino.

Andrew consultó el reloj por enésima vez. No era una persona especialmente paciente y llevaba ya demasiado tiempo esperando en el cruce de Broad Street con Berwick. Apoyado contra una sucia pared de ladrillo rojo, se subió las solapas de su abrigo de lana gris y escudriñó la calzada. Un brillante carruaje negro dobló la esquina y se detuvo a pocos pasos de él.

Sin perder un instante, se subió al pescante, junto al cochero, quien, inmediatamente, emprendió la marcha de nuevo. No le extrañó oír que, desde el interior, alguien daba unos golpes en el techo instando a aquel hombre a que se detuviera.

—Va a ser un viaje muy largo —murmuró.

—Ni se lo imagina, excelencia —respondió su rudo acompañante con una mezcla de resignación y aprecio—. Aún está a tiempo de echarse atrás.

El duque negó con la cabeza, divertido. Era evidente que aquel hombre le había tomado una especie de irónico afecto a la condesa.

—¿Estás seguro de querer participar en esto?

Su pregunta fue recibida con una estruendosa carcajada.

—Le debo un matrimonio a esa mujer, excelencia —comentó jovialmente—. Y que me aspen si permito que ella se libre del destino al que me condenó a mí.

Sus palabras no transmitían rencor, por lo que Andrew dedujo que, en realidad, aquel hombre se hallaba bastante satisfecho con el rumbo que había tomado su vida.

Arrellanándose en el incómodo asiento, cerró los ojos. El viaje iba a ser largo y todavía quedaba la parte más difícil de aquel apresurado plan. Debía convencer a la condesa de que se casara con él antes de que Bramshaw Manor apareciera ante sus ojos. Sonrió para sus adentros. Si todo salía bien, al final, aquella historia que tanto había gustado a los pares del reino, de cómo el duque había caído bajo el hechizo de una mujer hasta el punto de fugarse para casarse con ella, iba a tener algo de cierto. La única diferencia sería que quien los casara, en lugar de un herrero de Gretna Green, sería el anciano párroco que tantos años atrás lo había bautizado a él, a su hermana y, hacía poco, a la pequeña Lottie. Distraídamente acarició el papel que llevaba en el

bolsillo. Por alguna razón, la reina sentía una especie de simpatía especial por la familia de la condesa y no había dudado en concederle una licencia especial.

—Tenemos que parar.

Andrew miró al cochero y asintió. Los caballos necesitaban descansar. Aguzó el oído tratando de distinguir algún sonido dentro del carruaje, pero no escuchó nada. Tal vez Kate se hubiera quedado dormida. O quizá estuviera planeando cómo salir huyendo en cuanto aminoraran el paso. Se preguntó qué estaría imaginando. ¿Pensaría que aquella era la venganza del crupier al que habían obligado a casarse?

Kate no estaba dormida. Sentada cómodamente en el sillón de piel color crema del carruaje, observaba, de vez en cuando, el paisaje a través de la cortinilla de la ventana. No había tardado en darse cuenta de lo que sucedía. Tras una breve parada había escuchado voces y se había percatado de que James ya no iba solo. Solo había necesitado unos segundos para identificar al otro pasajero. Entonces se había sentido confusa. Había observado el recorrido que realizaban. Las calles que atravesaban, los edificios que iban dejando atrás. Finalmente, había descubierto el rumbo que habían emprendido y había comprendido cuál era su destino.

La confusión inicial se había transformado en nerviosismo.

Se arrellanó todavía más en el asiento. Quizá debiera haberse sentido airada. Un poco de furia podría haberle venido bien. Sin embargo, pensar en regresar a Bramshaw Manor no despertaba en ella más que anhelo.

Cuando el carruaje se detuvo ante una casa de postas, Kate no hizo ni siquiera el amago de apearse. Se quedó sentada, esperando. Cuando la portezuela se abrió desde el exterior, no mostró la menor sorpresa al encontrarse con Andrew. Y cuando este la observó con recelo ella solo suspiró y negó con la cabeza.

—No sé qué es lo que pretendes —murmuró.

Andrew sonrió ligeramente.

—Te lo he dicho tantas veces que deberías haberlo aceptado ya.

—No me voy a casar contigo. —Kate sonrió con tristeza—. Que me secuestres no va a hacer que cambie de opinión.

El duque se sentó junto a ella y cerró la puerta. Sin mirarla, se estiró y apoyó los pies en el asiento opuesto.

—El pescante es una tortura. Deberías doblarle el sueldo a ese hombre.

Kate soltó un bufido.

—Eso lo dices porque no sabes cuánto gana.

—Has mantenido lo que cobraba en el Black Diamond.

—No —respondió ella sin mostrar sorpresa alguna—. Le pago más de lo que ganaba en ese lugar. —Lo observó un instante—. Elisa es como una hermana para mí.

Andrew asintió. Acomodándose todavía más, cerró los ojos.

—¿Vas a quedarte aquí?

La pregunta de Kate lo hizo sonreír.

—Por supuesto. Todavía queda un largo camino por delante y, aunque agradezco mucho la ayuda de tu chófer, no estoy dispuesto a sufrir la tortura de viajar con él ahí fuera. —Abrió un ojo y la miró—. Además, tengo que seducirte unas cuantas veces antes de llegar para que aceptes casarte conmigo.

La condesa frunció el ceño.

—No vas a hacer tal cosa.

Andrew rio y, rodeándola con un brazo, la atrajo hacia sí. Kate ni siquiera intentó resistirse. Se acomodó contra él.

—No voy a cambiar de opinión —murmuró cerrando los ojos.

—Sí, ya lo has dicho.

—¿Me llevarás de vuelta?

—Por supuesto que no. —La risa bailaba en la voz de Andrew.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Iremos a Bramshaw Manor y nos casaremos.

Kate abrió los ojos y lo miró ceñuda.

—¿Tú me prestas atención cuando te hablo?

—Por supuesto que sí —respondió el duque mientras acercaba sus labios a su cuello y trazaba un sendero de besos hasta su oreja—. De hecho, te presto atención hasta cuando estás callada.

—Pero...

—Es más —murmuró mientras la alzaba y la sentaba en su regazo—, creo que ahora deberías callarte un ratito y fijarte bien en toda la atención que te presto.

Kate bufó irritada.

—Andrew, no voy a...

Se interrumpió con brusquedad cuando notó cómo la lengua del duque acariciaba su oído para, después, morder ligeramente su oreja. Derrotada, suspiró y sintió que una oleada de excitación la invadía desde la zona que Andrew estaba acariciando hasta los dedos de sus pies. Giró el rostro buscando su boca y pronto los labios de Andrew estuvieron sobre los de ella. Kate notó cómo apresaba su labio inferior con los dientes y luego pasaba la lengua por aquel punto. Él aumentó la intensidad del beso y la animó sin palabras para que lo dejara entrar. Ella no opuso resistencia y dejó que la besara como quería. Sus lenguas se acariciaron, se enredaron, y Kate se arqueó, indefensa.

—No me voy a escapar —murmuró Andrew.

Solo entonces se dio cuenta de que había estado sujetando las solapas de su chaqueta con fuerza. Él le acarició los brazos y los envolvió en torno a su cuello. Su boca regresó con urgencia a la de ella. Kate respondió a cada caricia de su lengua con la misma intensidad que él mostraba

y pronto aquella proximidad dejó de ser suficiente.

Las manos de Andrew recorrieron su espalda, acariciándola y tratando de acercarla todavía más. Kate se removió en su regazo y él soltó un sonido extraño, mitad risa, mitad gemido. Con una sorprendente eficiencia, soltó los botones del corpiño y tiró de él hasta dejar al descubierto el corsé. Separando su boca de la de ella la observó y la sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Rojo?

Ella se encogió de hombros.

—Lottie me robó casi toda mi ropa interior y la modista estuvo encantada de ofrecer sus prendas más escandalosas a alguien como yo. —Sonrió—. Y lo cierto es que me he aficionado bastante a los colores chillones, la seda y el encaje.

Andrew acarició con fascinación uno de los lazos que adornaba el frente de la prenda.

—Tengo la hija más inteligente del mundo.

Y, sin darle tiempo a responder, volvió a apoderarse de su boca con renovado entusiasmo mientras sus manos se introducían bajo sus faldas y recorrían sus piernas con descarada lentitud. Acarició sus pantorrillas y la parte trasera de sus rodillas. Fue ascendiendo mientras dejaba un rastro de fuego a su paso. Kate notó que su piel se erizaba y su respiración se aceleraba, como si hubiese estado corriendo durante kilómetros.

La boca de Andrew vagó por su cuello y trazó un collar de besos a su alrededor. Acarició su pulso con la nariz, inhalando su aroma, y descendió hasta donde sus senos se desbordaban del corsé. Recorrió con la lengua aquella franja expuesta y ella suspiró.

Sus manos continuaban su exploración bajo sus faldas. Habían alcanzado sus calzones y la acariciaban sobre el suave tejido. Kate se removió, tratando de acercarlo, pero él se limitó a mantener sus caricias superficiales, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—Andrew...

Un golpe en la puerta la interrumpió y Kate abrió los ojos como platos. Había olvidado completamente que estaban parados en alguna parte a medio camino entre Londres y Hampshire.

—¿Está todo bien, excelencia? —La voz divertida de James les llegó desde el exterior—. Ya está todo listo para retomar la marcha.

—Continuaré el viaje aquí dentro —respondió Andrew acariciando con la nariz la mejilla sonrojada de Kate—. Estoy un poco ocupado negociando con la condesa.

Ella creyó escuchar una ligera carcajada al otro lado.

—Sí, me imagino que las negociaciones no estarán siendo fáciles.

Kate percibió un ligero movimiento en el carruaje cuando el cochero se subió al pescante y, con una sacudida, emprendieron de nuevo el camino.

—Sabe lo que estábamos haciendo —exclamó ella, horrorizada, tratando de apartarse del duque.

—Ajá.

Ajeno a sus esfuerzos, Andrew reemprendió su exploración bajo sus faldas.

—¡Para! —rogó—. ¡No podemos seguir! ¡Sabe lo que estamos haciendo!

Las manos del duque habían alcanzado ya la abertura de su ropa interior y sus dedos exploradores recorrían con cuidado su sexo. Kate se removió nerviosa y excitada al mismo tiempo.

—Andrew...

Él ignoró sus protestas. En su lugar, la acarició trazando círculos con desesperante lentitud y evitando el punto donde ella más lo necesitaba. Kate se movió, inquieta, no sabiendo si apartarse o acercarse más. Él siguió acariciándola, atormentándola, mientras su humedad iba en aumento. Kate soltó un gemido de rendición y trató de llevarlo hacia el tenso punto donde se concentraba su placer. El duque se rio quedamente, ignorando sus esfuerzos.

—Si ya sabe lo que estamos haciendo —susurró Andrew, su voz más ronca de lo habitual—, ¿de qué servirá parar ahora?

Kate lo miró, confusa, y tardó en recordar de qué estaban hablando.

—Pero...

—¿Vas a salir para comunicarle que hemos parado?

Ella negó con la cabeza. ¡Como si estuviera en condiciones de comunicar nada a nadie cuando se sentía incapaz de hilar dos pensamientos coherentes consecutivos!

—Bien —sentenció Andrew mientras su boca recorría de nuevo el lateral de su cuello.

Por fin su pulgar alcanzó la tensa protuberancia de su clítoris y lo acarició trazando pequeños círculos mientras uno de sus dedos se deslizaba en su interior. Kate se aferró a sus hombros, la tensión acumulándose en cada nervio, mientras que su respiración se aceleraba cada vez más.

—Déjate ir —murmuró Andrew en su oído—. Córrete para mí.

Y ella lo hizo. Sin poder contenerse, gritó su nombre mientras su cuerpo se tensaba y el mundo estallaba en mil pedazos.

Tardó unos minutos en recuperarse y, para cuando lo hizo, se dio cuenta de que Andrew le acariciaba la espalda para tranquilizarla. Trató de moverse para verle la cara, pero él la sujetó por los brazos y la apartó.

—Será mejor que vuelvas a tu sitio —dijo mientras la levantaba y la sentaba de nuevo en el asiento, a su lado.

Sus movimientos eran rígidos y Kate se dio cuenta de que él solo se había preocupado por darle placer a ella.

—Es mi turno —murmuró y, con una seguridad que jamás había creído poseer, enredó sus dedos en su pelo y atrajo su boca hacia la suya.

—No. —Andrew trató de apartarse—. Ya tendrás tu turno en un lugar más adecuado...

—No quiero un lugar más adecuado —replicó Kate tirando de él.

Lo besó con inocente entusiasmo mientras Andrew parecía debatirse entre apretarla contra su cuerpo o apartarla a la fuerza. Finalmente, con un gemido, cerró sus brazos en torno a ella y la abrazó como si quisiera fundirla contra él.

Las manos de Kate descendieron hasta sus hombros y se dio cuenta de que él permanecía impecablemente vestido, mientras que ella parecía una desvergonzada, con el corpiño suelto y las faldas arrugadas.

—Algún día —murmuró mientras lo despojaba de la chaqueta y se afanaba en desabrochar su camisa— serás tú el que se desnude primero.

Si no hubiera estado tan excitado, Andrew hubiera sonreído. Le había sorprendido la tenacidad de Kate cuando se había abalanzado sobre él. Aunque le había comunicado su intención de seducirla en cuanto había entrado en el habitáculo, en realidad, no tenía la intención de hacerlo. Ella era demasiado inexperta y un carruaje no era el lugar más cómodo donde hacerle el amor. Pero, al sentir sus manos introduciéndose bajo su camisa y su boca inocente recorriendo su cuello, supo que estaba perdido. Además, el que asumiera que habría otras veces entre ellos le daba esperanzas.

—Sabes que estaré encantado de complacerte —gruñó.

Kate lo despojó de la camisa y recorrió los tensos músculos de su vientre con las manos mientras dejaba suaves besos en su clavícula y en su pecho. Tentativamente, lamió uno de sus pezones y él se tensó.

—¿Sientes lo mismo que yo? —inquirió curiosa.

—No lo creo —respondió con ternura—, pero puedes hacerlo de nuevo para asegurarnos.

Ella rio y repitió el movimiento mientras sus manos descendían hasta los botones de su pantalón. Andrew contuvo la respiración y, al ver que ella titubeaba, agarró sus manos y la guio.

—No te acobardes ahora —murmuró en su oído—. Ya has llegado hasta aquí.

Los ojos verdes de Kate se encontraron con los suyos y percibió cómo se sonrojaba. Andrew sintió una inmensa ternura y, apoyando una mano en su mejilla, la besó con una lentitud que contrastaba con la urgente necesidad que sentía. Quería que ella siguiera adelante con su exploración, pero, sobre todo, quería que se sintiera segura con él. Que se diera cuenta de cuánto le importaba. Y quería importarle también.

«Siempre has sido tú». Las palabras de Kate acudieron a su mente y sintió una egoísta satisfacción por haber sido el único que había copado sus pensamientos a lo largo de los años. Estaba dispuesto a hacer todo lo posible por seguir siéndolo.

Dio un respingo cuando sintió cómo una pequeña y fría mano acariciaba su longitud. Ella había desabrochado sus pantalones y lo tocaba con dubitativa curiosidad. Andrew buscó sus ojos y se dio cuenta de que ella no era capaz de mirarlo.

—Mírame —ordenó mientras agarraba su mano y le mostraba cómo complacerlo—. Quiero que me mires mientras me tocas.

Ella dudó, pero, finalmente, levantó la vista y, cuando sus miradas se encontraron, Andrew se estremeció.

—Quiero terminar dentro de ti.

Con el cuerpo en tensión, apartó la mano de Kate. Sujetándola como si no pesara nada, la sentó a horcajadas sobre él. Revolvió bajo su ropa hasta que encontró el centro de su placer. Sin preámbulos acarició su humedad y Kate jadeó. Introdujo un dedo dentro de su cuerpo mientras con el pulgar buscaba la suave protuberancia que podía hacerla estallar. Kate se movió, inquieta, y sujetó su mano. Lo apartó con decisión y se situó mejor sobre él.

—No te entretengas —le ordenó con urgente necesidad.

Él no pudo responder mientras ella lo agarraba y lo situaba en su entrada. Sin poder contenerse, empujó y se deslizó profundamente en su interior. Ella se removió, incómoda, y él trató de mantenerse quieto. Pronto Kate empezó a moverse vacilante sobre él, sus caderas meciéndose contra las suyas. Andrew apretó los dientes y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del asiento. Sujetó sus nalgas con sus manos y la acarició, pero no trató de dirigir sus movimientos. Quería que ella marcara el ritmo, que los guiara a ambos hasta la cima.

Sus movimientos se aceleraron y ella gimió, apoyando la cabeza en su hombro. La tensión se acumulaba en su interior y Andrew deslizó una mano entre sus cuerpos. La acarició con decisión en el lugar donde ella más lo necesitaba. Sintió cómo ella se contraía en torno a él, apretándolo, hasta que ninguno de los dos pudo hacer otra cosa que dejarse ir.

—Dios mío —murmuró Andrew mucho tiempo después—, después de la forma en la que acabas de corromperme vas a tener que casarte conmigo.

Sintió cómo ella se envaraba en cuanto mencionó el matrimonio. Regresó al asiento y se sentó lo más alejada posible de él, pegándose a la ventana como si fuera a escapar de un momento a otro.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo? —preguntó molesto—. Si es por lo que me dijiste en Bramshaw Manor te aseguro que no son migajas lo que te estoy ofreciendo.

Ella no lo miró. Trató de adecentar sus ropas mientras sus ojos se perdían al otro lado del cristal. Andrew suspiró y se frotó la frente con una mano.

—Te lo he contado todo, incluso lo de Lottie. He puesto mi vida y la de mi hija en tus manos. —Incapaz de mantenerse alejado, se aproximó a ella y le alzó el mentón con los dedos, obligándola a que lo mirara—. Sabes que te amo. Jamás hubiera venido a Londres de no ser así.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas.

—Sabes lo que pasó.

No era una pregunta. Él asintió.

—Por muy falsos que sean los rumores —continuó ella—, siempre estarán ahí. Siempre seré la caprichosa aristócrata que rechazó a unos pretendientes socialmente aceptables para convertirse en la querida de un villano. Y es inevitable que alcancen a cualquiera que esté cerca de mí.

Andrew comprendió sus miedos al instante. Eran los mismos que los suyos. Sin embargo, él no estaba dispuesto a dejarla ir.

—Lady Beauport se ha ido —contestó—. No va a volver. Y yo no voy a dejar que siga

gobernando mi vida incluso cuando ya no está aquí.

Kate negó con la cabeza y trató de apartar la mirada, pero él no se lo permitió.

—Kate. —Enmarcó su rostro con las manos y recogió con el pulgar la única lágrima que ella no había logrado contener—. Podría aceptar tu rechazo si no sintieras nada por mí, pero no te voy a dejar ir solo porque creas que es lo mejor para nosotros. —Sonrió—. Tal y como yo lo veo, solo tienes dos opciones. O te casas conmigo en cuanto lleguemos a Hampshire y tratamos de llevar todo esto con discreción, o causaré tal escándalo persiguiéndote por Londres que no se hablará de otra cosa durante décadas.

Ella lo miró fijamente, como si tratara de desentrañar un complicado enigma. Al final, se rindió.

—¿Y qué pasa con Lottie? ¿Qué haremos si empiezan a especular sobre tu primer matrimonio?

Él se encogió de hombros.

—Nos iremos —explicó—. Me he pasado las últimas semanas dándole vueltas. Lottie no necesita nada de esto. Ella será feliz en cualquier parte, tal vez incluso más que aquí. Y yo tengo los medios suficientes para mantenernos sea cual sea nuestro destino. Lo único que importa es que tú estés con nosotros.

Horas después de la misteriosa partida de Kate, Annie se despidió de los sirvientes del 26 de Cheyne Row y se subió a un coche de alquiler. Había guardado sus escasas pertenencias en la misma maleta que la había acompañado cuando había abandonado Primrose Cottage dispuesta a conquistar Londres y a convertirse en la esposa de algún poderoso aristócrata. ¡Qué equivocada había estado!

Negando casi imperceptiblemente con la cabeza, observó cómo dejaban atrás la casa de su prima y se internaban en el tráfico londinense. Había dejado todos sus vestidos, zapatos y complementos nuevos en la cama del dormitorio que había ocupado. Sabía que a Kate no le gustaría, pero no necesitaba nada de aquello en un pueblo cuyo mayor atractivo recaía en la existencia de un dibujo con la extraña figura de un hombre de origen desconocido y cuyas partes íntimas habían incomodado tanto a la reina que había ordenado ocultarlas.

La imagen de aquel lugar que en otro tiempo había sido su hogar acudió a su mente. Sabía lo que le esperaba allí. Las colinas de tiza en el horizonte. Los edificios de ladrillo flanqueando la carretera principal por donde las carretas cargadas de mercancía iban y venían diariamente. El olor de la cerveza que los había hecho famosos y que partía rumbo a las tabernas más populares de Londres. Las caras conocidas. Las tardes de verano sentada a la sombra con el zumbido de las moscas a su alrededor. El olor de la hierba mojada en primavera y de la leña de las chimeneas en invierno. La tranquilidad sin prisa con la que se realizaban las tareas cotidianas. La monotonía de saber que un día sería exactamente igual que el anterior y muy similar al siguiente. Una oleada

de rechazo le contrajo el vientre y el pánico le cortó la respiración. Regresar a Cerne Abbas sería como enterrarse en vida.

Sin pararse a pensar en lo que hacía, golpeó el techo del vehículo con fuerza. Ni siquiera esperó a que se detuviera por completo antes de comenzar a dictar las nuevas indicaciones al chófer. No quería ir a la estación. No quería envejecer entre colinas de tiza y barricas de cerveza. No quería que un día fuera igual al siguiente.

Cuando el carruaje dio la vuelta y enfiló hacia la nueva dirección, la intranquilidad que la había atenazado comenzó a remitir lentamente. Y, cuando el vehículo se detuvo ante el oscuro y mugriento callejón trasero del Black Diamond, Annie sintió que respiraba de nuevo.

Se apeó sin miramientos y cogió la maleta que el conductor le tendía con fuerzas renovadas.

—¿Está segura de que desea quedarse aquí? —le preguntó, confuso, el joven mientras la observaba con inquietud.

—Segurísima —musitó ella sin mirarlo mientras se alejaba hacía aquella puerta deslustrada que se erigía como su salvavidas.

Annie no vio cómo el hombre negaba lentamente y murmuraba algo sobre la locura. Se internó con paso ligero, pisando los pegajosos adoquines con la seguridad propia de alguien que los hubiera recorrido miles de veces. No dudó un instante antes de aporrear la puerta con el puño y sonrió abiertamente cuando se encontró cara a cara con aquella abuela de cuento.

—Quiero trabajar aquí —sentenció antes de que la mujer hubiera abierto la boca.

La anciana la observó durante lo que parecieron interminables segundos.

—Querida, este no es lugar para ti —respondió.

Annie negó efusivamente.

—Al contrario —replicó—. Este es el único lugar para mí que hay en el mundo.

Su interlocutora, que no había apartado la mirada de ella, asintió finalmente. Se hizo a un lado y le permitió la entrada.

—Te presentaré a Alex.

Annie la miró interrogante.

—Alexander William Lonsdale —aclaró—. El dueño de todo esto.

En cuanto la señora Sharp abandonó la habitación, Alex observó con detenimiento a la joven que tenía ante él. Era guapa. No bella ni llamativa, sino realmente hermosa. Poseía rasgos armoniosos y ojos de un azul cristalino que parecían casi transparentes. Su cabello, tan rubio que rozaba el blanco, permanecía recogido y, aunque vestía con modestia, no era difícil deducir su posición social. No es que él necesitara jugar a las adivinanzas. Sabía perfectamente quién era ella, aunque no tenía ni la más remota idea de qué hacía en su club.

—Y bien —comenzó—. ¿Qué demonios hace aquí?

Ella no se sobresaltó por su brusquedad. Él no la había invitado a sentarse y ella no hizo el

menor amago de acercarse a las cómodas butacas de terciopelo azul marino que había ante su escritorio. Solo se irguió y entrelazó las manos.

—Estoy buscando trabajo.

Alex se cuidó de mostrar su sorpresa. Hacía mucho que había aprendido a no exteriorizar emoción alguna. Los sentimientos solo eran útiles cuando era otro quien los mostraba y él quien tomaba ventaja.

—Entiendo —murmuró, aun cuando no estaba seguro de comprender nada—. Ha cometido alguna indiscreción que ha puesto en...

—¡No, no! —le interrumpió ella—. No ha pasado nada. Solo quiero trabajar aquí.

Alex frunció el ceño.

—Vamos a ver —dijo con suavidad, aun cuando comenzaba a impacientarse—. Tengo en mi despacho a la honorable Annie Louise Campbell, hija del barón Oxley y nieta del marqués de Denham, sin escolta, con una maleta ajada en la que escasamente caben un par de vestidos, solicitándome un puesto de trabajo y debo creer que lo hace, solo, porque quiere trabajar.

Ella no pareció sorprendida al descubrir que él conocía su identidad. Se limitó a asentir con tímido entusiasmo y Alex cerró los ojos tratando de darle sentido a aquella estupidez.

—Porque quiere trabajar aquí —recalcó abriendo los ojos de nuevo.

Ella asintió y él soltó un sonido extraño, una mezcla entre un bufido exasperado y una carcajada de incredulidad.

—En un club de juego —reiteró, aunque ya más para sí mismo que para ella.

Annie movió la cabeza afirmativamente. Con nerviosismo, se pasó una mano por el pelo. Debería despedirla de inmediato. Llamar a la señora Sharp y que se la llevara por donde había venido. Si tenía problemas, podía acudir a su abuelo. O a su prima. Hasta donde él sabía, había estado a cargo de la condesa de Hamilton durante los últimos meses, ¿por qué había decidido largarse ahora? ¿Y qué demonios pretendía hacer en su club? Al menos, sí podía buscar la respuesta a esa última pregunta.

—Y, exactamente —murmuró, taladrándola con la mirada—, ¿qué espera hacer aquí?

Ella sonrió y mostró ya, sin reservas, su entusiasmo.

—Quiero ser uno de sus crupieres.

Alex no reaccionó. Incluso él mismo sintió admiración por su capacidad de mostrarse impasible. Aun cuando sentía que su cerebro estaba a punto de estallar, su rostro no mostró el menor rastro de sorpresa. Ni de incredulidad. Ni siquiera la miró como si se hubiese vuelto loca. ¿Como si se hubiese vuelto loca? No. No era una hipótesis. Aquella mujer estaba como una cabra. Y, aun así, él solo la miró impertérrito y, finalmente, asintió.

—Comprendo —mintió—. ¿Qué juegos conoce?

Ella hizo una mueca.

—Mi doncella y yo jugábamos a adivinar las cartas.

—¿Adivinar las cartas? —Alex se apretó el tabique con los dedos y cerró los ojos—. ¿Qué

puñetas significa eso?

La joven se sobresaltó por su vocabulario, pero no se echó atrás.

—Verá. Dividíamos las cartas en tres montones. Uno de los montones iba al centro e íbamos volteando las cartas conforme...

—¡Ese juego no existe! —la interrumpió, poniéndose de pie y comenzando a pasearse por la habitación—. ¿Cómo pretende ser crupier si ni siquiera sabe jugar a las cartas?

—¡Soy muy buena barajando!

Él la fulminó con la mirada, pero no se dignó a responder. Estaba claro que aquella mujer no tenía ni idea de lo que decía.

—¡Y cuento las cartas mejor que nadie! —se apresuró a añadir Annie.

Alex suspiró.

—No voy a contratarla —sentenció, finalmente—. No tiene ni idea de cómo funciona un club de juego y mucho me temo que ni siquiera comprende cómo funciona el mundo fuera de aquí. Ningún hombre apostaría en una mesa dirigida por una mujer. Y, mucho menos, dirigida por una dama a la que conocen y que les reconocería a ellos. En este negocio, la discreción es imprescindible. Los caballeros vienen aquí porque saben que lo que ocurre en el Black Diamond se queda en el Black Diamond. Ponerla al frente de una mesa sería una sentencia de muerte para mi local.

Se percató del instante exacto en que ella perdía toda esperanza y, por alguna razón, aquello le hizo sentir culpable. ¡Maldición! Él había perdido la piedad hacía mucho tiempo.

—Este no es tu sitio —murmuró tuteándola por primera vez—. Vuelve a casa de tu prima y caza a algún viejo rico que pueda pagarte la vida de lujos que te mereces.

Ella negó con la cabeza y se giró dispuesta a irse. La maleta, que al llegar había transportado con ligereza, parecía ahora tremendamente pesada.

—Yo no encajo en ninguna parte. —Fue solo un susurro, tan tenue que incluso podría haber resultado imperceptible para ella misma. Pero Alex lo escuchó y aquella frase fue su perdición. Porque él, mejor que nadie, sabía lo que era no tener cabida en ningún sitio.

—Espere.

Annie se detuvo antes de alcanzar la puerta, pero no se giró. Aquella situación ya era lo suficientemente humillante. No necesitaba que le viera la cara en ese momento mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Puede quedarse. —Él no sonaba especialmente feliz, pero Annie sintió que la esperanza regresaba—. Ayudará en la cocina.

Ella frunció el ceño. Ni siquiera sabía cómo funcionaba un fogón. Él debió pensar lo mismo porque carraspeó y Annie lo escuchó sentarse de nuevo.

—Ayudará a monsieur Soyer —aclaró—. Hará todo lo que él o el resto del personal le digan.

A Annie no le gustó aquella aclaración, pero parecía el único modo de quedarse allí. Asintió con un suspiro.

—Y no se acercará a ninguna mesa de juego.

Ella se volvió un instante, olvidando ya las lágrimas o la humillación.

—¡Pero...!

—No la quiero cerca de la sala, milady —interrumpió él con determinación—. Puede quedarse aquí y jugar con las barajas, las ruletas o los dados en su tiempo libre, cuando el club esté cerrado y ni su reputación ni la mía corran peligro; pero cada noche, en cuanto abramos las puertas, usted se quedará en las estancias de los empleados y no hará el menor intento de salir de allí, ¿queda claro?

Realmente él no parecía esperar una respuesta, así que Annie se quedó callada.

—Busque a la señora Sharp —dijo Alex, por fin—. Ya conoce el camino.

Ella asintió y abandonó la estancia. Las cosas no habían ido como había esperado. No quería trabajar en la cocina. No obstante, ni por un momento se planteó rendirse. Aquello era mejor que nada y, quién sabe, tal vez en un futuro...

Sujetando su maleta con la mano izquierda, abrió la puerta y se topó, cara a cara, con la joven que, en ese instante, estaba a punto de golpearla.

—Lo siento —murmuró la otra mujer sin mirarla.

Annie la reconoció. Solo la había visto una vez, durante el baile de lady Wentworth, pero no solía olvidar una cara. Sobre todo si era la cara de la hija del duque de Whitehaven.

—Buenos días, lady Penélope.

La otra joven se sobresaltó y levantó la vista. Una miríada de emociones surcó su rostro. Nerviosismo, vergüenza, determinación. Annie se dio cuenta de que no era alguien acostumbrado a ocultar nada y no pudo evitar compararla con el hombre para el que ahora trabajaba. Finalmente, la otra mujer sonrió.

—Buenos días, ¿qué tal les fue el viaje de vuelta? Espero que su prima se encuentre mejor.

Annie la observó con curiosidad. Le hablaba como si se hubieran cruzado en Hyde Park en lugar de estar en el pasillo de un antro que ninguna de las dos debería conocer.

—Es encantador que se pongan al día en la puerta de mi despacho —las cortó una voz acerada desde el interior—. No obstante, y aunque ambas parezcan creer lo contrario, tengo más cosas que hacer esta mañana que atender damiselas en apuros. Lady Penélope, entre y cierre la puerta.

# Capítulo 25

Kate y Andrew se casaron solo un día después de regresar a Bramshaw Manor. Ella habría preferido esperar, pero Andrew había alegado que no estaba dispuesto a aguardar ni un minuto más para comenzar su nueva vida. Una vida de verdad.

Así pues, la ceremonia había sido rápida e improvisada, aunque el anciano pastor había tenido anécdotas más que suficientes sobre las trastadas infantiles de Andrew para rellenar el sermón. Había hablado del día en que naufragó en medio del lago, tras haber fabricado una balsa con unas cuantas maderas y un par de cuerdas que se desataron solo unos segundos después de que abandonara la orilla. Y de cuando había sujetado una de las cestas de flores de la florista al cuello de un perro callejero y este se había echado a correr por el pueblo, llenándolo todo de rosas y prímulas mientras la pobre mujer y su hijo pequeño lo perseguían tratando de recuperar su mercancía.

Kate se había reído y le había dicho que ahora comprendía a quién se parecía Lottie, pero Andrew había fruncido el ceño y había afirmado que estaba seguro de que aquel hombre se estaba inventando anécdotas.

—Es evidente que su memoria ya no es lo que era —había comentado contrariado—. No recuerdo haber hecho ni la mitad de las cosas de las que ha hablado.

A la ceremonia solo había asistido la familia de Andrew, Sebastian y James, quien había dejado claro que no pensaba regresar a Londres hasta que viera a la condesa dar el «sí, quiero». No había habido una gran recepción, ni baile, ni un carísimo vestido de novia. De hecho, dado que ninguno de los implicados en su secuestro había reparado en que necesitaría ropa, se había casado con un vestido de Briony, al que habían tenido que practicar unos remiendos de emergencia para adaptarlo a la figura más voluptuosa y mucho más alta de Kate.

Y, no obstante, para ella había sido perfecto. Andrew la había esperado ante el altar vestido con un elegante traje azul y sujetando de la mano a una emocionada Lottie, que se había soltado de su padre en cuanto la había visto y había corrido hacia ella, mostrando un desprecio absoluto por cualquier convencionalismo o norma de etiqueta. Y, aunque Kate había pensado que a tan

tierna edad no comprendería lo que estaba sucediendo, la pequeña los sorprendió a todos preguntándole si a partir de entonces podría llamarla mamá.

—Por supuesto —había respondido Kate sintiendo un nudo de emoción en el estómago y comprendiendo de repente las implicaciones de su matrimonio.

Andrew la había mirado con una intensidad que la había hecho sonrojar y había sonreído al percatarse de su incomodidad.

—Es una suerte que no vayamos a alternar demasiado en sociedad —le había susurrado al oído cuando llegó junto a él—, porque cada vez que te sonrojas de esa manera siento ganas de corromperte un poco más. Acabaría seduciéndote en los jardines, las bibliotecas o tras las cortinas de nuestros anfitriones. Cualquier escándalo pasado se quedaría corto al lado de los que provocaríamos.

Ella se había ruborizado todavía más y él había gruñido algo que Kate creyó identificar como una súplica, para que aquello terminase pronto, adornada con unas cuantas maldiciones cuyo significado ella no debería conocer.

—¿Eres feliz? —le preguntó Andrew cuando, caída ya la noche, se reunió con ella en el cuarto que, hasta ese día, había sido solo suyo.

Kate, que se había estado cepillando el pelo sentada ante el tocador de caoba que habían instalado para ella, lo miró a través del espejo.

—No creo que «feliz» sea la palabra —respondió sin apartar la mirada—. Es como si todo lo que una vez soñé se hiciera realidad.

—Así que soñabas con conquistar a un duque disoluto con una madre peculiar, una hermana caída en desgracia y una hija revoltosa —le dijo él acercándose y besándole la coronilla.

Kate rio.

—No —negó echándose hacia atrás en el asiento y recostándose contra su pecho—, soñé con conquistar a un hombre capaz de dejarlo todo para proteger a su familia.

Él la abrazó y contempló el reflejo de ambos en el espejo.

—No lo he dejado todo —murmuró—. Me he quedado con lo que de verdad importa.

Kate sonrió y cerró los ojos.

—Ahora todo será más fácil —aseguró.

Andrew la instó a levantarse.

—Baila conmigo.

Ella hizo una mueca.

—Si tú nunca bailas.

—Esta vez sí —afirmó él, comenzando a moverse con ella por la habitación—. Contigo sí.

# Epílogo

Una mujer se apeó del vehículo en el que había llegado y miró a su alrededor. Las calles empedradas comenzaban a llenarse con las sombras del ocaso y los transeúntes caminaban con paso ligero de vuelta a sus hogares. En lo alto de la colina, el castillo de Dover se alzaba, majestuoso, como si vigilara todo cuanto acontecía a sus pies.

La mujer recogió las faldas de su anodino vestido marrón, tratando de no mancharlas con la suciedad de los adoquines, y caminó con decisión hacia uno de los barcos que se veían al fondo de los muelles. Cuando se acercaba a un grupo de marineros que jugaban a las cartas sobre una vieja caja de madera, se llevó la mano al bolsillo oculto en su falda, apretando con fuerza el saquito lleno de monedas al que estaba confiando su vida. En su prisa por abandonar su casa, aquel había sido su único equipaje.

Aceleró el paso, dejando atrás a los desaliñados jugadores. Se sentía nerviosa, con el estómago contraído, y unas terribles ganas de llorar. Lo había abandonado todo y ya no podía mirar atrás. Lo sucedido hacía solo un par de días le había confirmado que el único futuro que podría tener sería el que ella misma se buscara.

—Mira qué tenemos aquí.

Aquella voz, surgida de algún lugar entre las sombras, la sobresaltó. Apretó todavía más el saquito en su bolsillo y comenzó a correr. A su espalda, el furioso golpeteo de un par de botas le indicó que, quienquiera que la hubiera descubierto, no estaba dispuesto a dejarla ir tan fácilmente. Corrió con toda la fuerza que sus pequeñas piernas le permitían, con la mirada fija en el último muelle, aquel en donde el Archímedes le permitiría dejar atrás al hombre que la había arruinado.

Sin embargo, su perseguidor era mucho más rápido y, antes de que ella pudiera acercarse siquiera a su objetivo, la alcanzó y la derribó.

La mujer trató de gritar, con el miedo reflejándose en sus ojos de un azul tan intenso que semejaba las profundidades del océano, pero una mano sucia repleta de cicatrices le tapó la boca antes de que lograra emitir sonido alguno.

—Nadie te ayudará —gruñó el asaltante a la vez que, con su mano libre, sujetaba sus faldas—.

Vamos a pasar un buen rato tú y yo.

Ella se removió, tratando de liberarse, pero él era mucho más fuerte y no cedió ni un ápice. Desesperada, miró a su alrededor en busca de ayuda, pero las pocas personas que quedaban a aquellas horas estaban demasiado lejos y permanecían ajenas a lo que estaba ocurriendo. Convencida de que no podría librarse de su suerte, hizo un último intento por liberarse. Mordió la mano que le tapaba la boca con todas sus fuerzas mientras, al mismo tiempo, asentaba un rodillazo al hombre en la parte más sensible de su anatomía. Él soltó una maldición y se revolvió de dolor y ella aprovechó para incorporarse y salir corriendo. No había dado más que unas cuantas zancadas cuando sintió un tremendo dolor en el vientre. Bajó la vista, confundida, y vio cómo su sangre se deslizaba por la afilada navaja que desaparecía en su abdomen. Su captor sonrió mostrando una boca de dientes ennegrecidos.

—Podríamos haberlo pasado muy bien, zorra.

Ella sintió cómo, poco a poco, el mundo se apagaba ante sus ojos. La palabra *zorra* resonó en su mente. El último pensamiento de Briony fue para un marqués de ojos azules que le había llamado lo mismo pocos días antes, cuando la había dejado, excitada y confusa, mientras la abandonaba de nuevo.

# Agradecimientos

Esta novela es para mi familia, porque soy quien soy gracias a ellos. Y, especialmente, a Jose y Carmen. ¡No hay nadie que tenga mejores hermanos que yo!

Para Anahy, porque, pese a las circunstancias, ella fue la primera lectora de esta historia.

Por supuesto, para Ángela R., por haber estado tan loca como para subirse en un avión rumbo a Londres con una perfecta desconocida, por las tardes buscando escondites secretos en Hyde Park y porque lord Liverpool tenía que aparecer en esta historia.

Para mis vecinas rubias, Elena L. y Ana G., por las conversaciones interminables, los avisos de doscientos mensajes en WhatsApp, por estar siempre ahí y alegrarse de las buenas noticias de las demás como si fueran propias. ¡Os quiero!

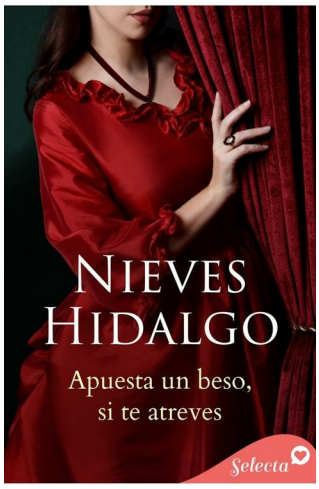
Para Jose, cuyo romanticismo jamás inspirará una novela romántica, pero yo no podría haber elegido mejor protagonista para la mía.

Y, por supuesto, para Sofía porque si el mundo gira es por ella.

Si te ha gustado

*Escandalosa*

puedes disfrutar de estas






**A ella la persigue el escándalo.**
**Él lleva años escondiéndose del mundo.**




**Katherine Hamilton, lady Ashford, lleva años soportando el escándalo** provocado por un acto impulsivo con el que pretendía defender el honor de una mujer a la que consideraba casi su hermana. Convertida, de la noche a la mañana, en la amante del propietario de un club de juego, no le ha quedado otro remedio que resignarse a ser una paria social y a pasar sola el resto de sus días. Tampoco es que le importe demasiado. Desde que, años atrás, el hombre del que estaba enamorada desapareciera de la escena social para casarse, no hay nada en los salones de Londres que a Kate le interese. Así pues, se siente bastante satisfecha con la vida tranquila a la que se ha visto relegada. Hasta que el destino decide gastarle una broma de mal gusto haciendo que su camino se cruce con el del hombre al que ya creía haber olvidado.

**El duque de Brighton no esperaba provocar un accidente** cuando decidió regresar a casa, completamente borracho, dejándose guiar únicamente por su caballo. Sin embargo, cuando un carruaje se ve obligado a frenar en seco y un chillido femenino se escucha desde su interior, se percata de que ha cometido un terrible error. Y cuando descubre que una de las ocupantes del vehículo no es otra que la escandalosa «lady non mercy» solo piensa en poner tierra de por medio. Una mujer como esa puede poner en riesgo todas las mentiras sobre las que se sostiene su vida. Pero ella está herida y a Andrew no le queda más remedio que comportarse como un caballero y rezar porque ella se recupere lo antes posible.

**F. Jenner** nació en 1987 y su fascinación por los mundos ficticios la llevó a licenciarse en Filología Hispánica. Desde hace diez años, imparte clase de lengua y literatura a alumnos de secundaria, a los que trata de transmitir su amor por la lectura. Siendo adolescente, su afición por los libros la convirtió en visitante habitual de la biblioteca de su instituto, donde sus profesores, conocedores de su carácter «patológicamente romántico», se encargaban de poner en sus manos cualquier novela juvenil que contuviese alguna historia de amor. Descubrir que existía un género específico para esas historias, supuso el final de cualquier hábito de sueño saludable y el inicio de una pasión que dura hasta hoy: la novela romántica. Un domingo previo a la era de los ebooks, se quedó sin reservas de lectura y decidió probar con la escritura. Desde entonces no ha parado de hacerlo, aunque sus escritos raramente salen de la carpeta de su ordenador.



Edición en formato digital: diciembre de 2023

© 2023, F. Jenner
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-16-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Escandalosa

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre F. Jenner
Créditos